



Los Multimillonarios Valeur 4

Liam

KARIN WINTER

Liam

LOS MULTIMILLONARIOS VALEUR
LIBRO CUATRO

KARIN WINTER

Copyright © 2025 por Karin Winter

Todos los derechos reservados.

Contacto con la autora: <https://linktr.ee/karinwinter>

Editora: *Killing It Write*

Portada: Karin Winter

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por medios electrónicos o mecánicos, incluidos sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, salvo para el uso de breves citas en una reseña literaria.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, cosas, lugares o eventos reales es pura coincidencia.

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)

[Acerca del Autor](#)



LIAM

Forcejeo con mi corbata por tercera vez, mis dedos temblorosos se niegan a cooperar. El espejo del coche refleja círculos oscuros bajo mis ojos, la prueba de una noche pasada caminando de un lado a otro en mi ático, con el informe del hospital de mamá reproduciéndose en un bucle interminable en mi mente.

El café no es suficiente para ahuyentar el agotamiento que me llega hasta los huesos, pero he sobrevivido a reuniones de la junta directiva con menos horas de sueño.

Salgo de mi coche, el sol de septiembre genera un fuerte contraste con el frío que siento en los huesos. Laboratorios LumiVera se alza ante mí, un edificio poco llamativo.

—No debería tardar mucho, Marcus —le digo a mi guardaespaldas, forzando mi voz para que se mantenga firme—. Puedes esperar en el vestíbulo.

El vestíbulo de LumiVera es modesto, pero bien mantenido. Una joven recepcionista me saluda con una sonrisa ensayada, dirigiéndome al ascensor. Mientras subo al último piso, mi móvil vibra.

Logan

Tenemos que hablar sobre papá.

Aprieto la mandíbula, metiendo el dispositivo de vuelta en mi bolsillo. Ahora no. Aquí no.

Pero los recuerdos siguen inundando mi mente, sin ser invitados. Aprieto los puños mientras las palabras de Ryder resuenan en mi cabeza, indeseadas e implacables. El tictac del reloj de pie en la esquina parece sonar fuerte, marcando cada segundo insoportable de esta pesadilla.

—El robo a tus padres no fue solo un robo... —la voz de Ryder se quiebra, su rostro grabado con tensión—. Es mucho peor.

En todo el tiempo desde que pasó de ser el guardaespaldas de Cora a ser su pareja, nunca lo había visto perder la compostura de esta manera. Me aterroriza.

El rostro de mi hermana menor Cora pierde todo el color, su mano vuela a su boca para tapar un grito ahogado. Se hunde en el sillón de cuero detrás de ella, luciendo pequeña y vulnerable. El tiempo parece ralentizarse, cada segundo se estira hasta la eternidad. Quiero acercarme a ella, ofrecerle algún consuelo, pero estoy paralizado, mi cuerpo se niega a

obedecer.

Logan, mi hermano mayor y, hasta hace poco, el CEO de Valeur Tech, está de pie junto a la ventana, dándonos la espalda, pero veo su reflejo en el cristal. Su rostro es una máscara de hielo, una expresión que casi había olvidado desde que conoció a Sloane.

Su voz, cuando habla, es inquietantemente calmada, pero sé que está todo menos tranquilo.

—¿Qué quieres decir?

Lucas camina cerca de las estanterías, sus dedos tamborileando a un ritmo errático contra su muslo. Ava está sentada en el brazo del sofá, su habitual expresión sardónica reemplazada por una de genuina preocupación. Sloane se mantiene cerca de Logan, su mano descansando sobre su brazo en silencioso apoyo.

Todos los ojos están puestos en Ryder mientras lee el documento en su móvil. El ex guardaespaldas que se convirtió en familia parece que preferiría enfrentarse a un ejército antes que dar esta noticia. Mira a cada uno de nosotros mientras lee, sus ojos llenos de una mezcla de dolor y determinación.

—El informe confirma que las lesiones de la víctima fueron... graves —dice, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. No hay duda sobre la naturaleza del asalto.

Cora ahoga un sollozo, encogiéndose sobre sí misma. Ryder hace una pausa, cruzando la habitación para poner una mano reconfortante sobre su hombro antes de continuar. Recuerdo cómo mamá solía consolarla de la misma manera antes de aquel fatal accidente de coche que destruyó a nuestra familia.

Sus siguientes palabras me golpean, cada una como un golpe físico.

—La víctima se niega a proporcionar detalles sobre el incidente, solo afirma que le robaron en la calle.

—No. Estás equivocado. No era ella. Es solo un error. Alguien cometió un error —digo, negando con la cabeza—. No puede ser verdad.

—Liam. —Lucas se acerca a mí y pone su mano en mi hombro, el gesto me ancla a la realidad—. No es un error.

Logan se gira desde la ventana, su fachada de calma agrietándose ligeramente. Ryder hace una pausa, sus ojos encontrándose con los de Logan. La tensión en la habitación es asfixiante. No puedo respirar, no puedo pensar. Mi corbata se siente demasiado apretada, y la aflojo con manos temblorosas. Una parte de mí quiere cubrirse los oídos, huir de esta insoportable verdad, pero me obligo a quedarme, a escuchar.

—Esto es parte de un informe del hospital que fue ocultado y borrado. Zane lo recuperó. —La voz de Ryder es apenas un susurro ahora, pero en el silencio mortal de la habitación, bien podría ser un grito—. A vuestra madre no solo le robaron. Fue agredida sexualmente.

El vaso de cristal en la mano de Lucas se resbala, haciéndose añicos en el suelo de madera junto a mí.

El timbre del ascensor me devuelve al presente, y salgo, el pasillo estéril de LumiVera materializándose a mi alrededor. Parpadeo, desorientado, mi corazón se acelera. La revelación de anoche se asienta sobre mí de nuevo, pesada y sofocante.

Sacudo la cabeza, tratando de concentrarme en la tarea que tengo entre manos.

La oficina de Anna Kim es un testimonio de eficiencia práctica. La CEO de LumiVera se levanta para saludarme, su apretón de manos firme y profesional.

—Sr. Valeur, gracias por venir. ¿Espero que nos haya encontrado sin dificultad?

—Gracias, doctora Kim —respondo, tomando el asiento ofrecido—. Sus instalaciones son bastante... centradas.

Un destello de algo, orgullo mezclado con una actitud defensiva, cruza su rostro.

—Creemos en poner nuestros recursos donde más importan. Nuestra investigación.

Asiento, yendo al grano.

—Hablando de eso, entiendo que han realizado avances significativos en tecnología de espectroscopía. En el proyecto ASTRA, específicamente.

—En efecto. —Kim se inclina hacia adelante, sus ojos iluminándose—. Hemos adaptado técnicas de espectroscopía astronómica para aplicaciones médicas. El dispositivo puede detectar anomalías celulares antes de que sean visibles a través de métodos convencionales. Detección temprana de enfermedades sin procedimientos invasivos. —Hace una pausa—. Si pudiéramos integrarlo con los dispositivos de imagen médica existentes de Valeur Tech...

—Las posibilidades son intrigantes —coincido. Nuestra división médica ha estado buscando exactamente este tipo de avance. La detección temprana del cáncer podría salvar innumerables vidas y establecer a Valeur Tech como pionera en medicina preventiva—. Pero ¿por qué acercarse a nosotros para una asociación? Seguramente hay otras empresas que saltarían ante esta oportunidad.

La sonrisa de Kim se tensa casi imperceptiblemente.

—Valoramos la calidad sobre la cantidad, Sr. Valeur. La reputación de innovación de su empresa se alinea bien con nuestros objetivos. Y francamente, los recursos que podrían aportar acelerarían significativamente nuestra investigación.

Me reclino, estudiándola. La verdad implícita pesa entre nosotros. LumiVera necesita este acuerdo más de lo que están dejando ver.

—Ya veo. ¿Y qué propone?

Durante la siguiente media hora, nos sumergimos en los detalles de un posible acuerdo. Kim es astuta, contrarrestando cada uno de mis puntos con argumentos bien razonados. Pero bajo su pulido exterior, percibo una corriente subyacente de urgencia.

Mientras recorremos los laboratorios, las explicaciones entusiastas de la Dra. Kim se desvanecen en un ruido de fondo. Mis ojos se mueven de una estación de trabajo desordenada a otra, absorbiendo el caos controlado de la investigación limitada por restricciones presupuestarias.

—Y aquí tenemos nuestra división de espectroscopía —anuncia la Dra. Kim con orgullo, haciendo un gesto hacia el laboratorio con el brazo.

Observo la escena: bancos de trabajo abarrotados de equipos, cables serpenteando por el suelo y, curiosamente, un sándwich a medio comer peligrosamente cerca de lo que supongo es un espectrómetro muy costoso. Las palabras "anarquía organizada" cruzan por mi mente, pero mantengo una expresión neutral.

—Impresionante —digo, asintiendo—. Es evidente que han maximizado el espacio.

La Dra. Kim sonrío radiante, claramente imperturbable ante el caos.

—Nos enorgullecemos de nuestra distribución creativa de recursos, Sr. Valeur.

—Claro. —Esquivo un manojo de cables y miro de reojo una torre inclinada de trabajos de investigación que parece a punto de desplomarse con un simple suspiro.

Estudio las estaciones de trabajo abarrotadas con nuevos ojos. Las dificultades financieras de LumiVera son evidentes, pero su potencial es innegable. Esta colaboración podría ser su salvavidas, y exactamente lo que Valeur Tech necesita para revolucionar el diagnóstico médico. Tendré que supervisar el proyecto personalmente. Con tanto en juego, no podemos permitirnos errores.

La conversación de anoche con mis hermanos vuelve a mi mente de la nada. La revelación

sobre nuestra madre, el encubrimiento. Mi estómago se revuelve. Mis dedos juegan con mi corbata, aflojándola como si eso pudiera aliviar el peso asfixiante en mi pecho. El mundo se inclina, los bordes se difuminan, y por un momento, vuelvo a ser ese niño asustado.

Por primera vez, no hay un camino claro hacia adelante, ningún problema que pueda resolver con dinero o influencia. Estoy perdido en la oscuridad, tanteando en busca de un interruptor de luz que no está ahí.

Vuelvo bruscamente al presente al entrar en otro laboratorio. Las luces fluorescentes zumban en lo alto, proyectando un resplandor duro sobre las estaciones de trabajo abarrotadas. Las pizarras cubiertas de ecuaciones incomprensibles cubren las paredes, y el suave pitido de varias máquinas crea una sinfonía de progreso científico.

Una mujer está de pie frente a un aparato complejo, de espaldas a nosotros. Rizos castaños salvajes caen por su bata de laboratorio, desafiando a la coleta descuidada que intenta domarlos. Sus hombros están encorvados en concentración, sus dedos bailan sobre los controles con precisión practicada, sus movimientos sugieren una familiaridad íntima con el equipo que habla de innumerables horas pasadas en este laboratorio.

La Dra. Kim se aclara la garganta.

—¿Dra. James?

La mujer se gira, su mirada fija en una tableta en sus manos, revisando lo que parece ser un complejo conjunto de datos espectrales. Levanta la vista, y me quedo paralizado.

—Eres tú.

Aleria James está ahí, mirándome fijamente, sus ojos avellana un poco más oscuros de lo que recuerdo, pero aún intensos y penetrantes. Hay un destello de emoción, demasiado rápido para leerlo, antes de que su rostro se suavice en una máscara de calma profesional.

Ya no es la tímida estudiante de grado que solía aferrarse a su libro de física como un escudo en nuestra clase de Álgebra Lineal Avanzada. Ahora se ve a una mujer que se mueve con una confianza tranquila. Sus rasgos han madurado, sus pómulos más pronunciados, dándole una elegancia que me deja sin aliento. Su mirada se fija en la pequeña cicatriz cerca de mi ceja izquierda, un recuerdo de mis años temerarios después de la universidad, antes de volver a encontrarse con mis ojos.

La Dra. Kim nos mira de uno a otro, con las cejas levantadas.

—¿Ustedes dos se conocen?

Asiento, los recuerdos vuelven sin permiso. Momentos robados en aulas vacías, su espalda presionada contra la pared, mis manos enredadas en su cabello. La forma en que me miraba, con ojos llenos de algo que yo no merecía. El calor de su cuerpo, presionado contra el mío en la oscuridad, su aliento suave en mi cuello.

Me doy cuenta de que la he estado mirando fijamente y me aclaro la garganta.

—Tomamos una clase juntos en Stanford.

—¡Maravilloso! —Kim sonrío radiante, aunque su sonrisa no llega del todo a sus ojos—. Dra. James, recuerde lo que discutimos sobre la importancia de esta asociación. Por favor, dele al Sr. Valeur un recorrido completo por nuestras instalaciones. —Hace una pausa en la puerta, su tono llevando un peso que hace que los hombros de Aleria se tensen—. Un recorrido completo.

Mientras los pasos de Kim se desvanecen, el silencio en el laboratorio se vuelve denso y pesado. Los dedos de Aleria se aprietan y aflojan a sus costados, su mandíbula tensa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta.

Me enderezo la corbata, un hábito nervioso que pensé que había abandonado hace mucho tiempo.

—Estoy aquí para discutir el proyecto ASTRA, señorita James.

—Es Dra. James ahora —corrige, levantando la barbilla.

—Por supuesto, mis disculpas —digo—. Dra. James, estoy aquí en nombre de Valeur Tech para explorar una posible colaboración.

La risa de Aleria es aguda, cortando el aire como cristal roto.

—¿Colaboración? ¿Así es como lo llamas ahora?

La amargura en su voz me hace estremecer.

—Esta es una visita profesional —digo—. El interés de Valeur Tech es únicamente en el potencial científico de su trabajo.

Aleria se burla, volviéndose hacia su estación de trabajo. Toma un vaso de precipitados, sus nudillos blancos alrededor del cristal.

—Claro. Porque siempre has estado tan interesado en la ciencia.

Respiro profundamente, enderezando los hombros.

—Dra. James, entiendo que hay historia entre nosotros. Pero esto es un negocio. Ambos somos profesionales. Seguramente podemos dejar el pasado atrás y centrarnos en los potenciales beneficios de esta asociación.

Ella se gira para enfrentarme, con los ojos ardiendo. El vaso de precipitados en su mano golpea el mostrador con tanta fuerza que me sorprende que no se rompa.

—¿Dejar el pasado atrás? ¿Como tú me dejaste atrás sin pensarlo dos veces?

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, cargadas de años de dolor y enojo no resueltos. Trago saliva, luchando contra el impulso de defenderme, de explicar. Pero no tengo excusa.

—Aleria, yo... —comienzo, pero me detengo, las palabras atascadas en mi garganta. ¿Qué podría decir para arreglar esto? — Nunca quise lastimarte —digo, dolorosamente consciente de lo inadecuado de la frase.

—Este proyecto es el trabajo de mi vida —continúa ella, ignorando mi declaración, su voz baja e intensa. Hace un gesto alrededor del laboratorio, señalando las pizarras cubiertas de ecuaciones complejas, las máquinas zumbantes—. He dado todo para esto. No dejaré que se convierta en solo otra de tus conquistas.

Me acerco, cuidando de mantener una distancia profesional.

—Le aseguro que no se trata de eso. Tenemos los recursos para llevar a cabo su trabajo, para marcar una verdadera diferencia en el mundo. ¿No es eso lo que siempre ha querido?

Por un momento, hay un destello de la estudiante apasionada e idealista que una vez conocí. Pero rápidamente es reemplazado por un escepticismo endurecido.

Aleria se cruza de brazos, mirándome.

—¿Y cuál es el costo de esos recursos, Valeur? ¿Mi autonomía? ¿La integridad de mi investigación?

—Podemos negociar términos que funcionen para ambas partes —digo, tratando de llevarnos de vuelta a un terreno más seguro y profesional—. No estoy aquí para quitarle nada, Dra. James. Estoy proponiendo una asociación mutuamente beneficiosa. Su brillantez, combinada con nuestros recursos, podría cambiar el mundo. O podría seguir trabajando en la oscuridad, sin que su trabajo innovador vea la luz del día. Usted elige.

Me estudia por un largo rato, su expresión ilegible. Finalmente, suspira, pareciendo perder algo de la lucha.

—Bien. ¿Quieres hablar de negocios? Hablemos de negocios. Pero no pienses ni por un segundo que esto cambia algo entre nosotros. No somos, y nunca seremos, amigos.

Asiento.

—Entendido. ¿Comenzamos con un recorrido por sus instalaciones?

Aleria me guía por el laboratorio, sus pasos rápidos y decididos.

—Esta es nuestra área principal de investigación —dice, señalando las estaciones de trabajo desordenadas—. Estoy segura de que no está a la altura de los estándares bañados en oro de Valeur Tech, pero nos las arreglamos.

Me muerdo la lengua para no responder.

—Es eficiente.

Ella resopla.

—Esa es una palabra para describirlo. Otras podrían ser "falta de fondos".

Pasamos junto a una pizarra cubierta de ecuaciones complejas. Me detengo, estudiándola.

—Esto es impresionante. ¿Es parte del proyecto ASTRA?

—Oh, ¿puedes leer eso? —pregunta Aleria, fingiendo sorpresa—. Pensé que tus ojos podrían tener problemas para enfocarse en algo que no sea un indicador de acciones o un estado de cuenta de un fondo fiduciario.

Aprieto la mandíbula.

—Me gradué con honores, Dra. James. ¿O lo ha olvidado?

—¿Cómo podría olvidarlo? —responde, con voz melosa—. Solo se lo recordabas a todos en cada oportunidad que tenías. Dime, ¿papá enmarcó tu diploma y lo colgó en su oficina o en la tuya?

—Es suficiente —digo, mi paciencia agotándose—. He trabajado duro para llegar a donde estoy.

Aleria se ríe, un sonido desprovisto de humor.

—¿Trabajado duro? Por favor. Naciste en tercera base y crees que bateaste un triple. Algunos de nosotros tuvimos que luchar desde abajo.

Me lleva hasta una máquina compleja, elegante a pesar de su evidente antigüedad.

—Este es el corazón de nuestra investigación en espectroscopía. Hemos tenido que modificarla para satisfacer nuestras necesidades. No todos podemos simplemente comprar el equipo más reciente cuando queremos.

Me inclino, intrigado.

—Han hecho algunas adaptaciones ingeniosas. Este nivel de innovación es exactamente por lo que estamos interesados en su trabajo.

—Ah sí, ahora están interesados —murmura Aleria—. Qué curioso cómo funciona. Ignoras algo el tiempo suficiente, y de repente es valioso.

La amargura en su voz me hace estremecer.

—Aleria, yo...

—Ahórratelo —me interrumpe, moviéndose a otra estación—. Terminemos con esto de una vez.

Su codo se sacude, golpeando el borde de una pila tambaleante de papeles. La torre se balancea, luego se derrumba en una cascada de blanco, llevándose consigo un surtido de instrumentos brillantes.

Ambos nos lanzamos hacia ella, tratando de atrapar el desastre. Mi mano se estira justo cuando la suya lo hace, y por un momento, nuestros dedos chocan, piel contra piel. Un chispazo me recorre, eléctrico, ardiente, un recordatorio de todo lo que fuimos. Todo lo que nunca terminamos.

Bip. Bip. Bip.

Aleria retrocede como si la hubieran quemado, sus mejillas tiñéndose de color.

—Yo... debería revisar eso —murmura, dándose la vuelta.

El pitido se intensifica, transformándose en una sirena estridente que asalta mis oídos. Luces rojas de advertencia parpadean, bañando el laboratorio en un resplandor inquietante.

Cierre de emergencia.

El rostro de Aleria palidece, sus manos volando sobre los controles.

—Esto no debería estar pasando.



ALERIA

La sirena del cierre de seguridad se corta abruptamente, sumiendo mi laboratorio en el silencio. Miro de reojo el panel de seguridad, cuya pantalla muestra "PROTOCOLO DE CONTENCIÓN ACTIVO" en brillantes letras rojas. Debe ser otro fallo en el sistema. Han estado ocurriendo desde las nuevas actualizaciones de seguridad de la semana pasada. En realidad no pasa nada, pero el protocolo es el protocolo.

Liam Valeur busca su móvil, torpe al manejar el elegante dispositivo. Unos cuantos mechones de su cabello siempre impecable le han caído sobre la frente. Es casi satisfactorio ver al gran Liam Valeur con un aspecto menos que perfecto.

—No hay señal —murmura, siguiendo con una sarta de maldiciones por lo bajo. Cada palabra probablemente cuesta más que mi renta.

—La jaula de Faraday —explico, incapaz de ocultar la presunción en mi voz—. Cuando comienza el cierre, se activa un escudo electromagnético alrededor del laboratorio que impide que las señales entren o salgan. —Doy un golpecito a mi propio móvil inútil.

—Tengo reuniones —espeta, mirando su reloj por tercera vez en un minuto—. Importantes. ¿Cuánto suele durar esto?

—Podrían ser minutos, podría ser una hora —me encojo de hombros, viéndolo ponerse más agitado—. Tienen que pasar por todos los protocolos de seguridad antes de...

—¿Una hora? —Se da la vuelta, su fachada de CEO tranquilo resquebrajándose—. Eso es inaceptable. Tiene que haber una anulación o algo.

—Oh, claro —digo con sarcasmo—, déjame sacarla de mi cajón secreto de cosas para complacer a CEOs impacientes.

Me lanza una mirada que probablemente haría temblar a los miembros de su junta directiva. Yo le devuelvo una sonrisa.

Ha cambiado desde nuestros días en la universidad, y no solo de las formas esperadas. Ya no queda nada del joven que recuerdo. En su lugar se alza un hombre que parece comandar el aire mismo a su alrededor.

Su traje a medida hace poco por ocultar el hecho de que ha ganado músculo desde la universidad. La tela se estira sobre unos hombros anchos que antes no estaban ahí. Mientras se pasa una mano por el pelo, noto cómo su bíceps tensa la manga. Claramente, el hombre ha

encontrado tiempo para algo más que reuniones de directorio y fiestas en yates.

Su rostro también ha madurado, perdiendo los últimos vestigios de redondez juvenil. Su mandíbula es afilada, los pómulos altos, y esos penetrantes ojos azules que nunca olvidé parecen aún más intensos ahora. Una ligera sombra de barba le da un toque rudo que contrasta con su apariencia pulida.

No es una apariencia desagradable.

¿Cómo es justo que pueda ser obscenamente rico, obviamente inteligente (aunque nunca lo admitiría en voz alta) y verse... bueno, así?

Sacudo la cabeza, tratando de disipar estos pensamientos indeseados. ¿Y qué si ha envejecido como un buen vino? Sigue siendo el mismo hombre engreído y arrogante que me rompió sin pensarlo dos veces, el que desapareció sin decir una palabra. Ninguna cantidad de músculos o rasgos cincelados puede cambiar eso.

He construido muros desde entonces, muros que no se derrumbarán solo porque Liam Valeur haya reaparecido en mi vida. Nunca volverá a acercarse lo suficiente como para herirme. Algunos de nosotros realmente tenemos integridad, y me condenaría si le dejara volver a entrar en mi vida y causar estragos de nuevo.

Me apoyo en mi mesa de laboratorio favorita, cruzando los brazos.

—¿Algún problema, Sr. Valeur? No me digas que te estás perdiendo una reunión vital de la junta sobre... ¿qué es lo que haces exactamente? ¿Contar dinero profesionalmente?

Me mira furioso, sus ojos azules destellando de ira mientras guarda su inútil móvil en el bolsillo.

—Esto es serio. Necesitamos salir de aquí. Ahora.

—Oh, por supuesto —digo, poniendo los ojos en blanco—. No permita el cielo que el mundo se vea privado de tu presencia durante una hora. Estoy segura de que la economía colapsará sin que estés allí para... ¿qué? ¿Firmar cosas? ¿Fruncir el ceño a hojas de cálculo?

Se pasa la mano por el pelo otra vez, despeinando aún más sus mechones estilizados.

Me pregunto cuánto paga por ese corte de pelo.

—Necesito estar...

—¿En otro lugar? —digo, entrecerrando los ojos—. Sí, ya lo has dicho. Déjame adivinar, está perdiendo dinero.

Aprieta la mandíbula, un músculo palpitando. Es casi hipnótico.

—No sabes nada sobre mí o mis responsabilidades.

—Oh, estoy segura de que es difícil ser multimillonario —digo, incapaz de ocultar el sarcasmo en mi voz—. Todas esas fiestas en yates a las que asistir, partidas de golf que jugar. ¿Cómo te las arreglas?

Liam recorre la longitud de mi laboratorio, sus carísimos zapatos resonando contra el suelo de linóleo. Navega alrededor de las mesas y equipos desordenados, su incomodidad creciendo con cada pasada. Parece un animal enjaulado, todo líneas elegantes y energía apenas contenida.

—¿No hay alguna anulación de emergencia o algo así? —pregunta, con la voz tensa.

Pongo los ojos en blanco, apartándome de la mesa.

—Oh, claro —Hago un espectáculo de rebuscar en un cajón cercano, sacando un lápiz roto—. ¿Servirá esto? ¿O preferirías un interruptor de anulación de oro macizo? Estoy segura de que eso es más tu estilo.

—¿No te importa que estemos atrapados? —espetea, deteniendo su paseo para encararme.

Extiendo los brazos, señalando el espacio que nos rodea.

—¿En mi laboratorio, rodeada por el trabajo de mi vida? Oh, qué horror. ¿Cómo sobreviviré

a toda esta ciencia?

Liam se aparta de mí, examinando las puertas y ventanas. Tira del cristal reforzado, sus músculos tensándose contra su traje a medida. La visión de la tela abrazando sus hombros me roba la atención. *Reacciona*.

—¿Planeando una atrevida fuga, señor Bond? —le grito, incapaz de resistirme a burlarme de él—. ¿Debería esperar que te descuelgues por el edificio usando una cuerda hecha de batas de laboratorio? ¿O quizás tienes un helicóptero en espera? Eso parece más tu estilo.

Se da la vuelta para enfrentarme, su rostro enrojecido por la ira. Tengo que admitir que le sienta bien.

—Al menos estoy haciendo algo en lugar de quedarme sentado como si fuera un lunes normal.

—Tal vez porque es un lunes normal para mí. Algunos disfrutamos nuestro trabajo. Ya sabes, contribuyendo a la sociedad en lugar de solo aprovecharnos de ella.

—¿Disfrutas tu trabajo? —Se detiene junto a mi estación de trabajo, sus ojos fijándose en la pantalla desbloqueada de mi ordenador. La aplicación de control de horas todavía está abierta desde que me conecté esta mañana. Sus cejas se alzan mientras se acerca más, escaneando los números—. Hiciste setenta y cinco horas la semana pasada.

El calor sube por mi cuello, subiendo hasta mis mejillas. Obligo a mi voz a mantenerse neutral y profesional. Esta asociación podría significarlo todo para el proyecto.

—La investigación requiere dedicación.

—Dedicación. —Su cuidadoso tono hace que mis dedos se crispen—. ¿Es así como lo llamamos?

—Algunos nos sentimos apasionados por nuestro trabajo —digo, enderezando una pila de papeles que no necesita ser enderezada.

Se ríe.

—Claro. Estoy seguro de que tu satisfacción intelectual te mantiene caliente por las noches.

—Bueno, al menos yo no necesito comprar amigos con tarjetas de crédito corporativas y cenas lujosas. Apuesto a que tu idea de una conversación profunda es discutir sobre opciones de acciones —suelto, abandonando el profesionalismo.

—¿Comprar amigos? —Niega con la cabeza, su propia ira aumentando—. Eso es gracioso viniendo de alguien cuya relación más cercana es probablemente con un microscopio. ¿Le pones nombre a tus placas de Petri?

—Al menos los microscopios no se van por la mañana —murmuro, apartándome de él—. Y para tu información, solo nombro a los especiales.

Me dirijo hacia mi estación de trabajo, necesitando poner algo de distancia entre nosotros. De repente, el laboratorio se vuelve demasiado pequeño, demasiado estrecho, con su abrumadora presencia llenando cada rincón.

—Espera —dice, su voz diferente—. ¿Realmente vives aquí? Por favor, dime que esa no es tu cama.

Me quedo helada, dándome cuenta de que ha visto el catre que mantengo escondido detrás de algunas cajas. Malditos sean sus ojos observadores. Mis hombros se tensan mientras le doy la espalda.

—Es solo para siestas rápidas. A veces, los avances ocurren a las 3 de la mañana. No es que tú entiendas el concepto de un avance que no implique márgenes de beneficio.

—¿Avances? ¿O esconderte del hecho de que no tienes nada más en tu vida?

Sus palabras tocan una fibra sensible, y me doy la vuelta, la furia luchando con el

conocimiento de que necesito este trato. Lo necesito a él. Profesionalmente, por supuesto.

—La ciencia es mi vida. No todos necesitamos fiestas de cóctel y múltiples parejas para sentirnos realizados. Algunos nos preocupamos por marcar la diferencia en el mundo.

En el momento en que las palabras salen de mi boca, quiero recuperarlas. *Estúpida, estúpida, estúpida*. Ahí van meses de financiación para la investigación. Pero su presencia hace que mi piel se erice, mi autocontrol habitual fracturándose bajo esa mirada azul penetrante.

Su ira parece desinflarse, reemplazada por algo que se parece sospechosamente a la lástima. Solo alimenta mi rabia. ¿Cómo se atreve a sentir lástima por mí?

—Hay todo un mundo fuera de estas paredes, Dra. James —dice—. ¿No quieres experimentarlo?

La advertencia de la Dra. Kim resuena en mi cabeza. *Sé amable. Muéstrale el proyecto. Nuestra financiación depende de esto*. En su lugar, me escucho decir:

—¿Por qué? ¿Para poder conocer a más personas como tú? No, gracias. Prefiero la compañía de personas con almas de verdad.

Mis palabras dan en el blanco. Su mandíbula se tensa, sus ojos brillan. Que Dios me ayude, pero la ira lo hace aún más atractivo. El pensamiento solo enciende aún más mi temperamento.

—¿Sabes cuál es tu problema? —espeta, su voz elevándose—. ¡Estás tan asustada de la vida que te has encerrado en este laboratorio mucho antes de que cualquier confinamiento te obligara a hacerlo!

La acusación cala más hondo de lo que me gustaría admitir, pero me niego a ceder. Incluso cuando una voz grita en mi cabeza que me detenga, que me disculpe, que salve el proyecto, no puedo evitarlo.

—Y tú estás tan aterrorizado de cualquier cosa real que te escondes detrás de salas de juntas y números, alejando a la gente. ¿Cuándo fue la última vez que dejaste entrar a alguien? ¿Realmente entrar? —Los blogs de chismes que definitivamente no leo pasan por mi mente: tres galas benéficas en el último año, tres citas diferentes, nunca la misma mujer dos veces. No es que haya estado llevando la cuenta—. No veo a nadie en tu vida por quien te preocupes lo suficiente como para mantener cerca. Y no, la familia no cuenta.

—No sabes ni la primera cosa sobre mí o mi vida —grita en respuesta—. Eres tan rápida para juzgar basándote en alguna noción preconcebida de quién soy. ¿Alguna vez has considerado que podría tener novia?

—¿La tienes? —La pregunta sale más suave de lo que pretendía, traicionando más interés del que quiero mostrar. Odio que mi corazón se acelere esperando su respuesta.

—No. Pero ese no es el punto.

—Oh, lo siento —digo, con la voz goteando sarcasmo—. ¿Herí los sentimientos del multimillonario? ¿Debería llamar a tu ejército de abogados? ¿O quizás a tu equipo de relaciones públicas para convertir esto en una conmovedora historia sobre el incomprendido chico rico?

—Eres imposible —gruñe, dando un paso más cerca de mí—. ¿Practicas ser tan irritante, o te sale de forma natural?

—Es un don —respondo, negándome a retroceder—. Al igual que tu don para ser un pomposo y exagerado fanfarrón.

Ahora estamos frente a frente, mirándonos fijamente. Sus ojos, de un azul tormentoso, salpicados de algo más oscuro, se clavan en los míos, desafiándome a apartar la mirada.

Ese aroma, irritantemente embriagador, todo especias ricas y madera de cedro, me envuelve, haciendo imposible pensar con claridad. Mi pulso se acelera a pesar de mí misma, mi respiración se vuelve más rápida, igualando los latidos en mi pecho. Incluso ahora, cuando está siendo un

arrogante imbecil, huele como la tentación misma.

—Creo que estás celosa. Celosa de que algunos podamos tener tanto una carrera exitosa como una vida personal satisfactoria. —Su voz se vuelve más baja, más íntima—. Debe ser difícil, ser tan brillante y estar tan sola. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita? Mi apuesta es que nunca.

Una oleada de ira ardiente hierve en mí, destruyendo todos los pensamientos sobre financiación y consecuencias profesionales. Mi cuerpo se mueve antes de que mi cerebro pueda alcanzarlo.

—Tú, arrogante, presuntuoso...

Mi brazo se balancea en un amplio arco, con la intención de empujarlo. En su lugar, mi mano golpea algo duro, seguido de un chasquido agudo. Un sonido sibilante llena el aire, y mi estómago se hunde cuando me doy cuenta de lo que he hecho.

El agua cae en cascada desde arriba, el sistema de rociadores del laboratorio erupciona en un torrente. El frío impacto me golpea, y jadeo mientras empapa mi bata de laboratorio, la tela pegándose a mi piel en segundos.

Liam me atrae hacia él, envolviéndome en el calor de su cuerpo mientras el agua cae a nuestro alrededor. El frío salpica contra nosotros, pero su abrazo me protege de lo peor.

Se quita la chaqueta, sosteniéndola en alto sobre mi cabeza para bloquear el implacable rocío.

Nos quedamos inmóviles, nuestras respiraciones rápidas en perfecta sincronía, nuestros pechos subiendo y bajando uno contra el otro.

Nuestros ojos se encuentran, y una sacudida me atraviesa, eléctrica e inesperada. Mi boca se abre, una respuesta sarcástica lista, pero las palabras mueren en mi lengua.

Permanecemos congelados en este extraño cuadro, con el agua cayendo en cascada a nuestro alrededor. La camisa blanca de Liam, ahora translúcida, se adhiere a los contornos de su pecho. Su cabello, normalmente tan perfecto, cuelga en mechones mojados enmarcando su rostro. Cada punto donde nuestros cuerpos se tocan se siente como un cable electrificado, enviando chispas a través de mi piel.

Sus ojos sostienen los míos. La intensidad en ellos me toma por sorpresa, haciendo que mi corazón se acelere por razones que no quiero examinar.

—Bueno —logro decir, con la voz inestable—, espero que no tuvieras planes de volver a usar ese traje. Aunque seguro tienes un armario lleno de trajes idénticos, ¿verdad?

Liam permanece en silencio, sus ojos recorriendo mi rostro, buscando algo. El peso de su mirada me hace querer retorcerme, pero me mantengo quieta, sin querer romper el hechizo que ha caído sobre nosotros.

Los aspersores continúan su implacable lluvia, pero nos quedamos inmóviles, atrapados en este momento. La transición de la ira a... esto, sea lo que sea, me deja tambaleando.

—Si querías refrescarte —dice—, podrías haberlo dicho simplemente. No hacía falta tanto dramatismo.



ALERIA

Mi corazón retumba en mi pecho, un ritmo staccato que coincide con el lento goteo del agua que se acumula a nuestro alrededor mientras los aspersores finalmente se detienen con un borboteo.

Oh no. No, no, no. Esto no es atracción. No puede serlo. Es solo proximidad y adrenalina. Y posiblemente un golpe de calor. Sí, definitivamente un golpe de calor. *¿Se puede sufrir un golpe de calor en un laboratorio?*

Intento apartar mi cabello empapado de mi rostro, solo para enredar mis dedos en los rizos salvajes. Genial. Ahora probablemente parezco un caniche ahogado. Liam, por otro lado, parece haber dominado el arte de verse bien mientras está empapado.

Su camisa cara se le pega en todos los lugares correctos, como una especie de prenda de moda vanguardista. No es justo.

—Bueno —suelto, apuntando a sonar sarcástica, pero aterrizando en algún punto entre chillona y nerviosa—, espero que estés contento. Ahora has dejado tu marca en mi laboratorio. Literalmente. Con agua. Por todas partes.

Suave, Aleria. Muy suave.

Liam arquea una ceja.

—Si mal no recuerdo, tú fuiste quien activó los aspersores.

—Solo por tu culpa.

Los labios de Liam se curvan en una sonrisa burlona que envía a mi estómago a una serie de complicadas rutinas gimnásticas.

—Créeme, Dra. James, si estuviera tratando de dejar mi marca, lo sabrías.

¿Eso fue coqueteo? No, imposible. Probablemente usa ese tono para pedir café. O para hablar con sus plantas de interior.

—Sabes —dice Liam, pasándose una mano por el cabello mojado de una manera que debería ser ilegal—, la mayoría de la gente estaría ansiosa por irse después de quedar atrapada y empapada.

Resoplo, un sonido muy poco digno que me hace estremecer.

—Bueno, la mayoría de la gente no tiene investigaciones que salvar —replico, volviéndome hacia mi estación de trabajo para ocultar el rubor que sube por mis mejillas—. Pero por favor, no

dejes que te retenga de tu emocionante vida de lo que sea que haces. ¿Contar dinero? ¿Sonreír profesionalmente?

Mientras recojo papeles empapados, la puerta del laboratorio se desbloquea con un clic. Mia Chen, mi compañera de laboratorio y mejor amiga, irrumpe.

—Escuché la alarma. ¿Está todo bien? —exclama, su pequeña figura ocupando el umbral—. ¿Qué demonios pasó aquí? —Los ojos de Mia se abren de par en par ante el agua que aún gotea del techo.

—Un pequeño percance con los aspersores —digo, escurriendo mi bata de laboratorio. Luego recuerdo mis modales, o lo que queda de ellos después de este desastre—. Oh. Mia, este es Liam Valeur, CEO de Valeur Tech. Sr. Valeur, esta es la Dra. Mia Chen, mi compañera de laboratorio.

—Y especialista ocasional en control de desastres —añade Mia con una mirada penetrante hacia los aspersores. Sus ojos se mueven entre nosotros, sin duda notando mi cara enrojecida y la postura rígida de Liam—. Aunque aparentemente, me estoy diversificando hacia el control de inundaciones.

Liam ofrece una sonrisa encantadora, de alguna manera luciendo elegante a pesar de estar empapado.

—Dra. Chen. Un placer. —Mira hacia su estación de trabajo al otro lado del laboratorio, donde complejos cálculos cuánticos llenan múltiples pantallas—. He leído sus artículos sobre análisis espectral. Su trabajo es impresionante.

—Gracias —dice Mia, su tono profesional no logra ocultar del todo su sorpresa de que el CEO de Valeur Tech lea artículos de física. Me lanza una mirada que claramente dice que hablaremos de esto más tarde—. ¿Espero que esté bien?

—Estoy perfectamente bien —dice Liam, pero capto la tensión en su voz—. La Dra. James me estaba dando una demostración muy completa de sus sistemas de seguridad.

—Déjeme ir a buscar algunas toallas para ambos.

Liam niega con la cabeza.

—No es necesario. Es solo agua. Me secaré en un momento.

Mia levanta una ceja.

—¿Está seguro? Está empapado.

—No es nada que no pueda manejar —le asegura, esa sonrisa encantadora aún en su lugar—. De verdad, lo prometo. Solo una pequeña ducha.

—Yo definitivamente podría usar una toalla —digo.

Mia me lanza una mirada penetrante, sus ojos oscuros estrechándose detrás de sus elegantes gafas de montura negra, antes de volverse hacia Liam.

—Espero que todo haya sido satisfactorio hasta ahora, a pesar de la ducha inesperada.

—Oh, ha sido interesante —responde Liam, esa sonrisa irritante jugueteando en sus labios.

—Bueno, si por interesante quieres decir completamente empapado —murmuro entre dientes—, entonces sí, ha sido todo un chapuzón.

Los ojos de Mia se dirigen hacia mí, y capto el ligero tic de su ceja mientras intenta mantener su compostura profesional.

—Dra. James —dice a través de una sonrisa forzada—, estoy segura de que podemos rectificar la situación.

Liam, por supuesto, no pierde el ritmo, aumentando esa sonrisa burlona un nivel más.

—Oh, no es necesario, Dra. Chen. Encuentro esto muy *refrescante*.

Pongo los ojos en blanco tan fuerte que prácticamente dan una vuelta alrededor de mi cráneo.

—Cuidado, Mia. Sigue halagándolo así, y pensará que todo el sistema de aspersores del

edificio era parte de su paquete de bienvenida personalizado.

El cabello oscuro de Mia se balancea mientras nos mira del uno al otro. Sus delgados dedos ajustan sus gafas mientras habla.

—Aleria, ¿puedo hablar contigo un momento? ¿En privado?

La sigo hasta la esquina del laboratorio, ya preparándome para la conferencia que sé que se avecina.

—¿Qué demonios estás haciendo? —susurra Mia—. ¿Tienes idea de cuánto tiempo hemos estado esperando esta oportunidad de inversión? ¿Y ahora los encuentro a los dos empapados y discutiendo como niños en medio de nuestro laboratorio?

Abro la boca para defenderme, pero Mia me interrumpe.

—No, ni siquiera intentes explicarlo. No me importa lo que haya dicho o hecho. Este es Liam Valeur, por el amor de Dios. El hombre que podría salvar o hundir todo nuestro proyecto por sí solo. ¿Y lo estás tratando como si fuera algún chico de fraternidad que derramó cerveza en tu tesis?

La culpa se instala en mí cuando me doy cuenta de cómo debe verse mi comportamiento desde afuera.

—Mia, yo...

—Guárdatelo —me interrumpe—. Intenta actuar como una profesional durante cinco minutos, ¿de acuerdo? Necesitamos que esto funcione. Sabes que LumiVera necesita el dinero. —Toma un respiro profundo, recomponiéndose—. Ahora, voy a ir a controlar los daños. Tú vas a secarte y luego te unirás a nosotros con una sonrisa en tu rostro y sin un solo comentario sarcástico. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza, mi barbilla tocando mi pecho mientras las palabras de Mia calan hondo. El peso de su decepción se asienta sobre mis hombros como una manta de plomo. No es solo mi futuro el que está en juego aquí. También es el de Mia. El de los otros investigadores que trabajan aquí.

Mis dedos juegan con el dobladillo de mi bata de laboratorio empapada, retorciendo la tela como si pudiera exprimir mi vergüenza junto con el agua.

Mientras Mia se vuelve hacia Liam, su voz endulzada con disculpas y encanto profesional, me arriesgo a mirar en su dirección. Un rubor caliente se extiende por mi cuello, pintando mis mejillas de vergüenza.

Tiene razón, por supuesto. He permitido que mis sentimientos personales descarrilen lo que debería haber sido una simple reunión de negocios. Meses de arduo trabajo, noches sin dormir y avances científicos, todo en peligro porque no pude mantener la calma frente a un hombre con un traje caro.

Enderezando los hombros, me prometo hacerlo mejor, ser la profesional que sé que soy.

Mia dice:

—Sr. Valeur, le pido sinceras disculpas por este desafortunado incidente. Tal vez podríamos volver a centrar nuestra atención en el proyecto ASTRA. Creo que encontrará los detalles bastante convincentes.

—No hay necesidad de disculparse, Dra. Chen. Lo entiendo perfectamente. La Dra. James aquí pensó que el laboratorio necesitaba una buena limpieza —dice Liam, su tono ligero, pero con un toque de desafío que me pone los pelos de punta.

Sus ojos se encuentran con los míos, desafiándome a responder, y mi promesa recién hecha se desmorona como un castillo de arena en un tsunami. Las palabras brotan antes de que pueda detenerlas.

—Oh, eso es muy gracioso viniendo de ti, señor Valoro-Más-Mi-Cuenta-Bancaria-Que-Las-Emociones-Humanas —espeto, años de dolor burbujeando a la superficie—. Dime, ¿calculas el retorno de inversión en cada relación o solo en las que planeas descartar?

—Aleria —susurra Mia, sus ojos abiertos de alarma. Tira de mi bata de laboratorio, tratando de hacerme retroceder, pero me sacudo su mano.

Liam, imperturbable, se vuelve hacia Mia. Su comportamiento cambia, el encanto emanando de cada poro mientras aumenta su carisma al máximo. Es como ver a un encantador de serpientes trabajar, y odio lo efectivo que es.

—Dra. Chen, tal vez pueda ayudar a resolver algo. Conoce bien a la Dra. James, ¿verdad?

Los ojos de Mia van de uno a otro, como si prefiriera estar en cualquier otro lugar. Posiblemente en Marte.

—Yo... eh... supongo —balbucea.

—Entonces quizás pueda decirme si siempre está tan gruñona o si es solo mi encantadora presencia la que saca eso de ella.

—¿Gruñona? —escupo, mi voz elevándose a pesar de mis mejores esfuerzos por mantener la calma—. No estoy gruñona.

Mia hace una mueca, pero estoy demasiado enfadada para que me importe. Las palabras salen de mí, alimentadas por la frustración y la necesidad de demostrar que está equivocado.

—Algunos tenemos trabajos de verdad, Valeur. No todos podemos irnos a Mónaco por capricho o dar fiestas por diversión. Pero por favor, dame lecciones de modales sociales desde tu jet privado.

Mia se aclara la garganta.

—Aleria, tal vez deberíamos centrarnos en la presentación de ASTRA...

—Tienes razón —interrumpe Liam, su voz calmada—. Algunas personas trabajan. Otras... —Sus ojos se desvían hacia mi catre de emergencia—. Viven en el trabajo. Hay una diferencia.

—¡Muy bien! —Mia se interpone entre nosotros, su sonrisa tensa—. Sr. Valeur, ¿le gustaría ver nuestros últimos resultados de las pruebas? Son bastante prometedores.

La forma en que me mira, todo poder controlado y desafiante, hace que mi piel hormiguee.

—Al menos estoy haciendo algo significativo con mi vida. No solo dando fiestas para impresionar a socialités superficiales.

—Aleria —advierte Mia, pero su voz parece distante. El aire entre Liam y yo se siente cargado, eléctrico.

Hago una pausa, una sonrisa cruel tirando de mis labios.

—Dime, Liam, ¿sigues huyendo en el momento en que las cosas se ponen serias?

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, afiladas y venenosas. Las veo llegar y observo cómo la mandíbula de Liam se tensa y sus ojos destellan con algo que parece dolor. Por un momento, quiero retractarme. Pero luego recuerdo todas las noches que lloré, todos los años que pasé tratando de demostrar mi valor, y el arrepentimiento se evapora.

—Crees que me has descifrado por completo, ¿no? —Se acerca más, y el laboratorio se siente demasiado pequeño, demasiado cálido—. Debe ser agradable estar allí en tu pedestal moral. Dime, ¿cuándo fue la última vez que siquiera tuviste una cita?

—No es que no pueda conseguir citas —respondo bruscamente, mi pulso acelerándose por su proximidad—. Elijo no tenerlas.

—Eh, ¿chicos? —La voz de Mia apenas se registra—. ¿Los rociadores? ¿La financiación? ¿Alguien?

Los ojos de Liam se estrechan, una sonrisa jugueteando en las comisuras de su boca.

—Sí, claro —se burla, su voz baja y desafiante—. Apuesto a que no podrías conseguir una cita ni aunque tu vida dependiera de ello.

—¿Te atreves a apostar, Valeur? —El desafío sale de mis labios antes de que pueda detenerlo. Mi corazón late con fuerza mientras sus ojos se oscurecen, y capto el aroma de esa enloquecedora colonia.

—¿Estás sugiriendo una apuesta, Dra. James? —Su voz baja aún más, enviando escalofríos por mi columna.

—Estoy sugiriendo que estás lleno palabrería. —Levanto la barbilla, encontrando su mirada. Ahora estamos demasiado cerca, la tensión entre nosotros lo suficientemente espesa como para cortarla.

—Oh, Dios —murmura Mia desde algún lugar detrás de nosotros—. Estoy viendo un accidente de coche en cámara lenta.

—Nombra tus términos —dice él, y en algún lugar en el fondo de mi mente sé que debería detenerme, debería pensar en la financiación, en mi investigación, en cualquier cosa excepto en la forma en que sus ojos brillan con desafío.

—¿Están coqueteando? —pregunta Mia—. ¿O intentando matarse mutuamente?

—¡No estamos coqueteando! —espetamos al unísono, volviéndonos para mirarla con furia.

—Bueno, entonces. —Mia levanta las manos, retrocediendo—. ¿Debería llamar a la policía?

Pero ya nos hemos vuelto el uno hacia el otro, el desafío crepitando entre nosotros.

La brusca inhalación de Mia corta la tensión. La miro, viendo sus ojos agrandarse en una mezcla de shock y... ¿Es eso emoción?

—Saben —dice, con un brillo en los ojos—, si van a hacerlo, hay un evento de citas rápidas mañana por la noche en The Red Door.

Liam y yo nos volvemos para mirarla fijamente. Ella se encoge de hombros, un ligero rubor coloreando sus mejillas.

—¿Qué? —pregunta—. Voy a veces. Intenta navegar por la escena de las citas estos días sin un poco de ayuda.

Abro la boca para responder, pero Liam se me adelanta. Asiente, con una mirada calculadora en sus ojos.

—Perfecto —dice, con una voz suave como la seda, pero con un tono desafiante—. Bien, entonces, Dra. James. Apostemos a ver quién consigue más citas. A menos que, claro, tengas miedo.

Una oleada de emoción mezclada con aprensión me recorre. Una parte de mi cerebro me grita que me eche atrás, que recuerde con quién estoy tratando. Pero la parte más grande, la que ha estado ansiosa por un desafío, algo que rompa la monotonía de mi vida cerrada y controlada, surge hacia adelante.

—Yo fui quien lo sugirió, ¿recuerdas? —digo, levantando la barbilla de nuevo—. Pero difícilmente sería una competencia justa. Eres multimillonario. Tu billetera hará todo el trabajo por ti.

—Y tú eres mujer —contraataca Liam—. Créeme, tienes la ventaja. Los hombres son fáciles.

Pongo los ojos en blanco con tanta fuerza que me sorprende que no se me caigan de la cabeza.

—Vaya, ¿machista, no?

Liam sonrío.

—Nadie me reconocerá. No salgo en las noticias como mi hermano. La única vez que mostraron mi cara fue cuando asumí como director ejecutivo. Incluso entonces, fue algo

pasajero.

Arqueo una ceja, negándome a dejar que se vuelva demasiado presumido.

—Tu apellido es reconocible, Valeur. Una búsqueda en Google y se acabó el juego, incluso para aquellos que han estado viviendo bajo una roca.

Mia interviene.

—Solo nombres de pila, gente. Esa es la regla en The Red Door. Sin apellidos, sin profesiones. Solo una hoja en blanco.

Liam me lanza una mirada que hace que mi corazón se acelere.

—¿Ves? Perfecto. Solo tú, yo y la cacería. Sin muletas en las que apoyarnos. ¿Crees que puedas manejarlo?

Entrecierro los ojos, con una chispa de competitividad encendiéndose en mí.

—Oh, puedo manejarlo. La pregunta es, ¿puedes tú? ¿O tienes miedo de que te supere?

Liam se inclina hacia atrás.

—¿Miedo? En absoluto. De hecho, estoy ansioso por mostrarte lo que sucede cuando no tengo que jugar la carta del multimillonario. Puedo ser muy persuasivo.

No puedo evitar el calor que sube a mis mejillas, pero no me echo atrás.

—Hablas mucho, Sr. Valeur. Veamos si puedes respaldarlo.

—Oh, no te preocupes —dice, bajando la voz a un murmullo sugestivo—, siempre termino lo que empiezo.

¿Por qué siento que acabo de hacer un trato con el diablo?

Un diablo muy atractivo.

¡No! ¡Detente, Cerebro!

—Muy bien, Valeur —digo, cruzando los brazos—. Si vamos a hacer esto, necesitamos establecer algunas reglas básicas. Hagamos que sea una pelea justa.

Él levanta una ceja, con una sonrisa juguetona en los labios.

—Soy todo oídos, Dra. James. ¿Qué tenías en mente?

—Primero —comienzo, enumerando los puntos con los dedos—, nada de alardear con tu tarjeta de platino o prometer viajes en jet privado a cambio de una cita.

Él asiente.

—Ya acordamos eso. Y tú no puedes usar tus conexiones académicas o prometer visitas al laboratorio para impresionar a tus citas.

—Ja, ja —finjo una risa—. Segundo, no podemos contarles a nuestras citas sobre esta apuesta. Esto no es un concurso de televisión donde se compite por un premio.

La sonrisa de Liam se ensancha.

—De acuerdo. No queríamos que pensarán que no estamos interesados en sus encantos.

Pongo los ojos en blanco, pero continúo.

—Tercero, nada de pagar por las citas o contratar acompañantes. Estamos probando nuestras habilidades reales para las citas, no nuestra capacidad de abrir una billetera.

—Obviamente —se burla Liam—. No necesito pagar por compañía, Dra. James.

—Cuarto —continuo, ignorando su comentario—, tenemos que encontrar citas fuera de nuestros círculos sociales habituales. Nada de invitar a alguien que ya conozcas o con quien tengas conexiones.

Liam asiente, sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Algo más?

Respiro hondo, preparándome para el término final y más crucial.

—El perdedor tiene que hacer algo que el ganador pida. Sin hacer preguntas.

Sus ojos se ensanchan, con un destello de intriga brillando en sus profundidades azules.

—Interesante. ¿Algún límite en esta... petición?

—Dentro de lo razonable y los límites legales, por supuesto —aclaro, dándome cuenta del peligro potencial de una cláusula tan abierta. Pero podría hacer que pagara por mi investigación. Ayudar a Mia. Invertir en mi laboratorio sin preocuparme por el alquiler. Es un sueño.

—Por supuesto —repite él, con voz baja.

—¿Están seguros de esto? —Mia, que ha estado observando nuestro intercambio como una espectadora en un partido de tenis, finalmente habla—. Parece arriesgado.

Capto mi reflejo en uno de los armarios de cristal del laboratorio. Mi cabello es un desastre, mi ropa está más que húmeda y hay círculos oscuros bajo mis ojos por demasiadas noches en el laboratorio. Pero también hay algo más allí. Una chispa que no he visto en mucho tiempo.

Me vuelvo hacia ella, viendo la preocupación en sus ojos. Pero ya estoy demasiado involucrada como para echarme atrás.

—Estoy segura —digo, con la voz firme a pesar de las mariposas en mi estómago.

Liam extiende su mano, sus ojos desafiándome.

—¿Tenemos un trato, Dra. James?

Su mano flota en el aire entre nosotros, un desafío tácito. El laboratorio queda en silencio, salvo por el goteo constante del agua de nuestra ropa empapada. Mis dedos se contraen a mi lado, una guerra rugiendo en mi interior. Una voz grita precaución, pero otra, más fuerte, exige acción.

Con una inspiración brusca, levanto la barbilla. Nuestras palmas se encuentran, su piel cálida y seca contra mi mano aún húmeda. Una sacudida sube por mi brazo, recordando la chispa anterior cuando chocamos.

—Trato hecho —Las palabras escapan de mis labios, más firmes de lo que sugeriría el rápido latido de mi corazón.

Nuestras miradas se encuentran, una batalla silenciosa de voluntades. Ninguno de los dos rompe el apretón de manos, cada uno esperando que el otro ceda primero.

Los pensamientos giran como una centrífuga a alta velocidad. *¿En qué me acabo de meter?* La magnitud de esta apuesta es enorme, una ola de potenciales consecuencias. Sin embargo, bajo la aprensión, una sensación diferente burbujea.

Emoción. Una oportunidad de demostrar que Liam Valeur está equivocado, de hacer añicos su arrogante certeza. La emoción del desafío corre por mis venas, ahogando los susurros de duda.

Que empiece el juego, Valeur. Que empiece el juego.

Cuatro

LIAM

—Damas y caballeros, ¡bienvenidos a las Citas Rápidas de Red Door! Esta noche, conocerán a quince posibles parejas. Tendrán siete minutos con cada persona. Cuando escuchen la campana, será hora de pasar a la siguiente mesa. Recuerden, sean ustedes mismos, diviértanse, y ¿quién sabe? ¡Podrían encontrar a su alma gemela!

Un murmullo llena la sala tenuemente iluminada, salpicado por alguna risa nerviosa ocasional o el tintineo de copas. Me ajusto la corbata por enésima vez, sintiéndome fuera de lugar con mi traje a medida en medio de un mar de ropa casual. El olor a perfume barato y desesperación flota en el aire, haciéndome preguntarme, no por primera vez esta noche, en qué me he metido.

The Red Door, a pesar de su nombre provocativo, es un local poco destacable. Mesas circulares están dispersas por todo el espacio, cada una adornada con un pequeño jarrón que contiene una sola rosa ligeramente marchita. Es un triste intento de romanticismo que solo sirve para resaltar la artificialidad de toda esta situación.

Escaneo la sala, mis ojos se posan en una masa familiar de rizos. Aleria está sentada en la mesa siete, jugueteando con su camisa. Nuestras miradas se cruzan por un momento antes de que yo desvíe la vista.

Suena una campana, su tono agudo corta el murmullo de la conversación. La anfitriona, una mujer menuda con una sonrisa demasiado brillante, aplaude para llamar la atención de todos.

Tomo asiento en la mesa nueve. La primera ronda está a punto de comenzar, y plasmo mi sonrisa más encantadora mientras una mujer con el pelo rojo vibrante y demasiado maquillaje en los ojos se acomoda en la silla frente a mí.

—Hola, soy Stacy —ronronea, inclinándose hacia adelante para darme una buena vista de su amplio escote.

—Liam —respondo, tratando de mantener mis ojos en su rostro—. Entonces, Stacy, ¿qué te gusta hacer para divertirse?

Sus ojos se iluminan de una manera que hace sonar alarmas en mi cabeza.

—Oh, tengo el pasatiempo más fascinante —dice, bajando su voz a un susurro conspirador—. Crío serpientes.

—Eso es... interesante. ¿Qué tipo de serpientes?

Stacy se inclina aún más cerca, su aliento caliente contra mi oreja.

—De todo tipo. Pero mis favoritas son las grandes. No hay nada como la sensación de una serpiente deslizándose por tu piel mientras estás en la cama.

Me atraganto con mi bebida, apenas evitando escupírsela encima.

—Disculpa. ¿Qué?

Ella se ríe, ajena a mi incomodidad.

—Oh, sí, es tan sensual. No te preocupes. Te presentaré a mis bebés muy pronto. ¿Alguna vez has tenido sexo con una serpiente a tu alrededor?

—No. —Y no tengo intención de hacerlo, muchas gracias.

La campana suena, terminando nuestro encuentro. Hago una nota mental de evitar a Stacy a toda costa mientras me muevo a la siguiente mesa, mi mente dando vueltas por la extraña interacción.

Las siguientes rondas pasan en un borrón de charla incómoda y risas forzadas. Está Karen, una mujer de mediana edad con un corte de pelo severo y una expresión aún más severa. Pasa nuestros siete minutos enteros despotricando sobre su ex marido, su voz aumentando de tono con cada agravio que relata. Asiento con la cabeza, buscando una manera de dirigir la conversación en cualquier otra dirección.

Luego está Tillie, una mujer musculosa cuya camiseta ajustada parece estar a punto de desintegrarse con una flexión más. No parece poder formar una frase sin mencionar su régimen de CrossFit o su ingesta de proteínas. Al final de nuestro tiempo, sé más sobre los beneficios de las dietas cetogénicas de lo que jamás quise saber.

Melissa parece bastante agradable al principio. Es maestra de jardín de infantes con una voz suave y ojos amables. Charlamos sobre nuestros libros favoritos de la infancia, y pienso que tal vez esta noche no es un desastre total. Eso es hasta que menciona su creencia de que la Tierra es plana. Paso el resto de nuestro tiempo tratando de determinar si está bromeando. No lo está.

Justo cuando estoy perdiendo la esperanza, contemplando la posibilidad de escabullirme durante el próximo descanso, conozco a Sofia. Es una enfermera pediátrica con cálidos ojos marrones y una suave sonrisa que me pone a gusto. Charlamos sobre nuestros libros favoritos y destinos de viaje, descubriendo un amor compartido por novelas de ciencia ficción oscuras y aventuras fuera de lo común.

—Una vez pasé una semana en un pequeño pueblo en las montañas de Perú —dice Sofia, sus ojos iluminándose con el recuerdo—. Las estrellas en la noche eran diferentes a todo lo que he visto.

Me inclino hacia adelante, interesado.

—Eso suena increíble. Siempre he querido visitar Perú. ¿Hiciste el Camino del Inca?

Ella niega con la cabeza.

—Esa vez no. Pero está en mi lista de cosas por hacer. ¿Has viajado mucho?

Pasamos el resto de nuestro tiempo intercambiando historias de viajes y recomendaciones. Por primera vez en la noche, me siento decepcionado cuando suena la campana, señalando el final de nuestra ronda.

Mientras me muevo a la siguiente mesa, mis ojos se encuentran con un conocido par de ojos color avellana. Aleria está sentada frente a mí, sus rizos salvajes aún más despeinados que la última vez, como si hubiera estado pasando sus manos por ellos toda la noche. Tiene una mancha en la barbilla, y lleva una blusa que estoy bastante seguro está al revés. A pesar de todo esto, o quizás por ello, noto cómo la suave iluminación resalta las motas doradas en sus ojos. Cuán delicada es.

Ambos nos giramos hacia la anfitriona, protestas formándose en nuestros labios.

—Nos conocemos, no podemos... —dice Aleria.

—Conocéis las reglas —dice la anfitriona, su tono no admite discusión—. No se puede saltar. Tenéis siete minutos. Usadlos.

El silencio entre nosotros se extiende, espeso y opresivo. Los dedos de Aleria bailan a lo largo del dobladillo de su camisa, retorciendo y acomodando la tela. Sus ojos recorren la habitación, posándose en todas partes menos en mí. Abro la boca, luego la cierro, las palabras evaporándose en mi lengua. Mi mente, usualmente una máquina bien engrasada de comentarios ingeniosos y estrategias de negocios, se detiene en seco.

Soy Liam Valeur, por el amor de Dios. Negocio acuerdos multimillonarios durante el desayuno. ¿Por qué no puedo hilvanar una simple frase frente a esta científica despeinada?

—Entonces —dice ella, su voz tensa—, ¿cómo ha ido tu noche?

No puedo evitar reírme.

—Bueno, he aprendido más sobre serpientes de lo que jamás quise saber, escuché la historia exhaustiva del matrimonio fallido de Karen, y descubrí que la tierra es plana. ¿Qué tal tú?

Una sonrisa tira de las comisuras de su boca.

—Un tipo intentó convencerme de que la física cuántica es una conspiración del gobierno para ocultar la verdad sobre los secuestros alienígenas.

Ambos estallamos en carcajadas, lo absurdo de la situación rompiendo nuestra habitual hostilidad. Es extraño ver a Aleria así: relajada, sonriendo, con la guardia baja.

—Oh, pero la mejor —digo, secándome las lágrimas de los ojos—, fue la mujer que me dijo que mis calcetines vintage de coches eran, y cito textualmente, “un crimen contra la moda y la humanidad”.

Los ojos de Aleria se abren de par en par.

—¿Llevas calcetines de coches?

Asiento con la cabeza, levantando el pantalón para revelar los coloridos coches clásicos que se asoman por encima de mi zapato.

—En realidad son bastante chulos —exclama ella, iluminándosele el rostro con auténtico entusiasmo—. ¿Cómo puede alguien no apreciar los coches clásicos? Yo solía ayudar a mi padre a restaurar... —Se detiene, como si hubiera revelado demasiado.

—¿Trabajabas en coches? —Me inclino hacia adelante, intrigado.

—Mi padre tiene un taller —dice después de un momento, con voz más suave—. Prácticamente crecí allí, vivía en monos de trabajo. Restauramos juntos un precioso Mustang antiguo.

—Nunca supe eso de ti.

—Nunca preguntaste. —Hay un tono cortante en su voz—. Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Yo reconstruí un Camaro del 67 después de la universidad —digo, observando su rostro—. Empecé a trabajar en él justo después de Stanford. Volví loco a mi hermano Lucas con todas las piezas esparcidas por el garaje.

Me detengo, y algo cambia en su expresión.

—¿Un Camaro? —dice, rompiendo el silencio incómodo—. ¿Tú? ¿El señor Informático convertido en CEO?

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Dra. James —digo, haciendo eco de sus palabras, nuestras miradas encontrándose.

El momento se alarga entre nosotros, cargado de palabras no dichas. Entonces ella agita

demasiado la mano durante una explicación sobre especificaciones de motores, y su vaso de agua se vuelca, enviando el líquido helado en cascada sobre mi regazo.

Me levanto de un salto con un grito sobresaltado, sintiendo el impacto del agua fría empapando mis pantalones.

—¡Mierda!

—Oh, Dios, lo siento mucho. —Las palabras de Aleria se apagan mientras agarra un puñado de servilletas y cae de rodillas. Sus manos presionan contra mis muslos, secando la mancha que se extiende.

El mundo se reduce a la presión de sus dedos a través de la tela húmeda. Se me corta la respiración.

—Aleria... —Su nombre escapa de mis labios, apenas audible por encima del bullicio de la sala.

—Déjame limpiar esto —murmura ella, con el ceño fruncido. Su mano se mueve más arriba, dando golpecitos contra mi entrepierna mientras intenta absorber el agua.

Mis músculos se tensan. La sangre me zumba en los oídos.

—Aleria —logro decir, con la voz tensa.

Ella levanta la mirada, sus ojos encontrándose con los míos. Los golpecitos se detienen. Su mirada baja, y luego vuelve a subir rápidamente, abierta de par en par al darse cuenta.

Su rostro se ruboriza intensamente, el color extendiéndose por su cuello y desapareciendo bajo su cuello. Me pregunto hasta dónde llegará ese rubor.

Se pone de pie apresuradamente, golpeando su silla en su prisa. Sus dientes atrapan su labio inferior, mordiéndolo mientras sus manos retuercen las servilletas arrugadas.

—Yo... eh... —dice—, no quise... no estaba...

Esta Aleria nerviosa y torpe está muy lejos de la científica mordaz con la que estoy acostumbrado a discutir. Una extraña calidez florece en mi pecho al verla así.

—Está bien —digo—. No ha pasado nada.

La campana rompe el momento. Aleria se sobresalta, su codo golpeando su vaso de agua. Me lanzo hacia adelante, estabilizándolo antes de que pueda ocurrir otro desastre.

—Deberías... Necesito... —murmura, señalando hacia su silla.

Asiento, sin confiar en mi capacidad para hablar. Mientras me muevo hacia la siguiente mesa, con los pantalones fríos e incómodos, no puedo quitarme de la cabeza la imagen de Aleria de rodillas, mirándome con esos grandes ojos color avellana. Despertó algo en mí, algo peligroso e inesperado.

Apenas registro el sonido de mi silla contra el suelo mientras tomo asiento para la siguiente ronda. Mis ojos, como magnetizados, se desplazan por la sala. Aleria ríe. Echa la cabeza hacia atrás, sus rizos salvajes cayendo sobre sus hombros, rebotando con cada carcajada.

Lo que fuera que tuvimos en la universidad es historia antigua.

Su cita, un hombre de aspecto distinguido con el pelo canoso, se inclina hacia ella. Demasiado cerca. Su sonrisa de autosatisfacción me pone los pelos de punta.

Un tornillo se aprieta alrededor de mi pecho, agudo e inesperado. Inhalo, sorprendido por la intensidad de mi reacción. Mis dedos golpean un ritmo staccato sobre la mesa, una energía inquieta que busca una salida. Los obligo a quedarse quietos, agarrando el borde de la mesa.

—Ejem. —El carraspeo intencionado devuelve mi atención a mi mesa. La mujer frente a mí arquea una ceja, claramente poco impresionada por mi atención errante.

Me fuerzo a sonreír, sintiendo la expresión frágil y falsa.

—Oh, hola. Soy Liam, encantado de conocerte.

Sigo el flujo de la conversación, asintiendo y respondiendo a intervalos. Pero mi atención se fractura, dividiéndose entre la mujer frente a mí y la escena que se desarrolla en la mesa siete. Cada mirada en dirección a Aleria retuerce el cuchillo en mi pecho, una sensación tan indeseada como desconcertante.

Cuando el evento termina, nos reunimos para marcar nuestras elecciones. Rodeo dos nombres en mi tarjeta: Sofia, la enfermera pediátrica, y Emily, una profesora de literatura con la que había conectado en una de las últimas rondas.

—¿Qué tal te fue? —pregunta Aleria mientras entregamos nuestras tarjetas.

—Dos coincidencias —respondo—. ¿Y a ti?

Ella sonríe.

—Lo mismo. Parece que estamos empatados.

Recogemos la información de nuestras parejas y salimos al frío aire nocturno. La calle está tranquila, un fuerte contraste con el caos del evento de citas rápidas. El letrero de neón de The Red Door proyecta un suave resplandor rosado sobre la acera.

—¿Y ahora qué? —pregunto—. Es un empate.

El ceño de Aleria se frunce pensativa, un mechón de pelo cayendo sobre su rostro. Se lo coloca detrás de la oreja mientras piensa.

—Bueno, conseguir coincidencias es fácil. Tener una relación es la parte difícil. —Sus ojos se iluminan—. Necesitamos apostar sobre quién puede salir con alguien sin romper. Digamos, ¿durante un mes?

Doy vueltas a la idea en mi mente, sopesando cada ángulo como un jugador de Go considerando su próximo movimiento. Una lenta sonrisa se extiende por mi rostro, la emoción de la competencia encendiéndose en mis venas. Mientras me inclino para responder, el aroma de Aleria, una mezcla de café, rosas y miel, me toma por sorpresa. Vacilo por un momento, distraído por el repentino impulso de inclinarme aún más cerca.

Sacudiéndome el pensamiento inesperado, me obligo a concentrarme.

—Tienes razón —concedo, con la voz más ronca de lo que pretendía—. Cualquiera puede conseguir una cita. El verdadero desafío está en mantener el interés.

Golpeo los dedos contra mi barbilla, un plan cristalizándose, incluso mientras mi mirada se desvía hacia la forma en que Aleria se muerde el labio inferior en concentración. El fuego competitivo que siempre ardía entre nosotros cobra vida. Una lenta sonrisa depredadora se extiende por mi rostro. Esto es perfecto: no solo puedo probarme ante Aleria, sino que también puedo acabar con los incesantes intentos de Cora de emparejarme con sus amigas. Matar dos pájaros de un tiro.

—Ya lo tengo. Hay una fiesta de Halloween que organizaré dentro de seis semanas. Empleados y amigos. —Clavo mis ojos en los suyos, consciente de las motas doradas en sus iris color avellana. Mi voz baja a un susurro conspiratorio—. Subamos la apuesta. Quien logre mantener a su pareja lo suficientemente interesada para que asista como su acompañante gana la apuesta.

Los ojos de Aleria se entrecierran, con un brillo competitivo que iguala al mío.

—¿Seis semanas? Eso es bastante compromiso, Valeur. ¿Seguro que estás a la altura?

Me burlo, respondiendo a la provocación.

—Por favor. Podría encantar hasta a una estatua. La pregunta es, ¿puedes manejarlo, Dra. James? ¿O estarás demasiado ocupada recitando la tabla periódica a tu cita?

Ella se inclina, imitando mi postura. Su aroma flota entre nosotros.

—Oh, puedo manejarlo. Prepárate para tragarte tus palabras, Valeur. Y tal vez invierte en

algunas frases de ligue mejores que "podría encantar hasta a una estatua".

—Trato hecho —insisto, luchando por mantener la compostura—. Pero no lo hagamos demasiado fácil. Cuatro citas como mínimo antes de la fiesta. Necesitamos demostrar que podemos llegar a conocer a estas personas, no solo encantarlas por una noche.

Extiendo mi mano, un desafío claro en mi postura, incluso mientras lucho con la confusa mezcla de competitividad y atracción que se arremolina dentro de mí.

—Entonces, Dra. James, ¿tenemos un trato? ¿O te preocupa no poder manejar un mes y medio de interacción humana real?

La comisura de la boca de Aleria se contrae, luchando contra una sonrisa. Agarra mi mano, el contacto enviando una descarga eléctrica por mi brazo, mucho más fuerte de lo que debería.

—Oh, está hecho, Valeur. Prepárate para tragarte tus palabras y probablemente un tazón entero de maíz dulce en esa fiesta. Solo.

Aleria vacila por un momento, un destello de preocupación cruzando su rostro.

—Espera. ¿Qué hay de la asociación? ¿La financiación?

—Eso ya está resuelto —digo, suavizando mi tono—. Firmé los papeles con la Dra. Kim esta mañana. La asociación es un hecho. ASTRA es exactamente lo que Valeur Tech necesita. Así que puedes relajarte en cuanto a eso.

El alivio inunda sus rasgos antes de que se controle, volviendo a una expresión de cuidadosa neutralidad.

—Bien. Entonces no me sentiré mal por aplastarte en esta apuesta.

Cinco

LIAM

En el momento en que Aleria entra en el Whisper Lounge and Bar, sé que estoy en problemas.

Mis dedos se tensan alrededor de mi vaso de whisky mientras examino su aspecto. Lleva algo que parece rescatado de una venta de garaje de los años 50: un vestido floreado que abraza sus curvas en todos los lugares correctos a pesar de lo poco sexy que es su cuello alto y mangas largas.

—Dios mío, James —murmuro, incapaz de apartar la mirada—, ¿saqueaste el departamento de vestuario de *Grease*?

Se ve ridícula. Absolutamente ridícula. Ningún hombre en su sano juicio le daría una segunda mirada. Debería celebrar mi inminente victoria en nuestra pequeña apuesta.

Han pasado cinco días desde que comencé a supervisar el proyecto ASTRA, cinco días buscando excusas para visitar el laboratorio, observándola trabajar con una intensidad que me impresiona y me enfurece a la vez.

Ayer, la pillé programando esta cita en voz baja con alguien llamado Jake. No es que estuviera espiando, simplemente me encontraba revisando especificaciones en una estación de trabajo cercana. Por tercera vez ese día.

Lo inteligente sería dejarla fracasar por sí sola, pero algo me impulsó a presentarme. Solo para asegurar el juego limpio en nuestra apuesta, nada más.

Me termino el resto de mi bebida de un trago, haciéndole una señal al camarero para que me traiga otra. Esta va a ser una noche larga.

El Whisper Lounge hace honor a su nombre. Un suave coro de voces se mezcla con las notas sensuales de un saxofón de jazz. La iluminación es tenue, bañando todo en un cálido resplandor dorado que suaviza los bordes del mundo.

Aleria escanea la sala, sus manos alisando su vestido en un gesto extrañamente entrañable. Observo cómo se dirige al bar, posándose en un taburete y pidiendo lo que parece ser un gin tonic. Sus ojos recorren la habitación y, por un momento, creo que me ha visto. Agacho la cabeza, fingiendo estar fascinado por el posavasos bajo mi bebida. Sus dedos comienzan a golpear contra su cadera (tap, tap, tap) el mismo ritmo nervioso que solía marcar en sus libros de texto antes de los exámenes. Algunas cosas nunca cambian.

¿Cuántas veces había calmado esas manos inquietas con las mías?

Cuando levanto la vista de nuevo, siento un nudo en el estómago. Un hombre alto y apuesto con un traje a medida se acerca a Aleria. Jake, supongo.

Se mueve con la confianza de alguien acostumbrado a conseguir lo que quiere. Una inesperada oleada de molestia recorre mi pecho.

—Oh, hola —la voz de Aleria se eleva por encima del bar, con un tono más agudo de lo habitual—. Te ves bien hoy. Me gusta tu... ¿cara? Quiero decir, es simétrica. Eso es bueno para la reproducción. ¡No es que esté pensando en la reproducción!

Me estremezco, seguro de que el hombre hará una rápida retirada. Para mi sorpresa, se ríe, encantado por su torpeza.

—Gracias —responde, con una voz cálida y agradable—. A mí también me gusta mucho tu cara, Aleria.

Un rubor se extiende por las mejillas de Aleria, tiñéndolas de un suave rosa.

—¿Te gustaría sentarte? A menos que no quieras. O que solo estés siendo educado. O que seas un agente encubierto, y todo esto sea parte de una elaborada operación encubierta. No es que piense que estés mintiendo. O que sea paranoica. Solo veo muchas películas de espías. No es que no tenga nada mejor que hacer que ver películas. Hago ciencia. Ciencia real. Con tubos de ensayo y todo. Oh Dios, sigo hablando, ¿verdad?

Jake interrumpe su divagación con una cálida sonrisa.

—Me encantaría sentarme. Pero, ¿qué tal si nos movemos a una mesa? Podría ser más cómodo.

Aleria asiente, con un destello de alivio cruzando su rostro. Salta del taburete.

Observo cómo se abren paso entre la multitud, la mano de Jake flotando en la parte baja de la espalda de Aleria. Se acomodan en un acogedor lugar reservado no muy lejos de donde estoy sentado, sus rodillas tocándose bajo la mesa. El ambiente íntimo hace que apriete la mandíbula, con un músculo palpitando en mi mejilla.

El perfil de Aleria está iluminado por el suave resplandor de la vela de la mesa. Se coloca un rizo rebelde detrás de la oreja. Jake se inclina, diciendo algo que la hace reír, el sonido atravesando la habitación y raspando mis nervios como papel de lija.

Me esfuerzo por escuchar, pero sus voces bajan el volumen mientras se acercan más. ¿Por qué se ríe tanto? Sus chistes no pueden ser tan graciosos. Me termino mi segundo whisky, haciendo una señal para pedir otro. El camarero me mira con preocupación, pero lo descarto con un gesto.

Las manos de Aleria bailan por el aire, puntuando sus palabras con arcos cada vez más amplios. Su codo golpea su gin tonic, haciendo que el vaso se tambalee sobre su base.

Dios, hace eso siempre.

La mano de Jake sale disparada, sus dedos envolviendo la base. El vaso se estabiliza, pero su mano permanece, su pulgar acariciando los nudillos de Aleria.

El vaso cruje en mi agarre. Obligo a mis dedos a relajarse, concentrándome en la fría condensación contra mi palma en lugar del calor que sube por mi pecho.

—Novato —murmuro—. ¿Cómo es que no sale corriendo?

Mi móvil vibra en mi bolsillo, distrayéndome de la escena que se desarrolla al otro lado del bar. El nombre de Ryan parpadea en la pantalla. Típico. Siempre sabe cuando algo anda mal, como si ser mejores amigos viniera con algún tipo de radar. Dudo un momento antes de contestar, saliendo para tener algo de privacidad.

—Hola, tío —la voz de Ryan crepita a través del altavoz—. ¿Estás ocupado?

Me apoyo contra la pared de ladrillo, aflojándome la corbata.

—Solo en un bar. ¿Qué pasa?

—Hablé con Alex antes. —Su tono se agudiza, adoptando ese filo que he escuchado desde que éramos niños escapándonos de la escuela—. Dice que has estado raro últimamente.

—Estoy bien. Me conoces. Siempre caigo de pie.

—Sé que los sentimientos no son lo tuyo, pero está preocupado. Yo también. Somos tus amigos, ¿sabes?

Mi pecho se tensa. Miro por la ventana, vislumbrando a Aleria, riendo de algo que Jake dijo.

—Es... complicado.

—Inténtalo —me desafía Ryan.

Respiro profundamente, sopesando mis palabras.

—No puedo entrar en detalles, pero hay algunos asuntos familiares pesados.

La aguda inhalación de Ryan es audible.

—Para que tú llames a algo pesado, significa que es un infierno. ¿Necesitas algo?

—Solo algo de tiempo para aclarar las cosas —respondo, pasándome una mano por el pelo.

—De acuerdo —dice Ryan—. Pero no nos dejes fuera, ¿vale? Ahora, dime, ¿qué es eso que oigo sobre una apuesta con una compañera de trabajo?

Me río a pesar del peso en mi pecho.

—Alex no puede quedarse callado, ¿eh?

—Suéltalo, Valeur —exige Ryan—. No puedo creer que se lo hayas contado a Alex y no a mí.

Le cuento todo sobre Aleria y nuestra apuesta.

—Así que esta chica Aleria... —el tono de Ryan cambia, volviéndose juguetón—. ¿Está buena?

Resoplo, pero el calor sube a mis mejillas.

—No es... poco atractiva.

—Ajá. —Ryan suena poco convencido—. ¿Y estás espiando su cita porque...?

—Es solo por la apuesta —insisto—. No me gusta perder.

—Claro, claro. —Ryan se ríe—. ¿Qué te parece si reunimos a la pandilla? Haremos una estrategia, idearemos una forma infalible para que ganes esto. Tal vez encontremos un plan que no implique que actúes como un adolescente celoso.

—No estoy celoso —protesto.

—Lo que tú digas, Romeo —se burla Ryan—. Entonces, ¿qué dices? ¿Llamamos a la pandilla?

—¿La pandilla? —repito, con una sonrisa tirando de mis labios. Ha pasado tiempo desde que nos reunimos todos.

—Sí, ya sabes. Yo, tú, Alex, Diego. Como en los viejos tiempos. Buscaremos un día que le venga bien a todos.

Noches largas, risas resonando en las paredes de la habitación, el reconfortante peso de la amistad sin complicaciones. Mis labios se curvan en una sonrisa antes de que pueda evitarlo, y me encuentro asintiendo al teléfono.

—Sí —digo, luego aclaro mi garganta, suavizando el tono ansioso en mi voz—. Quiero decir, claro. Si los horarios de todos coinciden, ¿por qué no?

—Lo organizaré. Y Liam, cuídate amigo. Sea lo que sea que esté pasando con tu familia, recuerda que también tienes amigos.

Cuelgo, sintiéndome de alguna manera más ligero. Me arreglo la corbata y vuelvo adentro.

Aleria y Jake siguen enfrascados en su conversación. Mis ojos se detienen en la forma en que Jake se inclina, un poco demasiado cerca, y la leve vacilación en la sonrisa de Aleria. Es demasiado educada para rechazarlo, demasiado amable para escapar con gracia.

Me detengo junto a ellos, aclarando mi garganta con la fuerza suficiente para llamar su atención.

—¿Aleria? Qué coincidencia —digo, dejando que una cálida sonrisa suavice mis palabras.

Su cabeza se levanta de golpe, y en el momento en que nuestros ojos se encuentran, su sonrisa se desvanece.

—¿Liam? ¿Qué haces aquí?

Jake mira entre nosotros, frunciendo el ceño.

—¿Vosotros os conocéis?

—Desafortunadamente —gruñe Aleria.

Asiento, señalando el asiento vacío junto a Aleria.

—Trabajamos juntos. ¿Os importa si me uno a vosotros un momento? —Sin esperar una respuesta, me deslizo en la silla.

—En realidad, nosotros... —empieza Aleria, pero la interrumpo con una risa despreocupada.

—Solo pasaba por aquí cuando te vi. Pensé en saludar. El mundo es un pañuelo, ¿verdad? — Me giro hacia Jake, ofreciéndole mi mano—. Liam.

Jake estrecha mi mano, su agarre es firme.

—Jake. Un placer conocerte.

—Entonces —continúo, reclinándome—, ¿cómo va vuestra noche?

—Genial, gracias —responde Jake, su tono es cortés pero con un toque de curiosidad.

Aleria me mira con furia, sus mejillas sonrojadas.

—Liam, estoy segura de que tienes mejores cosas que hacer esta noche.

—En realidad no. —Hago una señal a un camarero y pido nuevas bebidas—. Dejadme invitaros unas copas.

—Entonces, ¿te gusta la ciencia? —le pregunta Aleria a Jake, con un toque de desesperación en su voz—. A mí me encanta la ciencia. A veces, hablo con mis experimentos. ¿Es raro? Es raro, ¿verdad?

—Sí —digo yo.

Para mi consternación, Jake no parece desanimado por su excentricidad.

—Creo que es lindo —dice, sonriendo—. Eres apasionada con tu trabajo.

¿Lindo? Está hablando de conversar con placas de Petri. ¿Cómo es que este tipo sigue interesado?

Interrumpo su conversación, insertándome entre ellos con la sutileza de un martillo neumático.

Me inclino, con una sonrisa cómplice extendiéndose por mi rostro.

—Oye, Aleria, ¿recuerdas aquella vez que activaste el cierre de seguridad del laboratorio? ¿Y luego los rociadores? El lugar parecía un parque acuático cuando terminamos.

Los ojos de Aleria se abren de par en par, una mezcla de horror y enojo cruzando su rostro.

—Liam, no creo que...

—¿Nosotros? —interrumpe Jake, levantando las cejas—. ¿Tú también estabas allí?

—Oh, sí —digo arrastrando las palabras, ignorando la mirada penetrante de Aleria—. Ambos estábamos allí. Toda una experiencia, empaparnos juntos, ¿no es así, Aleria?

Las mejillas de Aleria se sonrojan intensamente.

—No fue... Nosotros no... —dice, agitando las manos—. Liam es solo mi jefe.

La mirada de Jake se mueve entre nosotros.

—No soy tu jefe —corrijo, sin poder evitarlo—. Más bien un... socio, ¿no dirías?

—¿Socio? —chilla Aleria, su voz una octava más alta de lo normal—. Quiero decir, sí, pero no así. Trabajamos juntos. Él es más como... como...

Se queda sin palabras, abrumada. Jake se reclina, su sonrisa desvaneciéndose.

—Es complicado —dice Aleria, haciendo una mueca por sus propias palabras.

Observo cómo la expresión de Jake cambia, un toque de duda asomando en sus ojos. La visión debería llenarme de satisfacción, pero un pellizco de culpa roe mi conciencia mientras la obvia incomodidad de Aleria irradia por toda la mesa.

Me giro hacia Jake, mi sonrisa afilada.

—Entonces, Jake, ¿a qué te dedicas? ¿Has estado casado alguna vez? ¿Tienes hijos? ¿Condenas por delitos graves?

Jake parpadea, desconcertado por el rápido interrogatorio.

—Estoy en finanzas, nunca me he casado, no tengo hijos y definitivamente no tengo condenas —responde, con un toque de diversión en su tono—. Es agradable ver que eres un jefe tan involucrado.

La mirada de Aleria podría derretir el acero. Su pie se conecta con mi espinilla bajo la mesa, el dolor agudo atravesando mi pierna.

—Bueno, ha sido esclarecedor —digo, forzando una sonrisa a pesar del dolor palpitante en mi espinilla—. Os dejaré disfrutar de vuestra velada.

Con toda la dignidad que puedo reunir, me dirijo de vuelta al bar, sintiendo los ojos de Aleria clavados en mi espalda todo el camino.

Esto es un desastre. Estoy perdiendo la apuesta. Por eso estoy tan irritado. Obviamente. La única razón por la que estoy aquí, actuando como un niño malcriado.

Los ojos de Aleria brillan en la tenue luz, una suavidad en su expresión que nunca antes había visto. Se coloca un mechón rebelde detrás de la oreja, sus dedos demorándose en su cuello. Jake está pendiente de cada una de sus palabras, su cuerpo inclinado hacia ella como si fuera atraído por una fuerza invisible.

En un último esfuerzo, me acerco a su mesa una vez más, esta vez tambaleándome ligeramente y arrastrando las palabras.

—¡Aleria, querida! ¡Aquí estás! —exclamo—. Dejaste tus... eh... ratas de laboratorio desatendidas. Muy irresponsable.

El rostro de Aleria se ruboriza de mortificación.

—Liam, ¿qué estás haciendo? —Me agarra del brazo, su agarre sorprendentemente fuerte, y me arrastra a un rincón apartado cerca del bar.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —jadea, sus ojos brillando de ira—. Creo que ya es suficiente.

Adopto una expresión inocente.

—Solo estoy disfrutando de una noche fuera, Dra. James. ¿Acaso es un crimen?

—Déjate de tonterías, Liam. Estás intentando sabotear mi cita. ¿Por qué? ¿Es tu ego tan frágil que no puedes soportar la idea de perder nuestra apuesta?

Me burlo, ignorando la culpa que me carcome por dentro.

—¿Sabotear? Creo que estás siendo paranoica. Tal vez la presión de nuestra pequeña apuesta te está afectando.

Las mejillas de Aleria se sonrojan, sus manos se cierran en puños a sus costados.

—Te estás comportando como un niño, interrumpiéndonos, insinuando cosas. Sabía que eras

competitivo, pero esto es ridículo.

Me inclino, bajando la voz.

—¿Competitivo? ¿Yo? Estoy siendo sociable. No es mi culpa si tu cita no puede manejar una pequeña conversación amistosa.

—¿Amistosa? —Aleria suelta una risa amarga—. ¿Así es como lo llamas? ¿Fingir estar borracho? Muy maduro, Valeur.

—No sé de qué estás hablando —respondo, apretando la mandíbula—. Tal vez no eres tan encantadora como pensabas. ¿Alguna vez consideraste eso?

En el momento en que las palabras salen de mi boca, me arrepiento. Un destello de dolor cruza el rostro de Aleria antes de que lo enmascare con ira.

—¿Sabes qué? No me importa cuál sea tu problema —dice, con voz fría—. Solo mantente alejado de nosotros por el resto de la noche. Algunos estamos tratando de pasar una buena velada, no solo ganar una estúpida apuesta.

Se da la vuelta para irse, pero la agarro de la muñeca.

—Aleria, espera. Yo...

—Ahórratelo —me corta, liberando su brazo de un tirón—. Disfruta tu noche, Sr. Valeur. Yo sé que lo haré.

Mientras se aleja hacia su mesa, me quedo con una sensación de hundimiento en el estómago.

¿Qué estoy haciendo? He ido demasiado lejos.

La observo mientras se reúne con Jake, forzando una sonrisa que no llega a sus ojos. La visión retuerce algo en mi pecho, una sensación que no estoy listo para examinar.

Para mi sorpresa y creciente frustración, Jake parece más preocupado por Aleria que molesto por mi interrupción. Se vuelve hacia ella, con voz suave.

—¿Por qué no nos vamos de aquí? Conozco una cafetería tranquila cerca.

Aleria lo mira, sorpresa y placer mezclándose en su rostro.

—Me gustaría eso.

Mientras se levantan para irse, Aleria me lanza una mirada triunfante. Jake la ayuda con su abrigo, su mano demorándose en su espalda baja. Una oleada de algo peligrosamente cercano a la rabia me recorre. Doy un paso adelante, sin estar seguro de lo que voy a hacer, cuando Aleria se gira y me da una pequeña y confusa sonrisa.

Me detiene en seco. Por un momento, nuestras miradas se cruzan, y veo un destello de... algo en sus ojos. ¿Preocupación? ¿Lástima? Antes de que pueda descifrarlo, se ha ido, desapareciendo en la noche con Jake.

Me desplomo en mi taburete, pasándome una mano por el pelo.

—¿Qué demonios me pasa? —murmuro, haciéndole una señal al camarero para que me traiga otra copa.

No me pongo celoso. No suspiro por científicas torpes con vestidos vintage. Es solo la apuesta. Soy competitivo por naturaleza. *Eso es todo.*

Saco mi móvil, desplazándome por mis contactos hasta encontrar el nombre que estoy buscando. Sofia Reeves. Es hora de concentrarme en el juego. Mi pulgar se cierne sobre su número por un momento antes de presionar Llamar.

—¿Liam? —su voz sorprendida responde después de dos timbres—. Hola.

—Sofia —digo, inyectando calidez en mi tono—. Espero no pillarte en mal momento. Me preguntaba si te gustaría cenar conmigo este fin de semana.

Seis

ALERIA

La seda de mi vestido de cóctel susurra contra mi piel mientras lo aliso por centésima vez. El salón de baile del *Elysian Grand* se alza ante mí, un monumento reluciente a la riqueza y el refinamiento que me hace sentir como un átomo de hidrógeno en un mar de gases nobles.

Valiosos artefactos asiáticos adornan cada superficie, su delicada belleza marcando un gran contraste con el estéril equipo de laboratorio al que estoy acostumbrada. Trago saliva, aferrando mi boleto ganado en la rifa como si fuera un salvavidas.

—Vaya, si es la Dra. James. No sabía que eras una jugadora de Go.

Esa voz envía un escalofrío involuntario por mi columna, una reacción que instantáneamente resiento. Me doy la vuelta, mi codo casi golpeando una exhibición de grullas de origami.

Liam Valeur.

El esmoquin abraza sus anchos hombros, el blanco crujiente de su camisa en contraste con el bronceado saludable de su piel. Sus ojos azules brillan con diversión, arrugándose en las esquinas de una manera que suaviza sus rasgos afilados. Esa condenada sonrisa juega en unos labios que no tienen derecho a ser tan perfectos.

Un leve aroma de su colonia me llega, algo amaderado y caro, y odio cuánto deseo inclinarme y respirar más profundo.

—¿El gato te comió la lengua, Dra. James? —pregunta, su voz un ronroneo bajo que siento más que oigo.

Trago con dificultad, maldiciendo el calor que sube a mis mejillas.

—Me sorprende verte aquí —logro decir, odiando lo entrecortada que suena mi voz—. ¿No deberías estar en una adquisición corporativa o aplastando los sueños de pequeñas empresas?

La ceja de Liam se arquea, una parábola perfecta de diversión. Su mirada me recorre, demorándose de una manera que hace que mi piel se erice.

—Cuando no estoy aplastando sueños, soy un entusiasta del Go. Pero debo decir, Dra. James, que te ves bastante bien arreglada. Ese vestido te sienta bien.

Su inesperado cumplido me toma por sorpresa. La habitación se siente más cálida, y resisto el impulso de abanicarme.

—Yo... Gracias —balbuceo, desestabilizada—. Tú tampoco luces terrible.

Una lenta sonrisa se extiende por el rostro de Liam, haciendo que mi corazón realice una

serie de latidos arrítmicos.

—Un gran elogio, sin duda. —Se ríe—. Dime, ¿cómo conseguiste una invitación para este evento? No sabía que la comunidad científica tuviera tanto interés en juegos de mesa antiguos.

Enderezo mi columna, tratando de recuperar la compostura.

—Para tu información, gané mi entrada a través de una rifa universitaria. Soy miembro de su club de Go. Algunos de nosotros no necesitamos comprar nuestro acceso a todo.

—Ah, la suerte del sorteo —reflexiona Liam, su voz baja y envolvente. Se inclina ligeramente, y capto el aroma de su embriagadora colonia—. Solo recuerda, la suerte solo puede llevarte hasta cierto punto. Estoy ansioso por ver cómo se compara con tu habilidad en el tablero de Go esta noche.

—Prepárate para tragarte tus palabras, señor CEO —contraataco, luchando contra el impulso de acercarme más—. Estoy a punto de darte una clase magistral.

Suena un gong, señalando el inicio de la recepción previa al torneo.

Liam ofrece su brazo con galantería exagerada.

—¿Nos vamos, Dra. James? Odiaría que se perdiera.

Apretando los dientes, coloco mi mano en su brazo, ignorando el calor que se filtra a través de su chaqueta.

—Guía el camino, Sr. Valeur. Estoy segura de que eres un experto en navegar aguas infestadas de tiburones.

Liam navega por la sala con la gracia de un bailarín de salón, cada apretón de manos y sonrisa un movimiento perfectamente coreografiado. Su risa resuena, genuina y cálida, atrayendo a la gente a su órbita como polillas a la llama. Las tarjetas de visita aparecen y desaparecen de sus manos como por arte de magia, deslizándose en los bolsillos con facilidad practicada.

Me mantengo al margen de las conversaciones, con una sonrisa forzada pegada en mi rostro. Mis dedos juegan con el tallo de mi copa de champán, haciéndola girar mientras lucho por encontrar una apertura en la charla cortés a mi alrededor.

Miro a Liam.

Mi lápiz se desliza por la página mientras lucho con las complejas ecuaciones del cálculo. Liam se reclina en su silla, el cabello oscuro despeinado y los ojos brillantes de picardía.

—¿Por qué lo miras como si fuera a morderte? —Muestra esa sonrisa irritante, la que hace que mi corazón se acelere.

—Porque está fingiendo ser más difícil de lo que es. Está tratando de jugar con mi mente —resoplo, poniendo los ojos en blanco.

Se inclina hacia adelante, los codos sobre la mesa, la mirada brillante.

—Sabes, las matemáticas son como un rompecabezas. Solo tienes que encontrar la pieza correcta. —Me da un codazo en el hombro—. Y creo que puedo ayudarte con eso.

El calor de su toque enciende una sensación de aleteo en mi interior. ¿Sigue hablando de matemáticas? Bajo la mirada, fingiendo estar absorta en mis notas. Pero las mariposas alzan el vuelo, y un susurro de precaución resuena en mi mente. Ten cuidado. Rompecorazones.

—De acuerdo, señor Experto —respondo, forzando un tono ligero—. Veamos qué tienes.

Mientras explica los problemas, la tensión cambia entre nosotros. Ya no se trata solo de estudiar; una energía eléctrica crepita en el aire. Nuestros ojos se encuentran, y él sostiene mi mirada un momento más de lo necesario.

—¿Lo entendiste? —pregunta con un tono juguetón en su voz, inclinándose más cerca, nuestros brazos rozándose.

—Sí, creo que sí. Gracias a ti. —Mi pulso se acelera.

Su risa resuena en el aire, envolvente y tentadora.

—Espera al próximo examen. Me estarás suplicando que te ayude de nuevo.

El calor en su mirada me envuelve, manteniéndome cautiva. Mi mente se acelera con pensamientos de perderme en él, de caer de cabeza en aguas profundas, y las campanas de advertencia suenan de nuevo. Rompecorazones.

Sin embargo, mientras sonrío, un destello de esperanza baila en mi interior. Tal vez, solo tal vez, esto podría ser algo real.

—¿Aleria?

El sonido de mi nombre me devuelve al presente. Sacudo la cabeza, disipando el agri dulce recuerdo.

—Entonces, ¿a qué se dedica? —pregunta un hombre de cabello plateado, con los ojos vidriosos mientras me lanzo a explicar mi investigación.

—Bueno, estoy trabajando en una fuente de luz especializada que emitirá longitudes de onda precisas que interactúan con biomarcadores específicos. Es fascinante cómo se pueden dirigir a diferentes tipos de tejidos.

Él asiente, sus ojos ya escaneando la habitación en busca de una escapatoria. Me callo, tomando un gran sorbo de champán para llenar el incómodo silencio.

Los ojos de Liam se encuentran con los míos. Su sonrisa burlona se suaviza por un momento en algo casi parecido a la compasión antes de que vuelva a ser absorbido por la conversación con una pareja de aspecto distinguido. Se ríen de algo que dice, pendientes de cada una de sus palabras.

Enderezo los hombros y me acerco a otro grupo, decidida a tener al menos una interacción social exitosa.

—Hola —comienzo, con la voz un poco demasiado alta—. Hermosa velada, ¿verdad? ¿Sabían que el juego de Go tiene más configuraciones de tablero posibles que átomos en el universo observable?

El grupo me mira fijamente. Tomo otro trago de champán, deseando poder disolverme en las burbujas y flotar lejos de este desastre de velada.

—Entonces, ¿Dra. James, verdad? —se dirige a mí un hombre corpulento con un traje caro—. ¿Cuál es su estrategia de apertura favorita en el Go?

—¡Oh! ¡Estrategias de apertura! Bueno, ese es un tema fascinante. ¿Sabía que hay más de trescientas sesenta movidas de apertura posibles en el Go? Es como el Big Bang del juego, desencadenando una reacción en cadena de posibilidades. Personalmente, me inclino por la apertura San-ren-sei. Es una apertura flexible de tres estrellas que establece influencia sobre tres esquinas. Es como configurar un experimento de triangulación en el laboratorio, ¿sabe? Cada piedra actúa como un punto de datos, y las interacciones entre ellas crean un sistema complejo de...

Los ojos del hombre se nublan y se disculpa. La risa baja de Liam suena detrás de mí.

—Creo que lo perdiste en "reacción en cadena", Dra. James —dice Liam, acercándose—. No todos aprecian la... profundidad de tu entusiasmo.

Me giro para enfrentarlo, mis mejillas ardiendo tanto por la vergüenza como por su proximidad.

—Bueno, discúlpame por no simplificar las complejidades del Go para las masas. Algunos de nosotros respetamos la complejidad del juego.

Los ojos de Liam se clavan en los míos, un desafío bailando en sus profundidades azules.

—¿Oh? ¿Y crees que eres la única aquí que entiende el juego, Dra. James?

—Yo...

—Dime —murmura, su aliento cálido contra mi oído—, ¿cuál es tu verdadero juego aquí? ¿Intentas impresionar a todos con tu vasto conocimiento, o estás realmente aquí para jugar? Nunca te he visto jugar antes.

Trago saliva, con el corazón acelerado.

—Para que lo sepas, Valeur, he estado jugando Go desde que tenía doce años. No es solo un juego, es un sistema complejo de estrategia y psicología. Es un modelo perfecto para estudiar los procesos de toma de decisiones y...

—Aleria —dice Liam, su uso de mi nombre de pila me sorprende hasta el silencio. Su mano roza mi brazo, dejando un rastro de calor a su paso—. Soy muy consciente de las complejidades del Go. Tal vez te gustaría mostrar tus habilidades en el tablero en lugar de pontificar sobre ellas.

Parpadeo, desconcertada por su desafío y la intensidad de su mirada.

—Yo... Sí. Sí, me gustaría. Prepárate para que tu ego sea destruido, Valeur. Espero que estés listo para una lección de humildad estratégica.

La sonrisa de Liam se ensancha, depredadora y seductora a la vez. Se inclina, sus labios casi rozando mi oído.

—Adelante, Dra. James. Disfruto mucho de un oponente apasionado.

Mientras intercambiamos comentarios, nuestras voces se elevan sobre el bajo murmullo de la conversación, atrayendo miradas divertidas de las mesas cercanas.

Un hombre mayor con una voz retumbante interrumpe, su tono rebosante de humor.

—Vaya, vaya, parece que tenemos un par de estrategias aquí. ¡Cuidado, muchacho, ella podría barrer el tablero contigo!

Liam se ríe, acercándose más.

—Oh, cuento con ello —dice, su voz lo suficientemente baja para que solo yo la escuche.

Mis mejillas se calientan de nuevo, esta vez por una mezcla de irritación y algo completamente distinto.

El maestro de Go sube al escenario, su presencia alejando la atención de la escena.

Liam se inclina cerca, su aliento haciéndome cosquillas en el oído.

—Pertenece aquí, Aleria —murmura—. Puedes ganar esto.

Trago saliva con dificultad, la calidez en sus palabras sorprendiéndome, estabilizándome. No solo está diciendo esto, lo cree. Puedo verlo en la forma en que me mira, como si me desafiara a creerlo también.

Logro asentir con brusquedad, concentrándome en estabilizar mi respiración. Mientras me siento frente a mi primer oponente, enderezo los hombros. Mis dedos rozan las frías piedras, su conocido peso me ancla.

—Bienvenidos, estimados invitados y jugadores —dice—. Hoy nos reunimos para celebrar el antiguo arte del Go, un juego de infinita complejidad y belleza. Que vuestras piedras sean colocadas con sabiduría y vuestras estrategias sean verdaderas.

Mientras nos emparejan para las rondas iniciales, me enfrento a una mujer de rostro severo que parece que desayuna aficionados. Al otro lado de la sala, Liam ya está inmerso en su juego, su expresión de intensa concentración.

A pesar de mi nerviosismo, me mantengo firme en los primeros juegos. Mientras coloco mis piedras, imagino que estoy organizando átomos, construyendo compuestos complejos en el tablero.

Entre partidas, miro a Liam. Su estilo es agresivo, casi despiadado. Captura territorio con la misma eficiencia implacable que imagino que usa en las salas de juntas corporativas. Nuestros

ojos se encuentran a través de la sala, un desafío silencioso pasando entre nosotros.

El champán fluye libremente durante los descansos, y con cada copa, nuestros encuentros se vuelven más acalorados.

—¿Disfrutando del champán gratis, Dra. James? —Liam sonríe con suficiencia, haciendo girar su copa—. No dejes que nuble tu juicio ya cuestionable.

—Oh, estoy lo suficientemente lúcida como para ver a través de tu fachada sobrevalorada, Sr. Valeur —replico—. Dime, ¿practicabas esa expresión engreída frente al espejo o te sale naturalmente con una cuenta bancaria inflada?

—Vamos, vamos —reprende Liam—. No hay necesidad de ataques personales. Pensé que los científicos se enorgullecían de su objetividad.

—Y yo pensé que los empresarios se enorgullecían de tener habilidades reales, no solo la capacidad de firmar cheques.

Como el destino lo quiso, Liam y yo terminamos enfrentándonos en las semifinales. La tensión es palpable mientras tomamos nuestros asientos, con una multitud de espectadores reuniéndose alrededor de nuestro tablero.

—Que gane el mejor jugador —dice Liam, con un tono que destila falsa sinceridad.

—Oh, eso pretendo —respondo, haciendo crujir mis nudillos.

El juego que se desarrolla es diferente a cualquiera que haya jugado antes. Empujamos los límites de la estrategia tradicional del Go, nuestros movimientos se vuelven audaces y poco ortodoxos. Es menos un juego y más una batalla de voluntades, cada piedra colocada como un guante arrojado.

—Interesante movimiento, Dra. James —comenta Liam mientras coloco una piedra en una posición agresiva—. No sabía que la imprudencia temeraria fuera una estrategia válida en el Go.

Mientras tomamos un breve descanso, me abro paso a través de la sala abarrotada, mi mente aún zumbando por nuestro acalorado intercambio. El aire fresco de una ventana cercana ofrece un respiro bienvenido de la atmósfera sofocante.

El pellizco en mi trasero me sobresalta, y me giro con el corazón acelerado.

Un hombre rechoncho con un esmoquin mal ajustado está demasiado cerca, con una sonrisa lasciva extendiéndose por su rostro.

—No pude evitarlo, cielo —balbucea, arrastrando sus ojos sobre mí—. Una cosita bonita como tú podría usar un hombre de verdad para patrocinar sus intereses. ¿Qué dices?

Mi cerebro se apresura a buscar una respuesta.

—Le recomendaría que lo reconsidere —dice Liam, apareciendo a mi lado. Su voz es baja y engañosamente tranquila, aunque puedo escuchar la tensión debajo. Sus dedos rozan la parte baja de mi espalda, dándome una sensación de seguridad que no esperaba.

El hombre parpadea.

—¿Quién eres tú? —pregunta, tratando de hincharse a pesar de su torpe retirada.

El agarre de Liam se aprieta ligeramente, sus ojos se estrechan de una manera que haría que cualquiera reconsiderara sus decisiones.

—Soy el hombre que se asegurará de que se arrepienta de lo que acabas de hacer. Ahora discúlpese con la Dra. James.

La sonrisa del hombre vacila mientras su cerebro se pone al día. Su mano se cierra en un puño, torpe y lento. Lanza un golpe hacia Liam, pero es como golpear al humo: Liam me saca del alcance con un movimiento suave.

El hombre se tambalea hacia adelante, tropezando mientras su peso lo arrastra, chocando contra una mesa de Go cercana. El hermoso tablero antiguo se derrumba en el suelo, las piedras

invaluables se dispersan por la madera pulida. Jadeos de horror resuenan por el salón de baile.

—Tenías que armar una escena —le susurro a Liam, cayendo de rodillas para recoger las piedras.

Liam se agacha a mi lado, lo suficientemente cerca como para que su presencia se vuelva imposible de ignorar. Su mano roza brevemente la mía, enviando una corriente de emoción por mi brazo.

—Yo no armé una escena; él lo hizo —dice Liam, su voz baja pero firme. Su tono corta la tensión en el aire, agudo y confiado como si perteneciera a alguien acostumbrado a manejar este tipo de situaciones—. Y no iba a dejar que se saliera con la suya después de lo que hizo.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho, y no puedo detener las emociones conflictivas que giran dentro de mí: en parte mortificada de que esto haya sucedido, en parte extrañamente reconfortada. Nunca nadie me había defendido así. No tan rápido. No sin dudar.

Lo miro de reojo. Su habitual sonrisa arrogante ha desaparecido, reemplazada por algo ilegible, algo serio que me hace sentir demasiado expuesta. Demasiado vista.

—No tenías que hacerlo así —murmuro, tratando de mantener alguna apariencia de compostura—. No soy una damisela en apuros.

Su mirada se dirige a la mía, firme, casi penetrante.

—Sé que no lo eres —dice, su voz más baja ahora, y por un momento, el mundo parece reducirse a solo nosotros dos, agachados juntos en el suelo, rodeados por el caos de las piedras dispersas—. Pero eso no significa que vaya a permitir que alguien te trate así. Nunca.

Hay un tono protector en sus palabras que aprieta algo en mi pecho. Es abrumador, este sentimiento de ser defendida tan ferozmente, especialmente por Liam. Y frente a todos, nada menos. Mis mejillas arden más. No sé si agradecerle o reprimirlo.

El organizador del evento se dirige hacia nosotros, su rostro furioso.

—Sr. Valeur, Dra. James, me temo que debo pedirles a ambos que se vayan inmediatamente. Este comportamiento es absolutamente inaceptable.

Liam se endereza, con la mandíbula apretada.

—Señor, si me permite explicar...

—Las explicaciones no son necesarias —lo interrumpe el organizador—. Fuera. Ahora. Ambos.

Liam abre la boca para discutir, pero le agarro el brazo, negando con la cabeza. No vale la pena.

Mientras la seguridad nos escolta afuera, no puedo evitar sentir una mezcla de mortificación y gratitud. La velada está arruinada, pero la rápida defensa de Liam despertó algo inesperado dentro de mí.

Nos quedamos en las opulentas escaleras, el fresco aire nocturno contrasta con la atmósfera acalorada del interior. Lo absurdo de la situación me golpea, y se me escapa un resoplido de risa, seguido de una carcajada completa. Liam me mira sorprendido antes de que su propia compostura se quiebre, una sonrisa extendiéndose por su rostro.

—No puedo creer que me hayan echado del torneo de Go más prestigioso del país —me quejo, con una risa histérica burbujeando en mi garganta—. Y no puedo creer que te hayan echado a *ti* también.

Liam se pasa una mano por el pelo, despeinando su perfecta melena.

—Bueno, Dra. James, supongo que ambos somos perdedores esta noche —dice, con una sonrisa jugando en sus labios. Su expresión se suaviza, sus ojos encontrándose con los míos—. Realmente lamento cómo te trataron allí dentro. No te mereces nada de eso.

Me encojo de hombros, intentando parecer indiferente, pero fallando estrepitosamente.

—Estoy acostumbrada a que los ricos sean... bueno, ricos.

—Entonces me disculpo en nombre de todos nosotros los ricos —dice Liam, con un tono sincero.

Estoy a punto de responder cuando suena su móvil. Él mira la pantalla y su expresión cambia a una de preocupación.

—Dame un minuto —murmura, alejándose. Su voz es baja, la tensión es evidente mientras habla con frases entrecortadas. No puedo distinguir las palabras, pero el ceño fruncido en su rostro se profundiza con cada segundo, su postura se tensa como si se preparara para una tormenta.

Cuando se vuelve hacia mí, la ligereza entre nosotros ha desaparecido, reemplazada por algo más frío y afilado.

—Tengo que irme —dice, con la voz tensa y controlada—. Hay algo que necesito resolver.

Intento mantener una expresión neutral, ignorar la repentina decepción que se apodera de mí.

—Oh, claro. Por supuesto. ¿Asuntos de trabajo?

—Algo así. —Duda, escrutando mi rostro como si buscara algo—. ¿Estarás bien?

La pregunta me toma por sorpresa.

—Estaré bien —digo, forzando una sonrisa—. No te preocupes por mí.

Observo cómo Liam desaparece en la noche. El brillo juguetón en sus ojos se ha ido, reemplazado por algo más frío y urgente.

Algo me dice que el asunto urgente de Liam podría ser más que solo negocios.

Siete

ALERIA

Desdoblo el papel del cubo del Desafío de Unidad de Equipo, sus bordes húmedos por el rocío de la mañana. A mi alrededor, empleados tanto de Valeur Tech como de LumiVera abarrotan el claro del bosque, sus tarjetas de identificación brillando con la luz del sol que se filtra a través del dosel.

Han pasado tres semanas desde que Valeur Tech invirtió en nuestro centro de investigación, y la brillante idea de la corporación fue enviarnos a todos a un retiro en la naturaleza para "fomentar la colaboración entre empresas asociadas".

Pero en el momento en que veo el nombre escrito en letra cursiva, mi estómago se hunde como una roca arrojada desde un acantilado.

No, no, no, repito, las palabras resonando en mi mente como un mantra desesperado.

Por supuesto que es él. Siempre es él.

Mis ojos recorren el claro del bosque, escaneando los rostros de mis compañeros de trabajo hasta que se encuentran con un par de ojos azules.

—Liam Valeur —leo en voz alta, mi voz temblando mientras muestro mi nota de la rifa al grupo.

La expresión de Liam refleja mi consternación, su habitual sonrisa burlona reemplazada por una mirada de horror creciente. En ese momento, ambos lo sabemos. Esta actividad de vinculación de la empresa se acaba de transformar en una batalla de voluntades más intensa que cualquier reacción química que haya estudiado.

La coordinadora del retiro, Stephanie, aplaude, su voz artificialmente alegre.

—¡Genial! Ahora que todos tienen sus parejas, comencemos nuestro primer desafío.

Liam se acerca, sus botas de diseñador crujiendo sobre las hojas caídas.

—Bueno, Dra. James —dice con aire de suficiencia, esa sonrisa irritante reafirmandose—, ¿lista para seguir mi liderazgo?

Enderezo mi columna, canalizando la rigidez de un nanotubo de carbono.

—En tus sueños, Valeur —replico, sorprendida por la firmeza en mi voz—. Intenta mantenerte al día con mi intelecto superior.

Un movimiento en mi visión periférica capta mi atención.

—¿Por qué trajiste a tu guardaespaldas a un retiro corporativo de formación de equipos?

¿Crees que es peligroso aquí fuera?

—Marcus va donde yo voy. —Liam se encoge de hombros como si tener un equipo de seguridad personal fuera tan normal como llevar un móvil.

—Pero ¿por qué necesitas un guardaespaldas? —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas—. Quiero decir, sé que probablemente vales más que el PBI de un país pequeño, pero aun así, nunca tuviste uno en la universidad.

La expresión de Liam se oscurece por un momento, una sombra pasando por sus facciones.

—Soy el CEO de Valeur Tech ahora. Las personas adineradas son objetivos, Dra. James. Es simplemente un hecho de la vida.

Hay algo en su tono que sugiere que hay más en la historia, pero antes de que pueda presionar más, la voz de Stephanie resuena.

—Recordad, esto se trata de trabajo en equipo y construcción de confianza. Divertíos —dice.

—Preferiría construir un acelerador de partículas con cinta adhesiva y clips antes que confiar en ti, Valeur —murmuro.

Liam se ríe, el sonido enviando un escalofrío involuntario por mi columna.

—Vamos, Dra. James. ¿Dónde está tu sentido de la investigación científica? Piensa en esto como un experimento sobre el comportamiento humano.

—El único comportamiento que me interesa estudiar es cuán rápidamente puedo hacerte desaparecer —refunfuño, pero hay menos veneno en mis palabras del que me gustaría.

Nuestro primer desafío se cierne ante nosotros, literalmente. Una pista cuelga de un saliente alto, burlándose de nosotros con su inaccesibilidad.

Liam mira el saliente, luego a mí, su mirada calculadora.

—Supongo que debería darte un impulso —sugiere, con un toque de desafío en su voz.

—Intenta no disfrutar demasiado esto —murmuro, acercándome—. Y si tus manos se desvían, las presentaré al extremo caliente de un mechero Bunsen.

Sus manos rodean mi cintura, su calor filtrándose a través de mi ropa. Mientras me levanta, la facilidad con la que lo hace es inquietante. El juego de músculos bajo su camisa, la fuerza enrollada en sus brazos, se vuelve imposible de ignorar.

—Esto no es lo suficientemente alto. Necesito subir más.

Los ojos de Liam se encuentran con los míos, un brillo travieso en sus profundidades azules.

—Bueno, Dra. James, supongo que solo hay una solución.

Antes de que pueda protestar, me está guiando para que coloque un pie en su rodilla doblada. Me tambaleo, mi mano agarrando su hombro para mantener el equilibrio.

—¿Lista? —pregunta, su voz baja y cercana.

Asiento, sin confiar en mí misma para hablar. En un movimiento fluido, me levanta sobre sus hombros. Jadeo, encontrándome mucho más alta de lo esperado, mis muslos presionados contra ambos lados de su cuello.

—Tranquila —murmura Liam, sus manos agarrando mis pantorrillas para estabilizarme. Sus palmas arden a través del denim de mis vaqueros.

—Necesito...

necesito varios centímetros más —digo, mi voz entrecortada—. ¿Puedes ponerte de puntillas?

Mientras Liam se levanta sobre la punta de sus pies, me estiro hacia arriba. Mis dedos rozan la pista, pero está justo fuera de alcance. Sin pensarlo, entierro mi mano libre en el cabello de Liam para mantener el equilibrio.

Los mechones sedosos se deslizan entre mis dedos, y Liam toma una brusca bocanada de

aire.

—Casi lo tengo —susurro, más para mí misma que para él. Me inclino hacia adelante, agarrando la pista.

Mientras me acomodo de vuelta en los hombros de Liam, me vuelvo agudamente consciente de nuestra posición. El calor de su cuerpo se filtra en el mío, su respiración constante un movimiento rítmico debajo de mí.

—Lo tengo —anuncio, mi voz más aguda de lo normal—. Puedes, eh, bajarme ahora.

Las manos de Liam se deslizan desde mis pantorrillas hasta mi cintura mientras me baja al suelo. Por un momento, estamos cara a cara. Lo suficientemente cerca como para ver motas de azul más oscuro en sus ojos y contar cada una de sus pestañas si quisiera.

—Bien hecho, Dra. James —dice, su aliento abanicando mi mejilla.

Doy un paso atrás, mi corazón latiendo como si acabara de correr una maratón.

—Bien. Bueno. Veamos qué dice esta pista, ¿de acuerdo?

Desdoble el papel e intento convencerme de que el rubor que se extiende por mi piel debe ser por el esfuerzo, nada más. Pero el calor persistente donde habían estado las manos de Liam argumenta lo contrario.

—“Para continuar, debéis decodificar. Que la ciencia y la lógica guíen vuestro camino” —leo en voz alta—. Bueno, al menos están jugando con nuestras fortalezas.

El desafío se presenta como un acertijo científico. Mis ojos escanean la pregunta, y una sonrisa se extiende por mi rostro.

—“Soy un número que nunca termina, pero no soy infinito. Mi presencia es crucial en las curvas. Toma el número de letras en mi nombre, seguido de los dígitos después del decimal en mi valor. ¿Qué soy y cuál es mi código?” —continúo leyendo—. Vamos, esto es un juego de niños.

Liam arquea una ceja.

—¿Es así, Dra. James? Por favor, deslúmbrenos con tu brillantez.

Pongo los ojos en blanco.

—Es doscientos catorce, obviamente. La respuesta es pi. El número de letras en pi es dos. Los primeros dos dígitos después del decimal son uno y cuatro. Elemental, mi querido Valeur.

—¿Elemental? —Liam se ríe—. No sabía que estábamos haciendo una audición para Sherlock Holmes. Aunque debo decir que el sombrero podría ser una mejora sobre tus habituales gafas de laboratorio.

—Ja, ja —digo con sarcasmo—. Al menos mi cerebro no está lleno de precios de acciones y jerga corporativa. Apuesto a que sueñas con hojas de cálculo.

Los ojos de Liam brillan con diversión.

—Y yo apuesto a que le susurras dulces palabras a tus placas de Petri. “Oh, E. coli, te reproduces tan hermosamente”.

Se me escapa una risita antes de que pueda evitarlo.

—Por favor, como si me pillaran muerta hablando dulcemente a la E. coli. Ahora, los tardígrados, por otro lado...

—¿Tardígrados? —Liam frunce el ceño—. ¿No es eso algún tipo de salsa?

Jadeo con horror fingido.

—¿Salsa? Valeur, tu ignorancia se está notando. Los tardígrados son animales microscópicos, también conocidos como osos de agua. Pueden sobrevivir en el espacio.

—Ah, por supuesto —asiente Liam—. ¿Cómo pude olvidar los osos de salsa que viajan por el espacio?

Ambos estallamos en carcajadas, el sonido haciendo eco en el bosque. Mientras nuestras risas se apagan, me doy cuenta de que esta es la primera vez que reímos juntos sin tensión o competencia subyacente.

—Bueno —dice Liam, limpiándose una lágrima del ojo—, puede que no sepa distinguir mis tardígrados de mi salsa tártara, pero al menos puedo reconocer a una digna oponente cuando la veo.

—Cuidado —le advierto, luchando contra una sonrisa—. Eso casi sonó como un cumplido.

Me guiña un ojo, enviando un inesperado aleteo a mi estómago.

—No dejes que se te suba a la cabeza. Aún tenemos una competencia que ganar.

Es inquietante lo bien que trabajamos juntos cuando no estamos peleando.

Pero nuestro momento de victoria dura poco cuando Stephanie se acerca.

—¡Excelente trabajo! Ahora para vuestro próximo desafío.

Saca un par de esposas, y mi estómago da un vuelco.

—Tendréis que navegar por el laberinto de cuerdas mientras estáis atados juntos —explica—. Recordad, la comunicación es clave.

Mientras Stephanie cierra las esposas alrededor de nuestras muñecas, me vuelvo consciente de la presencia de Liam y de lo cálida que es su mano contra la mía.

—Bueno, Dra. James —murmura Liam, su aliento haciéndome cosquillas en la oreja—, parece que estamos atrapados el uno con el otro. Intenta no desmayarte por mi proximidad.

Pongo los ojos en blanco.

—Por favor, Valeur. Es más probable que tenga una reacción alérgica. ¿Es esa tu colonia, o te bañaste en un barril de pretensión sobrevalorada esta mañana?

Se ríe, la vibración viajando a través de nuestras manos conectadas.

—Se llama “Eau de Éxito”. Me sorprende que no puedas reconocerla, dado lo a menudo que la uso en la oficina.

—Ah, así que ese es el aroma del ego inflado. Anotado.

—¿Lista? —pregunta Liam, su voz baja y cercana.

Asiento.

Entramos en el laberinto, nuestros movimientos tan elegantes como los de una jirafa recién nacida en patines. Tropiezo, mi espalda presionándose contra el pecho de Liam mientras nos apretujamos a través de un estrecho hueco. Su aliento es cálido en mi cuello, enviando un escalofrío no deseado por mi columna.

—Sabes —murmura, sus labios demasiado cerca de mi oreja—, para alguien que dice despreciarme, pareces bastante ansiosa por acercarte.

—No te sientas halagado —replico, tratando de recuperar algo de distancia—. Esto es pura física. Masa y momento. Nada personal.

—¿Es así como lo llamamos? —Su risa baja vibra a través de mí—. Y yo que pensaba que estaba teniendo una influencia positiva en ti.

—Si por influencia positiva te refieres a elevar mi presión arterial, entonces felicidades —digo, haciendo una mueca cuando las esposas nos acercan más—. Estoy tratando de tolerarte. Como bacterias desarrollando resistencia a un irritante.

—Ah, ¿así que soy un catalizador para tu crecimiento personal? Qué generoso de mi parte —bromea Liam, su voz teñida de diversión. Las esposas tintinean cuando se mueve, arrastrando mi brazo con el suyo.

—Más bien como una especie invasora contra la que estoy desarrollando anticuerpos —replico, tratando de ignorar el calor que irradia de su cuerpo.

La risa de Liam vibra a través de mí.

—Prefiero pensar en mí mismo como un espécimen raro y exótico por el que no puedes evitar sentirte fascinada. Y ahora estás literalmente unida a mí.

—Lo único raro en ti es tu habilidad para hacer pasar tu ego por las puertas —replico, tirando de las esposas en un intento fútil de poner algo de espacio entre nosotros.

—Y sin embargo, aquí estás —señala Liam, sus ojos brillando—. Uno podría pensar que disfrutas de nuestro pequeño vínculo.

Giro para enfrentarlo, casi perdiendo el equilibrio. Nuestras manos unidas se elevan instintivamente, Liam estabilizándose mientras me acerca más. Trato de ignorar la descarga eléctrica que siento cuando me toca.

—Lo único que disfruto es la oportunidad de desinflar tu exagerado sentido de autoimportancia, Valeur.

—Sigue diciéndote eso, Dra. James —dice Liam con una sonrisa burlona—. Tus negaciones son casi tan entretenidas como tus intentos de ocultar cuánto estás disfrutando esto.

Lo miro fijamente, agudamente consciente de cuán poco espacio hay entre nosotros.

—Créeme, en el momento en que estas esposas se quiten, pondré tanta distancia entre nosotros como sea físicamente posible.

—Hasta entonces —dice Liam, levantando nuestras manos unidas—, agáchate —murmura, su mano libre guiando mi cabeza hacia abajo. Su toque persiste, y mis mejillas se sonrojan.

Mientras nos movemos entre las cuerdas, nuestros cuerpos caen en un ritmo natural. Es como un baile, nuestros movimientos sincronizados, comunicándonos más a través de sutiles cambios y toques que con palabras.

Mi pie se engancha en una cuerda colgante. Tropiezo, dejando escapar un pequeño jadeo. Pero antes de que pueda caer, el brazo de Liam rodea mi cintura, sosteniéndome.

—Te tengo —dice, con voz ronca. Nuestros rostros están a centímetros de distancia, y por un momento, el mundo se reduce solo a nosotros.

—Gracias —suspiro, consciente de su brazo aún alrededor de mí, el sólido calor de su cuerpo.

Nos quedamos así por un latido más de lo necesario antes de separarnos, y para mi horror, me doy cuenta de que no quiero que termine.

Cerca del final del laberinto, nos encontramos con una sección desafiante. Tenemos que contorsionar nuestros cuerpos, presionándonos juntos para pasar por una pequeña abertura.

—Necesitamos... —empiezo, mi mente quedándose en blanco al encontrarme pegada al pecho de Liam.

—Rotar —termina él, con sus ojos fijos en los míos—. A menos que prefieras quedarte en esta posición bastante comprometedora. No te juzgaré.

¿Es mi imaginación, o sus ojos acaban de mirar mis labios?

Lo miro con dureza, ignorando cómo se acelera mi corazón.

—Solo muévete, Valeur, antes de que decida probar la resistencia de estas esposas.

A pesar de todas mis quejas sobre su estilo de liderazgo en el trabajo, no puedo negar que Liam sabe cómo adaptarse y colaborar. La idea de que podría haber estado equivocada sobre él es más incómoda que nuestra actual proximidad física.

Mientras retorcemos nuestros cuerpos, cada punto de contacto entre nosotros se siente electrificado. El latido constante de su corazón, ligeramente elevado como el mío. Nuestras manos unidas están atrapadas entre nosotros, y soy híper consciente de lo perfectamente que encajamos.

Salimos del laberinto sin aliento y despeinados, pero triunfantes. Mientras Stephanie desbloquea las esposas, flexiono mis dedos, tratando de sacudirme la sensación persistente del contacto con Liam.

—Bueno, Dra. James —dice Liam, con un toque de admiración en su voz—, debo decir que estás llena de sorpresas. ¿Quién diría que podías ser brillante y flexible a la vez?

Resoplo, luchando contra una sonrisa.

—¿Y quién diría que podrías ser útil para algo más que firmar cheques y lucir guapo en un traje?

Él se lleva la mano al pecho.

—¿Acabas de llamarme guapo? Me siento halagado. ¿Debería preocuparme de que estés desarrollando un enamoramiento?

—Lo único que estoy desarrollando es un dolor de cabeza —replico, pero sin energía—. Aunque supongo que no eres completamente inútil. Al menos sirves como una escalera decente.

Algo fundamental ha cambiado entre nosotros. El aire chisporrotea con una energía que no tiene nada que ver con nuestro espíritu competitivo y todo que ver con el hombre que camina a mi lado. Y por primera vez, no estoy segura de si quiero luchar contra ello.

—Sabes —jadea Liam mientras corremos hacia el siguiente punto de control—, si aplicarás tanta dedicación a nuestros proyectos conjuntos en el trabajo, estaríamos revolucionando la industria en un santiamén.

Le lanzo una mirada fulminante.

—Tal vez si pasaras menos tiempo en reuniones de junta y más tiempo en el laboratorio, apreciarías las complejidades de lo que hacemos.

Él se ríe, un sonido cálido.

—Touché, Dra. James. Tal vez deberíamos intercambiar roles por un día. Yo tomaré tu laboratorio; tú tomas mis reuniones. ¿Qué dices?

La imagen mental de Liam en bata de laboratorio, torpemente manejando vasos de precipitados, es tan absurda que no puedo evitar soltar una risita.

—Pagaría buen dinero por ver eso, Valeur.

Sus ojos se ensanchan con fingida sorpresa.

—¿Fue esa una risa real lo que acabo de escuchar? Cuidado, Dra. James, la gente podría pensar que te estás divirtiendo.

Compongo mis facciones en un ceño fruncido, pero el calor sube a mis mejillas.

—No te acostumbres —murmuro.

El último desafío de la primera mitad se alza ante nosotros. Un ejercicio de confianza a ciegas. Liam debe guiarme, con los ojos vendados, a través de una pista de obstáculos. Mi estómago se revuelve.

—Si me haces caer, Valeur, juro que accidentalmente derramaré ácido clorhídrico en tus elegantes zapatos —amenazo, mi voz temblando mientras desciende la venda.

—Relájate, Aleria —dice Liam, usando mi nombre de pila por primera vez hoy. Ese sonido en sus labios hace cosas extrañas en mi interior—. Te tengo. Confía en mí.

Para mi sorpresa, y probablemente la suya también, lo hago.

Su voz se convierte en mi ancla en la oscuridad, guiándome.

—Sube un escalón... Ahora a tu derecha... Eso es, lo estás haciendo genial —murmura, su voz baja y alentadora.

Navego por la pista, guiada por sus palabras. Es desorientador, depender de alguien más, especialmente alguien a quien he considerado un adversario durante tanto tiempo. Pero también

hay algo emocionante en ello.

—Ya casi llegas —dice Liam, su voz tensa—. Solo unos pasos más. Ahora agáchate bajo esta viga... Perfecto.

Donde esperaba arrogancia y condescendencia, encuentro apoyo y aliento en su lugar. Cada paso me obliga a enfrentar una verdad incómoda. Quizás he estado tan decidida a ver a Liam como el enemigo que he perdido de vista quién es realmente.

Al cruzar la línea de llegada, me arranco la venda de los ojos, parpadeando en la repentina luz. El rostro de Liam entra en foco, sus ojos azules brillando con una emoción que no puedo nombrar del todo.

—Lo logramos —respiro.

—Lo hicimos —asiente él, con voz ronca.

Por un momento, solo nos miramos, el aire entre nosotros cargado con algo que no estoy lista para examinar demasiado de cerca.

La alegre voz de Stephanie anunciando la mitad del recorrido rompe el hechizo. Mientras recuperamos el aliento, me doy cuenta de que estamos codo a codo con otro equipo. Sin aliento y sonrojados por el esfuerzo, Liam y yo nos miramos a los ojos. La intensidad que veo allí coincide con la determinación que corre por mis venas.

—No vamos a perder esto —digo, sorprendiéndome a mí misma con la vehemencia en mi voz.

Liam asiente, su habitual sonrisa burlona reemplazada por una mirada de intensa concentración que me deja sin aliento.

—De acuerdo.

Mientras nos preparamos para la segunda mitad de la búsqueda, me golpea un pensamiento que es tan emocionante como aterrador. Liam y yo hacemos un equipo formidable. Y no estoy segura de cómo sentirme al respecto en absoluto.

—¿Lista para la siguiente ronda, compañera? —pregunta Liam, ofreciendo su mano.

—Tan lista como puedo estar. Solo no me retrases, Valeur —respondo, pero sé que no lo hará.

Sonríe, con esa sonrisa exasperante y encantadora que cada vez me resulta menos irritante y más... otra cosa.

—Ni se me ocurriría, Dra. James. Vamos a demostrarles de qué estamos hechos.



LIAM

—Vamos a ganar esto —declaro, con mi espíritu competitivo encendido—. ¿Lista para acercarte incómodamente, Dra. James?

Los ojos de Aleria se agrandan, un rubor subiendo por su cuello.

—Yo... eh... Es decir... científicamente hablando, la proximidad no se correlaciona con las tasas de éxito en los ejercicios de formación de equipos —balbucea, sus manos jugueteando con el dobladillo de su camisa.

—La siguiente actividad es la Carrera de Tres Piernas. Necesitamos estar cerca —inclino la cabeza hacia el recorrido.

—Oh. El recorrido. Por supuesto. —Se muerde el labio inferior.

—¿Qué pensaste que quería decir?

Pero antes de que alguno de nosotros pueda hablar, la voz de Stephanie corta la tensión, llamándonos al siguiente desafío.

—Recordad, la comunicación es clave —grita Stephanie, su entusiasmo arañando mis nervios desgastados.

Aleria resopla, el sonido lleno de desdén.

—Genial. Porque somos tan buenos en eso. Quizás deberíamos comunicarnos en ecuaciones, Valeur. Es el único idioma que podrías entender.

De vuelta a terreno más seguro.

—Al menos las ecuaciones tienen lógica —replico, apretando la mandíbula—. A diferencia de ciertas científicas que no parecen captar la coordinación básica.

Mi pie izquierdo se lanza hacia adelante justo cuando el talón derecho de Aleria se clava en el suelo. Chocamos, los hombros golpeándose, los brazos agitándose en busca de equilibrio. Tropiezo hacia atrás; ella se tambalea hacia un lado. Nuestras manos unidas se tensan mientras tiramos el uno contra el otro, como dos procesos compitiendo por el mismo recurso. Los vítores de la multitud se desvanecen en murmullos confusos.

El rostro de Aleria se enrojece. Nuestras miradas se cruzan, una batalla silenciosa de voluntades, antes de intentar realinear nuestros movimientos.

Esto es un desastre.

—¡Izquierda, derecha, izquierda... no, mi izquierda! —gruño.

—¿Sabes distinguir tu izquierda de tu derecha, señor CEO? —replica Aleria, su voz goteando sarcasmo—. ¿O también tienes gente que piensa direccionalmente por ti? Quizás deberíamos llamar a tu asistente para que nos guíe a través de esta compleja tarea de caminar.

—Al menos no soy yo el que tiene dos pies izquierdos —respondo bruscamente, mi paciencia agotándose—. Se supone que los científicos son precisos. ¿O es que tu método científico no se aplica a nada fuera del laboratorio?

—Oh, yo sobresalgo en precisión —contraataca, sus ojos entrecerrándose con un brillo desafiante—. Podría calcular con precisión la fuerza necesaria para borrar esa sonrisa arrogante de tu cara. ¿Quieres que te lo demuestre?

Nuestra discusión alcanza un crescendo mientras doblamos una esquina, nuestras voces elevándose por encima de los vítores alentadores de nuestros colegas.

—¿Ah, sí? Bueno, parece que sobresales en complicar las cosas —replico.

El rostro de Aleria se contorsiona de ira, su respuesta muriendo en sus labios cuando su pie se engancha en una raíz. El tiempo parece ralentizarse mientras caemos, nuestras piernas atadas asegurando que caigamos juntos. Envuelvo mis brazos alrededor de ella, girando mi cuerpo para recibir la peor parte del impacto.

Golpeamos el suelo con fuerza, el aire saliendo de mis pulmones en un doloroso resoplido. Por un momento, yacemos allí, un enredo de extremidades y orgullo herido. El rostro de Aleria está a centímetros del mío, sus ojos abiertos de sorpresa y algo más que no puedo nombrar.

—¿Estás bien? —logro decir, agudamente consciente de cada centímetro donde nuestros cuerpos están presionados juntos.

Aleria parpadea como si saliera de un trance.

—Yo... sí. ¿Por qué hiciste eso?

—¿Hacer qué? ¿Amortiguar tu caída o hacer el ridículo? Porque parece que sobresalgo en ambas cosas hoy.

Una sonrisa tira de sus labios antes de que se contenga, su expresión endureciéndose de nuevo en un ceño fruncido.

—Ambas, probablemente. Aunque hacer el ridículo es claramente tu estado por defecto.

Nos ponemos de pie a trompicones, ambos evitando el contacto visual. El momento ha pasado, pero algo ha cambiado, una corriente subyacente de tensión que no tiene nada que ver con nuestra discusión anterior.

Terminamos la carrera en último lugar, nuestros egos tan magullados como nuestros cuerpos. Mientras Stephanie nos desata, veo a Aleria masajeándose el tobillo.

—¿Segura que estás bien? —pregunto, dividido entre la preocupación y mi deseo de no parecer demasiado interesado.

Ella me hace un gesto con la mano.

—Estoy bien. Es solo una contusión menor de tejidos blandos. Nada que un poco de RHCE no pueda arreglar.

Parpadeo.

—¿RHCE?

Aleria pone los ojos en blanco.

—Reposo, Hielo, Compresión, Elevación. Honestamente, Valeur, ¿no sabes nada?

—Sé que necesitamos mejorar nuestro juego si queremos ganar esto —respondo, eligiendo ignorar su comentario.

Ella asiente, su naturaleza competitiva superando su molestia conmigo.

—De acuerdo. No podemos seguir... ¿Cuál es la jerga corporativa que usarías? ¿Teniendo un rendimiento inferior?

Me río.

—Estaba pensando más en "arruinándolo por completo", pero sí, vamos con rendimiento inferior.

Un atisbo de sonrisa tira de los labios de Aleria.

—Bueno, señor CEO, ¿tienes alguna estrategia brillante para darle la vuelta a esto?

—De hecho, Dra. James, la tengo. —Aclaro mi garganta, adoptando un tono de falsa seriedad—. Aprovecharemos nuestras habilidades únicas, uniremos nuestros esfuerzos y los optimizaremos para máxima eficiencia.

Ella gime, poniendo los ojos en blanco.

—Dios nos ayude. ¿De verdad hablas así?

Me encojo de hombros.

—Funciona en la sala de juntas.

—Bueno, esto no es una sala de juntas —replica—. Y necesitamos una estrategia real, no palabras de moda corporativas.

Asiento, poniéndome serio.

—Tienes razón. Mira, sé que no siempre vemos las cosas de la misma manera...

—O desde la misma distancia, dada nuestra diferencia de altura.

Le lanzo una mirada, luego continúo.

—Pero ambos somos personas inteligentes y capaces. Si nos lo proponemos y trabajamos juntos, no hay razón por la que no podamos ganar esto.

Aleria me estudia por un momento, luego asiente.

—De acuerdo, Valeur. Tienes un trato. ¿Tregua temporal?

Extiende su mano, y la tomo, ignorando la chispa que salta entre nuestras palmas.

—Tregua.

Al acercarnos al rompecabezas final, un conjunto críptico de ecuaciones emparejado con algunos símbolos geométricos oscuros, nuestra inestable cooperación está a punto de enfrentar la prueba definitiva. La presentación parece una mezcla entre un problema matemático y un rompecabezas, y está claro que necesitaremos tanto el poder cerebral científico de Aleria como mi sentido empresarial para resolverlo.

—Bien —murmura Aleria, sus ojos escaneando las pistas—. Si abordamos esto como una ecuación de múltiples variables...

—Y tenemos en cuenta la forma y los tamaños —continúo, captando su línea de pensamiento.

Las palabras fluyen, tendiendo un puente entre nuestras disciplinas. Por un momento, las barreras entre nosotros se difuminan, dejando solo dos mentes trabajando en tándem.

—Exactamente —dice Aleria, sus ojos iluminándose—. Si podemos descomponerlo en subproblemas más pequeños, como un algoritmo inverso...

—Entonces podemos optimizar de abajo hacia arriba —termino, emocionado por la descarga de estar perfectamente sincronizados.

Nuestras ideas fluyen una en la otra, las palabras se superponen mientras construimos una solución. El desorden de símbolos y variables del rompecabezas comienza lentamente a tener sentido, nuestros esfuerzos combinados lo convierten de un desastre en una estrategia.

—Es como el entrelazamiento cuántico —dice Aleria—. Nuestros procesos de pensamiento están...

—¿Enredados y causando todo tipo de problemas? —interrumpo con una sonrisa burlona.

Ella parpadea y luego se ríe, una risa profunda y cálida que me toma por sorpresa, haciendo que mi pecho haga algo extraño.

—¿Nunca dejarán de cesar las maravillas? El gran Liam Valeur, un nerd secreto de la ciencia.

—Mantenlo en secreto —le susurro—. No queríamos arruinar mi bien ganada reputación de autómatas corporativos sin alma.

Resolvemos el rompecabezas en tiempo récord, nuestra tensión anterior olvidada en la emoción de la cooperación intelectual. Sin pensarlo, agarro su mano, tirando de ella conmigo hacia la mesa del juez mientras corremos para presentar nuestra respuesta.

Golpeamos nuestra solución sobre la mesa del juez, ambos respirando con dificultad por la carrera. El juez la examina, su expresión inescrutable. Los segundos se estiran en una eternidad mientras esperamos, mi mano aún aferrada a la de Aleria.

—No está mal, ¿verdad? —digo, intentando sonar casual.

—Nada mal en absoluto —dice finalmente el juez, asintiendo lentamente.

—¡Tenemos a nuestros ganadores! —grita el presentador.

Atraigo a Aleria hacia un fuerte abrazo, sintiendo su cuerpo tensarse contra el mío. Pero luego, poco a poco, se relaja en mi abrazo, y los años entre nosotros se desvanecen. Su rostro está cerca del mío y, por un momento, se siente como si estuviéramos de vuelta donde estábamos antes.

Cuando se aparta, nuestros ojos se encuentran. Hay una chispa allí, algo feroz y no dicho que arde entre nosotros. Su mirada se aferra a la mía, su respiración volviéndose un poco más rápida. Está lo suficientemente cerca como para que pueda ver el leve rubor en sus mejillas, el rizo rebelde que ha caído sobre su sien. Levanto una mano sin pensar, apartando el rizo. Mi pulgar roza su mejilla, ligero como un susurro, luego se desliza hacia abajo, apenas rozando su labio inferior.

Su respiración se entrecorta. Por un segundo, solo me mira con los ojos muy abiertos, y puedo sentir el latido de su pulso acelerado bajo mis dedos. Mi propio pulso martillea en respuesta, cada latido acercándome más a ella, borrando cualquier línea delgada que hubiéramos trazado entre nosotros.

Su móvil suena.

El rostro de Aleria se drena de color mientras comprueba la identificación de la llamada. Se aleja, pero no lo suficiente como para escapar de mi oído.

—Sí, señor Johnson, entiendo —su voz es baja, un temblor traiciona su tensión—. No, no he olvidado el alquiler... Prometo que lo tendré en un par de días. Por favor, solo un poco más de tiempo.

La desesperación en su voz retuerce algo en mi pecho. Al terminar la llamada, sus hombros se hunden, como si el peso de su carga financiera se hubiera vuelto físico.

Finjo interés en un árbol cercano, pero la curiosidad y un inesperado impulso de preocupación me roen. El impulso de ayudar, de resolver este problema como lo haría con cualquier asunto de negocios, es casi abrumador.

—¿Todo bien? —pregunto, mi intento de sonar casual fracasando miserablemente.

La cabeza de Aleria se levanta de golpe, sus ojos entrecerrados mientras me escanean de pies a cabeza. Su mirada se detiene en mi ropa y el reloj de diseñador en mi muñeca antes de desviarse hacia mi guardaespaldas, Marcus, que ronda cerca.

—Está bien —espeta, su voz afilada—. No es asunto tuyo, Valeur.

El uso de mi apellido duele más de lo que debería. Habíamos estado progresando, ¿no?

—Tal vez pueda ayudar —ofrezco antes de poder detenerme, arrepintiéndome inmediatamente de las palabras cuando su expresión se endurece en algo feroz y orgulloso.

—No, no puedes, y dije que no es asunto tuyo —repito, sus palabras goteando veneno—. No lo entenderías. No has luchado por pagar el alquiler ni un solo día en tu vida.

—Tu salario debería ser más que suficiente para cubrir tus gastos.

Ella duda, el conflicto librando una batalla en sus ojos antes de que finalmente ceda.

—El negocio de mis padres está en apuros. He estado enviándoles dinero para ayudar, si deseas saberlo. Algunos de nosotros no tenemos fondos fiduciarios en los que apoyarnos. —Su barbilla se levanta desafiante.

Sus ojos, aún llenos de desprecio, me desafían a probar que está equivocada. Por un momento, considero dejar que su suposición se mantenga. Sería más fácil, más seguro. Pero algo en mí se rebela contra la injusticia de su juicio.

—¿Asumes que me conoces? —Mi voz sale baja, intensa con una emoción que raramente me permito mostrar—. Déjame hablarte de esfuerzo, Dra. James. Intenta perder a tu madre a los once años. Intenta ver a tu padre perderse en su trabajo, dejándote a ti recoger los pedazos.

La expresión de Aleria cambia, la sorpresa reemplaza al desprecio, pero no puedo detenerme ahora.

—Intenta ser un adolescente repentinamente responsable del bienestar de tu hermana pequeña. Intenta crecer de la noche a la mañana.

Me paso una mano por el pelo, los recuerdos que hace tiempo reprimí vuelven a inundarme.

—El dinero no te protege de la pérdida, de la responsabilidad, del peso aplastante de las expectativas. No llena el vacío de la ausencia de un padre ni alivia el miedo a fallar a las personas que dependen de ti. El hecho de que parezca feliz no significa que siempre lo sea.

Me encuentro con su mirada, dejándole ver el dolor que mantengo oculto.

—Así que no, Dra. James, no he tenido problemas para pagar el alquiler. Pero no presuma conocer mis luchas.

El silencio que sigue se siente pesado. Algo cambia en la expresión de Aleria, los bordes afilados de su escepticismo se suavizan hasta convertirse en comprensión. Por un momento, me mira como si me estuviera viendo por primera vez.

—No lo sabía —dice—. Lo de tu madre, lo de tener que cuidar a tu hermana...

—Sí, bueno —me encojo de hombros, incómodo con la empatía en sus ojos—. Al menos aprendí responsabilidad temprano. Apuesto a que Jake nunca tuvo que preocuparse por miles de empleados dependiendo de él.

Su comportamiento cambia en un instante. La calidez en sus ojos se congela, su postura se vuelve rígida.

—Vaya —dice, soltando una risa breve y sin humor—. Por un segundo, realmente te creí.

—¿Qué? Aleria, yo...

—No, en serio, estoy impresionada. —Da un paso atrás, cruzando los brazos sobre sí misma—. ¿Usar a tu madre muerta para ganar nuestra apuesta? Eso es demasiado bajo, Valeur. Incluso para ti.

—Eso no es lo que...

—Ahórratelo. —Levanta una mano, su voz firme pero sus ojos ardiendo—. Mensaje recibido. Harás cualquier cosa para ganar nuestra apuesta. Pero no te preocupes, verás muchas de las buenas cualidades de Jake en la fiesta de Halloween.

Jake. El nombre me golpea en el estómago. Esa sensación de opresión en el pecho se

intensifica de nuevo, esta extraña quemazón ante la idea de ella con él. Pero no puedo pensar con claridad con ella mirándome con ojos como puñales, convencida de que esto era solo otro juego mental.

Se da la vuelta para irse, luego se detiene y mira hacia atrás.

—¿Sabes cuál es la parte triste? Creo que algo de lo que dijiste es realmente cierto. Lástima que tuvieras que usarlo para ganar puntos.

Mientras se aleja, la victoria que compartimos antes se siente vacía. Al intentar ganarla, solo la he alejado más.

A mi alrededor, la gente sigue vitoreando, sus voces mezclándose con el ritmo palpitante de la música, pero estoy entumecido. La mirada que me dio antes de darse la vuelta, esa acusación de que solo estaba jugando con ella persiste, más aguda de lo que quiero admitir.

Y ni siquiera puedo culparla. No realmente. Está acostumbrada a que yo sea el tipo que hará cualquier cosa para ganar.

Pero ni siquiera estaba pensando en la apuesta. Por ese breve instante, todo lo que quería era a ella.

Nueve

LIAM

—Caballeros —anuncio, juntando las manos—, ¡esta noche es la noche! La Operación Ganar la Apuesta está oficialmente en marcha. Sofia no sabe lo que le espera.

Paseo a lo largo de la sala de estar de mi ático, con una amplia sonrisa plasmada en mi rostro. Mis tres mejores amigos, Alex, Diego y Ryan, están recostados en el sofá de cuero, mirándome con una mezcla de diversión y preocupación.

Alex levanta una ceja.

—Pareces emocionado. ¿Deberíamos preocuparnos?

Me río, quizás un poco demasiado fuerte.

—¿Preocuparos? Por favor. Soy Liam Valeur. Sobresalgo en todo, incluso en las citas.

Diego resopla.

—Sí, por unas tres citas como máximo.

—No sé de qué hablas. Soy genial en las citas —insisto, enderezando uno de mis títulos enmarcados que cuelga ligeramente torcido en la pared detrás de mi escritorio.

Papá se rio cuando añadí derecho a mi título de informática, llamándolo un pasatiempo caro. Pero siempre me había resultado más fácil aprender que mantener relaciones.

Ryan se aclara la garganta.

—Bueno, concentrémonos. Cuéntanos sobre Sofia y esta apuesta.

—Es enfermera pediátrica. Nos conocimos en ese evento de citas rápidas. Inteligente, divertida, gran sonrisa. ¿Y la apuesta? Simple. Solo necesito salir con ella cuatro veces hasta la fiesta de Halloween. Eso es en poco más de un mes. Pan comido.

Los ojos de Alex se agrandan.

—¿Un mes? ¿Tú? ¿El señor "Tengo-una-reunión-temprano" después de la segunda cita?

—Estaba ocupado —protesto, sin que mi sonrisa flaqueé—. Soy un CEO, ¿recordáis? No es mi culpa si mi agenda no siempre coincide con mis citas.

Diego resopla.

—Claro, porque tu agenda convenientemente explota en el momento en que una mujer quiere más que una conversación brillante y una cena de langosta.

Agito una mano.

—Coincidencia. Además, esta vez es diferente. Tengo una apuesta que ganar.

Ryan se inclina hacia adelante, ahora todo serio.

—Liam, amigo, te conocemos desde hace años. Eres genial en las primeras citas. Encantador, atento, divertidísimo.

Sonríó, asintiendo.

—Gracias, yo...

—Pero en el momento en que las cosas se ponen serias —continúa Ryan, ignorando mi sonrisa—, estás a medio camino de Tombuctú, misteriosamente inaccesible debido a compromisos de negocios.

—Se llama responsabilidad —respondo con un gesto casual de la mano.

Alex suspira.

—Se llama *huir*, pero claro, vamos con tus palabras de moda corporativas.

—El punto es —interrumpe Ryan— que para alguien lo suficientemente inteligente como para obtener múltiples títulos solo “por diversión”, eres sorprendentemente malo manteniendo relaciones que duren más que un ciclo de actualización de software.

Sacudo la cabeza, mi sonrisa inquebrantable.

—Estáis exagerando. Nombrad una vez que haya “huido” de una relación sin razón.

Los tres intercambian miradas antes de decir simultáneamente:

—Sarah.

—Emily —añade Diego.

—Olivia —agrega Ryan.

—La hija de ese inversor —recuerda Alex.

Levanto las manos.

—Está bien, está bien. Todas esas fueron situaciones únicas. Y no eran mi tipo.

Diego gime.

—Tío, ninguna mujer es “tu tipo” por más de un fin de semana. Acéptalo, te escapabas cuando las cosas se ponen un poco serias.

Me burlo, aunque se está formando un pequeño nudo en mi pecho.

—Eso es absurdo. Simplemente no he conocido a la persona adecuada todavía. Además, esto es diferente. Tengo un plan. Le mostraré a Sofia una experiencia increíble, mantendré las cosas ligeras y divertidas durante un mes, ganaré la apuesta y todos felices.

Ryan levanta una ceja.

—¿Y si realmente te gusta? ¿Y si quieres seguir viéndola después de la apuesta?

Una repentina opresión se apodera de mi pecho como si el aire en la habitación se hubiera enrarecido. Pero me lo sacudo, esbozando una sonrisa. *¿Que me guste?* Bueno, ese es el objetivo, ¿no? Que alguien te guste es bueno. Eso es lo que hace la gente. Si me gusta, significa que he encontrado a alguien que vale la pena. Tal vez esta vez sea diferente.

Enderezo los hombros, tratando de aferrarme a ese pensamiento. Si tan solo no se volviera aburrida después de tres citas como las demás.

Una risa confiada se me escapa.

—Vamos, que me guste sería solo un extra. Eso es lo que buscamos, ¿no? Lo tengo controlado.

El gemido colectivo de mis amigos es casi reconfortante en su familiaridad.

Durante la siguiente hora, mi sala de estar se convierte en una especie de campo de entrenamiento de relaciones distorsionado. Mis amigos se han transformado en autoproclamados gurús del amor, lanzando consejos como si me estuviera preparando para una misión espacial a Marte, no para cuatro míseras citas.

Alex, naturalmente, toma el mando agarrando una hoja de papel y esbozando lo que solo puede describirse como "El plan de supervivencia de Liam".

—Primero —comienza Alex, dibujando una versión de mí en palitos en la página—, evitamos tus trampas mortales habituales. Nada de discutir ganancias trimestrales. Nada de charla sobre sinergia. Y por el amor de Dios, hombre, no digas: "Mantengámonos en contacto más tarde". —Hace una pausa, mirándome con gravedad—. Las mujeres no se *mantienen en contacto*, Liam, quieren *conectar*.

Hace comillas en el aire con "conectar" como si estuviera revelando los secretos del universo.

Diego le arrebató el marcador con un estilo que haría que un actor de Broadway se pusiera celoso.

—Y si ella habla de sentimientos —añade, dibujando un globo de diálogo de caricatura sobre la Sofia de palitos—, tú asientes. No hagas un análisis de retorno de inversión sobre sus emociones, y por el amor de todo lo sagrado, nada de análisis de costo-beneficio de la relación. ¿Entendido?

Pongo los ojos en blanco.

—Yo no hago eso.

Alex arquea una ceja.

—¿Recuerdas a Olivia?

—Ella empezó a hablar de metas de vida —argumento—, y yo solo mencioné que la responsabilidad fiscal es una prioridad.

Diego me apunta con el marcador como si fuera un arma.

—Y por eso estás aquí, soltero, haciendo una apuesta sobre citas como si fuera el Super Bowl.

Se ponen en modo de juego de roles completo, Diego canalizando a su Sofia interior con tanta intensidad que me pregunto si no habrá perdido su vocación como actor.

Aletea sus pestañas hacia mí.

—Entonces, Liam —dice Diego-Sofia con voz aguda—, ¿cuál es tu plan a cinco años?

Cruzo los brazos y respondo con seriedad:

—Bueno, después de que salgamos a la bolsa...

—¡Incorrecto! —brama Alex, golpeando su puño contra la mesa de café como si acabara de tocar un timbre de concurso—. Debes decir algo tierno, como "Espero seguir cenando contigo".

—No estoy en una película de Hallmark, ¿de acuerdo? No voy a soltar alguna frase sobre atardeceres y para siempre.

Diego agita las manos.

—Nadie te está pidiendo que te conviertas en el Sr. Héroe Romántico. Pero por el amor de todo lo sagrado, ¿puedes intentar no sonar como si estuvieras negociando una fusión?

Ryan, que ha estado extrañamente callado, se inclina hacia adelante con una sonrisa casi presumida.

—Me impresiona que estés listo para salir con la misma mujer cuatro veces. Hasta donde yo sabía, huías antes de la cuarta cita como si estuvieras evadiendo el servicio de jurado.

Le lanzo una mirada penetrante.

—¿Y tú me estás dando consejos, Sr. "Todavía suspirando por la hija del amigo de mi padre"? Sabes que nunca va a suceder, ¿verdad?

Ryan ni siquiera se inmuta.

—Estoy jugando a largo plazo. Tú no lo entenderías.

—Sí, el juego a largo plazo. Claro. Eres un caso de estudio de amor no correspondido. Tal

vez *tú* deberías enfocarte menos en juegos y más en citas reales.

Diego interrumpe antes de que Ryan pueda responder, garabateando en el papel ahora.

—Bien, entonces la clave es sobrevivir a la cuarta cita e invitarla a la fiesta.

Ryan se reclina, con los brazos cruzados, dándome una sonrisa de complicidad.

—Entonces, ¿cuál es tu plan cuando Sofia te pregunte sobre tu familia? ¿Vas a fingir una falla en el Wi-Fi, o simplemente lanzarás una bomba de humo y desaparecerás?

—Mirad —digo, ahora paseando por la habitación—. Esto no es una misión de alto riesgo. Son cuatro citas. Lo tengo controlado. La encantaré, le haré pasar un gran momento, lo mantendré ligero y ganaré la apuesta. Fin de la historia.

Diego golpea el marcador contra su barbilla.

—Para ser un tipo que tiene un plan para todo, parece que estás improvisando aquí.

Alex me da una palmada en el hombro.

—Solo recuerda la regla de oro: nada de jerga de negocios, nada de huir y, por el amor de Dios, halaga sus cejas.

Me quedo paralizado.

—¿Cejas?

Diego asiente.

—A las mujeres les encanta cuando notas los pequeños detalles. Las cejas son el secreto. Confía en mí.

—Cejas —repito. No pueden hablar en serio—. No voy a hablar de sus cejas.

Miro el diagrama de monigotes que han dibujado, completo con flechas que apuntan a varios escenarios absurdos como sentimientos sorpresa, cumplidos sobre cejas y posibles crisis emocionales. Mi supuesto "plan de supervivencia" parece algo sacado de un manual de preparación para desastres.

Los miro a todos con incredulidad.

—¿Esto es lo que me estáis dando? ¿Cumplidos sobre cejas y nada de adquisiciones en Fiyi?

Alex levanta las manos.

—Oye, si funciona, nos estarás agradeciendo en la fiesta de Halloween.

Sacudo la cabeza, riéndome a pesar de mí mismo.

—Vosotros sois ridículos.

—Ridículamente acertados —dice Diego, tapando el marcador con una sonrisa satisfecha.

Mientras continúan soltando sus extraños fragmentos de sabiduría, miro la hora.

—Bien, se acabó el tiempo de entrenamiento. Fuera, todos vosotros. Necesito concentrarme y prepararme.

—Concentrarte —repite Ryan, riendo—. Sí, claro. Buena suerte con eso.

—¡Fuera! —los empujo hacia la puerta, prácticamente echándolos.

Cuando la puerta se cierra, el silencio se siente como una bendición. Me paso una mano por el pelo, volviéndome hacia el espejo.

—Bien, Liam —murmuro—. Lo tienes controlado. Son solo unas cuantas citas. Fácil.

Mis dedos tropiezan con el gemelo, y estoy de vuelta en ese rincón de la biblioteca tenuemente iluminado.

El pulso de Aleria se acelera bajo mi tacto, su piel sonrojada y cálida. Sus dientes rozan su labio inferior, ahogando un gemido mientras mis dedos trazan caminos prohibidos. El aroma de libros viejos se mezcla con su perfume. Es embriagador.

El fantasma de su aliento susurra contra mi cuello, y trago saliva con dificultad, tirando del cuello de mi camisa.

—Concéntrate —gruño, encontrando mi mirada en el espejo. Pero el recuerdo persiste, un toque fantasmal que se niega a desvanecerse, incluso mientras me preparo para una cita con alguien más.



Llego a Bella Notte a las 7:28 p. m., ajustándome la chaqueta mientras escaneo la acera. Mi saludo ensayado se evapora cuando veo a Sofia acercarse. Es una visión en un vestido azul profundo que hace que sus ojos brillen como zafiros.

—Vaya —respiro—. Te ves hermosa, Sofia. Ahora me siento mal vestido. ¿Debería ir a casa y cambiarme a mis pantalones de chándal formales?

Sofia se ríe, sus ojos brillando con diversión.

—Ni se te ocurra, Liam. Te ves genial. Aunque me encantaría ver esos pantalones de chándal formales algún día.

Mientras entramos al restaurante (un acogedor lugar italiano que investigué por su ambiente de "cita normal") repaso mentalmente mi lista. Sé encantador. Sé divertido. No hables de sus cejas.

Mis ojos recorren el lugar hasta que localizo a Marcus sentado en una mesa de la esquina, fingiendo estar absorto en un menú.

—¿Todo bien? —pregunta Sofia, notando mi distracción.

Esbozo una sonrisa.

—Solo admiraba la decoración. ¿Vamos?

La guío hasta nuestra mesa, posicionándome de manera que ella no pueda ver a Marcus, mi sombra omnipresente, haciéndose pasar por otro comensal.

Una vez sentados, me inclino hacia adelante, adoptando mi postura más atenta de "escuchando el discurso de una startup".

—Entonces, Sofia, cuéntame sobre tu trabajo como enfermera pediátrica. Debe ser gratificante.

Sus ojos se iluminan, y siento una oleada de victoria. Lo clavé.

—Oh, realmente lo es. Justo la semana pasada, tuvimos a este niño... —Sofia se lanza a contar una historia. Su pasión es contagiosa.

—Estoy impresionado —digo cuando termina—. Manejas a pequeños humanos con facilidad. Yo apenas puedo resolver un cubo de Rubik sin romper en sudor.

Sofia sonríe.

—Bueno, aprecio tu interés. La mayoría de los hombres con los que salgo buscan la salida tan pronto como menciono mis turnos de cuarenta y ocho horas.

Me inclino, bajando la voz.

—Bueno, entre tú y yo, encuentro la privación del sueño y salvar vidas mucho más interesantes que los pasatiempos de la mayoría de la gente. Dime, ¿tienes una vía intravenosa secreta de café, o es todo pura adrenalina?

Ella se ríe, negando con la cabeza.

—Una maga nunca revela sus secretos. Pero digamos que la cafetera del hospital y yo tenemos una relación muy comprometida.

La luz de las velas parpadea sobre el rostro de Sofia mientras se inclina hacia adelante.

—Así que, Liam, hombre de misterio. Háblame de tu familia. ¿Algún hermano escondido en ese armario?

Mi mano se tensa alrededor de la copa de vino. *Peligro, Will Robinson.*

—¿Familia, eh? Bueno, hubo una vez que creé un clan imaginario entero para una campaña de Calabozos y Dragones. ¿Eso cuenta?

Sofia pone los ojos en blanco, pero sus labios se curvan.

—Bonita evasiva. Empiezo a pensar que estás en un programa de protección de testigos o algo así.

Muevo las cejas sugestivamente.

—Si te lo dijera, tendría que matarte. Y eso realmente arruinaría nuestra velada.

Y eso si Aleria no me mata primero.

—Está bien, guarda tus secretos. —Sofia se ríe—. Empezaré yo. Tengo una hermana, Amelia. Es profesora de inglés en secundaria con una afición por los juegos de palabras terribles y una habilidad asombrosa para citar a Shakespeare en los momentos más inapropiados.

—¿Una profesora? Eso sí que es un superpoder —digo, aprovechando la oportunidad para alejarnos del campo minado de mi familia—. ¿Así que ambas trabajáis con niños?

La conversación fluye, una delicada danza de ingenio y tropiezos. Comparto historias de viajes, editando jets privados y suites de lujo, como acordé con Aleria.

Sofia responde con relatos de percances de mochileros y aventuras en albergues que hacen que mis experiencias cuidadosamente seleccionadas de "chico normal" parezcan pálidas en comparación.

El camarero retira nuestros platos de postre, y me doy cuenta de repente de que el restaurante se ha vaciado a nuestro alrededor. Parejas y grupos salen, dejando atrás el suave tintineo de los platos y el bajo zumbido del personal de limpieza que comienza su rutina nocturna. Miro mi reloj, con los ojos bien abiertos. ¿Cómo se ha hecho tan tarde ya?

La risa de Sofia atrae mi atención de vuelta a ella, el sonido cálido y acogedor en el restaurante silencioso. Sus ojos brillan a la luz de las velas mientras termina su historia sobre un desastroso viaje de camping. Por una vez, mi mente no está corriendo con precios de acciones o próximas reuniones de la junta. En su lugar, estoy completamente presente, pendiente de cada una de sus palabras, intentando grabar este momento en mi memoria.

Por primera vez en años, la idea de terminar una velada me llena de reticencia en lugar de alivio.

De pie junto a su coche, tomo un profundo respiro.

—Lo he pasado maravillosamente esta noche, Sofia. ¿Te gustaría repetirlo? ¿Quizás el viernes?

Sofia sonríe.

—Me encantaría, Liam. Es una cita. Y no creas que he olvidado tu misterioso pasado. Resolveré ese enigma eventualmente.

Los ojos de Sofia se encuentran con los míos, una invitación silenciosa en sus profundidades. Me inclino, el aroma de su perfume envolviéndome. Nuestros labios se tocan, suaves y vacilantes al principio, luego con más certeza. Su mano descansa en mi brazo, y yo acuno su mejilla. El beso es dulce, como el tiramisú que compartimos antes.

Espero la emoción, la aceleración de mi pulso, la sensación de vértigo en mi estómago. Pero al separarnos, solo me queda una tibieza leve, como sorber una taza de té que se ha enfriado demasiado.

Las mejillas de Sofia están sonrojadas, su sonrisa tímida, y yo reflejo su expresión automáticamente. Mi mente corre, analizando el momento, buscando un indicio de emoción o anhelo. En su lugar, encuentro solo una apreciación tranquila, como si acabara de ver una pintura

agradable.

—Gracias por una velada encantadora —digo.

La sonrisa de Sofia vacila por un momento, casi imperceptible.

—¿Nos vemos el viernes?

Asiento.

—Absolutamente. Te llamaré.

Mientras Sofia se gira para desbloquear su coche, meto las manos en mis bolsillos, balanceándome sobre mis talones.

—Conduce con cuidado —añado, haciendo una mueca por lo forzado que sueno.

Ella me da una última sonrisa antes de deslizarse en el asiento del conductor.

—Buenas noches, Liam.

—Buenas noches, Sofia —respondo, levantando una mano en despedida mientras arranca el motor.

Mientras veo las luces traseras del coche desaparecer en la esquina, saco mi móvil, listo para enviar un mensaje a mis amigos sobre mi éxito. En su lugar, aparece un mensaje de Aleria.

Aleria

Espero que tu cita haya ido bien. La mía fue inesperadamente esclarecedora. ¿La deslumbraste con tu vasto conocimiento de ingeniería informática, o te ceñiste a tu experiencia en adquisiciones corporativas?

Una sonrisa se extiende por mi rostro, un calor floreciendo en mi pecho mientras mis dedos vuelan sobre la pantalla.

Para que lo sepas, fui un perfecto caballero. Ni rastro de adquisiciones hostiles. Aunque puede que accidentalmente intentara fusionar nuestras reservas para la cena.

Aleria

Aficionado. La próxima vez, intenta comprar el restaurante para impresionarla.

Se me escapa un resoplido, ganándome una mirada curiosa de una pareja que pasa, pero no puedo dejar de sonreír.

Me hieres, James. Para que lo sepas, consideré comprarlo dos veces. ¿Qué hay de ti? ¿Deslumbraste a tu cita con historias de tubos de ensayo y mecheros Bunsen?

Aleria

Por favor. Tengo más delicadeza que eso. Lo entretuve con los intrincados rituales de apareamiento de los organismos unicelulares.

Se me escapa una carcajada.

Ya lo creo. Nada dice romance como la reproducción de las amebas. ¿Demostraste el proceso? He oído que la danza interpretativa realmente ayuda a entender el concepto.

Aleria

Dice el hombre que probablemente recitó toda la historia de JavaScript en su cita. Déjame adivinar, ¿la cortejaste con historias sobre la colocación de puntos y comas?

Me apoyo contra mi coche, absorto en nuestro intercambio.

Que sepas que eso lo guardé para la segunda cita. Las primeras citas son todas sobre CSS. Realmente enciende el ambiente.

—*Ejem.*

Doy un respingo, casi dejando caer mi móvil. Marcus está de pie junto a la puerta abierta del coche, con una ceja tan alzada que corre el peligro de desaparecer en su línea del cabello.

—¿Una velada exitosa, señor? —pregunta.

Me deslizo en el asiento trasero, todavía sonriendo a mi móvil como un idiota.

—Se podría decir eso, Marcus —respondo, ya planeando mi próxima respuesta ingeniosa para Aleria—. Definitivamente se podría decir eso.



ALERIA

Entro tambaleándome a mi apartamento, quitándome los tortuosos tacones con un gemido de alivio después de un largo día en una conferencia. Un sobre de aspecto oficial en el suelo llama mi atención, pero lo paso por encima, demasiado exhausta para lidiar con lo que probablemente sea otra factura. Mi gato, Schrödinger, me observa desde su lugar en el sofá, con la cola moviéndose.

—Bueno, Schrödinger, diría que la conferencia fue simultáneamente un desastre y un éxito. Muy parecido al famoso experimento mental de tu tocayo.

Schrödinger parpadea, poco impresionado.

Me lanzo a una dramática narración de mi noche, mis manos pintando imágenes en el aire.

—Voy caminando hacia el podio, sacando confianza por cada poro. Mi PowerPoint está listo, mis datos deslumbrantes, y estoy a punto de volarles la cabeza con mi innovadora investigación.

Hago una pausa para dar efecto, y la cola de Schrödinger se agita en lo que elijo interpretar como anticipación.

—Pero entonces —continúo, bajando mi voz a un susurro teatral—, ocurre el desastre. Mi tacón se engancha en una arruga inexistente en la alfombra. El tiempo se ralentiza. Estoy cayendo, Schrödinger, cayendo a la vista de toda la comunidad científica. Mi vida pasa ante mis ojos. Todas esas horas en el laboratorio, todas esas fiestas perdidas, todo llevando a este momento de traición gravitacional.

Me lanzo al sofá, con el brazo sobre la frente.

—Aterrizo en un montón de mortificación y poliéster caro justo a los pies de la Dra. Harriet Weinstein. Ya sabes, la que escribió esa crítica mordaz de mi último artículo. El universo tiene un sentido del humor retorcido, ¿no crees?

Schrödinger maúlla, lo que tomo como una expresión de estar de acuerdo.

—¿Puedes creerlo? —pregunto, sentándome y mirando a los ojos a mi confidente felino—. Años de educación, meses de preparación, y soy derrotada por mis propios pies. Si alguna vez hubo prueba de que el universo es caótico e indiferente, es ahora.

Schrödinger bosteza, mostrando sus pequeños colmillos.

—Lo sé, lo sé. Apenas es sorprendente a estas alturas —suspiro, recostándome en los cojines—. Pero aquí está lo mejor. Liam estaba allí.

Al mencionar el nombre de Liam, las orejas de Schrödinger se levantan. Entrecierro los ojos hacia él.

—No me digas que ahora estás de su lado. Traidor.

Mi gato solo parpadea, así que continúo mi historia.

—Estaba insoportable como siempre, pavoneándose como si fuera el dueño del lugar. Lo cual, está bien, su empresa estaba patrocinando el evento, ¡pero aun así! El descaro de ese hombre, actuando como un completo bufón. ¿Puedes creerlo?

En respuesta, Schrödinger se estira y salta del sofá, dirigiéndose hacia su plato de comida.

—Tienes razón, por supuesto que puedo creerlo —murmuro—. Es Liam, después de todo.

Mi mirada vuelve al sobre en el suelo. Con un suspiro resignado, me agacho para recogerlo, el papel crujiente entre mis dedos. La dirección del remitente hace que mi estómago se contraiga: es del casero.

—Genial —murmuro, abriéndolo con más fuerza de la necesaria—. Justo lo que necesito después de hoy. Otra...

Mi voz se apaga mientras escaneo la carta, mis ojos abriéndose más con cada línea. El papel tiembla en mi mano.

—Schrödinger —susurro, luego más fuerte—, no vas a creer esto.

Mi gato hace una pausa a mitad de masticar, mirándome con leve interés.

—El alquiler... lo están bajando. ¡Todas esas cartas que he estado escribiendo durante meses, realmente funcionaron!

Hago un pequeño baile en medio de la sala, con la carta apretada contra mi pecho. Schrödinger observa, con la cola moviéndose, mientras doy vueltas pasando junto a él.

—¿Sabes lo que esto significa? —le pregunto, arrodillándome para rascarle detrás de las orejas—. No tendré que elegir entre pagar la factura de la luz y enviar dinero a mamá y papá.

Schrödinger ronronea, frotándose contra mi mano.

—Tienes razón, amigo —digo, sonriendo mientras lo levanto para un abrazo de celebración—. Tal vez el universo no sea tan caótico e indiferente después de todo. O al menos, es un caos con un toque de amabilidad inesperada.

En ese momento, mi móvil vibra. Lo saco de mi bolso, sonriendo cuando veo que es Mia.

—Hola, compañera científica extraordinaria —contesto.

La risa de Mia crepita a través del altavoz.

—Entonces, ¿cómo estuvo la conferencia? ¿Los deslumbraste con tu presentación?

Resoplo, subiendo los pies a la mesa de café.

—Casi. Creo que los encantó mi habilidad para tropezar con absolutamente nada.

—Ah, la vieja especialidad de Aleria. Funciona siempre.

—Oye —protesto, pero también me río—. Te haré saber que me recuperaré con gracia. Solo derribé una presentación de póster. Pero Liam lo vio todo.

—Un nuevo récord personal —se burla Mia. Hay una pausa, y cuando habla de nuevo, su tono ha cambiado—. Oye, hablando de tu apuesta con el señor Bolsa de Dinero, escuché algo extraño en los pasillos hoy.

Enderezó mi postura, la tensión se arrastra por mis músculos. El tono de Mia hizo sonar las alarmas en mi cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—¿Conoces a Lucas Valeur? ¿El hermano mayor de Liam? —Mia baja la voz—. Escuché a unos guardias de seguridad hablando. Alguien rayó su coche bastante mal hace poco.

—Eso les pasa a los ricos a veces —digo, aunque algo en el tono de Mia hace que mi

estómago se contraiga.

—Hay más —continúa Mia—. Los Valeur han aumentado la seguridad últimamente. Guardaespaldas privados por todas partes. Vi a Cora Valeur siendo escoltada a su coche ayer como si fuera la presidenta o algo así.

Pienso en el guardaespaldas de Liam, siempre rondando cerca. Había asumido que era solo una cosa de ricos, pero ahora...

—Deberías tener cuidado —dice Mia—. Involucrarse con los Valeur podría no ser la elección más segura en este momento.

Me muerdo el labio, mi mente corriendo a través de un laberinto de escenarios del peor de los casos. La cara de Liam aparece en mi mente, su habitual sonrisa arrogante reemplazada por una máscara de preocupación.

—Yo... estoy segura de que está bien. Es decir, es solo una apuesta, no es como si estuviera saliendo con el tipo. Pero gracias por decírmelo, Mia.

Después de colgar, no puedo quitarme la sensación de inquietud. Agarro mi portátil, mis dedos vuelan sobre las teclas mientras busco cualquier información sobre los Valeur.

No hay nada. Bueno, nada fuera de lo común. Solo los habituales informes comerciales, actualizaciones bursátiles y artículos elogiosos sobre la ilustre familia Valeur. Algunas columnas de chismes que especulan sobre la vida amorosa de Lucas, pero nada que siquiera insinúe amenazas o peligro.

—Esto no tiene sentido —murmuro, frunciendo el ceño ante la pantalla. Si alguien estuviera amenazando a los Valeur, seguramente habría algún rastro de ello en línea, ¿no? Un artículo de noticias enterrado, un tuit sospechoso, cualquier cosa. Pero es como si todo internet hubiera sido limpiado de cualquier prensa negativa sobre ellos.

Me reclino, frotándome las sienes. ¿Podría estar equivocada la información de Mia? ¿O alguien está haciendo grandes esfuerzos para mantener esto en secreto? De cualquier manera, la falta de evidencia es casi más inquietante que encontrar pruebas de las amenazas.

—El guardaespaldas de Liam —murmuro para mí misma, encajando las piezas—. Siempre pensé que era solo una cosa de ricos. Pero, ¿y si es algo más que eso?



A la mañana siguiente, prácticamente floto mientras me acerco al laboratorio, repasando mentalmente la llamada de anoche con Jake, quien me invitó a una tercera cita. Voy a ganar esta apuesta, sin duda alguna.

Empujo la puerta del laboratorio. Mia ya está allí, mirando por un microscopio con intensa concentración.

—Buenos días, compañera entusiasta de la ciencia —canturreo, colgando mi abrigo.

Mia levanta la vista, con una sonrisa cómplice en su rostro.

—Alguien está de buen humor. Déjame adivinar. ¿Jake?

Una sonrisa se extiende por mi rostro.

—¿Es tan obvio? Estuvimos hasta tarde planeando nuestra cita de esta noche. Me va a llevar al nuevo observatorio que acaba de abrir. Estoy más que lista.

Mia arquea una ceja.

—Sabes lo que pasa en las terceras citas, ¿verdad?

—Créeme, lo sé —respondo, bajando la voz en tono confidencial—. Incluso me hice una depilación completa. Ha pasado un tiempo, Mia. Soy prácticamente una mujer nueva.

Mia se ríe, pero el sonido muere rápidamente cuando levanta la mirada por encima de mi hombro y sus ojos se agrandan.

—Dra. James.

Me doy la vuelta para encontrarme con Liam, su expresión indescifrable. Mi corazón da un pequeño vuelco traicionero en mi pecho.

—Oh, no te vi allí.

—Confío en que está bien descansada después de la conferencia y lista para un día productivo —dice, con voz fría y profesional.

Parpadeo, desconcertada por su tono.

—Eh, sí. Solo una noche normal. ¿Por qué?

Liam ignora mi pregunta, entrando a zancadas en el laboratorio.

—Excelente. Hay una montaña de trabajo por hacer.

Antes de que pueda procesar lo que está pasando, empieza a enumerar una lista de tareas que me hace dar vueltas la cabeza.

—Necesito estos informes para el mediodía, este análisis para las 3 de la tarde, y, oh, ¿podría reorganizar toda la base de datos de muestras? Hoy.

Me quedo boquiabierta, segura de que debo haber oído mal.

—¿Todo esto? ¿Hoy?

—¿Hay algún problema, Dra. James? —me interrumpe Liam, sus ojos azules penetrantes—. Pensé que se enorgullecía de su dedicación a la ciencia.

Algo en mí se rompe.

—No sé qué se te metió en el café esta mañana, Valeur, pero...

—Mi café está bien —replica—. Su ética de trabajo, sin embargo, parece estar decayendo. ¿Las noches tardías están afectando su rendimiento?

Me erizo, apretando los puños a los costados.

—Mi rendimiento es impecable, como siempre. A diferencia de algunas personas, puedo equilibrar mi vida personal y profesional.

La tensión en la habitación chisporrotea como electricidad estática antes de un rayo. Los ojos de Mia van y vienen entre nosotros, su boca abierta como si estuviera viendo un brutal partido de tenis.

—Yo, eh, acabo de recordar —balbucea Mia, retrocediendo hacia la puerta—, el espectrómetro de masas necesita calibración. Urgentemente. Muy, muy urgentemente. —Sale por la puerta más rápido que un neutrino atravesando plomo, dejándonos a Liam y a mí en un enfrentamiento de miradas.

—No aprecio la actitud, Dra. James —dice él, con voz baja—. Ya que soy yo quien financia su investigación, espero que mi inversión sea tratada con respeto.

Aprieto los dientes, sintiendo las palabras arañando mi garganta.

—¿Respeto? Estás lanzándome trabajo de último minuto para hacerme quedar hasta tarde, y ambos lo sabemos.

—Tal vez si se concentrara en su trabajo en lugar de... depilarse —dice, haciendo una pausa para enfatizar—, no tendría problemas para cumplir sus plazos.

La suficiencia en sus ojos es la gota que colma el vaso.

—Mi productividad nunca ha sido un problema, Sr. Valeur. Y si quieres que trabaje hasta tarde solo para sabotear mis planes personales, entonces tal vez eres tú quien necesita una pequeña lección de equilibrio entre trabajo y vida personal.

Él da un paso más cerca, bajando la voz.

—Si es tan dedicada como dice, entonces quedarse unas horas extra no debería ser un problema, ¿verdad?

Abro la boca para discutir, pero la cierro, sintiéndome atrapada. Es mi jefe y mi inversor. Si me resisto, podría arriesgarlo todo. Pero la forma en que me está mirando, como si me desafiara a elegir a Jake sobre mi investigación, me dan ganas de gritar.

—Bien —escupo, cada sílaba envuelta en furia apenas contenida—. Me quedaré. Pero esto, sea cual sea el juego que estés jugando, es mezquino.

—Bien —dice, dándose la vuelta—. Mantengámoslo profesional a partir de ahora, Dra. James.

Mientras se va, mis manos siguen apretadas y mi estómago es un nudo de ira. Sea cual sea este juego, voy a asegurarme de salir ganadora.



A medida que avanza el día, Liam y yo orbitamos el uno alrededor del otro como estrellas binarias atrapadas en una danza gravitacional. Nuestras interacciones son un constante tira y afloja, cada comentario mordaz acercándonos, solo para repelernos de nuevo con igual fuerza.

—Dra. James —me llama Liam, su voz goteando falsa preocupación—. ¿Planea analizar esa muestra o mirarla fijamente hasta someterla?

Levanto la vista de mi microscopio, esbozando una sonrisa empalagosa.

—Oh, lo siento, Sr. Valeur. No me di cuenta de que seguías aquí. Pensé que había oído el sonido de un ego masivo desinflándose y asumí que te habías ido.

Los ojos de Liam se estrechan, pero capto el indicio de una sonrisa tirando de sus labios. Asiente hacia el delicado espectrómetro que estoy ajustando.

—Cuidado con ese equipo, Dra. James.

Ni siquiera levanto la vista, mis dedos se mueven con una precisión exagerada sobre el instrumento.

—Sé lo que estoy haciendo, Sr. Valeur. Supongo que tú no lo sabrías, ya que es difícil encajar conocimientos científicos reales bajo todo ese ego.

—¿"Conocimientos científicos reales"? —repite Liam, con un tono fingidamente ofendido—. Me parece recordar a cierta persona suplicando mi ayuda con Cálculo III en la universidad. ¿Qué fue lo que dijiste? "Liam, necesito que me ayudes a aprobar esta clase".

El recuerdo me golpea como un chorro de agua fría. Levanto la mirada y capto el brillo travieso en sus ojos.

—Eso no es justo. Estaba privada de sueño y desesperada.

—Y yo era tu caballero de brillante armadura, armado con una calculadora y un suministro interminable de terribles juegos de palabras matemáticos —contraataca Liam, sonriendo.

Resoplo, incapaz de contener la sonrisa que tira de mis labios.

—Por favor. Aunque tus juegos de palabras eran peores que los míos. ¿Recuerdas, "Yo soy impar, tú eres par, y juntos somos primos"?

Liam echa la cabeza hacia atrás y ríe, el sonido es envolvente y moleestamente atractivo.

—Oye, esa frase funcionó, ¿no? Éramos una gran pareja de estudio.

Por un momento, me transporto de vuelta a esas noches largas en el laboratorio de matemáticas, el aire cargado con algo más que ecuaciones. Recuerdo el calor de la mano de Liam en mi hombro y cómo mi corazón se aceleraba cuando se inclinaba para revisar mi trabajo.

Pero entonces, recuerdo cómo terminó todo, cómo desapareció justo cuando estaba lista para

creer que podríamos tener algo más.

Aclarándome la garganta, alcanzo mi portapapeles, rompiendo el hechizo.

—Sí, bueno, esos días quedaron atrás. Ahora, si me disculpas, tengo ciencia real que hacer.

—Por supuesto, Dra. James.

Los números se vuelven borrosos ante mis ojos mientras proceso datos durante horas. Solo cuando miro el reloj me doy cuenta de lo tarde que se ha hecho, y voy a tener que quedarme incluso más tarde para terminar todo.

Mientras el resto del personal se va, Liam se detiene junto a mi escritorio. Una sonrisa juguetea en las comisuras de su boca.

—¿Todavía aquí, Dra. James? —pregunta, apoyándose en mi escritorio—. Espero que esto no interfiera con su agenda social.

Mis dedos se congelan sobre las teclas. El calor sube a mis mejillas mientras encuentro su mirada.

—Tú planeaste esto.

La ceja de Liam se arquea, sus ojos azules brillando con algo que parece triunfo.

—¿Planear qué? Solo asigné el trabajo que necesitaba hacerse. —Se endereza, ajustando su chaqueta a medida—. Buenas noches, Dra. James.

Tan pronto como se va, me desplomo en mi silla, dejando escapar un largo suspiro. ¿Cuál es su problema? Es como si me estuviera castigando por algo, pero ¿por qué?

Saco mi móvil para llamar a Jake. Está decepcionado, pero es comprensivo cuando le explico que tengo que cancelar nuestra cita.

El laboratorio zumba con el bajo ronroneo del equipo, una nana mecánica puntuada por el staccato de mi tecleo. Mis ojos arden de mirar la pantalla, números y fórmulas bailando en mi visión.

Arqueo mi espalda, las articulaciones crujiendo.

Me quedo inmóvil. Un sonido tenue rompe el silencio, un susurro de fricción como si alguien arrastrara su zapato por el suelo pulido. Viene del oscuro pasillo más allá de la puerta abierta de mi laboratorio.

Mis dedos se ciernen sobre las teclas. El vello de mi nuca se eriza.

—¿Hola? —Mi voz hace eco en el laboratorio vacío, tragada por el silencio que sigue.

Ahí está de nuevo. Más cerca. El sonido de algo, o alguien, tratando de moverse silenciosamente y fallando.

Me aparto de mi escritorio, las ruedas de la silla chirriando en protesta. Mis ojos recorren el laboratorio tenuemente iluminado, sombras acechando en cada esquina. Mi mano encuentra la base de un microscopio pesado, el metal frío calentándose bajo mi agarre mientras lo levanto.

Con la respiración superficial, me dirijo hacia la puerta de mi oficina. El roce se hace más fuerte con cada paso. El sudor se acumula en mis palmas, amenazando mi agarre en el microscopio.

Alcanzo el pomo, el pulso retumbando en mis oídos. Uno, dos, tres...

Abro la puerta de golpe, el microscopio levantado alto sobre mi cabeza. Mis músculos se tensan, listos para golpear lo que sea que espere al otro lado.

Once

LIAM

Las puertas del ascensor se abren con un alegre tintineo que se burla de mi agotamiento. Salgo tambaleándome, mis zapatos chirrían en el suelo pulido, porque nada dice "poderoso director ejecutivo" como sonar a pato de goma con cada paso.

—¿A casa, señor? —pregunta Marcus, su voz llevando el más leve indicio de diversión. Juro que disfruta viéndome desmoronarme al final de cada día.

Asiento, desplomándome en el asiento trasero del coche como una marioneta con los hilos cortados. Mientras nos alejamos, miro el edificio y un destello de luz capta mi atención. Me giro y veo una ventana solitaria iluminada en el tercer piso. El laboratorio de Aleria.

Mi corazón hace un pequeño zapateado contra mis costillas. Le había echado encima una montaña de trabajo hoy, todo porque no podía soportar la idea de que ella ganara esta apuesta.

Muy maduro, Valeur.

—Marcus —grazno, mi voz sonando como si hubiera tragado grava—. Detente.

Él levanta una ceja en el espejo retrovisor, pero obedece sin comentarios. El juicio silencioso es su especialidad.

Miro fijamente el edificio. Esto es ridículo. Es una mujer adulta. No me necesita para... ¿Qué? ¿Rescatarla de las malvadas hojas de cálculo?

Pero la imagen de Aleria sola en el laboratorio oscuro no abandona mi mente. Necesito arreglar esto.

Con un gruñido frustrado, abro la puerta del coche.

—Volveré enseguida —le digo a Marcus, ignorando su sonrisa de complicidad mientras camino hacia la entrada.

El vestíbulo está tranquilo a esta hora, mis pasos hacen eco en las paredes. Mientras paso mi tarjeta de acceso y entro al ascensor, me veo reflejado en las puertas espejadas. Mi corbata cuelga suelta, mi pelo es un desastre de tanto pasarme los dedos por él.

—Solo estoy revisando la propiedad de la empresa —murmuro a mi desaliñado doble—. Eso es todo. Completamente profesional.

Mi reflejo parece escéptico.

El ascensor suena, las puertas se abren revelando un pasillo oscuro. La mayoría de los laboratorios están a oscuras, pero un haz de luz se filtra por debajo de una puerta al final del

corredor.

Mis nudillos se ciernen a centímetros de la puerta, a punto de tocar cuando un golpe ahogado resuena desde el interior. Le sigue un sonido que podría ser un gemido o podría ser el último suspiro de mi sentido común.

Mi mano cae sobre el picaporte. Justo cuando mis dedos rozan el frío metal, la puerta explota abriéndose como una caja de sorpresas del infierno.

Tengo un vistazo fugaz de los ojos de Aleria, abiertos y asustados, antes de registrar el objeto que se balancea hacia mi cabeza.

Sus labios se abren en un jadeo silencioso de reconocimiento, pero es demasiado tarde. El objeto pesado en sus manos, ¿un microscopio?, describe un arco en el aire, su trayectoria apuntando a mi cráneo.

Me agacho, la ráfaga de aire del casi impacto agita mi pelo. Mi cuerpo reacciona antes de que mi mente pueda alcanzarlo. Mi mano sale disparada, los dedos cerrándose alrededor de la muñeca de Aleria en pleno balanceo. El impulso nos arrastra a ambos.

La espalda de Aleria encuentra la pared con un suave golpe. Nuestros cuerpos chocan, un rompecabezas de ángulos y curvas encajando en su lugar. El microscopio golpea el suelo, su estrépito resonando en el silencio cargado. Bajo mis dedos, su pulso martillea un tempo frenético contra mi piel. Sus ojos, abiertos y salvajes, capturan los míos. Motas de oro bailan en esas profundidades marrones, como estrellas en un cielo de medianoche. Sus labios se separan, cada respiración un cálido susurro contra mi mejilla.

La fina tela de su bata de laboratorio traiciona cada una de sus curvas. Ella es suave donde yo soy duro, flexible donde yo soy inflexible. El calor irradia entre nosotros, una cosa viva con voluntad propia. Su mano libre se aferra a mi camisa. Mi piel se eriza donde su aliento roza mi cuello.

Sin querer, los recuerdos me invaden, vívidos y abrasadores.

El rincón polvoriento de la biblioteca huele a libros viejos y posibilidades. Los libros de texto de Aleria se desparraman por el suelo, olvidados en el momento en que mis labios encuentran los suyos. Sabe al café con caramelo de la cafetería del campus: dulce y adictivo. Sus manos juegan con mi cuello, inexpertas pero ansiosas.

—Shh —susurro contra su cuello—. Alguien podría oír.

Ella suelta una risita, el sonido dispara directamente a mi pecho antes de presionar su rostro contra mi hombro para amortiguarlo. Sus rizos oscuros escapan de su moño desordenado, rozando mi mejilla. Algo se retuerce en mis entrañas al ver lo perfectamente que encaja contra mí.

Mis dedos tiemblan mientras encuentran el dobladillo de su camiseta. Cuando rozo su pecho, el pequeño jadeo que emite me hace luchar por el control. El calor se acumula en la parte baja de mi estómago mientras ella se arquea hacia mi tacto.

—¿Estás bien? —Mi voz suena ronca, desesperada.

Ella asiente, las pupilas dilatadas detrás de esas gruesas gafas.

—Por favor, Liam.

Su falda se sube mientras envuelve una pierna alrededor de mi cadera. Mi mano se desliza por debajo, encontrando una sencilla ropa interior de algodón ya empapada. Está húmeda, lista, sus caderas se sacuden ante mi primera caricia tentativa. Todo mi cuerpo vibra de necesidad.

—Oh, Dios —gime, demasiado fuerte para la tranquila biblioteca.

Cubro su boca con mi mano libre, sintiendo sus respiraciones agitadas contra mi palma. Mis dedos se deslizan dentro de ella. Está apretada, húmeda, perfecta. Cada movimiento de sus

caderas contra mi mano hace que mi sangre cante. Sus uñas se clavan en mis bíceps a través de mi gastada sudadera universitaria mientras se mece contra mí, y tengo que morderme para no gemir.

Un libro cae del estante junto a nosotros. Ninguno de los dos se mueve para recogerlo. Sus muslos tiemblan cuando curvo mis dedos, encontrando ese punto que la hace morder mi palma para mantenerse en silencio. Es hermosa así: pelo desordenado, mejillas sonrojadas, completamente deshecha. Mi pecho se siente demasiado apretado, como si mi corazón intentara liberarse.

Cuando llega al clímax, su cuerpo se tensa contra el mío. La confianza en su expresión, la forma en que se abandona en mis brazos, rompe algo dentro de mí. Algo aterrador, vasto y abrumador.

Abre los ojos, aún recuperando el aliento, y me mira con una emoción que me paraliza el corazón. Sus dedos recorren mi mejilla, y la ternura de esa caricia envía una oleada de pánico por mi garganta. Esto ya no es solo deseo. Es algo más. Algo que se siente como caer.

—Liam —susurra, y mi nombre en sus labios suena como un futuro para el que no estoy preparado.

—Tengo que irme —las palabras salen bruscamente de mí mientras retrocedo tambaleándome, mi cuerpo frío donde el suyo estaba presionado contra él hace momentos—. Grupo de estudio. Lo olvidé.

—Espera, ¿qué? —su voz se quiebra, y algo dentro de mí también se rompe.

Pero ya me estoy moviendo, mis piernas me llevan lejos, aunque cada célula de mi cuerpo grita por quedarse. Mis manos tiemblan mientras las meto en mis bolsillos, mi corazón late tan fuerte que apenas puedo respirar. Y corro.

Sé que ella recuerda esa escena tan bien como yo. La misma vulnerabilidad brilla ahora en sus ojos. Pero esta vez, también hay cautela. Una cautela que habla de viejas heridas y confianza rota. Una mirada que yo puse allí.

Yo hice esto. La lastimé. Y ahora, años después, sigo huyendo, todavía ocultándome detrás de excusas y distancia profesional.

La verdad de esto se asienta en mi estómago, pesada e incómoda. Pensé que había cambiado, que había superado a ese chico universitario asustado que huía de sus sentimientos. Pero aquí estoy, de nuevo, usando mi posición para mantener a Aleria a distancia, acumulándole trabajo para sabotear su cita.

Permanecemos congelados en este momento, el silencio roto solo por nuestra respiración entrecortada.

Trago con dificultad.

—¿Saludas así a todos tus colegas, Dra. James? —pregunto, mi voz más áspera de lo que quisiera—, ¿o soy especial?

Aleria parpadea, el reconocimiento asomando en sus ojos. Un rubor se extiende por su cuello, subiendo por sus mejillas.

—Pensé que había oído...

Se interrumpe, su mirada cayendo hacia donde mi mano aún rodea su muñeca. La suelto como si me quemara, dando un paso atrás para poner algo de distancia necesaria entre nosotros. La pérdida de contacto deja mi piel hormigueando.

—Vine a revisar el laboratorio —digo, buscando desesperadamente una explicación que no me haga sonar como un acosador—. Para comprobar que todo nuestro valioso equipo esté seguro.

Suave, Valeur. Muy convincente.

La ceja de Aleria se arquea, su pánico anterior reemplazado por sospecha.

—Te fuiste hace solo unos minutos, y es tarde. No hay nadie aquí más que yo.

Fuerzo una risa.

—El mal nunca duerme, Dra. James. Tampoco la ciencia. Ni la seguridad.

Dios, ¿qué estoy diciendo? Me aclaro la garganta, intentando recuperar mi habitual compostura.

—Olvida lo que dije que tenía que hacerse hoy. Puedes terminarlo mañana. Y ya que ambos estamos aquí, podría llevarte a casa. Es tarde, y mi coche está justo afuera.

Aleria parece sorprendida por la oferta, sus ojos entrecerrados como si intentara determinar si hay alguna intención oculta.

—Oh. Mmm... claro. Solo déjame recoger mis cosas.

La observo mientras se mueve por el laboratorio, recogiendo su abrigo y su bolso. Bajo la dura luz fluorescente, puedo ver las oscuras ojeras bajo sus ojos, el hundimiento de sus hombros revelando su agotamiento. La culpa que me trajo aquí en primer lugar se intensifica.

¿Le acumulé todo ese trabajo solo porque tenía una cita? ¿En qué clase de persona me convierte eso? El pensamiento me carcome, retorciéndose en mi estómago.

El viaje en el ascensor es silencioso y tenso. Marcus está esperando en el vestíbulo, su rostro tan impassible como siempre.

Mientras nos acercamos al coche, extendiendo la mano para abrirle la puerta a Aleria. En su prisa por mantener una distancia entre nosotros, no se da cuenta de mi gesto. Se gira, y su codo conecta con mis costillas. Dejo escapar un *uf*, más sorprendido que lastimado.

Los ojos de Aleria se agrandan, un rubor subiendo por su cuello.

—¡Oh!

—Cuidado —digo, frotándome el costado con exagerado cuidado—. Empiezo a pensar que la tienes contra mí, Dra. James. Primero el microscopio, ahora esto. ¿Debería preocuparme por lo que viene después?

Su vergüenza inicial se desvanece, reemplazada por una chispa familiar de irritación.

—No te sientas alagado —responde, enderezando su abrigo—. Si quisiera hacerte daño, te aburriría hasta la muerte con una conferencia sobre física cuántica. Mucho más eficiente que la violencia física.

Una sonrisa irónica tira de mis labios.

—Ah sí, muerte por ciencia incomprensible. Tu especialidad, creo. Aunque debo decir, prefiero el codazo en las costillas. Al menos así será rápido.

Por un momento, creo ver el fantasma de una sonrisa en el rostro de Aleria. Pero desaparece tan rápido como apareció, su expresión endureciéndose en algo más frío, más distante mientras se desliza dentro del asiento trasero.

—¿Cómo es la vista desde tu torre de marfil? —pregunta mientras me siento a su lado—. Debe ser agradable jugar mientras el resto hacemos el trabajo.

Sus palabras me golpean como un puñetazo inesperado, tomándome por sorpresa.

—No tienes idea de lo que implica mi trabajo.

Los ojos de Aleria se ensanchan como si estuviera sorprendida por el efecto que han tenido sus palabras.

—Oh, lo siento. ¿Es un trabajo duro acumular plazos imposibles sobre tus empleados? ¿O tal vez es la tensión de microgestionar cada aspecto de mi investigación?

El sarcasmo en su voz es palpable, y lucho por mantener la compostura. Esto no es nuestro

habitual intercambio juguetón. Hay ira real aquí, dolor real.

—Aleria —comienzo, mi voz más suave ahora—, sobre eso...

Pero ella me interrumpe, sus ojos brillando con una mezcla de agotamiento y enojo.

—Ahórratelo, Sr. Valeur. No necesito tus explicaciones ni tu lástima. Lo que necesito es un jefe que respete el trabajo que hacemos y no use su posición para... para...

Se interrumpe, pareciendo contenerse antes de decir demasiado. Pero la implicación flota en el aire entre nosotros. ¿Para castigarla? ¿Para impedirle su cita? La culpa que he estado tratando de ignorar vuelve con toda su fuerza.

Abro la boca para responder, para disculparme, para explicar, pero no salen palabras. Porque, ¿cómo puedo explicar mis acciones sin admitir los celos que las provocaron?

Lanzo una mirada furtiva a Aleria, su perfil iluminado por las farolas que pasan, suavizando las líneas de fatiga alrededor de sus ojos. Un mechón de cabello se ha escapado de su moño, rizándose contra su cuello. Tengo un repentino e irracional impulso de tocarlo.

Aprieto los puños, obligándome a apartar la mirada. ¿Qué me pasa? Esta es la Dra. James. La brillante, exasperante e inalcanzable Dra. James. Solo estoy cansado, eso es todo. Cansado y me siento culpable por haberla hecho trabajar en exceso.

Sí, eso es.

El silencio se extiende entre nosotros, denso e incómodo. Estoy a punto de recurrir a comentar sobre el clima cuando el coche da un giro brusco. La mano de Aleria se dispara, buscando apoyo.

Su palma aterriza en mi muslo, con los dedos extendiéndose sobre la tela de mis pantalones. El contacto, aunque inocente, envía una descarga por mi sistema. El calor florece bajo su mano, extendiéndose hacia afuera como un incendio.

Por un momento, ninguno de los dos se mueve. Soy consciente del calor de su mano, de la leve presión de sus dedos. Mis músculos se tensan bajo su tacto.

Los ojos de Aleria se abren de par en par cuando se da cuenta de dónde ha aterrizado su mano. Un rubor se extiende por su cuello, tiñendo sus mejillas. Ella se aparta, pero otro giro del coche hace que se agarre con más fuerza para mantener el equilibrio.

—Yo... lo siento —balbucea.

—No pasa nada —digo. Me aclaro la garganta, intentando usar un tono ligero—. ¿Intentando acercarte más al jefe, Dra. James?

Los ojos de Aleria relampaguean. Retira su mano como si mi muslo se hubiera convertido en lava fundida.

—Creo que estuve lo suficientemente cerca de ti una vez antes, y dejaste muy claro lo que querías. O más bien, lo que no querías.

Trago con dificultad, formándose un nudo en mi garganta.

—Aleria, yo...

—No —me interrumpe, su tono no deja lugar a discusión—. No vamos a hacer esto. Ni ahora, ni nunca. Ya no soy esa chica ingenua. No cometeré el mismo error dos veces.

Se da la vuelta, mirando por la ventana. La distancia entre nosotros en el asiento trasero de repente se siente como un abismo abierto.

Abro la boca y luego la cierro de nuevo. ¿Qué puedo decir? ¿Que era joven y estaba asustado? ¿Que me he arrepentido de esa noche todos los días desde entonces? ¿Que verla en el laboratorio, iluminada por las duras luces fluorescentes, despertó algo en mí que pensé que había enterrado hace años?

—Aleria, yo... nunca quise herirte. Ni entonces, ni ahora. Lo siento.

Ella me mira, con sorpresa clara en su expresión. Por un momento, creo ver un destello de algo más: vulnerabilidad, tal vez incluso anhelo. Pero luego desaparece, reemplazado por un cansancio que la hace parecer mayor de lo que es.

—Pero lo hiciste —dice—. Me heriste, Liam. Y no puedo simplemente olvidarlo.

El uso de mi nombre de pila, suave en sus labios, me provoca un escalofrío por la espalda. Quiero acercarme a ella, cerrar este abismo entre nosotros. Quiero decirle lo arrepentido que estoy, que quiero cancelar la estúpida apuesta y llevarla a una cita.

Pero antes de que pueda hacerlo, la voz de Marcus corta la tensión.

—Señor, nos estamos acercando al apartamento de la Dra. James.

La interrupción rompe cualquier hechizo que hubiera caído sobre nosotros. Aleria se endereza en su asiento, su máscara profesional volviendo a su lugar. Mientras el coche se detiene, me doy cuenta de lo cerca que nos hemos puesto durante nuestra discusión, nuestras rodillas casi tocándose.

Aleria se aleja, alcanzando la manija de la puerta.

—Bueno, esto ha sido toda una experiencia. Gracias por el viaje, supongo.

—Solo cumplo con mi deber como empleador responsable —respondo, odiando lo formal y frío que suena.

Está a medio salir del coche cuando me estiro, mis dedos cerrándose alrededor de su muñeca.

—Aleria, espera...

No estoy seguro de lo que voy a decir, de lo que puedo decir para arreglar este lío entre nosotros. Pero antes de que pueda averiguarlo, mi móvil suena.

El móvil sigue sonando, y Aleria aprovecha ese momento para irse. Con un suspiro, lo saco de mi bolsillo, pero pierdo la llamada. El nombre de Logan parpadea en la pantalla con un mensaje.

Logan

Reunión de emergencia mañana.



LIAM

Empujo las pesadas puertas de la finca familiar, con un presentimiento que se asienta en mi estómago como plomo. El gran vestíbulo, que normalmente es una vista acogedora, se siente opresivo esta noche. Las sombras se extienden a lo largo de los suelos de mármol, distorsionando las conocidas formas en siluetas ominosas.

Mientras me dirijo al estudio, las voces amortiguadas de mis hermanos llegan a mis oídos. Sus tonos son bajos y urgentes. No es la charla habitual que normalmente precede a nuestras reuniones familiares.

Me detengo frente a la puerta del estudio, enderezándome la corbata y respirando profundamente. Sea lo que sea que me espere al otro lado, necesito enfrentarlo con la compostura que se espera de un Valeur. Con una última inhalación para calmarme, abro la puerta.

La escena que me recibe no ayuda a calmar mi inquietud. Lucas camina de un lado a otro junto a la chimenea, su habitual comportamiento despreocupado reemplazado por una tensión contenida. Cora está sentada en un sillón, sus dedos golpeteando un ritmo ansioso en el reposabrazos. Logan se apoya contra la estantería, su rostro indescifrable.

En la esquina más alejada de la habitación, Ryder se yergue como un centinela silencioso. Su imponente figura está inmóvil, pero sus ojos están alerta, escaneando la habitación. ¿Por qué está él aquí?

Y allí, detrás del imponente escritorio de caoba, está sentado nuestro padre. La visión de él me hace titubear a mitad de paso. Se ve viejo. Desgastado. Sus hombros, normalmente erguidos con la confianza de un hombre que dobla el mundo a su voluntad, están caídos. Sus manos, noto con un sobresalto, están temblando mientras se sirve una copa.

—Liam —dice, con voz ronca—. Siéntate. Te estábamos esperando.

Tomo asiento junto a Cora, quien me da una sonrisa tensa que no llega a sus ojos.

—¿Qué está pasando? —pregunto, mirando de un rostro sombrío a otro—. ¿Por qué la reunión de emergencia?

Nuestro padre da un largo trago a su bebida, luego coloca el vaso sobre la mesa con un golpe sordo que parece resonar en el tenso silencio.

—Hay algo que necesito contarles a todos. Algo que debería haberles dicho hace años.

A la luz parpadeante del fuego, capto un atisbo de algo en los ojos de mi padre que me deja helado. Es una emoción que nunca antes había visto allí, una que nunca pensé que asociaría con Peter Valeur. Miedo.

—Soy consciente de que habéis oído cosas sobre vuestra madre —comienza, con voz suave—. Sobre lo que le sucedió. Me doy cuenta ahora de que no puedo seguir manteniendo esto en secreto. Merecéis la verdad. Toda la verdad.

El aire en la habitación parece espesarse, haciendo difícil respirar. Intercambio miradas con mis hermanos, viendo mi aprensión reflejada en sus ojos.

La voz de nuestro padre se quiebra cuando comienza, su tono habitual de mando reemplazado por algo intenso y vulnerable.

—Vuestra madre... Fue atacada una noche cuando regresaba a casa. Agredida. Fue brutal. — La palabra queda suspendida en el aire, pesada y horrible.

Cora se tensa a mi lado. Nuestro padre continúa, sus ojos distantes, perdidos en un recuerdo doloroso.

—Ella no quería que nadie lo supiera. Estaba... Dios, estaba tan avergonzada. Abochornada. No quería hablar de ello. Como si de alguna manera fuera su culpa. Ni siquiera pude convencerla de presentar una denuncia. —Su voz se quiebra, y toma un respiro tembloroso—. La vi desvanecerse, día a día. La mujer vibrante y alegre con la que me casé... Se había ido. Una sombra. Muerta por dentro.

Las lágrimas brillan en sus ojos, y mi propia visión se nubla. Nunca antes había visto a nuestro padre llorar. Es como ver a una montaña derrumbarse.

—No podía soportarlo —susurra, sus manos temblando mientras agarra su vaso—. No podía simplemente quedarme de brazos cruzados y verla desaparecer. Así que empecé a indagar. A investigar.

Su mirada se endurece, un atisbo del hombre formidable brillando a través del dolor.

—Tenía que hacer algo. Cualquier cosa para traerla de vuelta. Para hacer que las cosas mejoren.

El dolor en su voz es palpable, llenando la habitación, filtrándose en nuestros huesos. La mandíbula de Logan está fuertemente apretada, las lágrimas corren por las mejillas de Cora, el rostro de Lucas es una máscara de conmoción y dolor.

Y me doy cuenta de que no estamos escuchando solo sobre un crimen, no solo sobre un secreto guardado durante años. Estamos escuchando sobre el momento que dio forma a toda nuestra familia, la herida invisible que ha estado sangrando bajo la superficie de nuestras vidas todo este tiempo.

—Lo que hice después... Cambió todo. Y ahora, después de todos estos años, creo que está volviendo para atormentarnos.

El peso de las implicaciones no dichas flota en el aire, y me doy cuenta, con una certeza que me hiela hasta la médula, de que nuestras vidas nunca serán las mismas después de esta noche.

La voz de nuestro padre baja a un susurro, sus ojos desenfocados. Alcanza la licorera de cristal, sirviéndose otro trago. El sonido del líquido salpicando en el vaso parece fuerte en el tenso silencio.

—Lo encontré. Al hombre responsable. Lo rastree hasta su casa. —Papá traga con dificultad, su nuez de Adán moviéndose. Toma un sorbo, haciendo una mueca mientras el fuerte licor le quema la garganta.

Lucas camina detrás del sofá, sus dedos tamborileando un ritmo ansioso contra su muslo. Cora juguetea con un hilo suelto de su manga, deshilachándolo aún más con cada segundo que

pasa.

—No sé qué pensaba cuando fui allí —continúa nuestro padre—. Quería... quería que fuera castigado. Que enfrentara la justicia por lo que le había hecho a vuestra madre.

Me muevo en mi asiento, el cuero crujiendo debajo de mí.

—Las cosas se salieron de control —dice papá, con la voz ronca. Deja su vaso, la pesada base de cristal golpeando contra la madera pulida del escritorio—. Cuando lo confronté, me atacó. Todo sucedió tan rápido.

Logan se mueve por primera vez desde que nuestro padre empezó a hablar. Camina hacia la ventana, apartando la pesada cortina para mirar hacia la oscuridad. El tenue resplandor de las luces exteriores ilumina su perfil, dejando la mitad de su rostro en sombras.

—No sé exactamente cómo sucedió —dice nuestro padre. Sus manos están temblando ahora, no solo tiritando sino sacudiéndose—. En un momento, estábamos gritando, al siguiente, hubo una pelea. Vino hacia mí, y yo... reaccioné.

Cora se levanta, cruzando hacia el aparador. Se sirve un vaso de agua, los cubitos de hielo tintineando contra el cristal. No lo bebe, solo lo sostiene, mirando fijamente el líquido transparente como si pudiera contener algunas respuestas.

Nuestro padre levanta la mirada entonces, encontrándose con los ojos de cada uno de nosotros. El dolor y el arrepentimiento en su mirada son abrumadores.

—Cuando todo terminó, él estaba... Estaba muerto. Lo había matado.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, pesadas y definitivas. Lucas detiene su ir y venir, congelándose a mitad de paso. El hilo con el que Cora había estado jugueteando se rompe.

Me paso las manos por el pelo, tirando de él como si la sensación física pudiera anclarme en esta nueva y terrible realidad.

—Nunca quise que sucediera —dice nuestro padre. Toma un bolígrafo de su escritorio, dándole vueltas en sus manos—. Pero no podía... no podía dejarlo ir. No después de lo que le hizo a vuestra madre. A nuestra familia.

El tictac del reloj llena el pesado silencio hasta que finalmente Logan habla, con la voz ronca mientras pregunta:

—¿Qué pasó después?

La mirada de nuestro padre cae sobre el bolígrafo con el que aún juguetea, haciéndolo rodar entre sus dedos.

—Llamé a alguien. Un viejo amigo que podía hacer desaparecer cosas.

Cora da un grito ahogado.

—Hicimos que pareciera que simplemente se había ido —continúa nuestro padre, con voz hueca—. Vivía solo, sin trabajo, sin parientes. Un delincuente. No fue difícil... —Se interrumpe.

La bilis sube por mi garganta. La idea de que la riqueza y las conexiones de nuestra familia pudieran borrar la existencia de un hombre es escalofriante.

Logan se aparta de la ventana, su rostro una máscara de emoción controlada.

—¿Y nadie lo cuestionó nunca?

Nuestro padre niega con la cabeza.

—No. Fuimos minuciosos.

La forma en que dice "minuciosos" me pone la piel de gallina. Estoy a punto de preguntar más cuando Ryder se aclara la garganta, dando un paso adelante desde su posición en la esquina.

—Hay más —dice Ryder, su voz profunda cortando la tensión, y todas las miradas se vuelven hacia él—. Mercer ha estado investigando a petición mía. Ha descubierto algunas complicaciones.

La cabeza de nuestro padre se levanta de golpe.

—¿Qué complicaciones?

Ryder respira hondo, su mirada recorriendo a todos nosotros antes de volver a posarse en nuestro padre.

—El hombre con el que trató. Dominic Martin. Tenía un hijo.

Papá niega con la cabeza.

—No había ningún hijo. Lo habría sabido. Lo comprobamos todo.

Ryder se acerca, su expresión sombría.

—Fue fuera del matrimonio, señor. La mujer se quedó embarazada y tuvo al niño en secreto. El chico no usaba el mismo apellido que su padre. Nadie sabía que estaban relacionados.

La habitación se sume en un silencio tan espeso que se siente como una presencia física. El único sonido es el suave tintineo del hielo en el vaso de mi padre mientras su mano tiembla. Nuestro shock compartido crea un vínculo tácito.

—¿Cómo se llama? —pregunto, mi voz sonando distante.

Ryder se vuelve hacia mí, su mirada intensa.

—Elias Nort. Tomó el apellido de su madre.

Nuestro padre se desploma en su silla, pareciendo más viejo de lo que jamás lo he visto.

—Nort —repite.

La comprensión de que esta amenaza desconocida tiene un nombre, una identidad, hace que todo se sienta mucho más real, más peligroso.

—¿Por qué crees que está relacionado con las amenazas? —pregunta Lucas, su voz cortando la tensión, rompiendo el pesado silencio. Se vuelve hacia Ryder, entrecerrando los ojos—. ¿Con lo que nos pasó? ¿A mí?

Ryder cambia su peso, su habitual comportamiento estoico vacilando.

—Es más bien una coincidencia preocupante —admite—. Cuando Zane comenzó a investigar los antecedentes de Dominic Martin, se topó con la existencia de Elias.

—¿Y? —insiste Logan, inclinándose hacia adelante.

El ceño de Ryder se profundiza.

—Y cuando intentamos localizar a Elias, descubrimos que había desaparecido. Completamente.

—¿Desaparecido? —repite Cora.

Ryder asiente.

—Elias Nort ha desaparecido de la faz de la tierra. Sin transacciones con tarjeta de crédito, sin actividad telefónica, sin presencia en redes sociales. Es como si se hubiera desconectado del mundo por completo.

—¿Cuándo sucedió esto? —pregunto, formándose un nudo en mi estómago.

—Por lo que podemos decir, hace unos dos años —responde Ryder.

Nuestro padre se inclina hacia adelante, su rostro pálido.

—Entonces, ¿sabe lo que pasó?

—No tenemos evidencia de que supiera nada —dice Ryder—. Su desaparición parece ser anterior a nuestro interés en él. Es posible que no sepa nada sobre el destino de su padre.

—Entonces, ¿por qué desaparecería? —pregunta Logan, expresando la pregunta que todos estamos pensando.

Ryder niega con la cabeza.

—Eso es lo preocupante. Podría ser completamente ajeno, o...

—Necesitamos encontrarlo —digo, sorprendido por la firmeza en mi voz—. Necesitamos

saber dónde está Elias Nort y averiguar si está detrás de todo esto.

Nuestro padre asiente, algo de su antigua autoridad infiltrándose de nuevo en su postura.

—Ryder, quiero que Zane Mercer ponga todos los recursos que tenga en esto. Encuentra a Elias Nort. Y mantén a la familia a salvo.

Los ojos de nuestro padre recorren la habitación, suplicantes.

—Debéis creerme —dice, con la voz quebrada—. Hice lo que creía que era mejor. Quería proteger a esta familia. Quería protegerla a ella. Protegeros a todos vosotros.

El peso de sus palabras queda suspendido en el aire. Se vuelve hacia Lucas y Logan, su mirada intensa.

—¿No haríais lo mismo por Ava? ¿Por Sloane?

La mandíbula de Lucas se tensa, sus ojos destellando con una mezcla de comprensión y conflicto. La mano de Logan se aprieta en el borde de la estantería, sus nudillos tornándose blancos.

Luego la mirada de nuestro padre se desplaza hacia Ryder, de pie en la esquina.

—¿Por Cora?

El rostro habitualmente impasible de Ryder traiciona un destello de emoción. Sus ojos se encuentran con los de Cora por un breve y cargado momento antes de apartar la mirada.

Uno por uno, bajan la cabeza, la respuesta tácita es clara. Lo harían. Todos lo haríamos.

Mientras Ryder asiente y se aleja para hacer algunas llamadas, miro alrededor a mis hermanos. El shock y el miedo en sus rostros reflejan los míos. Nuestro mundo se ha puesto patas arriba en una noche, y no puedo quitarme la sensación de que esto es solo el comienzo de nuestros problemas.

La imagen de Aleria destella en mi mente. Su brillante sonrisa, la forma en que sus ojos se iluminan cuando está explicando una teoría compleja. Mi pecho se aprieta, un dolor agri dulce que parece fuera de lugar en medio del caos de la noche.

Y sin embargo, es el único pensamiento claro en el torbellino de mi mente. Un faro de normalidad en un mundo puesto del revés.

La discusión que sigue es acalorada, fragmentada. Debatimos sobre cómo proceder, cómo proteger a la familia, cómo encontrar a este hijo desconocido antes de que él nos encuentre. Pero por debajo de todo, percibo un cambio. Los cimientos inquebrantables de nuestra familia se han agrietado, y ninguno de nosotros está seguro de cómo repararlos.

Necesito aire, espacio para pensar. Y necesito... No estoy seguro de qué necesito, pero no puedo procesar esto solo.

—Necesito algo de tiempo —anuncio, poniéndome de pie. Los demás me miran fijamente, con preocupación grabada en sus rostros—. Volveré. Necesito despejarme.

No espero una respuesta, salgo a grandes zancadas del estudio y atravieso el gran vestíbulo. El aire fresco de la noche me golpea al salir, y lo trago con avidez. Sin pensarlo, saco mi móvil y marco un número familiar.

—¿Alex? Sí, soy yo. Oye, ¿puedes reunir a los chicos y venir?



Una hora después, mi sala de estar es un cuadro de rostros preocupados y vasos vacíos. La mesa de centro es un campo minado de cubos de hielo descartados y manchas de vasos, un testimonio silencioso de nuestros intentos por adormecer el impacto de la noche.

Diego se inclina hacia adelante, con el ceño fruncido mientras intenta unir los fragmentos

que he compartido.

—A ver si lo entiendo —dice, con las palabras ligeramente arrastradas—. Tu padre hizo algo malo. Algo grande. ¿Y ahora hay alguien que podría estar buscando venganza? ¿Pero no puedes decirnos los detalles?

Asiento, el movimiento hace que la habitación gire. Alcanzo mi vaso, casi tirándolo, antes de dar otro trago. El whisky quema un camino por mi garganta, una distracción bienvenida del caos en mi cabeza.

—Eso es muy fuerte, tío —suspira Ryan, sacudiendo la cabeza.

Los ojos de Alex no han dejado mi rostro, su mirada intensa a pesar del alcohol.

—Hay algo más, ¿verdad? Algo que no nos estás contando.

Respiro profundo, el mareo aflojando mi lengua.

—Hice algo no muy bueno ayer —confieso, con la culpa retorciéndose en mi estómago—. Fui al laboratorio y...

Diego se inclina hacia adelante, con las cejas levantadas.

—¿Y qué?

Hago una mueca, las palabras saben amargas.

—Le cargué un montón de trabajo a Aleria. La hice quedarse hasta tarde.

Los ojos de Alex se entrecierran.

—¿A propósito?

Asiento, incapaz de encontrar sus miradas.

—Tenía una cita. Con un tipo llamado Jake. Ya sabéis, por la apuesta. Y yo... simplemente no podía soportarlo.

—Jesús, Liam —suspira Ryan, sacudiendo la cabeza—. Eso es bastante bajo, tío.

—Lo sé —gimo, frotándome la cara—. Estuvo mal. Pero verla, pensar en ella con alguien más... No puedo sacármelo de la cabeza.

Diego resopla, con una mezcla de diversión e incredulidad en su voz.

—Estás celoso. Directamente, celoso como un monstruo de ojos verdes.

Abro la boca para negarlo, pero la mentira muere en mis labios.

—Yo... sí. Creo que lo estoy.

—¿Crees? —se burla Alex—. Liam, sabotaste su cita. Acéptalo, tienes sentimientos reales por esta chica.

La idea me inunda, igual de emocionante que aterradora.

—Los tengo —susurro, más para mí mismo que para ellos—. Dios, realmente los tengo.

La culpa se intensifica, revolviéndose en mi estómago.

—La cagué. Pero ¿qué hago ahora?

—Un momento —interrumpe Ryan—. ¿Qué pasó con Sofia?

—Ella es genial. Salimos dos veces, pero no pude pedirle otra cita cuando prefería estar con Aleria.

Alex suspira, pasándose una mano por el pelo.

—Primero, necesitas disculparte. Y luego, necesitas averiguar qué es lo que realmente quieres. Porque si sigues jugando con ella así, la vas a perder antes de tenerla y para siempre.

—¿Y si no me da una oportunidad? Después de cómo la traté en la universidad, después de cómo he estado actuando... Y con todo este asunto familiar... —Agito la mano, casi volcando mi vaso vacío.

—Vaya, tranquilo, Romeo —dice Ryan, extendiendo la mano para estabilizar mi brazo—. No hagas nada precipitado. Ya tienes suficiente en tu plato ahora mismo sin añadir drama de

relaciones a la mezcla.

Diego asiente, su movimiento exagerado por el alcohol.

—Sí, además, ya sabes cómo te pones cuando las cosas se ponen serias. Tal vez sea mejor mantener algo de distancia por ahora.

Sus palabras tienen sentido, pero chocan contra algo vulnerable dentro de mí. Me tambaleo al ponerme de pie, caminando de un lado a otro.

—Pero ¿y si para cuando esté listo, ella está con alguien más? Ese tipo Jake...

—Liam. —La voz de Alex corta mis divagaciones—. Piensa en lo que estás diciendo. ¿Es justo arrastrarla a lo que sea que sea esto?

Diego deja su vaso con un suave golpe.

—Mira, tío, lo entendemos. Te gusta. Pero tienes que ir despacio.

Alex asiente, inclinándose hacia adelante.

—La lastimaste antes, y si lo haces de nuevo...

—No te perdonaré —termina Ryan, su voz suave pero firme—. Y seamos realistas, no tienes exactamente el mejor historial.

Hago una mueca, sus palabras me tocan de cerca.

—Esta vez es diferente.

—Tal vez. —Alex intercambia una mirada con los demás antes de hablar—. Estás borracho. Acabas de tener un shock masivo con tu familia. ¿Estás seguro de que esto no es una reacción a todo eso?

Dejo de caminar, sus palabras atraviesan la niebla inducida por el alcohol. ¿Podría tener razón?

—Mira —dice Diego, poniéndose de pie para poner una mano en mi hombro—. Te apoyamos, tío. Si quieres perseguir algo con Aleria, te respaldamos. Pero tómate un tiempo. Haz un plan. Muéstrale que has cambiado antes de lanzarte de cabeza.

Ryan asiente.

—Sí, cortéjale o algo así. Pero sobrio. Y sin todo este drama familiar sobre tu cabeza.

—Tenéis razón —admito, las palabras saben amargas—. No puedo arrastrarla a este lío. No hasta que aclare las cosas.

Alex sonrío.

—Ese es nuestro chico. Ahora, ¿qué tal si nos enfocamos en procesar primero este asunto familiar? Una crisis a la vez, ¿sí?

La noche avanza, llena de teorías y planes, pero mi mente sigue volviendo a Aleria. Mis amigos tienen razón. Necesito ser cuidadoso, estar seguro. Pero una parte de mí no puede sacudirse la sensación de que para cuando esté listo, podría ser demasiado tarde.

—Se está haciendo tarde —dice Alex.

—¿Prometes que no harás nada precipitado? —pregunta Diego, con las llaves tintineando en su mano.

Levanto tres dedos en un saludo de niño explorador.

—Lo prometo. Nada de mensajes borrachos, ni grandes gestos, ni complicaciones. Me portaré bien.

Salen en fila, Ryan se detiene en la puerta.

—Lo decimos en serio, Liam. Duerme la borrachera.

—Sí, mamá —le grito mientras cierro la puerta tras ellos.

El silencio se asienta pesadamente a mi alrededor. Aguanto aproximadamente siete minutos antes de alcanzar el whisky. Una copa se convierte en tres, que se convierten en media botella.

La habitación gira agradablemente mientras me desplomo en el sofá, mirando fijamente el techo.

¿Qué saben ellos, de todos modos? No han visto cómo se iluminan los ojos de Aleria cuando habla de su trabajo. No entienden cómo se siente verla con Jake, sabiendo que tuve mi oportunidad y la eché a perder.

Mi mano alcanza el móvil. La pantalla se desenfoca y enfoca mientras abro el contacto de Aleria. Mis pulgares se ciernen sobre el teclado.

Liam

dile a jake que es un bastardo con suerte... no, espera, no le digas eso...solo quería decir que te veías bonita hoy... quiero decir profesional... dra. James...

Mi pulgar se cierne sobre el botón de enviar, mi corazón latiendo con un ritmo errático contra mis costillas. Las palabras me devuelven la mirada, un testimonio de todo lo que no debería estar sintiendo.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuro, con el pánico familiar creciendo en mi pecho.

Dejo caer el móvil sobre mi pecho, pasándome una mano por la cara.

—Nunca más vuelvo a beber.

Trece

ALERIA

Respiro hondo, con la mano suspendida sobre el pomo de la puerta del restaurante.
—Solo sé normal —murmuro para mí misma como si repetirlo lo suficiente lo hiciera realidad—. No hables demasiado del trabajo, no pienses en Li... No, ni siquiera voy a terminar esa oración.

Empujo la puerta y el aire cálido del interior me golpea como una pared de ansiedad social. Mis ojos escanean la sala en busca de una cara conocida. Veo a Jake saludando desde una mesa cerca del fondo. Fuerzo lo que espero sea una sonrisa de persona normal y no una mueca de pánico. Nunca he tenido una cita doble antes.

Mientras me abro paso entre las mesas, choco con no una, sino tres sillas diferentes. Para cuando llego a Jake, estoy bastante segura de que he dejado un rastro de leve destrucción a mi paso. Genial, Aleria. Realmente genial.

—Aleria —Jake se pone de pie cuando me acerco, su sonrisa genuina y cálida—. Te ves increíble.

Echo un vistazo a mi vestido.

—Gracias —digo—. Tú te ves vestido. —Oh no, ¿dije eso en voz alta?

Jake se ríe. Hace un gesto hacia el hombre a su lado.

—Este es mi amigo, Mark.

Mark asiente, su sonrisa amistosa.

—Encantado de conocerte, Aleria. Jake me ha hablado mucho de ti.

Dios. ¿Qué le habrá contado? ¿Sobre la vez que tropecé con mis propios pies y casi me caigo de cara en la entrepierna de Jake en nuestra primera cita? ¿O la vez que accidentalmente lo llamé Liam cuando me pasó la sal?

—Hola a todos. —Mia entra como una mariposa social en una misión de rescate, y todos nos sentamos—. Aleria, cariño, ¿estás bien? Pareces un poco sonrojada.

Mia, mi compañera de laboratorio y confidente, es una mezcla perfecta de encanto y brillantez. Su habilidad para hacer que la gente se sienta cómoda contrasta fuertemente con mi torpeza social, y es exactamente por eso que le pedí que me acompañara en esta cita doble.

Fuerzo una risa, quizás demasiado fuerte a juzgar por las miradas sobresaltadas de los comensales cercanos.

—Solo estoy emocionada por la cena.

Mia me lanza una mirada fulminante, luego se gira hacia los hombres.

—Entonces, Mark, Jake, ¿a qué os dedicáis?

Jake se reclina, luciendo relajado.

—He estado en el banco durante cinco años. Banca de inversión.

Mi boca se abre antes de que mi cerebro pueda detenerla.

—Oh, Liam estaba diciendo cómo la industria bancaria es... —Cierro la boca de golpe, mortificada. ¿Por qué estoy mencionando a Liam? —. Quiero decir, eso es... números. Bien. Me gustan los números. La ciencia tiene muchos números.

Las cejas de Jake se levantan, pero está sonriendo.

—Supongo que sí. Eres linda cuando estás nerviosa.

Mis mejillas arden. Mia, bendita sea, interviene.

—Entonces, Mark, Jake mencionó que te gusta la escalada en roca, ¿no?

Mientras Jake describe su pasión por el deporte, Mia se inclina y susurra:

—Lo estás haciendo genial. Solo respira y sé tú misma.

Asiento, agradecida por el respiro.

El camarero aparece, repartiendo menús. Miro fijamente el mío, tratando de concentrarme en las palabras, pero mi mente sigue divagando.

¿Jake pensará que soy rara? ¿Demasiado intensa? Echo un vistazo a escondidas por encima de mi menú. Él está estudiando el suyo, con un ligero ceño fruncido mientras se concentra. Se ve tan... normal. Organizado. Todo lo que yo no soy.

¿Y si ya se está arrepintiendo de haberme invitado a salir? Está pensando en una forma educada de terminar la velada temprano. *Lo siento, Aleria, pero recordé que tengo que lavarme el pelo. Durante el próximo año.*

Me imagino tratando de hacer conversación trivial con él durante el resto de la comida. ¿De qué habla la gente normal? ¿Del clima? ¿Deportes? Sé tanto de deportes como de poesía húngara del siglo XV. Es decir, nada.

Oh Dios, ¿y si me pregunta por mis pasatiempos? ¿Puedo decir que obsesionarme con el análisis espectral es un pasatiempo? ¿O prender fuego cosas en el laboratorio?

Agarro el menú con más fuerza, mis palmas sudando. Tal vez si lo miro lo suficientemente fuerte, se abrirá y me tragaré entera. Sería menos vergonzoso que tratar de navegar por este campo minado social.

—¿Aleria? —La voz de Jake interrumpe mi espiral de pánico—. ¿Ya decidiste qué quieres?

Levanto la cabeza, dándome cuenta de que no he leído ni una sola palabra del menú.

—Oh, mmm... Pediré lo mismo que tú —suelto, esperando que no sea algo raro.

Jake sonríe, es cálido y amable.

—El bistec entonces. ¿Cómo te gusta la cocción?

—Revisado por pares —suelto—. Quiero decir, ¿término medio?

Jake se ríe, un sonido cálido que hace que parte de mi ansiedad se derrita.

—¿Bistec revisado por pares? ¿Es ese un nuevo método científico del que no estoy al tanto?

Mis mejillas se calientan, pero no hay juicio en los ojos de Jake. Solo diversión.

—Oh —digo, tratando de recuperarme—, es cuando otras personas lo prueban antes de que se sirva. Un proceso muy riguroso.

La risa de Jake se hace más fuerte.

—Eres única, Aleria.

Estoy a punto de responder cuando mi móvil vibra. Lo miro y veo el nombre de Liam en la

pantalla. Mi corazón da un pequeño vuelco que inmediatamente reprendo. El mensaje es extraño.

Muy extraño, incluso.

Miro fijamente la pantalla, mi mente acelerada. ¿Estará borracho?

—Aleria, ¿no mencionaste un nuevo proyecto en el trabajo?

Fuerzo una sonrisa.

—Cierto. Sí, estamos trabajando en un proyecto llamado ASTRA. Es sobre el análisis avanzado de reconocimiento espectroscópico de tejidos.

Jake se inclina, pareciendo interesado.

—Eso suena intrigante. ¿Qué hace?

Por un momento, olvido mi torpeza, y la pasión se apodera de mí.

—Estamos adaptando técnicas de espectroscopía astronómica para crear un dispositivo médico para la detección temprana de enfermedades.

Hago una pausa, dándome cuenta de que estoy hablando demasiado.

—Lo siento, me emociono un poco... con estas cosas.

Jake se ríe.

—No, es genial. Me encanta ver a la gente apasionada por su trabajo. ¿Enfrentáis algún desafío?

—¡Ay! ¿Por dónde empiezo? —me río—. La tecnología es compleja y miniaturizarla es un gran desafío. Además, la financiación... Digamos que la investigación médica innovadora no es barata. Mi jefe... quiero decir, Liam, eh, el Sr. Valeur, ha sido muy solidario con el proyecto. Pero basta de hablar de mis finanzas laborales. Así que, eh, ¿qué me dices de esos... números con los que trabajas en el banco?

Quiero meterme debajo de la mesa. ¿Por qué no puedo dejar de mencionar a Liam?

—¿Liam Valeur? —Mark se anima—. ¿El CEO de Valeur Tech? ¿Trabajas con él?

Genial. Ahora la he liado.

—Oh, ya sabes, no directamente. Él está... por ahí. Como el aire. O la gravedad. O el peso aplastante de la incomodidad social —me río, rogando que un meteorito me fulmine ahora mismo.

La expresión de Jake ha cambiado, una mezcla de curiosidad y algo más que no logro descifrar.

—Parece que lo mencionas mucho. ¿Acaso vosotros dos sois... cercanos?

—¿Cercanos? —chillo—. No. No, no, no. Solo somos... compañeros de trabajo. Profesionales. Muy profesionales. Tan profesionales que podríamos escribir un libro sobre profesionalismo. Lo cual no haremos. Porque no somos cercanos. Para nada. Ni siquiera me cae bien.

Agarro mi vaso de agua, bebiéndomelo de un trago para detener el torrente de palabras.

Mia se levanta y me lanza una mirada significativa.

—Aleria, ¿quieres acompañarme a refrescarnos?

No es una pregunta.

Asiento, disculpándome de la mesa.

En el baño, Mia comprueba que estemos solas antes de volverse hacia mí, con las manos en las caderas.

—Vale, suéltalo. ¿Qué está pasando entre Liam y tú?

Me ocupo arreglándome el pelo frente al espejo.

—No está pasando nada. Él es el jefe, eso es todo.

Mia arquea una ceja.

—¿En serio? Porque lo has mencionado más veces que a tu cita actual esta noche.

Hago una mueca.

—¿De verdad? No me di cuenta...

—Oh, sí que lo has hecho —dice Mia—. Así que, déjame preguntarte directamente. ¿Te pone caliente?

—¿Qué? ¡No! —balbuceo—. No es así. Es solo Liam.

Mia entorna los ojos.

—¿Y cómo es que llamas al inversor por su nombre de pila?

Me quedo helada, dándome cuenta de mi desliz.

—Oh, eh, estuvimos juntos en la universidad.

—Lo mencionaste —dice Mia—. ¿Erais cercanos?

Me muerdo el labio, evitando su mirada.

—Creí que lo éramos.

Los ojos de Mia se abren de par en par.

—Ay, Dios mío, te acostaste con él.

—¡Shhhh! —siseo, mirando de reojo la puerta del baño—. ¡No lo hice! Bueno, casi. Pero él dejó claro que no me quería. Solo se estaba divirtiendo.

La expresión de Mia se suaviza.

—¿Y tú no?

Me quedo callada, estudiando el patrón de las baldosas del baño.

—Joder, Aleria —suspira Mia—. Estabas enamorada de él, ¿verdad?

Se me forma un nudo en la garganta.

Mia pone una mano en mi brazo, con voz suave.

—¿Sigues enamorada de él?

—¡No! —suelto. Demasiado rápido. Mia levanta las cejas.

—No lo estoy —insisto—. Fue hace mucho tiempo. Era joven y estúpida y salimos juntos por un tiempo, y pensé que él sentía algo...

—Y te rompió el corazón —termina Mia por mí.

Asiento, sintiendo que las lágrimas me pican en los ojos.

—Nunca se lo conté a nadie. Fue tan vergonzoso. Teníamos Cálculo juntos. Teníamos esta conexión, ¿sabes? Pasábamos horas hablando de todo. Estudiábamos juntos, mucho. Y empecé a tener sentimientos por él. Entonces una noche, estábamos estudiando hasta tarde en la biblioteca, y...

—¿Y? —me anima Mia.

—Y nos besamos —susurro, con las mejillas ardiendo—. Me tocó. Me hizo llegar con sus dedos. Fue intenso y maravilloso y...

Me detengo, tragando con dificultad. Mia me aprieta la mano.

—Y entonces se detuvo. Se apartó como si lo hubiera quemado —continúo, con la voz quebrada—. Murmuró alguna excusa y se fue. Después de eso, actuó como si nunca hubiera pasado nada. Como si ni siquiera me reconociera. Ni siquiera me miraba en clase. Gracias a Dios que no me acosté con él.

Mia me abraza.

—Oh, Aleria. Lo siento mucho. Qué idiota.

Me río contra su hombro.

—No es como si me hubiera prometido algo. Fui yo quien malinterpretó todo.

Mia me aparta, sosteniéndome a la distancia de un brazo.

—No, Aleria. Ni se te ocurra culparte. Él sabía exactamente lo que estaba haciendo.
Me encojo de hombros, tratando de contener las lágrimas que amenazan con derramarse.

—Ya no importa. Fue hace mucho tiempo.

—Pero estás trabajando con él —señala Mia—. Y claramente, todavía te afecta.

Asiento, incapaz de negarlo.

—Estaba segura de que lo había superado. Que podría manejar trabajar con él. Ya sabes, por el bien del proyecto. Pero estar cerca de él todos los días, verlo ser tan... Liam. Está removiendo viejos sentimientos que creía que habían desaparecido hace mucho.

La expresión de Mia es una mezcla de preocupación y determinación.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer. Primero, vamos a arreglarte el maquillaje porque, cariño, ahora mismo pareces un mapache.

No puedo evitar reírme de eso, incluso mientras Mia me limpia los ojos con un pañuelo.

—Segundo —continúa—, vamos a volver allí, y le vas a dar una oportunidad justa a Jake. Parece un gran tipo, y obviamente está interesado en ti.

Asiento, respirando hondo.

—Tienes razón. Jake se merece algo mejor que yo suspirando por mi jefe toda la noche.

—Y tercero —dice Mia, con tono serio—, cuando termine esta cita, tú y yo vamos a tener una larga charla sobre cómo manejar esta situación con Liam. Porque que me condenen si dejo que te vuelva a hacer daño.

Siento una oleada de afecto por mi mejor amiga.

—¿Qué haría yo sin ti, Mia?

Sonríe, enlazando su brazo con el mío mientras nos dirigimos a la puerta.

—Probablemente te habrías combustionado en un accidente de laboratorio a estas alturas. Vamos, salvemos tu cita antes de que piensen que hemos escapado por la ventana del baño.

Mia tiene razón. Necesito averiguar qué está pasando con mis sentimientos hacia Liam. Pero por ahora, tengo una cita que salvar. Quizás pueda pasar el resto de la noche sin mencionar el nombre de Liam otra vez.

Estoy condenada.

El resto de la cena transcurre rápido mientras intento actuar como un ser humano normal. Para cuando terminamos nuestros platos, estoy exhausta por el esfuerzo.

—Hay un bonito parque cerca —sugiere Mark—. ¿Damos un paseo?

Mia se entusiasma con la idea.

—¡Excelente idea! A todos nos vendrá bien un poco de aire fresco. —La mirada que me lanza dice: *"Y quizás te ayude a recordar cómo conversar sin mencionar a tu jefe"*.

La mano de Jake roza la mía, y lo miro de reojo. Él mira hacia adelante, con una pequeña sonrisa en su rostro. Antes de que pueda pensarlo demasiado, sus dedos se entrelazan con los míos.

Su mano está cálida y es ligeramente áspera. Se siente... agradable. Cómoda. Mis dedos se curvan alrededor de los suyos.

—No eres como ninguna otra chica que haya conocido —dice Jake.

Sonrío, sintiendo una calidez que florece en mi pecho.

—Tomaré eso como un cumplido.

—Lo es. —Jake se inclina, sus ojos bajando hacia mis labios.

Mi pulso se acelera, y una oleada de anticipación florece en mi pecho. Inclino la cabeza, orientándome hacia él. El aroma de su colonia me envuelve, una fragancia cálida y especiada que me hace dar vueltas la cabeza.

Entreabro los labios, mis párpados volviéndose pesados. Mierda, ¿recuerdo haber tomado esa menta después de la cena?

Su mano acuna mi mejilla. Me inclino hacia su toque, cerrando los ojos mientras la distancia entre nosotros se reduce.

Por encima de su hombro, un destello de movimiento capta mi atención. Un corredor a lo lejos, su silueta familiar. Cabello oscuro, hombros anchos.

Mis ojos se abren de golpe, todos los pensamientos sobre el beso evaporándose. No puede ser. No es posible. Pero se parece tanto a...

—Vaya, un cactus nocturno de floración rara —digo, apartándome de Jake y dirigiéndome hacia un arbusto cercano.

Mi corazón late con fuerza mientras finjo examinar el suelo, rezando para que el corredor no nos haya visto.

—¿Aleria? —La voz de Jake está llena de confusión mientras se agacha a mi lado.

Emerjo con hojas en el pelo y mi dignidad hecha trizas.

—Oh, mmm... parece que me equivoqué. Solo son unas hojas muy interesantes.

—Realmente te apasiona la botánica, ¿eh? —dice Jake, viéndose tanto divertido como desconcertado.

—Oh, sí —digo con quizás demasiado entusiasmo—. Un tema fascinante. Todas esas plantas.

Mia entrecierra los ojos.

—¿Desde cuándo te gustan las plantas?

—¿Desde siempre? Ya sabes lo que dicen, un cactus al día mantiene al médico alejado.

—Estoy bastante segura de que eso es con las manzanas, no con los cactus.

—Cierto, por supuesto. —Asiento—. Te estaba poniendo a prueba. Felicidades, has pasado el test del cactus.

El paseo termina con una suave despedida. Jake se inclina, duda, y luego me da un rápido beso en la mejilla. Es dulce, pero siento una punzada de culpa ante el alivio que me invade cuando se aparta.

—Lo pasé muy bien —dice, y creo que lo dice en serio.

—Yo también —respondo, y me sorprendo al darme cuenta de que no estoy mintiendo—. Gracias por entender lo del incidente del cactus.

Él se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Nunca un momento aburrido contigo, Aleria.

Nos separamos con promesas de llamarnos.

De vuelta en mi apartamento, me desplomo en el sofá con un gemido que podría despertar a los muertos. Schrödinger levanta la mirada desde su lugar con ojos críticos.

—No me juzgues —murmuro, quitándome una hoja del pelo—. Intenta tú ir a una cita cuando tu cerebro no deja de hablar de tu jefe.

Schrödinger parpadea, poco impresionado.

—Lo sé, lo sé —suspiro, repasando mentalmente los eventos de la noche—. Jake fue genial. Amable, divertido, realmente interesado en mis divagaciones sobre física cuántica. Es todo lo que debería desear.

Hago una pausa, mirando a mi gato como si él pudiera tener las respuestas.

—Entonces, ¿por qué no pude dejar de pensar en Liam?

Schrödinger bosteza y se da la vuelta.

—Sí, tienes razón —murmuro, arrastrándome fuera del sofá—. Necesito dormir. Tal vez por

la mañana, todo esto tenga sentido.

Reviso mi móvil y encuentro un correo electrónico del trabajo de hace unas horas. Es de Liam, pidiéndome que llegue temprano mañana. Mi corazón se acelera mientras leo el mensaje, una mezcla de anticipación y temor me invade.

Escribo una respuesta.

Por supuesto. Estaré allí.

Por cierto, ¿eras tú al que vi en el parque esta noche?

Lo borro. No era él. Era yo perdiendo la cabeza, imaginando a Liam en algún tipo al azar. Lo intento de nuevo.

Sí, estaré allí. Espero que todo esté bien. He estado preocupada por

Borrar.

Estaré allí.

Cierro los ojos, intentando calmar mis pensamientos acelerados. Pero en ese espacio entre la vigilia y el sueño, un caleidoscopio de imágenes pasa por mi mente. La cálida sonrisa de Jake, el corredor en el parque que se parecía tanto a Liam, la sensación de los dedos de Liam en mi piel hace tantos años...

Y entonces, justo antes de que el sueño me reclame, surge un nuevo pensamiento: ¿Y si el mensaje de Liam no es sobre trabajo en absoluto? ¿Y si...?

Catorce

LIAM

Salgo del ascensor en LumiVera, enderezándome la corbata en un intento fútil de parecer compuesto. Mi mente aún da vueltas por la reunión familiar de anoche, el peso de nuestros secretos presionándome como una fuerza física. ¿Cómo se supone que dirija una empresa cuando todo mi mundo ha sido puesto patas arriba?

Doblo la esquina del pasillo. Aleria está encorvada sobre su escritorio, sus dedos volando sobre el teclado con la intensidad de alguien desactivando una bomba. Al oír mis pasos, se sobresalta, su codo derribando una pila precaria de papeles.

—Dra. James —digo, esbozando lo que espero sea una sonrisa normal pero que debe parecer más una mueca—. Has llegado temprano.

La cabeza de Aleria se levanta de golpe, sus ojos muy abiertos.

—Mmm. Sí. —Se pone de pie apresuradamente—. En tu mensaje de anoche me pediste que estuviera aquí temprano.

Mi estómago da un vuelco. El mensaje. Oh, Dios. Fragmentos de mis divagaciones ebrias flotan de vuelta a través de la neblina de mi resaca. Algo sobre sus ojos... y Jake... y ser hermosa... ¿Realmente lo envié? Oh, Dios mío.

—¿Mensaje? —Intento sonar casual, pero mi voz se quiebra.

—El de la reunión de emergencia. —Sus mejillas se sonrojan—. Era bastante críptico.

—Ah. Eso. —Me aclaro la garganta, tirando de mi cuello repentinamente demasiado apretado—. Por supuesto. La reunión. Necesitamos preparar la presentación.

Ella asiente, sin encontrar mi mirada.

—La presentación. Sí.

Mientras abre las diapositivas, la veo morderse el labio, ese hábito que definitivamente no noté ni mencioné en mi mensaje. Fuerzo mi mirada hacia mis notas, pero las palabras se desdibujan ante mis ojos. El aroma de su perfume me llega, sutil, floral, embriagador. Requiere cada gramo de mi voluntad no inclinarme más cerca, para respirarla.

—Dra. James —digo, desesperado por romper la tensión—, creo que debería ser 3,14159, no 3,14195.

—¡Oh! Tienes razón. Lo siento. Estoy un poco distraída hoy.

Se inclina para corregir la diapositiva, y vislumbro sus pechos cuando su blusa se mueve. Se

me seca la boca, y tengo que detenerme físicamente de extender la mano para trazar la delicada línea.

Mi yo ebrio tenía razón en una cosa: estoy completa y absolutamente jodido.

Un mechón de cabello cae sobre su rostro. Extiendo la mano para colocarlo detrás de su oreja. Ambos nos congelamos.

Por un momento, ninguno de los dos se mueve. Soy muy consciente de lo cerca que estamos, del calor de su piel bajo mis dedos. Sus ojos se ensanchan, sus pupilas se dilatan.

Mierda.

—Aleria...

Ella se aparta bruscamente, casi volcando su silla.

—Yo... creo que dejé algunos datos importantes en el laboratorio —dice, ya a medio camino de la puerta—. Volveré enseguida.

Cuando la puerta se cierra de golpe, el sonido reverbera por la habitación, pronunciando juicio sobre mi absoluta falta de profesionalismo. Me desplomo en mi silla, pasando ambas manos por mi cabello, agarrándolo como si pudiera físicamente meter algo de sentido común en mi cabeza.

¿Qué estoy haciendo?

La pregunta resuena en mi mente, un bucle implacable de autorreproche. Soy Liam Valeur, por el amor de Dios. CEO. El hombre que puede negociar acuerdos multimillonarios sin sudar. Y aquí estoy, deshaciéndome por un simple roce.

Me enderezo, ajustándome la corbata y alisándome el cabello. Seré la imagen de la compostura profesional. Tengo que serlo. Su apresurada salida dejó claro que no está interesada, y necesito respetar eso.

Aleria regresa, sus mejillas sonrojadas. Toma asiento a mi lado, alisando su bata de laboratorio.

—Dra. James —digo, mi voz deliberadamente neutral—, creo que deberíamos refinar esta presentación. Algo no parece del todo correcto.

Aleria parece sorprendida.

—¿Oh? Pensé que estabas satisfecho con ella.

—Es buena —le aseguro—, pero podría ser excelente. ¿Empezamos?

Nos concentramos en la pantalla, pero soy demasiado consciente de su presencia a mi lado. Me sorprende a mí mismo robando miradas a la forma en que se muerde el labio en concentración.

—Sabes —dice, jugueteando con un bolígrafo como si fuera algún instrumento científico complejo—, soy la primera de mi familia en entrar en la universidad. Mis padres dirigen un taller mecánico.

—¿En serio? —Me inclino, interesado y agradecido por la distracción de mis propios pensamientos—. Debe haber sido una transición bastante grande.

Ella se ríe, un sonido que hace cosas extrañas en mi interior.

—Sí, nunca entendieron mi fascinación por la física. Para ellos, si no puedes arreglarlo con una llave inglesa, no vale la pena saberlo.

Sonríó a pesar del tumulto dentro de mí.

—Y aquí estás, arreglando cosas con tu mente.

—Exactamente. —Sus ojos se iluminan, y por un momento, me olvido de los secretos familiares y los desastres inminentes—. Aunque a veces pienso que sería más fácil realinear un carburador que hacer que estos estados cuánticos se comporten.

—¿Lo disfrutas? —pregunto, desesperado por mantener este momento de normalidad, por permanecer en esta burbuja donde el mundo exterior no puede tocarnos—. Trabajar aquí en el laboratorio, quiero decir.

Todo su rostro se transforma al responder.

—Me encanta. Es donde me siento más viva, más yo misma. Como si no solo estuviera observando el universo, sino realmente tocándolo, ¿sabes?

Asiento, cautivado por su pasión.

Ella hace una pausa, sus ojos enfocándose en un punto justo encima de mi ojo.

—¿Cómo te hiciste esto? —pregunta suavemente, extendiendo la mano para tocar la cicatriz en mi ceja.

Sus dedos están cálidos contra mi piel, y tengo que suprimir un escalofrío. El toque suave está tan en desacuerdo con la violencia que ha estado ocupando mis pensamientos desde anoche.

—Un recuerdo de mi última noche imprudente después de la graduación. Me metí en una pelea de bar, tratando de jugar al héroe, y me tocó el extremo equivocado de una botella rota. Se necesitó toda la influencia de mi padre para mantenerlo fuera de los periódicos. Esa noche me enseñó el verdadero costo de las acciones impulsivas y el peso del apellido Valeur. Fue cuando finalmente maduré y acepté mis responsabilidades.

Ella sonríe, su mano persistiendo.

—Así que, ¿me estás diciendo que te hiciste esa cicatriz jugando al caballero blanco en una pelea de bar? Qué conveniente. ¿Te saltaste la parte donde rescataste a un gatito de un edificio en llamas de camino a casa?

Hace una pausa, estudiando la cicatriz más de cerca.

—Aun así, no te queda mal. Hace que parezcas casi humano.

—¿Casi humano, dices? Cuidado, Dra. James. Eso sonó peligrosamente cercano a un cumplido. No querríamos que nadie pensara que realmente me encuentras atractivo ahora, ¿verdad? —murmuro, consciente de lo cerca que estamos.

El calor que irradia del cuerpo de Aleria parece penetrar mi traje, calentando mi piel debajo. Sus dedos se demoran en mi ceja, el toque ligero como una pluma, pero electrizante. El impulso de inclinarme hacia su caricia es casi abrumador. Es como estar al borde de un precipicio, sabiendo que un paso lo cambiará todo.

Nuestras miradas se encuentran, y el aire entre nosotros chisporrotea con deseo no expresado. Las pupilas de Aleria se dilatan, su respiración se entrecorta. Mi mirada cae a sus labios, notando cómo los separa ligeramente, la punta de su lengua asomándose para humedecerlos.

El tiempo parece ralentizarse, cada latido del corazón se extiende hasta la eternidad. La sangre corre en mis oídos, ahogando todo lo demás. El aroma de su perfume me envuelve, una mezcla embriagadora que me hace girar la cabeza.

Me inclino, y Aleria refleja el movimiento. La distancia entre nosotros se reduce, el aire se vuelve denso con la tensión. Su mano se desliza desde mi ceja para acunar mi mejilla.

Cada pensamiento racional en mi cabeza me grita que me detenga, que recuerde quiénes somos y dónde estamos. Pero en este momento, con Aleria tan cerca, el estruendo de mi corazón y la atracción magnética entre nosotros ahogan esos pensamientos.

Justo cuando estoy a punto de tirar la precaución por la borda y besarla, la puerta se abre de golpe.

Nos separamos de un salto, y maldigo las leyes de la física que no les pareció bien abrir un agujero de gusano y tragarnos.

—Oh, Sr. Valeur —dice el empleado, ajeno al momento que acaba de destrozar—. No me di

cuenta de que ya estaba aquí.

—Solo repasaba algunos detalles con la Dra. James —digo. Mi corazón se acelera, una mezcla de adrenalina por el casi beso y pánico por casi bajar la guardia.

Aleria se ocupa con el ordenador, con las mejillas sonrojadas. Me aclaro la garganta, buscando algo, cualquier cosa, que decir.

—Deberíamos, eh, terminar esto más tarde.

—Cierto. Más tarde. Buena idea —responde Aleria, sin mirarme a los ojos todavía.

El resto del día pasa rápido entre reuniones y papeleo, pero mi mente sigue oscilando entre dos puntos. El casi beso con Aleria y la devastadora reunión familiar. El contraste entre los dos es desconcertante.

Mientras la oficina se vacía por la noche, me demoro en el escritorio de Aleria, dividido entre el deseo de estar cerca de ella y el conocimiento de que debería mantener la distancia.

Ella levanta la mirada, encontrándose con la mía. Sus ojos son una mezcla arremolinada de emociones. Confusión, anhelo y algo que parece miedo. Refleja el caos que siento.

—Sobre lo de antes... —No estoy seguro de qué voy a decir. ¿Disculparme? ¿Pedirle que olvide que sucedió? ¿Suplicarle que me deje besarla apropiadamente esta vez?

—Está bien —dice Aleria, interrumpiéndome, sus palabras saliendo apresuradamente—. Nos dejamos llevar por el momento. No tiene por qué significar nada.

Hay una punzada en mi pecho ante su rechazo, más aguda de lo que esperaba.

—Cierto —digo, tratando de mantener mi voz neutral—. Solo un momento.

Pero cuando se levanta para recoger sus cosas, su mano roza la mía. Ambos nos congelamos, el simple roce es eléctrico. Por un latido, ninguno de los dos se mueve. Qué fácil sería atraerla hacia mí, mandar al diablo las consecuencias y perderme en ella.

—Liam, yo... —Aleria rompe el silencio, su voz apenas un susurro.

—¿Sí?

Ella retrocede, sacudiendo la cabeza como para aclararla.

—Debería irme. Jake me está esperando. Tenemos planes.

La mención del nombre de Jake es como un balde de agua fría. Me enderezo, poniéndome mi máscara profesional como si fuera una armadura.

—Por supuesto. No te entretengo más.

Aleria duda por un momento, pareciendo querer decir algo más. En su lugar, simplemente asiente y sale apresuradamente.

La veo irse. Una parte de mí quiere llamarla de vuelta para terminar lo que empezamos. Para contarle todo: sobre mi familia, sobre mis sentimientos por ella, sobre lo aterrorizado que estoy del futuro.

Pero la parte racional de mi cerebro, la parte que me llevó a través de la facultad de derecho y construyó un imperio tecnológico, sabe que es mejor así. Soy el inversor principal en su proyecto. Tengo la responsabilidad de mantener los límites profesionales. Y con todo lo que está pasando con mi familia, arrastrar a Aleria a ese lío sería egoísta y peligroso.

Me desplomo en mi silla, el peso del día cayendo sobre mí. ¿Cómo se complicó todo tanto? Hace una semana, mi mayor preocupación era una presentación. Ahora, estoy haciendo malabares con secretos familiares, posibles investigaciones criminales y sentimientos por una empleada sobre los que no puedo actuar.

Saco mi móvil, mirando fijamente el mensaje que le envié a Aleria.

¿En qué estaba pensando? Sueno loco, necesitado. Nada parecido al CEO seguro que se supone que debo ser.

Tiro el móvil a un lado y me reclino, mirando al techo. Mi padre, el hombre cuyo código moral ha sido la base sobre la que he construido mi vida, es un asesino. El imperio de nuestra familia, cada línea de código y precedente legal que hemos establecido, podría venirse abajo más rápido que una cadena de bloques mal asegurada.

Y Aleria... Dios, Aleria. La única persona que me hace sentir que tal vez, solo tal vez, las cosas podrían estar bien, está en una cita con alguien más. Alguien sin complicaciones.

Se me escapa una risa amarga. Si esto fuera un caso legal, sabría exactamente qué hacer. Construir una defensa, encontrar agujeros legales, proteger a mi cliente a toda costa. Pero ¿esto? Esto es territorio inexplorado.

No hay precedentes sobre cómo manejar el crimen de décadas de tu padre mientras simultáneamente suspiras por una mujer que no solo está fuera de límites, sino que claramente no está interesada. Ninguna cantidad de codificación o maniobra legal puede arreglar esto.

No tengo absolutamente ni idea de qué hacer.

Quince

ALERIA

Miro el reloj, los números luminosos marcan las 8:30 p. m. El laboratorio está tranquilo, vacío excepto por Liam y yo, ambos encorvados sobre nuestras estaciones de trabajo como científicos locos.

Debería estar exhausta, llevamos horas en esto, pero en su lugar, hay una vibración eléctrica en el aire, una emoción palpable que no tiene nada que ver con nuestro proyecto ASTRA y todo que ver con el hombre sentado a mi lado.

Lo cual es ridículo, por supuesto. Liam Valeur es mi inversor, no un amor platónico por el que suspirar. Aunque luce demasiado bien para alguien que ha estado mirando datos espectroscópicos durante seis horas seguidas.

—Si miro una lectura más de muestras de tejido —gimo, frotándome los ojos—, estoy segura de que mi cerebro alcanzará la superposición espectral y estará simultáneamente funcionando y completamente frito.

Liam se ríe, el sonido enviando un molesto escalofrío por mi columna.

—¿Eso no te haría más eficiente? Podrías diagnosticar en múltiples longitudes de onda a la vez.

Pongo los ojos en blanco.

—Oh claro, ríete, señor Puedo-Programar-Algoritmos-Mientras-Duermo. Algunos de nosotros, simples mortales, necesitamos descanso real.

—¿Descanso? No estoy familiarizado con el concepto —bromea Liam, estirándose de una manera que hace que su camisa se levante.

Definitivamente no noto la franja de piel que esto revela. No. Para nada.

—Además —continúa, ajeno a mi lucha interna—, pensé que vivías para estas cosas. ¿No es el trabajo de laboratorio tu idea de un buen rato?

Resoplo.

—Oh sí, nada hace que mi espectroscopio zumbe como la privación del sueño y la fatiga visual.

Tan pronto como las palabras salen de mi boca, quiero arrastrarme bajo el escritorio. ¿Acabo de hacer una insinuación sobre espectroscopios? ¿A Liam Valeur? Mátenme ahora.

Liam levanta una ceja, con un brillo travieso en sus ojos que no ayuda en nada a mi

compostura.

—¿Tu espectroscopio, eh? ¿Así es como lo llaman los jóvenes estos días?

Mi cara arde.

—Eso no es... No quise decir... —Deseo que se abra un conveniente agujero de gusano y me trague.

Liam se ríe, un sonido pleno y envolvente que hace que mi traicionero corazón se salte un latido.

—Relájate, Dra. James. Solo estoy bromeando. Aunque debo decir que tu dedicación a ASTRA es... admirable.

La forma en que dice "admirable" me envía una descarga que no tiene por qué existir entre nosotros.

Este es un territorio peligroso, Aleria. Aborta la misión. Retírate a la seguridad de la distancia profesional.

Debería darme la vuelta. Debería cambiar de tema. Debería hacer cualquier cosa menos quedarme aquí, perdida en los ojos azules de Liam Valeur, preguntándome qué pasaría si simplemente me inclinara y...

El fuerte pitido de nuestro espectrómetro nos saca a ambos de lo sea que haya sido eso. Salto, casi cayéndome de la silla en mi prisa por poner algo de distancia entre nosotros.

—Debería revisar eso —murmuro, prácticamente huyendo al otro lado del laboratorio.

Mientras finjo estar absorta en las lecturas, siento los ojos de Liam sobre mí. ¿Qué acaba de pasar? Y, más importante aún, ¿cómo se supone que voy a sobrevivir el resto de esta noche sin combustionar por pura incomodidad?

Hay algo diferente en él esta noche; su habitual comportamiento pulido se ha agrietado. Se ve vulnerable, revelando destellos del hombre que una vez conocí. El que se reía de mis terribles juegos de palabras sobre física y me traía café durante las noches en vela. El que me hacía sentir que pertenecía a un mundo en el que nunca pensé que encajaría.

Un mechón de su cabello oscuro ha caído sobre su frente, justo como solía hacerlo durante nuestras sesiones de estudio nocturnas. En aquel entonces, me permitía apartarlo, dejando que mis dedos se demoraran. Ahora, años después, tengo que contenerme físicamente para no alcanzarlo.

Las líneas afiladas de su rostro parecen más suaves bajo la tenue luz del laboratorio, su expresión abierta y sin guardia. Me recuerda a cómo solía mirarme cuando abordábamos problemas matemáticos desafiantes juntos. Enfocado, sí, pero también cálido. Alentador.

Antes de que todo cambiara, antes de que se alejara y se convirtiera en el distante y pulido Liam Valeur que el mundo conoce ahora.

¿Qué le pasó a ese Liam? ¿Y sigue ahí en alguna parte, detrás de todas las defensas pulidas?

El pensamiento me emociona y aterroriza a la vez. Porque si ese Liam todavía está ahí, el que una vez... No. No puedo volver a recorrer ese camino. No después de cómo terminó la última vez.

La pantalla del ordenador parpadea en verde, y mi corazón salta a mi garganta.

Lo hemos logrado. Hemos resuelto el problema con el que hemos estado luchando durante semanas.

—Oh, Dios mío —respiro, apenas atreviéndome a creerlo—. ¡Liam, mira!

Se inclina, su hombro presionando contra el mío mientras mira la pantalla. Por un momento, ninguno de los dos se mueve, asimilando las implicaciones de nuestro éxito.

Entonces, de repente, explotamos en movimiento. Me levanto de un salto, dejando escapar un

grito de alegría muy poco científico. Liam está justo ahí conmigo, su rostro partido por una sonrisa.

—¡Lo hicimos! —exclama, con voz ronca.

Antes de que pueda procesar lo que está sucediendo, unos fuertes brazos rodean mi cintura. El mundo se inclina cuando Liam me levanta del suelo, haciéndonos girar en un círculo vertiginoso.

Por un momento, el universo se reduce solo a esto: el sólido calor del cuerpo de Liam presionado contra el mío desde el pecho hasta los muslos, la mezcla embriagadora de su colonia, la vibración de su risa retumbando a través de mi caja torácica. Mis dedos se enredan en el suave cabello de su nuca, y siento más que oigo su brusca inhalación.

Me baja, sus manos demorándose en mi cintura. El aire entre nosotros se siente cargado, eléctrico. La mirada de Liam cae a mis labios, y me balanceo hacia adelante, atraída por alguna fuerza invisible.

Entonces, como una burbuja estallando, la realidad vuelve de golpe. Ambos parecemos darnos cuenta de lo inapropiado de nuestra posición al mismo tiempo. Liam me suelta como si se hubiera quemado, dando un apresurado paso atrás. Casi tropiezo ante la repentina pérdida de su apoyo, mis piernas inestables.

Nos quedamos allí de pie, a un brazo de distancia, pero bien podrían ser kilómetros. Una tensión espesa e incómoda ha reemplazado la emoción anterior.

—Yo, eh... —Liam se aclara la garganta, pasándose una mano por el pelo—. Eso fue...

—Sí —coincido, con las mejillas ardiendo—. Todo un avance.

Nos quedamos allí un momento, sin saber qué hacer a continuación. Una parte de mí quiere sugerir que demos la noche por terminada, que nos retiremos a la seguridad de la distancia profesional. Pero una parte más grande y ruidosa no puede soportar la idea de que esta noche termine.

Liam se aclara la garganta.

—No sé tú, pero yo me muero de hambre. ¿Quieres ir a cenar? Yo invito.

Levanto la cabeza de golpe, la sorpresa luchando contra un aleteo ansioso en mi estómago. Antes de que pueda pensarlo demasiado, suelto:

—Conozco el lugar perfecto.

Veinte minutos después, el letrero de neón del Stellar's Diner proyecta un cálido resplandor sobre nosotros mientras entramos. El familiar aroma a café y cebollas a la plancha me envuelve. Nos deslizamos en un desgastado asiento de vinilo, rozando nuestras rodillas bajo la mesa.

Los ojos de Liam recorren el local, una sonrisa nostálgica tirando de sus labios.

—¿Sabes? —dice, con voz suave por la nostalgia—. Este lugar me recuerda a esas noches en vela que solíamos pasar en la universidad.

Me quedo helada, olvidando el menú. No hablamos de la universidad. Del pasado. Es una regla tácita entre nosotros, cuidadosamente mantenida desde que se convirtió en inversor de ASTRA.

Pero Liam continúa, ajeno a mi tormento interior.

—¿Recuerdas ese pequeño local de hamburguesas cerca del campus? ¿El que tenía el letrero de neón torcido que siempre parpadeaba en la "E"?

Asiento, los recuerdos vuelven sin ser invitados. Noches largas encorvados sobre los libros de texto, el olor a café y grasa en el aire, la risa de Liam ante mis terribles juegos de palabras sobre física.

—Dios, prácticamente vivíamos allí durante la semana de exámenes finales —Liam se ríe—.

Tú siempre pedías...

—La hamburguesa doble con queso, pepinillos extra y sin cebolla —decimos al unísono.

Nuestras miradas se encuentran y, por un momento, me transporto al pasado. A cuando Liam era solo un joven con el pelo desordenado y camisetas frikis, no el pulido CEO que es ahora. A cuando yo pensaba... Bueno, no importa lo que pensaba.

—Lo recuerdas —digo, con sorpresa en mi tono.

La expresión de Liam se suaviza, algo vulnerable brillando en sus ojos.

—Recuerdo muchas cosas, Aleria.

Usar mi nombre de pila, tan raro estos días, me provoca un escalofrío por la espalda. Hay un peso en sus palabras, una profundidad de significado que no estoy segura de estar lista para explorar.

Mientras esperamos nuestra comida, la mirada de Liam se vuelve pensativa.

—¿Sabes? —dice—. He estado pensando en lo que me contaste el otro día. Sobre crecer en el taller de tus padres.

Asiento, una mezcla de emociones arremolinándose en mi pecho ante el recuerdo de nuestra reciente conversación.

—Me hizo preguntarme —continúa Liam, sus ojos azules escrutando los míos—. ¿Cómo es que nunca supe eso de ti en la universidad? Pasamos tanto tiempo juntos, y sin embargo...

Sus palabras se desvanecen, pero la pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros. Un rubor sube por mi cuello, parte vergüenza, parte algo más que no puedo nombrar.

—Nunca se lo conté a nadie en ese entonces —admito, mis dedos trazando patrones en la gastada mesa de formica—. Estaba... avergonzada, supongo.

Liam frunce el ceño.

—¿Avergonzada? ¿De tus padres?

Niego con la cabeza.

—No, no de ellos. Nunca de ellos. Más bien de cómo creía que los demás me verían si lo supieran. —Tomo un profundo respiro, obligándome a sostener su mirada—. Estaba rodeada de niños con fondos fiduciarios y admisiones por legado. Y ahí estaba yo, solo allí por becas y préstamos estudiantiles. Mis padres son brillantes, pero nunca terminaron el instituto. Estaba aterrorizada de que, si la gente lo supiera, pensarían que yo no pertenecía allí.

La comprensión amanece en los ojos de Liam, seguida por algo que parece casi arrepentimiento.

—No tenía idea de que te sintieras así.

Me encojo de hombros.

—Es una tontería, mirándolo ahora. Pero en ese momento, parecía tan importante encajar, demostrar que merecía estar allí.

La mano de Liam se mueve sobre la mesa, sin llegar a tocar la mía, pero lo suficientemente cerca como para que pueda sentir el calor que irradia de su piel.

—Te merecías estar allí —dice, con voz baja e intensa—. Eras la estudiante más brillante de toda esa escuela.

—Gracias —murmuro, sin estar segura de qué más decir.

La expresión de Liam se suaviza, una mezcla de emociones que no puedo descifrar del todo jugando en sus facciones.

—Ojalá lo hubiera sabido —dice—. En ese entonces, quiero decir. Ojalá hubieras sentido que podías contármelo.

—¿Contártelo? ¿Al heredero de los Valeur que nunca tuvo que luchar un día en su vida?

Las palabras salen más duras de lo que pretendía, y Liam se estremece. Por un momento, me arrepiento de mi arrebato, pero luego una chispa de desafío se enciende en sus ojos.

—¿Crees que no luché? —dice, con voz baja e intensa—. Tal vez no con el dinero, pero ¿tienes idea de lo que es tener cada paso que das escrutado y criticado? ¿Nunca poder ser tú mismo?

Abro la boca para replicar, pero algo en su expresión me detiene. Hay una vulnerabilidad allí que nunca antes había visto.

Liam continúa, sus palabras saliendo más rápido ahora.

—Cada decisión, cada acción, todo tenía consecuencias. No solo para mí, sino para toda mi familia. El peso de esas responsabilidades... —Se interrumpe, pasándose una mano por el pelo.

—¿Es por eso que te fuiste aquella noche en la biblioteca? —Las palabras se me escapan en un susurro, cargadas de años de incertidumbre—. ¿Sentiste que yo no estaba a tu altura?

Liam levanta la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? Aleria, no. Por supuesto que no. ¿Por qué pensarías eso?

La incredulidad en su voz me toma por sorpresa. Pero antes de que pueda responder, nuestra camarera se materializa junto a nosotros, equilibrando platos cargados de comida.

—Hamburguesa doble con queso, pepinillos extra, sin cebolla —anuncia, ajena a la tensión que crepita entre nosotros como un cable vivo.

Mientras sirve nuestra comida, me quedo paralizada, atrapada en un torbellino de emociones conflictivas. Una parte de mí está desesperada por escuchar la respuesta de Liam, por entender finalmente qué sucedió aquella noche. Pero otra parte quiere huir, retirarse de esta conversación que está desenterrando recuerdos y sentimientos que he mantenido cuidadosamente enterrados durante años.

La camarera se va y el silencio desciende, pesado con palabras no dichas y años de malentendidos. Tomo una patata frita, más por hacer algo con mis manos que por hambre real.

—¿Decías? —le insto, mi voz apenas audible sobre los latidos de mi corazón. Las palabras se sienten como vidrio en mi garganta, afiladas y frágiles.

—Nunca se trató de ti, Aleria. No hiciste nada malo. Yo era el que estaba jodido. Era yo quien tenía demasiado miedo... —se interrumpe, bajando la mirada a la mesa.

—¿Miedo de qué? —presiono, las palabras saliendo precipitadamente antes de que pueda detenerlas. Años de dolor y confusión alimentan mi necesidad de saber.

Él levanta la mirada, y la vulnerabilidad en sus ojos me roba el aliento.

—De sentir algo real —susurra Liam—. De dejar entrar a alguien. De no poder cumplir con las expectativas que todos tenían de mí.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, pesadas con el peso de los años perdidos. Quiero entender, de verdad. Pero el recuerdo de aquella noche en la biblioteca, de la aplastante decepción y humillación, surge como una ola gigante.

Asiento, formándose un nudo en mi garganta. Una parte de mí quiere extender la mano, ofrecer consuelo. Pero otra parte, la que aún cuida viejas heridas, se contiene.

—Entiendo —digo, mi voz tranquila pero firme—. Pero entender no borra lo que pasó, Liam. No cambia el hecho de que te fuiste sin decir una palabra. Que me dejaste sintiéndome como si no fuera suficiente.

Liam se estremece.

—Aleria, lo siento tanto. Si pudiera volver atrás...

Levanto una mano, deteniéndolo.

—Pero no puedes. Y ya no soy esa chica. No estoy segura de poder volver a serlo.

El silencio que sigue es ensordecedor. Hay dolor en los ojos de Liam, una necesidad desesperada de arreglar las cosas. Pero hay un abismo entre nosotros, tallado por años de malentendidos y verdades no dichas. Y no estoy segura de si alguno de nosotros sabe cómo salvarlo.

—¿Dónde nos deja esto? —pregunta Liam.

Respiro profundamente, tratando de ordenar el torbellino de emociones dentro de mí.

—No lo sé —admito—. No estoy lista para perdonarte. Todavía no. Pero creo que estoy lista para intentar entenderte. ¿Podemos ser amigos? —No es mucho, pero es todo lo que puedo ofrecer ahora.

Liam asiente, una mezcla de alivio y tristeza en sus ojos.

En ese momento, algo cambia entre nosotros. Los muros cuidadosamente contruidos que ambos hemos mantenido durante años se derrumban, revelando a las personas detrás de los títulos y reconocimientos.

—A veces siento que solo estoy esperando a que todos se den cuenta de que soy un fraude —confieso, mirando fijamente mi taza de café vacía—. Como si cualquier día se fuesen a dar cuenta de que no pertenezco aquí y me fuesen a echar. Igual que en la universidad.

Liam extiende la mano a través de la mesa, cubriendo la mía. El calor del contacto me envía una sacudida.

—Aleria —dice, mi nombre sonando diferente en sus labios—, eres brillante. Cualquiera con medio cerebro puede ver eso.

Levanto la cabeza, encontrándome con su intensa mirada.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Qué asusta a Liam Valeur?

Está callado por un largo momento, su pulgar trazando círculos distraídamente en el dorso de mi mano.

—No estar a la altura del legado Valeur —dice finalmente—. Fallar en proteger a mi familia.

Hay un peso en sus palabras que no entiendo completamente, pero noto la carga que lleva. Mis ojos se desvían hacia el hombre sentado en la barra, el guardaespaldas siempre presente de Liam. Me pregunto si su miedo está relacionado con lo que sea que necesite esa protección constante.

Sin pensar, volteo mi mano, entrelazando nuestros dedos.

—Eres más que solo tu apellido —le digo—. Eres... eres Liam.

Sus ojos se encuentran con los míos, una mezcla de emociones arremolinándose en sus profundidades. Por un instante, el mundo a nuestro alrededor se desvanece. Somos solo nosotros, conectados por más que solo nuestras manos entrelazadas.

El momento se estira, eléctrico y frágil.

El hechizo se rompe por nuestra camarera, aclarándose la garganta. Ambos nos sobresaltamos, dándonos cuenta de lo tarde que se ha hecho. Mientras nos preparamos para irnos, hay una reticencia en ambos, ninguno de los dos está listo para que la noche termine.

Fuera del restaurante, nos demoramos en la acera. Liam se acerca, colocando un mechón de cabello detrás de mi oreja. Su toque es suave, casi reverente. Mi respiración se entrecorta, el aire entre nosotros cargado de posibilidades.

Mi móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco, viendo un mensaje de Jake sobre nuestros planes para la fiesta de Halloween.

La fiesta. La apuesta. La realidad.

Miro a Liam, recordando todas las razones por las que esto, sea lo que sea, no puede suceder. Somos amigos. Nada más.

La expresión de Liam cambia, un muro bajando que ni siquiera me había dado cuenta que se había levantado.

—Deberías atender eso —dice, su voz cuidadosamente neutral—. Es tarde. Te veré en el trabajo, Dra. James.

Antes de que pueda responder, se está alejando, su figura retirándose en la noche. Me quedo ahí parada, un torbellino de emociones amenazando con abrumarme.

Miro mi móvil, el mensaje de Jake brillando en la pantalla. Debería responder. Debería ir a casa. Debería olvidar esta noche y la sensación de la mano de Liam en la mía y el recuerdo del casi beso que se repite en mi mente.

Dieciséis



LIAM

E stoy inmerso en un documento legal cuando suena la primera alarma, su agudo grito destroza la quietud de mi oficina en LumiVera. El ruido repentino me hace dar un sobresalto, mi bolígrafo se desliza por la página, dejando una fea línea negra como una cicatriz en el inmaculado papel. Antes de que pueda procesar lo que está sucediendo, Marcus irrumpe por la puerta, la pesada madera de roble golpea contra la pared con un estruendo que hace que me rechinen los dientes.

— Sr. Valeur, tenemos que evacuar. Ahora.

Me pongo de pie en un instante, la adrenalina corriendo por mis venas. Al salir al pasillo, el acre olor a humo me golpea, quemándome la garganta.

—¿Qué ha pasado? —exijo, escaneando el corredor con la mirada.

Los empleados pasan a nuestro lado como una marea de pánico y confusión. Pero hay un rostro que no encuentro, uno que importa más que cualquier otro en este momento.

—Accidente químico en el ala de investigación —dice Marcus, con su mano en mi codo, tratando de guiarme hacia la salida—. Tenemos que sacarlo de aquí, señor.

Pero no puedo moverme. No puedo respirar. Porque Aleria no está aquí.

—¿Dónde está la Dra. James? —pregunto, con la voz tensa por un miedo que no puedo ocultar del todo—. ¿La viste salir?

—No. —La expresión de Marcus se oscurece—. Señor, no tenemos tiempo...

No espero a que termine. En lugar de girar a la derecha hacia la seguridad, giro a la izquierda hacia los laboratorios. Hacia Aleria.

El olor acre se intensifica a medida que nos acercamos a su laboratorio, haciendo que mis ojos se humedezcan y ardan. A través de la puerta de cristal, la veo golpeando la puerta, el pánico claro en su rostro. El humo se enrosca cerca del techo como dedos fantasmales, volviéndose más espeso a cada momento, convirtiendo el estéril laboratorio blanco en una borrosa tumba gris.

—¡Aleria!

Me subo la camisa sobre la nariz y la boca y me presiono contra el cristal. Ella levanta la mirada, el alivio inunda sus facciones antes de que el miedo se apodere de ella nuevamente. Gesticula frenéticamente hacia la puerta, y me doy cuenta de que los protocolos de seguridad se

han activado, encerrándola con los vapores tóxicos.

—El código de anulación —grito a través del cristal—. ¿Lo conoces?

Ella niega con la cabeza, cubriéndose la boca con su suéter. Incluso a través del cristal, puedo ver sus manos temblar.

Marcus aparece detrás de mí con equipos de respiración.

—Señor, déjeme encargarme de la puerta. Necesitaré esto si vamos a entrar.

Arrebato la máscara, ya calculando cuánto tiempo tomará llegar hasta ella. El humo se está volviendo más espeso, y los movimientos de Aleria se están volviendo lentos. Se desploma contra la puerta, tosiendo.

Logramos anular el bloqueo. Me apresuro a entrar, asegurando primero la máscara de respiración sobre su rostro. Sus ojos están desenfocados, pero agarra mi brazo con fuerza.

—Te tengo —le digo, levantándola en mis brazos y girando hacia la seguridad. Se siente tan ligera, tan frágil—. Vamos a sacarte de aquí.

Salimos del edificio hacia el fresco aire nocturno. El repentino cambio de temperatura es desorientador. Me caigo de rodillas, aún sosteniendo a Aleria, sin querer soltarla.

Los paramédicos nos rodean, pero todo en lo que puedo concentrarme es en su respiración, cada inhalación y exhalación es una preciosa señal de que está viva.

Uno intenta arrancar a Aleria de mis brazos, pero aprieto mi agarre.

—Señor, necesitamos tratarlos a ambos —insiste una paramédica, su tono sin admitir discusión.

Niego con la cabeza, tosiendo.

—Estoy bien. Ocúpense de ella.

Los ojos de la paramédica se estrechan.

—Ha inhalado una cantidad significativa de humo. Necesitamos ponerles oxígeno a ambos. Ahora.

Antes de que pueda protestar más, nos están guiando a ambos hacia las camillas. El mundo se inclina cuando me levantan, y me doy cuenta de lo mareado que estoy.

—Voy con ella —digo con voz ronca mientras nos suben a la ambulancia.

El viaje ocurre en una vorágine de luces parpadeantes y sirenas aullantes. Una máscara de oxígeno cubre mi rostro, el aire fresco en contraste con el ardor en mis pulmones. Pero mi atención está en Aleria. Yace inmóvil en la camilla a mi lado, tan quieta que me aterroriza. Extiendo la mano, mis dedos encontrando los suyos.

—Quédate conmigo —susurro, las palabras amortiguadas por la máscara—. Por favor, Aleria.

En el hospital, se llevan rápidamente a Aleria para tratarla. Intento seguirla, pero manos firmes me detienen.

—Señor, necesitamos examinarlo —dice una doctora.

Niego con la cabeza, tratando de pasar.

—Necesito estar con ella.

—Necesita dejarnos hacer nuestro trabajo —responde la doctora—. Cuanto antes coopere, antes podrá verla.

Permito que me lleven a una sala de examen. Revisan mis signos vitales, escuchan mis pulmones, y limpian y vendan un corte en mi brazo que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba ahí. Respondo sus preguntas, con la mente en otra parte.

Tan pronto como me dan el alta, vuelvo a la sala de espera, caminando de un lado a otro. Cada minuto parece una hora, cada hora una eternidad. Mi imaginación se desboca, conjurando

los peores escenarios. ¿Y si hay complicaciones? ¿Y si el humo hizo más daño del que pensaron al principio?

El peso de las palabras no dichas me oprime. Todas las cosas que debería haber dicho, todas las oportunidades que dejé pasar. ¿Y si nunca tengo la oportunidad de decirle cómo me siento?

Una enfermera se acerca, tratando de que me siente, que descanse. Pero no puedo. No hasta que sepa que Aleria está bien. No hasta que pueda verla con mis propios ojos, sostener su mano, decirle todo lo que he tenido miedo de decir.

Porque una cosa se ha vuelto cristalina. La vida es demasiado corta, demasiado preciosa, para desperdiciar otro momento fingiendo que no estoy perdidamente enamorado de Aleria James.

Cuando la doctora se acerca con noticias, contengo la respiración.

—¿Sr. Valeur? —Su expresión es tranquilizadora—. La señorita James tiene una leve inhalación de humo, pero está respondiendo bien a la terapia de oxígeno. Estará cansada por uno o dos días, pero no hay daño permanente.

El alivio me invade, tan intenso que casi duele. Parpadeo para contener las lágrimas. La adrenalina se desvanece, dejándome exhausto, pero aún no puedo descansar. Necesito asegurarme de que está bien.

—¿Puedo verla?

—Sí, ha estado preguntando por usted. —La doctora asiente, guiándome a una pequeña habitación tenuemente iluminada.

Aleria yace allí, luciendo pequeña y vulnerable en la cama del hospital. Pero sus ojos están abiertos, y cuando me ve, una débil sonrisa curva sus labios.

—Tienes un aspecto terrible —dice con voz ronca.

Una carcajada surge de mi pecho, sorprendentemente intensa.

—Deberías ver cómo quedó el otro tipo —bromeo, señalando mi brazo vendado.

Los ojos de Aleria se abren de par en par.

—¡Liam, estás herido! ¿Qué pasó?

Me encojo de hombros.

—No es nada. Solo un rasguño por hacerme el héroe.

Ella extiende la mano y roza con sus dedos mi brazo vendado.

—Me salvaste.

—Siempre —respondo, y la palabra lleva más peso del que pretendía.

Nuestras miradas se encuentran y el aire se carga de tensión. Me aclaro la garganta, rompiendo el momento antes de hacer algo impulsivo.

—La doctora dice que necesitas descanso y cuidados —digo—. Me... me gustaría llevarte a mi casa. Solo hasta que te sientas mejor —añado, al ver su vacilación—. Tengo una habitación de invitados y me sentiría mejor sabiendo que no estás sola.

Aleria frunce el ceño.

—Liam, agradezco la oferta, pero puedo cuidarme sola. No necesito...

—Por favor —la interrumpo, sorprendiéndonos a ambos con la intensidad de mi voz—. Sé que eres capaz. Pero necesito saber que estás a salvo. Solo por unos días.

Ella estudia mi rostro, con una expresión indescifrable.

—De acuerdo —dice.

Una hora después, la estoy ayudando a entrar en mi casa, con Marcus como una presencia silenciosa detrás de nosotros.

—No tenías que hacer esto, Liam —murmura.

—Quería hacerlo —respondo, apretando mi brazo alrededor de su cintura cuando tropieza—.

Necesito saber que estás a salvo.

Ella me mira, sus ojos escrutando los míos.

—¿Por qué?

Trago saliva, años de distancia se desmoronan ante lo cerca que estuve de perderla.

—Porque... porque me importas, Aleria. Más de lo que creo que te das cuenta.

Su respiración se entrecorta y, por un momento, nos quedamos allí, al borde de algo que ninguno de los dos está listo para nombrar. Luego ella se tambalea, recordándome su frágil estado.

—Ven —digo, guiándola hacia la habitación de invitados—. Vamos a acomodarte.

Guío a Aleria hacia la habitación de invitados, extremadamente consciente de su cuerpo junto al mío. Su calidez, su aroma, incluso teñido de humo, todo es abrumador. Mientras la ayudo a meterse en la cama, mi mano se demora sobre la suya. Tengo que obligarme a soltarla.

Hay un universo de cosas que quiero decir. Cómo verla atrapada en ese laboratorio fue el momento más aterrador de mi vida. Cómo el pensamiento de perderla me hizo darme cuenta de lo profundos que son mis sentimientos.

Que la amo, joder.

Que nunca la superé realmente después de la universidad. Que tal vez cada mujer desde entonces fue solo un intento de olvidar a la tranquila estudiante de física con calcetines desparejos que veía a través de mi fachada Valeur. Que siempre ha sido ella para mí, incluso cuando era demasiado estúpido o estaba demasiado asustado para darme cuenta.

Pero las palabras se me atorán en la garganta. Ella necesita descansar, no mi carga emocional.

Mientras me giro para irme, dejándola descansar, la voz de Aleria me detiene.

—¿Liam?

Mi corazón se salta un latido ante la vulnerabilidad en su expresión.

—Cuando estaba atrapada en ese laboratorio —dice—, todo en lo que podía pensar era en ti.

La confesión me golpea como un golpe físico.

—Aleria —susurro, volviendo a su lado en dos zancadas rápidas—. Estaba aterrorizado de perderte.

Nuestras miradas se encuentran y el mundo parece desvanecerse. Solo existe Aleria, solo este momento. El aire entre nosotros cargado con años de sentimientos no expresados y oportunidades perdidas, de conversaciones en cafeterías y miradas compartidas a través de aulas, de todas las veces que debería haberle dicho lo que sentía pero no lo hice.

Me inclino ligeramente, atraído por el calor en sus ojos, pero me detengo. Ella necesita descansar, no...

Empiezo a retroceder, ya maldiciéndome por este momento de debilidad...

—Oh, por el amor de Dios. —Los dedos de Aleria se curvan alrededor de mi nuca y me acerca más—. Bésame de una vez, hombre estúpido.

Por una fracción de segundo, me quedo paralizado. Luego nuestros labios se encuentran y todo lo demás se desvanece. El beso comienza suave, tierno, casi reverente.

Entonces algo se rompe.

Años de emociones reprimidas se derraman mientras el beso se profundiza. Mis manos acunan su rostro, memorizando cada contorno. Su puño está en mi camisa, acercándome más como si temiera que pudiera desaparecer. Vierto todo lo que no puedo decir en el beso: mi miedo, mi alivio, mi amor.

Cuando nos separamos, ambos estamos sin aliento. Apoyo mi frente contra la suya, sin

querer poner más distancia entre nosotros de la necesaria.

—Liam, yo... —comienza, pero se queda sin palabras.

Mientras miro sus ojos, veo un torbellino de emociones que probablemente reflejan las mías. Confusión, esperanza, miedo y algo más profundo, algo que ninguno de los dos está listo para nombrar en voz alta.

En este momento, me doy cuenta de que todo ha cambiado. No hay vuelta atrás a la cuidadosa distancia que hemos mantenido, no podemos fingir que esto no sucedió. La idea es a la vez emocionante y aterradora.

—Aleria —digo, apretando su mano—. Es tarde. No tenemos que resolverlo todo ahora mismo. Necesitas descansar. Pero no me iré ninguna parte. Hablaremos cuando te sientas mejor. Te lo prometo.

Diecisiete



ALERIA

Me despierto de golpe, con el corazón acelerado como si hubiera corrido una maratón. Las sábanas de seda bajo mi cuerpo me resultan desconocidas. ¿Dónde estoy?

Mis ojos recorren la habitación, absorbiendo los elegantes muebles y las ventanas del suelo al techo que ofrecen una vista panorámica del horizonte de la ciudad bañado en la suave luz del atardecer.

Este no es mi pequeño apartamento. Es el ático de Liam. Los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas vuelven a mi mente de golpe: el olor acre del humo, los brazos de Liam rodeándome mientras me llevaba a un lugar seguro, las interminables horas en el hospital y, finalmente, la llegada aquí bien pasada la medianoche. Y luego el beso. Ese beso ardiente y abrasador. Mis mejillas se ruborizan al recordarlo, mis labios hormiguean como si el fantasma de la boca de Liam aún persistiera allí.

Liam. El inversor del proyecto. El hombre del que he estado tratando, sin éxito, de no enamorarme desde la universidad. El hombre que nunca pude olvidar.

El reloj de la mesita de noche marca las 7:30 p. m. He dormido la mayor parte del día, mi cuerpo claramente necesitaba el descanso después del trauma que sufrió. Respiro profundamente, aliviada al descubrir que mis pulmones ya no arden con cada inhalación. Los médicos me advirtieron sobre posibles efectos persistentes por la inhalación de humo, pero ahora mismo me siento bien.

Balanceo las piernas sobre el borde de la cama, mis pies descalzos se hunden en la mullida alfombra. La habitación de invitados en la que me encuentro es espaciosa, decorada en tonos suaves de azul y gris. Es hermosa pero impersonal.

Mi ropa apesta a humo, así que tomo una bata de seda que está colgada sobre una silla cercana y me desvisto hasta quedar en ropa interior. Mientras me envuelvo con la bata, percibo un ligero aroma del perfume de Liam impregnado en la tela. Mi estómago da un vuelco ante el olor, los recuerdos de nuestro beso vuelven con vívida claridad.

Un suave tintineo proveniente de algún lugar más allá de la puerta del dormitorio interrumpe mis pensamientos. Liam debe estar ahí fuera, probablemente en la cocina. Mi ritmo cardíaco se acelera de nuevo, una mezcla de anticipación y nerviosismo me invade ante la idea de enfrentarme a él.

¿Qué digo? ¿Cómo actúo? Anoche, en las secuelas del incendio y enfrentando mi mortalidad, todo parecía tan claro. Pero ahora, a la dura luz del día, bueno, de la tarde, las dudas se cuelan. ¿Fue el beso solo adrenalina y alivio? ¿Liam se arrepiente? ¿Yo me arrepiento?

Respiro hondo, enderezando los hombros. Solo hay una forma de averiguarlo. Me dirijo hacia la puerta, mi mano vacila en el pomo por un momento antes de reunir el valor y adentrarme en lo desconocido.

El pasillo se extiende ante mí, las sombras bailan en las paredes por la luz tenue. Un tintineo de ollas y sartenes resuena desde el interior del ático, acompañado por el rico aroma del café y algo dulce. Con cada paso que doy hacia la cocina, mi corazón late un poco más rápido. Estoy a punto de enfrentarme a Liam, y no tengo idea de lo que va a pasar a continuación.

Me detengo, observando la escena frente a mí. Liam está de pie frente a la estufa, de espaldas a mí mientras voltea lo que parecen ser panqueques. Lleva una camiseta de aspecto suave y pantalones de chándal grises, muy lejos de sus habituales trajes impecables. Es una escena doméstica.

—Eh, hola —digo, avergonzada de lo torpe que sueno.

Liam se da la vuelta de repente, espátula en mano.

—¡Aleria! Te has despertado. ¿Cómo te sientes?

—Mejor —digo, entrando en la cocina—. Gracias a ti.

Un momento de silencio cargado se extiende entre nosotros. Jugueteo con la manga de la bata, muy consciente de la mirada de Liam sobre mí.

—Yo, eh, espero que no te importe —hago un gesto hacia la bata—. Mi ropa...

—Por supuesto que no —dice Liam—. La puse ahí para ti. Te queda bien.

Ambos nos quedamos inmóviles, sus palabras flotando en el aire entre nosotros. Liam se aclara la garganta, volviéndose hacia la estufa.

—Preparé un poco de té para ti, y hay miel para ayudar a aliviar tu garganta. Estoy haciendo panqueques. Pensé que te gustaría algo dulce. ¿Tienes hambre?

—Mucha —admito, acercándome para mirar la sartén—. No sabía que podías cocinar.

Liam se ríe, el sonido enviando un escalofrío por mi columna.

—Hay mucho que no sabes sobre mí, Dra. James.

Me río, la tensión disminuyendo.

—Touché, Sr. Valeur.

Alcanzo la tetera, el rico aroma llenando el aire. Él me pasa una taza, y nuestros dedos chocan. Una chispa se enciende donde nuestra piel se encuentra, y la taza se tambalea en mi agarre.

La mano de Liam se queda suspendida en el espacio entre nosotros. Sus ojos se clavan en los míos, las pupilas dilatándose. La cocina parece encogerse a nuestro alrededor, el aire se vuelve espeso y pesado. El pecho de Liam sube y baja, coincidiendo con el frenético ritmo de mi respiración.

Su lengua asoma, dejando un rastro brillante en su labio inferior. Mi mirada sigue el movimiento, los recuerdos del beso de anoche pasan por mi mente. La suavidad de su boca, su sabor.

El momento se alarga, un hilo invisible tensándose entre nosotros. Revuelvo un poco de la miel ofrecida y levanto la taza a mis labios, un intento desesperado de ocuparme antes de ceder al impulso de acortar la distancia. El té quema mi lengua, pero apenas registro la sensación.

—Así que —digo, tratando de mantener mi voz ligera mientras corto un esponjoso panqueque—, ¿siempre preparas comidas para tus empleados después de salvarles la vida?

La mirada de Liam se eleva para encontrarse con la mía, sus ojos azules oscureciéndose hasta un gris tormentoso.

—Aleria —dice, mi nombre sonando tanto como una advertencia como una caricia—, no eres solo una empleada.

—¿Qué soy entonces?

Sostiene mi mirada por un largo momento, algo intenso y vulnerable parpadea en su rostro. Luego baja la mirada a su plato.

—Comamos antes de que se enfríe.

Doy un bocado, sorprendida por la explosión de sabor.

—Estos están realmente buenos —suelto, y luego me estremezco por cómo suena—. Quiero decir, no es que esperara que estuvieran mal, pero...

Liam arquea una ceja, un atisbo de su habitual confianza regresando.

—¿Pensabas que los multimillonarios no sabían cocinar, Dra. James?

Mis mejillas se calientan.

—Bueno, asumí que tenías gente para eso. Ya sabes, chefs privados, artesanos de panqueques...

—¿Artesanos de panqueques? —Liam se ríe, el sonido calentándome más que el té—. ¿Es eso un trabajo real? Porque si lo es, puede que haya elegido la carrera equivocada.

Sonrío.

—Oh, sí, muy prestigioso. Estudian durante años para lograr la perfecta relación entre dorado y esponjosidad.

—Y aquí he estado perdiendo el tiempo con leyes e ingeniería —suspira Liam—. Claramente, debería haber perseguido el noble arte de los panqueques.

Compartimos una risa y, por un momento, es como en los viejos tiempos. Antes del incendio, antes del beso, antes de que todo se volviera tan complicado. Pero a medida que la risa se desvanece, el peso de las palabras no dichas se asienta de nuevo sobre nosotros.

—Liam, sobre anoche... —empiezo, y luego vacilo. ¿Cómo abordo siquiera todo lo que sucedió?

—El humo era bastante intenso —dice Liam—. Me alegro de haber llegado a tiempo.

Estudio su perfil, preguntándome si está malinterpretando deliberadamente.

—Yo también. Gracias por salvarme. Pero me refería a... —hago una pausa, reuniendo valor—. Después.

Su tenedor se detiene contra el plato. La cocina de repente se siente demasiado cálida, demasiado pequeña.

—Aleria... —La voz de Liam es áspera cuando finalmente encuentra mi mirada.

Se inclina hacia adelante, su movimiento tan lento y deliberado como una atracción gravitacional. Lo imito sin pensar, atraída por una fuerza tan inexorable como la marea. La cocina a nuestro alrededor se desvanece, mi mundo se reduce al espacio cada vez menor entre nosotros, a la tormenta azul en sus ojos, a la ligera separación de sus labios.

Mi pulso se acelera, cada latido un ritmo staccato de anticipación y duda. ¿Está sucediendo esto? ¿Realmente vamos a...?

Un timbre penetrante rompe el silencio. Nos separamos de golpe como si nos hubiéramos quemado, el momento se fractura como el cristal. El mundo real vuelve a entrar precipitadamente, duro y exigente. El móvil de Liam continúa su estridente llamada, un intruso no bienvenido en nuestra frágil burbuja.

Liam contesta la llamada, su voz cortante y profesional mientras habla con alguien del

trabajo. Aprovecho la oportunidad para recoger nuestros platos, necesitando hacer algo con mis manos.

Cuando cuelga, se pasa una mano por el pelo, luciendo preocupado.

—Aleria, tenemos que hablar.

Un nudo se forma en mi estómago. Aquí viene. El inevitable retroceso, el cuidadoso distanciamiento. Trago con fuerza, deseando que mi voz no me traicione.

—De acuerdo.

—Si seguimos adelante con esto —comienza Liam, cada palabra medida—, habrá complicaciones. Tendría que asignar a alguien más para supervisar tu proyecto. Ya no podríamos trabajar juntos.

Parpadeo, mi mente luchando por procesar sus palabras. Esto no es el rechazo para el que me había preparado.

—¿Tú... quieres seguir adelante con esto?

Las cejas de Liam se elevan, su expresión una mezcla de sorpresa y algo que parece casi dolor.

—¿Tú no?

—No he dicho eso —suelto, las palabras tropezando unas con otras en su prisa.

Liam da un paso más cerca, sus ojos nunca dejando los míos.

—Aleria, he estado luchando contra esto durante semanas. Sé que te lastimé antes, y lo siento mucho por eso. Pero no puedo dejar de pensar en ti. Cometí un gran error en ese entonces. Un error que no puedo borrar, pero ¿espero que puedas darme una segunda oportunidad?

Sus palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, cargadas de esperanza y posibilidad. Mi corazón se acelera, una batalla entre la precaución y el deseo librándose dentro de mí.

—Me lastimaste —admito—. Pero quiero que intentemos explorar lo que podríamos tener.

El rostro de Liam se ilumina con una sonrisa que me deja sin aliento. Luego se pone serio, lanzándose a una explicación detallada de todos los cambios que tendremos que hacer, todos los posibles obstáculos que podríamos enfrentar.

Las palabras de Liam me inundan, un torrente de aspectos prácticos y precauciones. Intento concentrarme, ser la adulta responsable que él espera. Pero mi mirada sigue desviándose hacia sus labios, recordando su suavidad, su insistencia. La bata de seda, su bata, susurra contra mi piel con cada respiración.

De todos los momentos para ser responsable...

—Liam —interrumpo, mi voz ronca—, cállate.

Antes de que pueda reaccionar, agarro las solapas de la bata y tiro. La seda se desliza de mis hombros, acumulándose en mi cintura.

Los ojos de Liam se ensanchan, sus palabras muriendo a mitad de la frase mientras me contempla.

—Podemos resolver todos los detalles más tarde —digo, mis manos descansando sobre su pecho—. Ahora mismo, solo quiero que me beses de nuevo.

Durante un momento agonizante, Liam no se mueve. ¿He malinterpretado todo? Pero entonces sus manos están en mi cintura desnuda, atrayéndome contra él. Sus labios chocan contra los míos con una urgencia que me roba el aliento.

Este beso no es nada como el primero. Donde aquel fue tentativo y exploratorio, este es un fuego que lo consume todo. Años de anhelo, de oportunidades perdidas y deseos no expresados, se derraman mientras nos aferramos el uno al otro.

Las manos de Liam recorren mi espalda, dejando rastros de calor a su paso. Mis dedos se enredan en su cabello, maravillándome de su suavidad. Me hace retroceder hasta que choco con la encimera de la cocina, luego me levanta sobre ella sin romper el beso. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, eliminando cualquier espacio restante entre nosotros.

Cuando nos separamos, jadeando por aire, Liam apoya su frente contra la mía. Sus ojos están oscuros, las pupilas dilatadas por el deseo.

—¿Estás segura de esto? —pregunta, su voz áspera y tensa.

Como respuesta, lo atraigo para otro beso abrasador. Porque por una vez en mi vida, estoy segura de algo. Y ese algo es Liam Valeur.

Dieciocho



LIAM

La subo al mostrador de mármol, sus piernas envolviéndome de una manera que expulsa cualquier pensamiento racional de mi cabeza. Mi miembro palpita contra mis pantalones, desesperado por liberarse.

La he estado deseando durante semanas, obsesionado con el recuerdo de mis dedos enterrados profundamente en ella, el sabor de su sexo persistiendo en mi mente como si hubiera ocurrido ayer. Me presiono con más fuerza contra ella. Cada segundo de contención se siente como una tortura.

Su mano se desliza hacia abajo, forcejeando con mis pantalones, tratando de liberarme. Pero la detengo, agarrando su muñeca.

—Aleria —jadeo, mi voz ronca de necesidad.

Estoy tratando de calmarme, pero la atracción que ejerce sobre mí es demasiado fuerte. Sus labios rozan mi cuello, y su aliento caliente contra mi piel hace imposible pensar con claridad.

Gruño, aplastando mi boca contra la suya en un beso tan desesperado, tan lleno de todo lo que he reprimido durante años. Los años de deseo, de no atreverme a tomar lo que anhelaba. De no atreverme a preocuparme por alguien que podría perder. Su sabor es embriagador, llenando cada parte de mí que ha estado vacía durante tanto tiempo, pero me aterroriza.

He construido muros, me he asegurado de nunca acercarme lo suficiente a nadie para sentirme así, de no desear tan intensamente, porque perder a las personas, perderla a ella, me destrozaría.

Mis manos la agarran con más fuerza, atrayéndola hacia mí como si sostenerla lo suficientemente fuerte pudiera evitar que se escapara. Sus suaves gemidos despiertan algo profundo dentro de mí, un dolor que va más allá de la lujuria, más allá de lo físico. Es el tipo de dolor que he pasado años enterrando. No podía permitírmelo, no después de que mi madre fuera arrancada de mi vida, no después de que mi padre se convirtiera en una sombra, demasiado consumido por su trabajo para siquiera notar cuánto nos estábamos desmoronando.

Era solo un niño, pero tuve que dar un paso al frente. Tuve que ser quien mantuviera las cosas unidas para mi hermana, ser fuerte por ella cuando no había nadie más. Pero eso significaba que nadie podía ser fuerte por mí. No podía permitirme dejar entrar a nadie. Así que no lo hice. Me endurecí, aprendí a mantener a la gente a distancia. No me permití preocuparme

por nadie más de lo necesario, y eso funcionó. Me mantuvo a salvo.

Hasta Aleria.

Ahora, cada segundo se siente como si estuviera al borde de un precipicio a punto de caer. La forma en que responde a mí, la forma en que jadea mi nombre, su cuerpo arqueándose contra el mío, todo en ella está deshaciendo el cuidadoso control sobre el que he construido mi vida. Y lo odio.

Lo anhelo.

—¿No vas a huir de nuevo, verdad? —susurra, su aliento caliente contra mi cuello. Su voz es baja, casi una súplica.

—No —mi voz sale áspera, más un gruñido que palabras—. Ya no huyo más.

Duda por un segundo, luego continúa deslizándose su mano sobre el frente de mis pantalones. La sangre se precipita hacia mi miembro con una intensidad que me mareo. Todo el autocontrol al que me he estado aferrando se escapa entre mis dedos.

El beso es desordenado. Nuestras lenguas chocan, los dientes rozándose como si estuviéramos luchando por el control. Es salvaje, frenético, alimentado por años de deseo reprimido que ninguno de los dos pudo satisfacer.

Sus pechos presionan contra mi pecho mientras se retuerce debajo de mí, sus pezones duros a través de la fina tela de su sujetador. Tiro de un bretel hacia abajo, exponiéndola. Su piel es perfecta, cremosa contra el blanco frío del mostrador de mármol.

—Joder, eres hermosa —bajo la cabeza, succionando su pezón en mi boca, pasando mi lengua sobre él mientras saboreo su gusto. Paso mi lengua contra él, una y otra vez, hasta que está temblando debajo de mí, su cabeza echada hacia atrás, esos rizos salvajes enmarcando su rostro sonrojado.

Tan condenadamente hermosa.

Muerdo, lo suficiente para hacerla jadear, su gemido agudo y necesitado.

—Dios, Liam. Eso es... demasiado.

—Apenas estamos empezando, cariño. —Tiro del otro bretel hacia abajo, pasando al otro pecho, succionando, mordiendo, lamiendo.

Su mano presiona con más fuerza contra mis pantalones, frotándose en caricias enloquecedoras, y gimo, mi boca aún pegada a ella.

—¿Planeas seguir provocándome?

Sin responder, desliza su mano bajo la cintura de mis pantalones de chándal, envolviendo sus dedos alrededor de mi longitud. La sensación de su piel, tan suave, tan cálida, casi me hace enloquecer allí mismo.

—Joder, sí —las palabras se desgarran de mi garganta—. Más fuerte, Aleria.

Alcanzo entre sus piernas, encontrando la humedad empapando su ropa interior, y gruño.

—Estás mojada.

—Todo para ti —su voz sale sin aliento, su mano apretándose alrededor de mí mientras acaricia más rápido, más insistentemente.

Le arranco las bragas de un tirón rápido, y ella se retuerce para salir de ellas, sus caderas levantándose del mostrador para ayudarme. En el segundo que están fuera, deslizo un dedo dentro de ella. Está tan apretada, tan caliente.

—Dios, se siente tan bien.

Ella jadea, sus caderas sacudiéndose contra mi mano, suplicando por más.

—Te necesito —suplica, su voz no más que un susurro, su respiración entrecortándose mientras deslizo otro dedo dentro de ella.

—Y yo te necesito a ti —gruño contra su cuello, chupando con fuerza, dejando una marca—. Pero primero voy a hacerte correr.

Capturo su boca de nuevo, tragándome los gemidos que se derraman de sus labios mientras froto su clítoris hinchado con mi pulgar. Sus caderas se mueven contra mi mano mientras cabalga mis dedos, el sonido de su humedad volviéndome loco.

Viéndola así, sus labios entreabiertos en éxtasis, sus pechos agitados, su cuerpo temblando bajo mi toque, estoy a segundos de correrme. Apenas puedo aguantar, mis testículos apretándose mientras el líquido preseminal se filtra sobre su mano.

—Estoy cerca —gime, su voz delgada, sin aliento—. Liam, por favor.

Me muevo más abajo, separando más sus piernas mientras me arrodillo en el suelo liso y pulido. Sus muslos tiemblan, su cuerpo ya al borde mientras entierro mi cara entre sus piernas. Su sabor es embriagador, su aroma llenando mis sentidos mientras mi lengua acaricia su clítoris. Sus uñas se clavan en el mármol mientras intenta estabilizarse.

Todo lo que quiero es su sabor, su aroma, la sensación de sus muslos temblando contra mi cara mientras la devoro como un hombre hambriento.

Ella gime, tratando de ahogar el sonido mordiéndose el labio, pero esos pequeños gemidos sexys se escapan de todos modos, enviando fuego por mis venas.

Deslizo dos dedos dentro de ella, curvándolos justo en el punto correcto mientras mi lengua trabaja más rápido, haciendo círculos su clítoris hasta que está temblando, jadeando.

—Dámelo, cariño —gruño, mi voz vibrando contra su piel húmeda—. Quiero saborearte cuando te corras.

Su cuerpo se aprieta a mi alrededor mientras se deshace, los músculos temblando con espasmos, su gemido convirtiéndose en un grito mientras sus dedos se enredan en mi cabello, tirando con fuerza mientras cabalga las olas de placer. Grita mi nombre mientras se fragmenta, su voz ronca, sin aliento.

Me levanto, limpiándome la boca, con mi miembro más duro que una roca. Sus ojos están nublados, sus labios hinchados por nuestro beso, su piel sonrojada, pero aún está ansiosa. Puedo verlo en su mirada, en la forma en que sus ojos se desvían hacia mi erección, todavía presionando contra mis pantalones.

Me llevo los dedos a la boca, lamiéndolos para limpiarlos.

—Tenía hambre de ti. —Sonríe con malicia, viendo cómo sus ojos se abren, el asombro aún fresco en su rostro—. Y todavía la tengo. Pero no voy a follarte en esta encimera. No para nuestra primera vez.

La bajo de la encimera con un tirón brusco, sus piernas se envuelven alrededor de mí. El ático se vuelve borroso mientras la llevo hacia el dormitorio, pasando por las ventanas del suelo al techo donde la ciudad se extiende debajo de nosotros como un mar brillante de luces. Es una vista de mil millones de dólares, pero todo en lo que puedo pensar es en la mujer en mis brazos, su cuerpo presionado firmemente contra el mío.

La arrojo sobre la cama enorme. Ella rebota, su cabello derramándose sobre las almohadas como un halo, y me mira con esa hambre feroz aún ardiendo en sus ojos.

Me quito los pantalones y los bóxers en un movimiento fluido, mi miembro liberándose, y su respiración se entrecorta al verlo. Sus ojos se agrandan, el deseo oscureciéndolos, su lengua saliendo para humedecer sus labios.

—Abre las piernas para mí —ordeno, mi voz ronca de necesidad.

Ella separa sus piernas, su humedad brillando en la suave luz, y tengo que luchar contra el impulso de enterrarme en ella en ese mismo instante.

—Necesito sentir tu coño alrededor de mi polla. Ahora. Mismo.

Tomo un condón de la mesita de noche, el paquete de aluminio abriéndose con un sonido seco. Me lo pongo, me posiciono en su entrada, agarrando sus caderas mientras deslizo la punta de mi miembro contra ella, provocándola. Su cuerpo se arquea fuera de la cama, desesperada por más.

Con una embestida dura, estoy dentro de ella, hundiéndome profundamente en su calor apretado y húmedo. La sensación es indescriptible, la forma en que su cuerpo me agarra, atrayéndome más profundo. Me detengo por un momento, dejando que la sensación me inunde, el placer tan intenso que apenas puedo respirar.

Salgo y vuelvo a entrar en ella con fuerza, y sus uñas arañan mi espalda, dejando marcas. Establezco un ritmo brutal, mis caderas golpeando contra las suyas, el sonido de piel chocando contra piel llenando la habitación. Cada embestida envía ondas de choque a través de mí, y puedo decir por sus jadeos, por la forma en que sus uñas se clavan en mis hombros, que ella está justo ahí conmigo.

—Joder. Se siente tan bien —las palabras salen a borbotones, mi voz ronca de necesidad mientras me entierro dentro de ella nuevamente, hasta el fondo—. Tan jodidamente caliente. —Me muevo, embistiendo rápido, duro, fuera de control.

No hay ternura aquí, no hay toques suaves y románticos. Solo pasión intensa, lujuria y años de sentimientos reprimidos explotando entre nosotros. Sus uñas se clavan en mi espalda mientras se arquea para encontrarse con cada una de mis embestidas, su cabeza echada hacia atrás, perdida en el momento.

—No puedo... No puedo... —jadea, su cuerpo tensándose mientras su orgasmo se acerca de nuevo.

Sus piernas se cierran a mi alrededor con más fuerza, sus talones clavándose en mi espalda, urgiéndome mientras embisto más duro, más rápido, perdido en el ritmo de su cuerpo. Cada vez que la penetro, ella se arquea hacia mí, sus jadeos convirtiéndose en gemidos desesperados y sin aliento. Los sonidos que hace me vuelven loco, la forma en que su cuerpo se aferra al mío, la manera en que se estremece debajo de mí.

El sudor humedece nuestra piel, nuestras respiraciones mezclándose en el aire caliente y cargado del dormitorio del ático. Las luces de la ciudad desde las enormes ventanas proyectan un suave resplandor sobre su piel sonrojada, iluminándola en tonos dorados. Su cabello se extiende sobre las almohadas como llamas, salvaje e indomable, justo como ella.

—Dios, Liam... —gime, su voz temblando mientras golpeo ese punto profundo dentro de ella que hace que sus ojos se pongan en blanco, su cuerpo apretándose a mi alrededor.

Está cerca, puedo sentirlo, y ese conocimiento solo me impulsa más. Mis embestidas se vuelven más profundas, más rudas, mi miembro deslizándose dentro y fuera de su calor resbaladizo con una fricción deliciosa que nos mantiene a ambos al borde.

Sus uñas arañan mi espalda, dejando senderos ardientes de sensación, y gruño en respuesta, mis músculos tensándose con el esfuerzo de contenerme.

—Eres mía —gruño contra su oído, mi voz ronca de posesividad. No es una pregunta; es una afirmación. Necesito que lo sepa. Necesito que lo sienta—. Di que eres mía.

Su respiración se entrecorta, sus ojos fijándose en los míos con una intensidad desesperada y hambrienta.

—Tuya —jadea, su voz quebrándose mientras me agarra más fuerte con sus piernas, atrayéndome más profundo.

Esa única palabra es mi perdición.

Con un gruñido salvaje, la embisto más fuerte, mis caderas golpeando contra las suyas, la cama crujiendo debajo de nosotros. Sus gemidos se convierten en gritos, sus uñas clavándose en mi piel mientras la llevo al límite. Su cuerpo tensándose, sus paredes apretándose a mi alrededor como un torniquete, y sé que está a punto de deshacerse.

—Eso es, cariño —murmuro contra sus labios, mi aliento caliente contra su piel mientras chupo el punto sensible debajo de su oreja—. Déjate ir.

Y lo hace. Su cuerpo convulsiona debajo de mí, un gemido roto escapando de sus labios mientras se desgarran, su orgasmo ondulando a través de ella en ola tras ola. La visión de ella deshaciéndose debajo de mí es suficiente para enviarme al borde. Mi liberación me golpea como una marea, tan poderosa que me roba el aliento de los pulmones.

Gimo su nombre, mis caderas golpeando contra las suyas una última vez mientras me vacío dentro de ella, todo mi cuerpo temblando con la intensidad. Por un momento, todo lo que puedo hacer es sostenerla, mi frente apoyada contra la suya, nuestras respiraciones mezclándose en el aire pesado y caliente.

Mientras las olas de placer disminuyen, me derrumbo a su lado, atrayéndola contra mí. Ella se acurruca en mi pecho, su respiración aún entrecortada, su cuerpo suave y flexible en las secuelas de lo que acabamos de compartir. Aparto su cabello húmedo de su rostro, plantando un suave beso en su frente.

Fuera del ático, la ciudad zumba con vida, el mundo continuando como si nada hubiera cambiado. Pero todo se siente diferente ahora. El espacio entre nosotros, antes lleno de tensión y sentimientos no resueltos, ahora se siente eléctrico, cargado con algo más profundo. Algo real.

Ella yace allí, sus dedos trazando círculos perezosos en mi pecho, y por primera vez en años, me siento... en paz. Como si todas las piezas que han estado dispersas entre nosotros estuvieran empezando a encajar de nuevo.

—No me voy a ninguna parte —susurro, mi voz ronca pero firme.

Ella levanta la cabeza, encontrando mis ojos. Hay una vulnerabilidad allí, pero también una tranquila fuerza, como si estuviera sopesando mis palabras, probando su verdad. Por un momento, no dice nada, solo me observa con esa expresión indescifrable suya.

Luego asiente, una suave sonrisa curvando sus labios.

—Bien —susurra.

La atraigo más cerca, enterrando mi rostro en su cabello, inhalando su dulce y embriagador aroma. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, no solo por la intensidad de lo que hemos hecho, sino por la pura gravedad de ello. Por la comprensión de que esto, sea lo que sea entre nosotros, está lejos de terminar.

Y quiero más.

Más de ella. Más de nosotros.

Yazco entrelazado con Aleria, mis dedos trazando distraídamente patrones a lo largo de su columna. Una satisfacción que no había sentido en años me inunda.

Su aliento me hace cosquillas en el pecho, constante y cálido. Bajo la mirada y capto un destello de algo en sus ojos: la sombra de un pensamiento que hace que mi corazón se salte un latido.

—Oye —murmuro, levantando suavemente su barbilla—. ¿Estás bien?

Un timbre agudo atraviesa nuestro capullo de intimidad. Marcus.

—¿Sr. Valeur? —la voz de Marcus, tensa por la urgencia, se transmite por el móvil—. Ha surgido una situación. Lo necesitamos. Ahora.

El cuerpo de Aleria se tensa contra el mío. Sus ojos, hace momentos suaves por el resplandor

posterior, ahora se mueven entre mi rostro y el móvil. La pregunta en ellos es clara como el día.

Cierro los ojos, tragando con dificultad. El mundo real vuelve a estrellarse, trayendo todas las complicaciones que aún tenemos que enfrentar. Nuestra nueva relación está a punto de enfrentar su primera prueba real, y no estoy seguro de si estamos listos para ello.

—Tengo que...

—Ir —susurra ella, pero hay una nueva distancia en su voz que me hace doler el pecho.

ALERIA

Entro en el vestíbulo de Valeur Tech, respirando profundamente. Mis dedos rozan el móvil en mi bolsillo, donde aún brilla el mensaje de Liam: “Todo está listo en el decimoquinto piso. Tu equipo puede empezar hoy”. Después de días de espera mientras él organizaba la reubicación temporal del proyecto ASTRA, finalmente vuelvo al trabajo.

El vestíbulo está lleno de la energía matutina habitual, pero hay una corriente subyacente de emoción. Mis colegas de LumiVera se agrupan en pequeños grupos, sus voces bajas mientras discuten el traslado a Valeur Tech. Ajusto la correa de mi bolso, sintiendo una mezcla de gratitud y nerviosismo anticipado. Trasladar un proyecto de investigación completo en cinco días no debe haber sido fácil, ni siquiera para un Valeur.

Mis ojos se desvían hacia los ascensores, recordando la promesa de Liam de darme un recorrido por los nuevos laboratorios. Pero ¿siquiera aparecerá? Ha estado tan ocupado estos últimos días que nuestra única conexión se relegó a breves llamadas telefónicas sobre transferencias de equipos y protocolos de seguridad. Una parte de mí se pregunta si me está evitando, si la realidad de nuestra noche juntos ha calado hondo.

Descarto el pensamiento, escaneando la multitud. Es entonces cuando lo veo, de pie junto a los ascensores, su presencia tan imponente como siempre en su traje perfectamente a medida. Nuestras miradas se cruzan a través del vestíbulo, y los días de separación se desvanecen. La calidez de su voz por el móvil palidece en comparación con el calor de su mirada.

Mi corazón se acelera, una mezcla de emoción y ansiedad. Aún no he visto nuestro nuevo espacio de laboratorio. No lo he visto en días. Y ahora, ambos están a solo unos pasos de distancia.

Respiro profundamente, enderezando los hombros. Es hora de actuar como una profesional. Puedo hacer esto. Puedo absolutamente cruzar este vestíbulo sin hacer el ridículo frente a todo mi equipo de investigación.

Probablemente.

Levanto la barbilla, forzando a mis piernas a dar un paso casual más allá de los ascensores. Un pie delante del otro, como si no hubiera reproducido los eventos de esa noche en un bucle constante desde que dejé su ático. Mi mirada se fija en un punto más allá del hombro de Liam, decidida a no hacer contacto visual.

Mi pie derecho tropieza con... nada.

El mundo se inclina hacia un lado. Mis brazos se agitan mientras la gravedad se apodera de mí. Golpeo el suelo pulido con un golpe poco elegante, mi bolso abriéndose de par en par con el impacto.

Los bolígrafos se deslizan por el mármol en todas direcciones. Mi cuaderno se detiene a los pies de un pasante sorprendido. Un tampón rueda hasta detenerse frente al mostrador de seguridad. Todo el vestíbulo queda en silencio, todos los ojos fijos en el desastre humano desparramado en medio de ellos.

Ni cerca de parecer relajada.

Me lanzo hacia el bolígrafo más cercano, mis dedos cerrándose alrededor de él mientras otra mano se acerca al mismo objetivo. Una descarga de electricidad recorre mi brazo cuando nuestras manos chocan. Miro hacia arriba, mis ojos encontrándose con la mirada divertida de Liam.

—¿Ya causando caos, Dra. James? —murmura, su voz lo suficientemente baja para que solo yo lo escuche—. No me di cuenta de que nuestra noche juntos llevaría a resultados tan... explosivos.

El calor inunda mis mejillas.

—Solo estaba demostrando la naturaleza impredecible de las fluctuaciones cuánticas en la vida cotidiana —replico, agarrando un cuaderno perdido.

La ceja de Liam se arquea.

—¿Así es como lo llamamos ahora? Y yo pensando que era simple y llanamente torpeza.

—Cuidado, Sr. Valeur —susurro, inclinándome hacia él—. No queríamos que causaras una singularidad en medio del vestíbulo con ese ego inflado tuyo.

Él se ríe, entregándome el último bolígrafo que escapó.

—Creo que te refieres a un agujero negro, Dra. James. Una singularidad es un punto donde...

—Sé lo que es una singularidad —lo interrumpo, luchando contra una sonrisa—. Estaba siendo metafórica.

—Ah, por supuesto —asiente Liam—. Porque nada dice “romance secreto de oficina” como metáforas de astrofísica a las ocho de la mañana.

Abro la boca para responder, pero me doy cuenta de que todavía estamos agachados en el suelo del vestíbulo, rodeados de curiosos.

—Cierto. Bueno. Gracias por su ayuda, Sr. Valeur. Debería... irme. La ciencia no espera a nadie.

Mientras me pongo de pie, agarrando mi bolso rearmado, los ojos de Liam brillan con picardía.

—En efecto, no lo hace, Dra. James. Aunque espero que sea más cuidadosa en el nuevo laboratorio. No queríamos ninguna reacción incontrolada.

Me muerdo el labio para no reírme y me apresuro hacia los ascensores.

Las puertas del ascensor se abren con un suave tintineo. Entro, Liam detrás de mí, la multitud nos empuja hacia el fondo. El espacio es estrecho, los cuerpos apretados, el aire denso con el olor de demasiadas personas demasiado juntas.

Liam se mueve con el siguiente traqueteo del ascensor, su pecho rozando mi espalda. El calor irradia de él, su respiración constante.

Su mano se desliza bajo el dobladillo de mi falda, sus dedos audaces mientras recorren el interior de mi muslo. Mi pulso se acelera, el ascensor se siente sofocante. Agarro la correa de mi bolso. ¿Qué está haciendo?

Otra parada. La gente entra, empujándonos aún más cerca.

La voz de Liam se mantiene firme, casual.

—Buenos días, David —dice asintiendo.

Sus dedos se deslizan más arriba, rozando la delgada tela entre mis piernas. Mi cuerpo reacciona, el calor recorriéndome, los músculos tensándose, pero mantengo mi rostro neutral, mordiendo el interior de mi mejilla para evitar que se me escape cualquier sonido.

Sus dedos empujan debajo de la tela. Aprieto la correa de mi bolso con más fuerza, mi cuerpo poniéndose rígido mientras él presiona dentro de mí, lento pero insistente. Mis piernas tiemblan, las rodillas amenazando con ceder, pero él me mantiene erguida, una mano firme en su maletín, la otra oculta, trabajándome desde adentro.

Otra parada.

Dos personas más entran, sus conversaciones llenando el pequeño espacio. Liam mueve su maletín, ocultando el movimiento de su mano mientras su pulgar presiona contra mi clítoris, frotando en círculos lentos y deliberados. Todo mi cuerpo se tensa, una ola de calor recorriéndome. Apenas puedo respirar, mi pulso retumbando en mis oídos, cada nervio vivo y tensándose hacia el borde.

—Me alegro de verte, John —dice Liam, su tono ligero, casi divertido.

Sus dedos se curvan más profundamente dentro de mí, acariciando, frotando, su pulgar moviéndose con propósito, implacable. Muerdo con fuerza mi labio, luchando contra el gemido que sube por mi garganta. Mi cuerpo pulsa de necesidad, la tensión aumentando. Estoy tan cerca... tan jodidamente cerca.

El ascensor suena de nuevo, otra parada. Más gente se apretuja, rozándose contra nosotros. Me muevo, tratando de evitar que mis piernas cedan debajo de mí. No puedo mantenerme erguida, no con su mano enterrada entre mis muslos, llevándome al borde. Pero él no me suelta. Sus dedos se mueven más rápido ahora, frotando mi clítoris en círculos apretados y provocadores, el placer casi insoportable.

Quiero que se detenga. Pero no quiero que se detenga.

Su aliento calienta mi cuello mientras se acerca, sus labios rozando el borde de mi oreja.

—Quédate conmigo —murmura, su voz baja, autoritaria.

Su pulgar presiona con más fuerza, enviando chispas de calor a través de mí. Estoy justo ahí, tambaleándome al borde, pero no puedo caer. No aquí. No ahora.

Dios mío, no donde todos puedan ver, puedan oír.

Otra parada. Las puertas se abren de nuevo. La mano de Liam no se detiene, y mi cuerpo tiembla. Sus dedos se hunden más profundo, y me tenso a su alrededor, la presión interior aumentando, creciendo.

Se mueve de nuevo, saludando a cada recién llegado asintiendo tranquilamente, mientras su mano me trabaja sin piedad. Agarro mi bolso con tanta fuerza que podría romperse. Estoy al borde, aferrándome al último hilo de control.

El ascensor suena. Nuestro piso. Las puertas se abren, sus dedos se curvan una última vez, empujándome más cerca del límite antes de retirarse.

Tropiezo hacia adelante, apenas manteniéndome en pie mientras salgo, Liam a mi lado, su mano deslizándose libre, dejándome temblando, cada centímetro de mí electrificado con el fantasma de su toque.

Liam sale del ascensor, su mano rozando la mía como por accidente. Lo sigo, tratando de recuperar el aliento. Pero antes de que pueda dar otro paso, su mano agarra mi brazo, firme pero urgente, tirando de mí hacia un lado.

—Liam...

Me arrastra a una sala de fotocopias cercana, la puerta cerrándose de golpe detrás de nosotros. El aire se siente eléctrico, mi pulso retumbando en mis oídos.

Antes de que pueda recuperar el aliento, está sobre mí. Sus labios chocan contra los míos, rudos y exigentes, como si el autocontrol que mantuvo en el ascensor se hubiera roto.

Jadeo contra su boca, y él profundiza el beso, su lengua barriendo dentro, saboreando, reclamando. La fuerza de ello me presiona contra la pared, y me derrito en él, cada vestigio de profesionalismo obliterado en un instante.

Las manos de Liam agarran mi cintura, sus dedos clavándose, acercándome hasta que no queda espacio entre nosotros. Su cuerpo es sólido, el calor irradia de él en oleadas, y un suave gemido se me escapa mientras sus manos se deslizan por mis costados, tirando de mí con más fuerza contra él.

Sus labios son implacables, moviéndose de mi boca a mi mandíbula, luego bajando por mi cuello, mordisqueando, provocando, enviando escalofríos por mi piel.

Mis dedos se enredan en su cabello, acercándolo más, la necesidad de sentirlo abrumando cada pensamiento.

Gruñe contra mi garganta, el sonido vibrando a través de mí, encendiendo un dolor más profundo. Sus manos están en todas partes, recorriendo mi cuerpo, trazando las líneas de mis curvas como si me estuviera memorizando, y es embriagador, ahogándome en la sensación de él.

Me arqueo hacia él, presionándome contra los duros planos de su pecho. Mi respiración es superficial, rápida, mientras me besa más fuerte, más feroz, cada movimiento avivando el fuego entre nosotros. Sus dientes rozan mi labio inferior, tirando antes de sumergirse de nuevo en un beso que me deja sin aliento.

—Liam —susurro contra su boca, mi voz temblorosa, pero él no se detiene.

Sus manos se mueven más abajo, agarrando mis caderas con una posesividad que envía una emoción corriendo a través de mí. Sus labios están en mi garganta de nuevo, chupando, mordiendo lo suficiente para dejar una marca que tendré que ocultar más tarde. Pero ahora mismo, no me importa.

Se aleja solo unos centímetros, su frente apoyada contra la mía, su respiración entrecortada.

—No pude resistirme —murmura, su voz ronca, áspera de deseo.

Sus manos no me sueltan, los dedos aún clavados en mis caderas como si temiera liberarme. Sus ojos se clavan en los míos, oscuros, ardientes, como si apenas se estuviera conteniendo.

No puedo formar palabras, mi cuerpo temblando bajo su contacto. Su pulgar roza mi labio inferior, hinchado por el beso, y su mirada cae allí, el hambre en sus ojos inconfundible.

—No quiero parar —susurra, sus labios flotando sobre los míos.

Me besa de nuevo, más suave esta vez, pero no menos intenso. Mi corazón se acelera, mi cuerpo anhelando más mientras sus manos continúan vagando, encendiendo mi piel dondequiera que toca.

Nos separamos, ambos jadeando, el espacio entre nosotros cargado con todo lo que no podemos decir.

—Yo tampoco.

—Esto es peligroso —murmura, su voz baja, ronca—. Deberíamos parar.

Ninguno de los dos se mueve.

Los ojos de Liam parpadean con un momento de duda, sus manos aún sosteniéndome contra la pared. Sus labios flotan a centímetros de los míos, su respiración rápida e irregular.

—No tengo un condón —murmura, la voz baja, espesa de deseo, pero bordeada de

autocontrol.

Su frente descansa contra la mía, su pecho agitado. Puedo sentir la tensión en su cuerpo, la guerra entre quererme y contenerse.

Por un momento, mi corazón tartamudea, atrapado en la prisa de todo lo que está sucediendo. Pero entonces encuentro su mirada, mis dedos rozando su mandíbula mientras inclino su cabeza para que me mire directamente.

—Está bien —susurro, mi voz firme, segura—. Confío en ti, y estoy tomando la píldora.

Sus ojos se oscurecen ante mis palabras, algo primitivo destellando detrás de ellos. Hay un momento de silencio donde el peso de lo que he dicho cuelga entre nosotros, la vulnerabilidad de ello, la intimidad sin filtros. Su agarre en mis caderas se aprieta, su respiración es superficial mientras me observa un segundo más, como si se quisiera asegurarse de que lo digo en serio.

Entonces sus labios están sobre los míos de nuevo, más feroces esta vez, toda duda desaparece. El beso es intenso y consumidor, y gimo en su boca. En un rápido movimiento, me levanta, presionando mi espalda contra la pared, mis piernas envolviendo su cintura.

Jadeo, pero su boca está sobre mí de nuevo, tragándose el sonido con un beso profundo y urgente. Mis dedos se aferran a sus hombros, mi cuerpo arqueándose contra el suyo, desesperado por la fricción, por la sensación de él entre mis piernas.

La dura presión de él contra mi centro envía una descarga de calor a través de mí, mi cabeza dando vueltas con la intensidad de todo.

—Agárrate.

Su mano se desliza bajo mi falda de nuevo, sus dedos apartando mis bragas a un lado. Su excitación presiona contra sus pantalones, y un bajo gruñido se le escapa mientras baja la mano, liberándose. El sonido de su cinturón desabrochándose, el susurro de la tela, la urgencia de sus movimientos, todo ello enciende mi piel.

Sin advertencia, embiste dentro de mí, duro y profundo, llenándome. Mi boca se abre en un grito silencioso, pero antes de que pueda hacer un sonido, su mano se mueve hacia arriba, cubriendo mi boca. Su otro brazo me sostiene en su lugar, mi cuerpo atrapado entre él y la pared mientras embiste dentro de mí otra vez, cada embestida más dura, más exigente que la anterior.

—*Shh* —susurra, sus labios rozando mi oreja, su aliento caliente y entrecortado—. Silencio. No podemos ser descubiertos.

Sus palabras me estremecen, intensificando la naturaleza prohibida de lo que estamos haciendo. Me muerdo el interior de la mejilla, mi cuerpo retorciéndose bajo el suyo, luchando por mantener el silencio mientras la tensión se acumula con cada embestida. Mis uñas se clavan en su espalda, aferrándome a él mientras se mueve, implacable y poderoso, cada empuje acercándome más al límite.

Me observa, su mirada fija en la mía, su mano firme sobre mi boca, ahogando cada gemido que intenta escapar. La presión crece dentro de mí, insoportable, todo mi cuerpo tambaleándose al borde.

Liam aprieta los dientes, su control desvaneciéndose mientras arremete contra mí de nuevo, más fuerte, más profundo, el sonido de sus caderas chocando contra las mías amortiguado por el suave zumbido de las máquinas de la sala de fotocopias. Su pulgar acaricia mi mejilla, y aun en este momento, su toque es posesivo, protector, como si estuviera marcándome como suya.

No puedo respirar, la tensión enrollándose más fuerte con cada pulso, cada embestida. Se presiona más fuerte contra mí, su frente apoyada en la mía, su respiración saliendo en ráfagas ásperas y desiguales.

—Eso es. Córrete para mí —susurra, su voz ronca y desesperada.

Sus labios rozan mi cuello, sus dientes rozando la piel, y eso es todo lo que necesito. Mi cuerpo se estremece, el orgasmo desgarrándome, ola tras ola de puro placer cegador. Me arqueo contra él, mis ojos cerrándose con fuerza mientras muerdo su palma para ahogar el grito que amenaza con escapar.

Él gruñe bajo en su garganta, su ritmo acelerándose. Sus caderas chocan contra las mías, y con una última y poderosa embestida, se queda inmóvil. Su cuerpo se tensa, cada músculo rígido mientras se derrama dentro de mí, sus labios presionados contra mi cuello, respirándome como si no pudiera tener suficiente.

Por un momento, el mundo se detiene, el único sonido entre nosotros es el suave zumbido de las máquinas y las respiraciones entrecortadas que ambos luchamos por recuperar. La mano de Liam cae de mi boca, sus labios rozando mi sien, su cuerpo aún presionado contra el mío, ninguno de los dos se mueve.

—No podemos seguir haciendo esto —digo, pero aún tengo mis manos aferradas a su camisa, desmintiendo mis palabras.

—Lo sé, lo sé —dice con un suspiro—. No será por mucho tiempo. Solo hasta que pueda pasar la responsabilidad de la fusión a alguien más. Entonces ya no seré tu supervisor.

Asiento, tratando de ignorar cómo mi corazón salta ante la idea de poder estar con Liam abiertamente.

—De acuerdo. Pero hasta entonces, debemos tener cuidado.

—Estoy de acuerdo —Liam sonríe—. Empezando ahora.

Me da un último beso rápido antes de escabullirse de la sala de fotocopias, dejándome para que me recomponga.

Veinte

ALERIA

La hora del almuerzo me encuentra en la cafetería con Mia, mi ensalada intacta mientras intento concentrarme en su animada charla. Pero mis ojos traidores siguen desviándose hacia donde Liam está sentado con un grupo de ejecutivos. De vez en cuando, nuestras miradas se cruzan, y juro que la temperatura en la habitación sube varios grados.

—Entonces, sobre la fiesta de Halloween —dice Mia, su voz cortando mi distracción—. Estoy pensando en ir como Marie Curie. ¿Demasiado cliché?

—¿Eh? —Parpadeo, forzando mi atención de vuelta a ella—. Oh, mmm, no. No es cliché. De hecho, es radiactivamente genial.

Mia resopla.

—¿Acabas de hacer un juego de palabras científico?

Suelto una risita, el sonido demasiado fuerte y un poco histérico. Fiesta de Halloween. Cierto. La apuesta. Liam y yo nunca discutimos qué vamos a hacer al respecto. ¿La apuesta sigue en pie? Es decir, supongo que no, pero ¿vamos juntos? ¿Separados? ¿No vamos?

—Hablando de la fiesta —continúa Mia, ajena a mi pánico interno—, estoy pensando en invitar a Leo. Ya sabes, el chico que conocí en la convención científica.

—Ajá —asiento, mis ojos volviendo a Liam.

—Quiero decir, es lindo, ¿verdad? Y se rio de mis chistes.

—Ajá —murmuro, viendo a Liam inclinarse para susurrar algo a un colega.

—Así que estaba pensando en invitarlo a saltar en paracaídas primero como calentamiento para la invitación a la fiesta.

—Suenas genial —digo.

—Luego robaremos un banco juntos. Nada dice romance como un delito grave, ¿verdad?

—Absolutamente —estoy de acuerdo.

Mia agita su mano frente a mi cara.

—¡Tierra llamando a Aleria! ¿Siquiera me estás escuchando?

Vuelvo a la realidad de golpe.

—¿Qué? Sí, por supuesto. Leo, fiesta, robo de banco. Espera, ¿qué?

Los ojos de Mia se entrecierran.

—Muy bien, suéltalo. ¿Qué te pasa? Y no digas “nada” porque acabas de estar de acuerdo

con que cometa un delito federal.

Mi cara se calienta.

—Yo... No es nada. Solo estoy distraída por la nueva configuración del laboratorio.

—Ajá —dice Mia—. ¿Y esta “nueva configuración del laboratorio” tiene algo que ver con un chico de ensueño específico?

—¿Q...qué? —exclamo—. ¿Cómo supiste...? Quiero decir, no hay nada... Yo no...

Las cejas de Mia se disparan hacia arriba.

—Vaya, cálmate. Solo me refería a tu cita para la fiesta. Dijiste que ibas a invitar a Jake. Pero basándome en esa reacción, diría que pasa algo más.

—¡No! Es decir, sí. Quiero decir, Jake está bien. Todo está bien. Totalmente normal. Nada que reportar en el frente del, eh, entrelazamiento cuántico.

—¿Entrelazamiento cuántico? —repite Mia—. Aleria, cariño, sabes que eso no es un eufemismo para sexo, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé —murmuro, tomando un sorbo de mi café. Y me atraganto—. ¡Puaj! ¿Qué le pasa a este café? —balbuceo, alcanzando una servilleta.

Mia mira dentro de mi taza y luego estalla en carcajadas.

—Oh, Dios mío, Aleria. Le pusiste sal a tu café en lugar de azúcar. —Agita la bolsa vacía frente a mí—. Estas mal, chica. ¿Tan bueno fue el sexo con Jake?

Miro fijamente mi café arruinado, mortificada.

—No sé de qué estás hablando —murmuro.

—Ajá —dice Mia—. Bueno, sea lo que sea, o quien sea, que te tiene tan distraída, espero que valga la pena.

Me fuerzo a reír, mis ojos volviendo a Liam. Él capta mi mirada y me guiña un ojo, el ligero gesto enviando mi corazón a toda marcha.

—Sí —susurro, más para mí misma que para Mia—. Definitivamente vale la pena.



Más tarde, en el laboratorio, miro a través del microscopio, ajustando el enfoque.

—¿Cómo va la investigación, Dra. James? —la voz de Liam es suave, cortando el tranquilo zumbido del laboratorio.

Miro por encima de mi hombro, cuidando de no reaccionar exageradamente. Su presencia llena la habitación antes incluso de que entre en ella, su traje a medida en contraste con el ambiente estéril que nos rodea. Mis ojos se desvían hacia la forma en que la tela abraza sus anchos hombros antes de controlarme.

—Progresando bien, Sr. Valeur —respondo, volviéndome para mirarlo.

Un destello de movimiento llama mi atención, y la nueva técnica de laboratorio se acerca con un balanceo lento y deliberado en su paso. Sostiene una tableta contra su pecho, empujando su escote lo suficiente como para ser obvia.

—Sr. Valeur —ronronea, su mano encontrando su camino hacia el brazo de Liam—. Tengo esos números que solicitó. —Parpadea hacia Liam como si fuera un deporte olímpico—. Sabe, soy nueva aquí. Tal vez podría mostrarme el lugar.

Liam, para su crédito, parece molesto.

—De hecho —digo, con una sonrisa jugando en mis labios—, me encantaría ayudar. Puedo guiarte a través de los datos y darte un recorrido completo de las últimas actualizaciones de nuestro laboratorio. Las centrífugas, por ejemplo, son fascinantes.

Su sonrisa vacila, pero no protesta. Capto la mirada de Liam, y está sonriendo con suficiencia. Mientras me llevo a la rubia, sus ojos me siguen. Cuando ella no está mirando, le lanzo una mirada sutil y un atisbo de sonrisa, más desafiante que juguetona.

Después de asignarle una tarea rápida a la nueva técnica, regreso a mi estación de trabajo y vuelvo a sentarme. Los dedos de Liam rozan los míos, su toque deliberado, persistente. Se inclina, fingiendo examinar la lectura más cercana, pero sus labios rozan mi oreja, su voz baja y ardiente.

—Los celos te sientan bien, Dra. James —murmura, su tono goteando sugerencia—. Casi tan bien como mis dedos entre tus piernas.

El calor me inunda ante sus palabras, los recuerdos de nuestro último encuentro destellando en mi mente. Mi pulso se acelera, pero mantengo la compostura, forzando una sonrisa brillante cuando la rubia se gira con una ceja arqueada.

—¿Ya terminaste? Por aquí —digo, guiándola—. Querrás ver nuestro nuevo espectrómetro. Su resolución es asombrosa.

Añado un ligero balanceo a mis caderas, mis pasos medidos, provocadores. ¿Quiere jugar? Dos pueden jugar a este juego.

El recorrido se alarga, mis explicaciones volviéndose más elaboradas a medida que la atención de la rubia disminuye. Para cuando volvemos al laboratorio principal, su expresión vidriosa deja claro que está más que lista para escapar.

—Y con esto concluye nuestro recorrido —digo, reprimiendo una sonrisa—. ¿Alguna pregunta más?

Ella murmura algo incoherente sobre un experimento y se excusa, prácticamente huyendo de la habitación.

—Bien jugado. —La voz de Liam suena detrás de mí, con un tono cargado de diversión. Me giro y lo encuentro más cerca de lo que esperaba, su cuerpo a centímetros del mío, el espacio entre nosotros cargado de tensión—. Disfruté de tu entusiasmo por el ciclo de esterilización del autoclave.

—Creo en ser minuciosa, Sr. Valeur.

Sus ojos se oscurecen, el brillo juguetón dando paso a algo más profundo.

—¿Es así? —murmura, inclinándose lo suficiente para que su aliento me haga cosquillas en el cuello—. Espero experimentar esa... minuciosidad... de primera mano.

Por un momento, olvido dónde estamos, olvido a los técnicos de laboratorio y el ambiente estéril. Solo somos él y yo, sus labios a centímetros de los míos, el calor entre nosotros innegable.

Una voz desde el otro lado del laboratorio rompe el hechizo, devolviéndonos a ambos a la realidad. Nos separamos, el momento interrumpido pero lejos de ser olvidado.

—Debería volver al trabajo —digo, con la voz más suave, aún cargada de la falta de aliento de nuestra conexión tácita.

—Por supuesto. —Su máscara profesional vuelve a su lugar, pero mientras se gira para irse, su mano roza la mía una última vez: una promesa silenciosa, un recordatorio.

Lo veo marcharse, con el corazón acelerado. Este juego secreto, esta danza entre nosotros, es una emoción peligrosa, una que no estoy segura de querer detener.



Estamos reunidos alrededor de la mesa, el equipo centrado en nuestro último desarrollo para

ASTRA. Los modelos para la fuente de luz miniaturizada están en la pantalla, y se supone que debo dirigir la discusión, pero mi mente es un lío de distracciones. No menos importante es el hecho de que Liam entró hace unos minutos y está apoyado contra la pared del fondo, con los brazos cruzados y los ojos fijos en mí.

—Así que necesitamos presionar más fuerte para penetrar el mercado —digo, señalando el gráfico de datos. Entonces el doble sentido me golpea, y el calor sube a mi cara—. Quiero decir, necesitamos abrirnos paso hacia la vanguardia de la innovación.

Me estremezco. ¿En serio? Intento recuperarme, revolviendo los papeles frente a mí como si pudieran protegerme de mis propias palabras.

—Ya saben, avanzar en la ciencia.

Hay una pausa, y algunos de los técnicos de laboratorio intercambian miradas confusas. El calor sube por mi cuello.

Esto va bien.

—Estamos teniendo algunos problemas con la fuente de luz —interviene Jessica, rompiendo el silencio—. Es demasiado débil para obtener una lectura completa, así que es posible que tengamos que ajustar la entrada e ir más profundo.

Asiento, evitando la mirada de Liam.

—Cierto, sí. Más profundo. Encontraremos el ángulo correcto.

Parpadeo. Por supuesto que ella se refería a la espectroscopía, pero mi mente va a lugares donde no debería.

Ella inclina la cabeza hacia mí, desconcertada.

—¿Ángulo?

—Quiero decir, lo haremos funcionar —suelto—. Con la penetración adecuada.

Jessica frunce el ceño.

—¿Penetración del tejido?

Alguien tose, y yo asiento.

—Exactamente. Obtendremos una lectura más precisa de las firmas espectrales con un, eh, enfoque más directo.

Vislumbro la sonrisa burlona de Liam por el rabillo del ojo, y solo empeora las cosas. Mi cerebro está haciendo cortocircuito, y necesito que esta reunión termine.

—¿Qué hay del sistema de enfriamiento? —interviene Kyle, uno de los ingenieros—. Tenemos algunos problemas de sobrecalentamiento cuando intentamos hacer pasar la energía durante largos períodos. Si no lo hacemos despacio, se quemará.

—Sí, lento y constante. —Miro mis notas, rogando por claridad—. No queremos apresurarnos. La presión sostenida es lo mejor. No queremos que se sobrecaliente o se desgaste.

Hay un breve silencio atónito. Jessica se mueve en su silla, y las cejas de Kyle se fruncen como si estuviera tratando de entender qué acaba de pasar.

Liam se aclara la garganta, y ni siquiera puedo mirarlo. Sé que si lo hago, su expresión será la gota que colme el vaso.

—Tal vez deberíamos revisar el modelo —sugiere Jessica, tratando de devolver la conversación a la cordura—. Parece que nos estamos atascando en la fuente.

—Buena idea —digo—. Hagamos eso.

Me giro para mirar la pantalla, agarrando el borde de la mesa como si fuera un salvavidas.

—Bien, todos. Vamos a, eh, reunirnos mañana. A la misma hora.

Mientras el equipo sale, vislumbro la sonrisa divertida de Liam. Se queda rezagado mientras los demás se van, y tan pronto como estamos solos, se acerca, con voz baja y burlona.

—Nunca he visto a alguien hacer que la ciencia suene tan sugerente —murmura, sus labios apenas ocultando la sonrisa.

Cruzo los brazos, tratando de recuperar algo de dignidad.

—No estás ayudando.

—No lo intentaba —responde con una sonrisa antes de salir del laboratorio.

Al final del día, soy un manojo de nervios y tensión reprimida. El viaje a casa es borroso, y me desplomo en mi sofá con un gemido de alivio. Lo logré. Sobreviví un día entero fingiendo que no estoy enamorada de mi jefe.

Espera. ¿Enamorada? ¿De dónde salió eso?

Antes de que pueda examinar ese pensamiento, mi móvil vibra con un mensaje de Liam.

Liam

¿Tu casa o la mía esta noche? Prometo no hablar de trabajo. A menos que quieras discutir los beneficios a largo plazo de nuestra fusión.

Me río, y luego me quedo helada al oír un golpe en la puerta de entrada.

La abro y encuentro a Mia entrando con su energía habitual, pillándome desprevenida y sonriendo como una idiota.

—Muy bien, suéltalo —exige, dejándose caer a mi lado—. ¿Quién te tiene con esa cara de haber resuelto la fusión en frío? ¿Es Jake?

Abro la boca, pero no sale ningún sonido. Estoy debatiendo qué voy a decir cuando mi móvil vibra de nuevo, y los ojos de Mia se clavan en él con precisión láser.

—Ooh, ¿es él? —Arrebata el móvil de mi mano antes de que pueda detenerla. Sus cejas se disparan, formándose una sonrisa en sus labios.

—¿Liam Valeur? —jadea—. ¿Estás intercambiando mensajes con él?

Me quedo helada, con el corazón latiendo con fuerza mientras Mia me mira con los ojos muy abiertos.

—Oh, Aleria... Tienes mucho que explicar.

Veintiuno



LIAM

Estoy encorvado sobre mi escritorio, tratando de componer un mensaje para Aleria. Las palabras no me salen bien.

Mi móvil vibra, el nombre de Cora parpadea en la pantalla. Deslizo para responder y la pongo en altavoz.

—Hola, hermana favorita —digo, aún escribiendo—. ¿Todo bien?

—Soy tu única hermana, listillo —replica Cora—. Y estoy bien. ¿Qué pasa? Te oyes distraído.

Hago una pausa, con un dedo suspendido sobre el botón de enviar.

—Solo algunas cosas del trabajo. ¿Qué pasa? ¿Ya extrañas mi encantadora presencia?

—Oh, por favor —se burla Cora—. Solo estaba verificando que no hubieras hecho un cortocircuito en ese gran cerebro tuyo. Has estado actuando más raro de lo habitual últimamente.

—¿Más raro de lo habitual? —jadeo fingiendo ofensa—. Soy el pináculo de la normalidad en esta familia de caos.

Cora resopla.

—Claro. Porque nada dice "normal" como un tipo que puede citar códigos legales enteros mientras depura simultáneamente un sistema de IA complejo.

—Oye, algunos coleccionan estampillas. Yo colecciono habilidades —respondo ingeniosamente. Bromear con Cora siempre me levanta el ánimo.

—Ajá —dice Cora, con la voz goteando sarcasmo—. Entonces, ¿qué está pasando? Suéltalo antes de que mande a Logan y Lucas para una intervención fraternal.

Gimo.

—No le harías eso a tu hermano favorito. Logan me daría una charla y Lucas sugeriría que nos unamos en un viaje en bicicleta.

—Exactamente. Así que habla, querido hermano.

Considero evadir la verdad, mantenerlo simple. Pero la voz de Cora al otro lado es firme, expectante, como si ya supiera que algo pasa. Es mi hermana menor, la que siempre me ha apoyado. Si no puedo contarle a ella, ¿a quién puedo contarle? El silencio entre nosotros se extiende, el peso de todo, Aleria, el secreto familiar, las amenazas que aún penden en el aire, presiona con más fuerza. Agarro el móvil con más fuerza.

—Es complicado —digo, pasándome una mano por el pelo—. Hay una mujer...

—¡Lo sabía! —interrumpe Cora—. ¿Es esa científica a la que has estado mirando con ojos de enamorado? ¿Esa que juraste que era solo una "conocida profesional"?

—Yo no miro con ojos de enamorado —protesto—. Y cómo es que siquiera...

—Por favor —se burla Cora—. Es mi trabajo saber los asuntos de todos. Ahora suéltalo. ¿Cómo se llama? ¿Cómo es? ¿Encuentra adorables tus divagaciones nerds?

Me río.

—Su nombre es Aleria. Dra. Aleria James. Y es increíble. Brillante, torpe de la manera más entrañable, y me sigue el ritmo cuando me lanzo a mis divagaciones nerds, como tú las llamas.

—Vaya —dice Cora, con genuina calidez en su voz—. No te había oído tan emocionado por alguien desde... Bueno, nunca. Normalmente, sueñas más entusiasmado por los nuevos lenguajes de programación que por los seres humanos reales.

—Lo sé —admito—. Es aterrador. Pero sí, Aleria es diferente. Especial.

—Aww, ¿mi horrible hermano mayor se está enamorando? —se burla Cora.

—No sé si tanto —digo, aunque mi corazón se acelera ante la idea—. Es complicado como dije. Con el trabajo y con todo lo demás que está pasando.

—¿Te refieres a los asuntos familiares? —pregunta Cora, su tono volviéndose serio.

—Sí. Eso.

—Liam, no puedes seguir poniendo tu vida en espera por eso. Te dedicaste a la familia cuando mamá murió. Necesitas cuidarte también. Mamá no habría querido eso para ti.

Las palabras me golpean fuerte porque tiene razón.

—Lo sé. Creo que estoy listo para intentarlo.

—Bien, porque si no lo hacías, tenía un plan para hackear tu calendario y arreglarte citas a ciegas hasta que entraras en razón.

Me río.

—¿Tú y qué ejército? La última vez que revisé, tus habilidades de hacking se limitaban a adivinar la contraseña de Netflix de Logan.

—Oye, eso fue una hazaña de ingeniería social, que lo sepas —protesta Cora—. No todos podemos ser un águila legal y un mago de la tecnología a la vez.

—La adulación te llevará a todas partes, hermanita —bromeo—. Gracias, Cor. Por estar siempre ahí. Por todo.

—Siempre —dice Cora—. Para eso es la familia, ¿no?

—Cierto. Ahora, ¿algún consejo sabio de la gurú del amor de la familia?

—Oh, ¿ahora quieres mi consejo? ¿Qué pasó con "mantente fuera de mi vida amorosa, Cora" y "deja de intentar emparejarme con tus amigas, Cora"?

—Considera esto mi retractación oficial de todas las declaraciones anteriores —digo—. Me inclino ante tu sabiduría superior en todos los asuntos románticos.

—Así está mejor —dice Cora—. Bien, aquí está mi consejo. Sé tú mismo. El verdadero tú, no el abogado de labia suave o el brillante ingeniero. El hermano mayor friki que me enseñó a cambiar una llanta y que todavía no puede ver el final de *Marley y yo* sin lagrimear.

—Yo no lagrimeo con *Marley y yo* —protesto.

—Claro, sigue diciéndote eso. —Cora se ríe—. Si esta chica es tan especial como dices, te amará por quien eres. Divagaciones nerds, obsesiones tecnológicas y todo.

Me río y sacudo la cabeza.

—Oye, espera un momento. Tú eres la que me llamó. ¿Está todo bien?

—No. Hay algo que necesito decirte.

El cambio en su tono me hace sentarme derecho.

—¿Qué es?

Ella toma un respiro profundo.

—He estado recibiendo más amenazas. Mensajes de texto anónimos. Pero son específicos. Amenazantes.

Se me hiela la sangre.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No quería preocuparte —dice, y puedo imaginarla mordiéndose el labio como siempre hace cuando está ansiosa—. Ryder está conmigo, estoy a salvo. Pero Liam, tú también necesitas tener cuidado.

—¿Este loco ha revelado algo sobre su ubicación?

—No. —Cora suspira—. El equipo de Zane ha estado trabajando sin parar tratando de rastrear los mensajes, pero este tipo... Es un fantasma.

Aprieto el puño.

—¿Qué decían los mensajes?

—Las amenazas habituales contra la familia. Nada nuevo.

Cierro los ojos, la culpa y la ira luchando dentro de mí.

—Esto es una locura. No podemos seguir viviendo así, constantemente mirando por encima del hombro.

—Lo sé —dice Cora—. Pero ¿qué otra opción tenemos?

La pregunta queda suspendida entre nosotros, cargada de implicaciones. Pienso en Aleria, en la chispa de algo real que está creciendo entre nosotros. En el legado familiar que he pasado toda mi vida protegiendo. En Cora y nuestros hermanos y mi necesidad de mantenerlos a salvo.

—Quizás... —digo, y luego me detengo.

¿Cómo puedo siquiera pensar en iniciar una relación con Aleria cuando mi familia está en peligro? ¿Cuándo podría ponerla en riesgo solo por estar asociada conmigo?

—¿Liam? ¿En qué estás pensando?

Suspiro, pasándome una mano por el pelo.

—No lo sé, Cor. Con todo lo que está pasando, tal vez no sea el momento adecuado para empezar algo con Aleria. ¿Y si solo la estoy poniendo en peligro?

—Oh, no, eso sí que no. Conozco ese tono. Es tu voz de "voy a sacrificar mi felicidad por el bien mayor". Te patearé el trasero si haces eso.

A pesar de todo, no puedo evitar reírme.

—Mira —continúa Cora—, sé que las cosas dan miedo ahora mismo. Pero no puedes poner tu vida en pausa para siempre por estas amenazas. Merecemos ser felices, Liam. *Tú* mereces ser feliz. No dejes que este tipo Elias gane haciéndote temer vivir tu vida. ¿De acuerdo?

—Pero ¿y si...?

—Sin peros —me interrumpe—. Lo resolveremos. Siempre lo hacemos. Mientras tanto, arriésgate con esta chica. Ten cuidado, claro, pero no la alejes porque tengas miedo.

Respiro profundamente, dejando que las palabras de Cora calen.

—¿Cuándo te volviste tan sabia, hermanita?

—Debe ser por todos estos años aguantando a vosotros tres, cabezas huecas —bromea—. Ahora ve por tu chica, Romeo. Y Liam, afrontaremos lo que venga juntos. Como familia.

—Gracias, Cor —digo—. Te quiero, entrometida.

—Yo también te quiero, nerd crecido.

Miro fijamente el mensaje a medio escribir para Aleria. No puedo contarle todo. Aún no.

Pero puedo dar un paso adelante.

Me pongo en acción, enviando correos electrónicos, haciendo llamadas, reorganizando horarios... haciendo todo lo posible para asegurarme de que la próxima semana ya no seré el supervisor directo de Aleria.

Es una pesadilla logística, pero disfruto del desafío. Esto, al menos, es un problema que puedo resolver.

Cuando todo está en su lugar, vuelvo a coger mi móvil, con el corazón latiendo fuerte mientras marco el número de Aleria.

—Vaya, pero si es el Sr. Valeur. Llamándome a estas horas, mmm... ¿Qué tienes en mente? ¿Más reuniones de madrugada?

—Tú —respondo, bajando la voz—. Siempre estás en mi mente. Y nuestra pequeña apuesta. Su risa es ligera, como si supiera hacia dónde va esto.

—Oh. ¿Te sientes nervioso? ¿Temes perder?

—En realidad, estaba pensando que podríamos cancelarla —sugiero, con mi sonrisa extendiéndose, sabiendo que no me lo pondrá fácil.

—¿Cancelarla? ¿Y por qué haríamos eso cuando ya tengo mi cita? —Su voz rebosa confianza juguetona—. Jake está encantado, por cierto.

Mi mano agarra el borde del escritorio.

—¿Jake? ¿Ese tipo? No me digas que sigues hablando con él.

Ella se ríe de nuevo, con más intensidad esta vez.

—Oh, vamos. No me digas que estás celoso.

Gruño.

—Celoso no es la palabra. Pero si te veo entrar con cualquier otro, te recordaré... públicamente... que eres mía.

Hay una pausa, su respiración un poco más pesada, la tensión colgando entre nosotros como una cuerda tensa.

—Mmm, qué posesivo, Sr. Valeur. No te preocupes, solo bromeaba. Dejé a Jake después de nuestra tercera cita.

El alivio me inunda, pero el deseo rugiendo bajo la superficie no cede.

—Bien. Porque no comparto, Aleria. Especialmente no a ti.

—Grandes palabras para un hombre que aún no tiene asegurada su cita —me provoca, empujándome justo donde sabe que morderé el anzuelo.

—Bueno —digo, bajando la voz—, he hecho algunos cambios. A partir de la semana que viene, ya no seré tu jefe. Así que, ¿qué te parece si terminamos esta apuesta y eres mi cita para la fiesta?

—Espera... ¿Hablas en serio?

—Tan en serio como nunca he hablado. Tendrás un nuevo supervisor, y yo podré entrar contigo del brazo para que todos lo vean. No más esconderse, Aleria.

—¿Así que podemos estar juntos abiertamente?

—Sí. Y me aseguraré de que nadie te mire mal... a menos que quieran vérselas conmigo.

Ella tararea, lenta y sensualmente, el sonido enviando oleadas de calor por todo mi cuerpo.

—En ese caso, supongo que tendré que encontrar algo especial para ponerme. ¿Alguna sugerencia, Sr. Valeur?

Me reclino en mi silla, bajando la voz.

—Algo que haga que todos deseen ser ellos quienes te lo quiten después.

—Vaya, vaya —ronronea Aleria, su voz un susurro seductor—. ¿Seguro que puedes

manejarlo?

—Oh, pienso hacer más que solo manejarlo —prometo, mi tono oscuro de deseo—. Planeo saborear cada centímetro de ti.

Su brusca inhalación es música para mis oídos.

—Liam. No puedes decir cosas así cuando no puedo hacer nada al respecto.

Me río, bajo y prometedor.

—Solo te doy algo a lo que anticiparte, Dra. James.

—Provocador —me acusa, y luego aclara su garganta—. Hay algo más que necesito decirte. Mia se enteró de lo nuestro.

Eso me saca de mi tono juguetón.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Vio mis mensajes —admite Aleria—. Pero no te preocupes, la hice jurar que no se lo diría a nadie.

—Bueno, supongo que es una persona menos a la que sorprender en la fiesta. Siempre y cuando lo mantenga en secreto hasta entonces.

—Oh, lo hará —me asegura Aleria, su voz cálida—. De hecho, está encantada. Dice que somos "adorablemente sexys" juntos.

—¿Adorablemente sexys, eh? —Sonrío—. Puedo vivir con eso. Especialmente con la parte de sexy.

Aleria se ríe.

—Tengo curiosidad. Si apareciera con alguien más... solo para provocarte... ¿qué harías?

La posesividad se enciende de nuevo, fuerte e inmediata.

—Te arrastraría a un rincón oscuro, te apretaría contra la pared y te recordaría por qué eres mía.

Su respiración se entrecorta, y cuando habla de nuevo, su voz es un susurro seductor.

—Ese es todo un plan, Sr. Valeur. ¿Y si decido ser una chica muy, muy mala?

—No solo te apretaría contra la pared, Aleria —gruño al móvil—. Te inclinaría, allí mismo en ese rincón oscuro, con tu cuerpo completamente expuesto para mí. Empezaría lento, deslizando mis manos por tus muslos, provocándote con cada centímetro hasta poder sentir lo mojada que estás por mí.

Un suave sonido se le escapa, pero se queda en silencio, dejándome continuar.

—Deslizaría mis dedos dentro de ti —digo, mi voz enronqueciéndose mientras la imagen de ella retorciéndose bajo mi tacto se apodera de mí—. Pero no todos a la vez. No, me tomaría mi tiempo, volviéndote loca mientras te estiro, abriéndote para mí, observando cuán desesperada te volverías.

La respiración de Aleria es temblorosa ahora, su autocontrol comenzando a desvanecerse.

—¿Y luego?

—Y luego —continúo, con voz baja y espesa—, me arrodillaría detrás de ti. Te abriría con mis manos y te provocaría con mi lengua, lamiéndote hasta que no puedas soportarlo. Chuparía ese punto perfecto, justo donde te encanta, tomándome mi tiempo hasta que estés temblando, tus piernas a punto de ceder.

Su brusca inhalación solo me impulsa más.

—Suplicarías por más —murmuro—. Y no me detendría. No hasta que estuvieras empapada, tu cuerpo temblando por las veces que te he hecho correrte.

—¿Y después? —susurra, su voz sin aliento por la anticipación.

—Después, te levantaría, te daría la vuelta y me deslizaría dentro de ti, observando tu rostro

todo el tiempo. Te tomaría duro y lento, sintiéndote apretarte a mi alrededor, sabiendo que eres mía. Y no me detendría hasta que gritaras mi nombre para que todos lo escuchen.

Su risa es entrecortada.

—Mmm, promesas, promesas... Pero vas a tener que cumplirlas, Liam.

—No te preocupes —gruño, con voz baja—. Me aseguraré de que sientas cada una de ellas.

Ella tararea, su voz destilando calor.

—Lo espero con ansias.

—Prepárate, Dra. James.

—Oh, lo haré —ronronea—. Dulces sueños, Sr. Valeur.

Al colgar, una sonrisa se extiende por mi rostro. Me recuesto en mi silla, exhausto pero satisfecho con cómo se están desarrollando las cosas. La fiesta, hacer pública mi relación con Aleria, el fin de nuestras complicaciones profesionales, todo al alcance de la mano.

Listo para dar por terminada la noche, cierro mi portátil, y mi móvil vibra con un nuevo mensaje. Lo abro con una sonrisa que se desvanece de mi rostro mientras leo el texto de un número desconocido.

Desconocido

Espero que ella valga el riesgo, Valeur. Sería una pena si algo le sucediera por los pecados de tu familia.

¿Cómo demonios lo sabe?

Veintidós



ALERIA

Estoy acurrucada en mi sofá, mirando mi móvil por centésima vez hoy. Han pasado días desde la última vez que vi a Liam, y la duda me ha estado carcomiendo, susurrándome que ha tenido tiempo para reconsiderar lo nuestro. Para darse cuenta de que lo que tenemos va demasiado, demasiado rápido.

Es la universidad otra vez. Yo, enamorándome demasiado. Él, teniendo prioridades más importantes que la chica torpe de física.

Un golpe en la puerta me hace saltar. Mi corazón se agita mientras cruzo el apartamento, sin atreverme a tener esperanzas.

Abro la puerta de un tirón, y ahí está él. Guapo, de pie en unos vaqueros que se aferran a sus caderas, una camisa casual abotonada que no hace nada para ocultar sus músculos debajo. Sus ojos se fijan en los míos, y ya no puedo soportarlo más.

Ni siquiera le doy la oportunidad de hablar. Agarrando su camisa, lo jalo hacia mí, estrellando mis labios contra los suyos con una fuerza que me quita el aliento. El beso es desordenado, frenético, todo dientes y desesperación, y su respuesta solo alimenta el fuego que arde dentro de mí.

Sus manos están sobre mí, rudas y exigentes, y antes de darme cuenta, me empuja contra la puerta con un sólido golpe, inmovilizándome allí mientras su boca devora la mía.

El impacto me arranca un jadeo, pero no me importa. Agarro la parte posterior de su cuello, acercándolo más, necesitando más, necesitando todo de él. Su rodilla presiona entre mis muslos y la tensión que ha estado hirviendo durante días se enciende en algo incontrolable.

Una puerta chirría al abrirse.

—Oye, ¿podrían bajar la vo...?

Nos congelamos, ambos jadeando, girando nuestras cabezas hacia la voz. Mi vecina, una anciana en bata, está de pie en el pasillo, parpadeando hacia nosotros, con los ojos muy abiertos.

El pecho de Liam se agita mientras se aparta, sus labios hinchados, sus dedos aún agarrando mi pierna.

—Lo siento —murmura, con la voz espesa.

Reprimo una risa, mordiéndome el labio.

—Lo siento —repito.

Ambos nos volvemos hacia la puerta, y con un movimiento rápido, Liam la cierra de golpe, sellándonos en mi apartamento. Un segundo después, su boca está sobre la mía de nuevo, el beso aún más acalorado, más desesperado, como si la interrupción nunca hubiera ocurrido. Sus manos recorren mi cuerpo con renovada urgencia, y todo lo que puedo pensar es *necesito más*.

Nos separamos, ambos sin aliento. Liam arquea una ceja.

—No es que me queje, pero ¿a qué vino eso?

Mis mejillas se calientan.

—Tenía miedo de que quizás hubieras cambiado de opinión. Sobre nosotros.

La expresión de Liam se suaviza. Acuna mi rostro entre sus manos, su caricia gentil.

—Nunca —dice—. Lamento haber estado tan ocupado. El trabajo ha sido una locura, especialmente con todos los cambios que hay que hacer, pero eso no es excusa. Te he extrañado.

—Yo también te he extrañado —admito.

Una sonrisa traviesa se extiende por su rostro.

—Bueno, Dra. James, resulta que he despejado mi agenda para todo el fin de semana. ¿Qué dices si recuperamos el tiempo perdido?

Mi mente salta a todas las formas en que podríamos hacer precisamente eso. Su cuerpo presionado contra el mío de nuevo, sus manos explorando... Me muerdo el labio, el calor acumulándose en mi vientre.

—¿Qué tenías en mente, Sr. Valeur?

Su sonrisa se profundiza, pero hay algo más en sus ojos ahora, algo burlón, juguetón y travieso.

—Es una sorpresa —dice, retrocediendo mientras su mirada me recorre, la tensión aún espesa—. Pero te prometo que te gustará.

Dejo escapar un suspiro tembloroso, esperando algo más inmediato, más íntimo.

—¿Una sorpresa?

Asiente.

—Sí. Así que, agarra una chaqueta y vámonos.

Parpadeo. *Espera... ¿Irnos?*

—¿Ir a dónde?

—Ya verás. —Se gira hacia la puerta con una sonrisa burlona, dejándome con más preguntas que respuestas.

—¿Ahora? —Miro hacia abajo a mí misma—. Necesito vestirme primero.

Se hace a un lado.

—Date prisa, o podría cambiar de opinión.

Poniendo los ojos en blanco, me apresuro hacia mi dormitorio y saco mi bolsa de maquillaje. Mientras rebusco en ella, veo la esponja. La compré por impulso la semana pasada, y aunque aún no la he probado, ahora parece un buen momento. Sacándola, hago una mueca ante lo absurdo de la forma: un aplicador de maquillaje con forma de pene. Sin embargo, la influencer de belleza juraba por ella, diciendo que no dejaba marcas, y bueno, por sesenta dólares, más le vale hacer magia.

La presiono contra mi rostro, cuidando de difuminar la base alrededor de mis mejillas y frente, cuando escucho a Liam entrar en la habitación. Sus pasos se congelan detrás de mí, y lo miro a través del espejo.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Estoy aplicando mi maquillaje —digo, como si fuera lo más obvio del mundo—. Lo vi en un video. Se supone que es esta nueva técnica avanzada que no deja marcas.

Los ojos de Liam se entrecierran mientras observa la esponja, y sus labios tiemblan como si estuviera luchando contra una risa.

—¿Pagaste por eso?

Le lanzo una mirada, la arretrato de vuelta y comienzo a darme toques en la cara con ella de nuevo.

—Es revolucionario. Eso es lo que dijeron, de todos modos.

Se apoya contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados, observándome con una sonrisa burlona que solo se hace más amplia.

—Si quieres que un pene te golpee la cara, puedo hacerlo gratis.

Me congelo a mitad de un toque, volviéndome para mirarlo.

—¿Pero dejará la piel sin marcas?

Estalla en carcajadas, un sonido profundo y envolvente que llena la habitación.

—Supongo que podríamos averiguarlo.

El calor se acumula en mi vientre, y me lo imagino conteniendo un gemido. Estoy de rodillas, mirando hacia arriba a Liam, su alta figura elevándose sobre mí, esa familiar sonrisa arrogante jugueteando en sus labios.

Sostiene mi barbilla con una mano, su pulgar rozando mi labio inferior mientras me observa. Hay ese brillo en sus ojos: depredador, posesivo. Estoy justo donde él quiere que esté. Su otra mano agarra su miembro, ya duro, la punta rozando contra mi mejilla, haciéndome jadear. No es gentil. No es provocador. Es dominante.

Cierro los ojos por un segundo, imaginando cómo se sentiría: el peso de él golpeando contra mi rostro, dejando un rastro de calor y excitación en mi piel. Gemiría ante el contacto, y su gruñido bajo de satisfacción retumbaría sobre mí.

Las agudas punzadas de cada bofetada deliberada, alternando entre la rudeza del momento y la ternura que anhelo, difuminarían la línea entre el placer y el castigo. Él me observaría todo el tiempo, sus ojos ardiendo de lujuria, haciéndome sentir tan pequeña, tan poseída... y Dios, amaría cada segundo.

Sus dedos se enredarían en mi cabello, tirando lo suficiente para hacerme jadear, echando mi cabeza hacia atrás, obligándome a encontrar su mirada de nuevo.

—Mírame —diría, su voz áspera, casi una orden. Y lo haría. Encontraría su mirada, sin aliento, temblando, anhelando más. *Mucho más.*

La fantasía se profundiza, el calor acumulándose en mi centro. Mis labios se separarían, mi lengua provocando la punta de él antes de que empuje hacia adentro, llenando mi boca hasta que no hubiera espacio para nada más que él.

Me muerdo el labio, tratando de sacudirme el pensamiento mientras mi pulso se acelera. Pero la imagen se aferra a mí, haciendo imposible concentrarme en otra cosa. La habitación se siente más caliente, mi piel sonrojada.

Liam se mueve en la puerta, arqueando una ceja hacia mí, y me cuesta no caer de rodillas ahora mismo y hacer realidad esa fantasía.

—Pareces distraída, Dra. James. ¿Algo en mente?

Parpadeo, volviendo al presente, mis mejillas ardiendo. No puedo evitar sonreír mientras encuentro su mirada en el espejo. *No tiene idea de lo que está pasando por mi cabeza ahora mismo.*

Aunque, por la forma en que sus ojos se oscurecen... Tal vez sí *lo sabe.*

Fuerzo una risa, tratando de sonar casual, pero mi voz sale sin aliento cuando digo:

—Solo pensaba en mi maquillaje.

Sacudiendo la cabeza, me vuelvo hacia el espejo y doy un último toque a mi rostro por si acaso antes de tirar la esponja a un lado.

Me cambio a algo casual pero elegante, jeans oscuros y una blusa de seda vaporosa para combinar con la elegancia casual de Liam y alcanzo mi chaqueta, aún sintiendo el calor de la mirada de Liam sobre mí. Cuando vuelvo a mirarlo, sus ojos están oscuros, llenos de promesas que hacen que mi pulso se acelere.

—¿Lista? —Su voz es baja, provocadora, pero hay un toque de anticipación en ella, como si estuviera tan impaciente como yo por ver lo que viene después.

Asiento.

—Veamos qué has planeado, Sr. Valeur.

Veinte minutos después, el coche se detiene frente a lo que parece un almacén abandonado. Le lanzo a Liam una mirada escéptica, arqueando una ceja.

—Si esta es tu idea de una cita romántica, tal vez necesitemos recalibrar tus parámetros.

Él solo sonríe, imperturbable.

—Confía en mí.

Pasamos por las puertas oxidadas, y el exterior frío e industrial se disuelve en algo mágico. Luces suaves y centelleantes bañan el interior, proyectando un resplandor dorado sobre todo. El espacio masivo se ha transformado en un íntimo lugar de conciertos, con un pequeño escenario en el extremo más alejado cubierto de cortinas brillantes. Hay una sensación de exclusividad en el aire, un mundo secreto en el que acabamos de entrar.

Jadeo.

—Liam... ¿Qué es esto?

Me observa con una sonrisa presumida, claramente complacido consigo mismo.

—Solo algo que pensé que te gustaría.

Antes de que pueda preguntar más, las luces se atenúan aún más, y un solo foco ilumina el escenario. Un acorde familiar llena el aire, las primeras notas removiendo algo profundo dentro de mí.

Me quedo inmóvil, mi corazón latiendo con fuerza mientras reconozco el sonido. Mi banda de pop favorita camina hacia el escenario, guitarras en mano, afinando.

—No lo hiciste —susurro—. ¿Los conseguiste?

Liam se encoge de hombros, pero su sonrisa se ensancha.

—Puede que haya movido algunos hilos.

La música crece, envolviéndonos, llenando cada rincón del espacio. Es abrumador de la mejor manera posible, como un sueño hecho realidad. Mi corazón aletea, y no puedo evitar que la sonrisa se extienda por mi rostro.

Cierro los ojos por un momento, dejando que la música me invada, sintiendo el retumbar del bajo en mi pecho, la armonía perfecta de los instrumentos. La acústica es perfecta, el sonido envolviéndonos como un cálido abrazo.

—La calidad del sonido es increíble. —Mi mente se acelera con pensamientos sobre formas de onda y acústica—. La forma en que han posicionado los altavoces... es un equilibrio perfecto entre interferencia constructiva y destructiva. Es genial cómo han optimizado el campo sonoro para minimizar la cancelación de fase, permitiendo que los armónicos... —Me detengo, dándome cuenta de que estoy divagando.

Miro hacia arriba, esperando que esté aburrido, pero Liam me observa con una mirada que hace que mi estómago dé un vuelco. Hay diversión en sus ojos, pero algo más profundo también, algo que envía un calor lento por mis venas. No me interrumpe, solo escucha.

—Lo siento —digo, mis mejillas calentándose—. Lo estoy haciendo de nuevo, ¿verdad?
Sus labios se curvan en una sonrisa, y se acerca, su aliento cálido contra mi piel.

—Nunca te disculpes por ser brillante. —Extiende la mano hacia mí, atrayéndome a sus brazos—. Ahora, ¿qué tal si ponemos a prueba esa acústica con un baile?

Me tenso.

—No sé...

—Tonterías —susurra Liam, sus manos deslizándose hasta mi cintura, enviando chispas de calor dondequiera que toca—. Es solo física, ¿verdad? Momento, ritmo. Sabes todo sobre eso.

Sus manos guían las mías hasta su cuello, nuestras respiraciones mezclándose mientras la música pulsa a nuestro alrededor. Dudo por un instante, luego cedo, dejando que me acerque más. En el momento en que sus dedos se entrelazan con los míos, me relajo en su abrazo, mi cuerpo fundiéndose contra el suyo.

La música nos rodea, un ritmo lento e intoxicante. Su mano se mueve hacia la parte baja de mi espalda, cálida y segura, guiándome con una confianza silenciosa que hace imposible resistirse. Mientras nos balanceamos juntos, me pierdo en la sensación de su cuerpo presionado contra el mío, su aliento rozando mi oído.

Me hace girar, y una risa entrecortada escapa de mis labios, sorpresa y emoción avivando mis sentidos. Cuando me atrae de vuelta, su voz se vuelve profunda contra mi oído, enviando un escalofrío por mi columna.

—Te lo dije, eres una experta.

Sus dedos se deslizan más abajo por mi espalda, rozando la piel sensible de mi cintura. Un estremecimiento me recorre, el calor acumulándose en mi vientre, y mi corazón late tan fuerte que me pregunto si él puede oírlo. Su cuerpo es sólido como una roca contra el mío, y lo siento endurecerse, su excitación presionándome con cada sutil movimiento.

La música se desvanece en el fondo, y lo único que importa es la forma en que me sostiene, la manera en que nos movemos juntos, nuestros cuerpos perfectamente sincronizados. Para cuando suena el último acorde de la canción, estoy sin aliento, excitada, y mi cuerpo vibra de deseo.

Cuando termina el espectáculo, salimos tambaleándonos del local, el aire fresco de la noche golpeando mi piel acalorada. Mi camiseta, ahora adornada con las firmas de la banda, se siente como una posesión preciada. La música aún palpita en mis venas, mezclándose con la adrenalina del concierto privado y el calor de la mirada de Liam.

Lo miro de reojo, y se me corta la respiración. Su cabello está ligeramente despeinado, sus ojos brillan de emoción, y hay un ligero brillo de sudor en su cuello que me hace querer... Sacudo la cabeza, tratando de aclararla.

—Eso fue... —empiezo, luego hago una pausa, buscando palabras adecuadas para describir la experiencia—. Increíble ni siquiera empieza a describirlo —digo, con voz ronca y sin aliento—. Fue como observar una supernova de cerca. Brillante, intensa y completamente inolvidable.

—La noche aún es joven, Dra. James —dice, guiándome hacia el coche—. Y tengo algunas sorpresas más bajo la manga.

Mientras nos deslizamos en el asiento trasero, Liam asiente al conductor.

—Marcus, a nuestro siguiente destino, por favor.

—Entonces, ¿a dónde vamos ahora? —pregunto, dejándome llevar por la curiosidad.

Los labios de Liam se curvan en esa sonrisa traviesa.

—Paciencia, Dra. James. ¿No has oído que la anticipación mejora la experiencia?

Bufo.

—Estoy bastante segura de que eso no es un hecho científicamente probado.

—Bueno, entonces, supongo que tendremos que realizar nuestros propios experimentos, ¿no crees?

Las luces de la ciudad pasan borrosas mientras Marcus navega por las calles con eficiencia profesional. Le lanzo miradas furtivas a Liam, admirando su perfil bajo las luces de la calle que pasan.

Antes de que pueda planear una respuesta ingeniosa a su último comentario, estamos entrando en un estacionamiento desierto. Al menos, parece desierto a primera vista. Cuando Marcus nos abre la puerta y salimos, las luces parpadean y cobran vida, y me doy cuenta de que está lejos de estar vacío.

Una docena de trailers de comida, con sus coloridos exteriores relucientes, se alinean en el lote en un perfecto semicírculo. El aire se llena de una tentadora mezcla de aromas: picantes, dulces, salados, cada uno más atrayente que el anterior.

—Bienvenida a su propio tour privado de trailers de comida —anuncia Liam con un floreo—. He arreglado que los mejores de la ciudad se queden abiertos hasta tarde, solo para nosotros.

Mi estómago ruge.

—Esto es increíble. ¿Vamos a probar todo?

Liam saca un pequeño cuaderno y un bolígrafo de su bolsillo.

—Pensé que podríamos abordar esto científicamente. Calificar cada plato según varios factores: sabor, textura, presentación. Al final de la noche, tendremos datos empíricos sobre el mejor tráiler de la ciudad.

Siento una oleada de afecto por este hombre que no solo acepta mis peculiaridades, sino que las abraza.

—Sr. Valeur, creo que estás hablando mi idioma.

Pasamos las siguientes dos horas disfrutando de todo, desde tacos gourmet hasta helado artesanal, nuestras risas haciendo eco en el crepúsculo. Tomo notas entre bocados, cada observación desatando un animado debate entre nosotros.

—Te estás perdiendo el punto clave —argumento, inclinándome más cerca, agitando una patata frita para enfatizar—. La proporción de salsa y carne tiene que tener en cuenta la porosidad del pan. Si el pan es demasiado absorbente, lo arruina todo.

Los ojos de Liam brillan con diversión, su mirada pasando de mis labios a mis ojos.

—¿Oh? ¿Y cuál es la fórmula exacta para determinar la absorción del pan, Dra. James?

—Te estás burlando de mí —digo, entrecerrando los ojos.

Liam se inclina más cerca.

—Nunca. Solo estoy asombrado por tu minuciosidad cuando se trata de comida.

Mi pulso se acelera mientras sus palabras pronunciadas en voz baja flotan en el aire entre nosotros. Miro la patata frita en mi mano y la presiono contra su pecho, aplastando el desastre salado justo en su camisa.

Su mandíbula cae.

—Oh, ahora sí que la has liado.

Antes de que pueda reaccionar, agarra un puñado de patatas fritas y me las lanza, haciéndome chillar mientras me escondo detrás de una mesa cercana.

—¡Liam, no!

—Oh, esto es la guerra, James —gruñe, persiguiéndome por el estacionamiento, ambos riendo como niños. Nos lanzamos trozos de comida, su camisa manchada de condimentos, el aire entre nosotros eléctrico.

Para cuando nos desplomamos contra su coche, sin aliento y pegajosos, somos un desastre total. Mi cabello está enredado, mi ropa manchada de salsa, y Liam se está limpiando un rastro de helado de la barbilla, sonriendo como un loco.

—No puedo creer que me hayas tirado un contenedor entero de ensalada de col —jadeo, apoyándome en él, todavía riendo.

Liam se inclina, sus dedos apartando un mechón de cabello de mi rostro.

—Todo vale en el amor y en las guerras de comida. —Su pulgar roza mi mejilla, limpiando una mancha de salsa.

El espacio entre nosotros está cargado, las bromas juguetonas convirtiéndose en algo más profundo, algo más ardiente.

Sus ojos se oscurecen, y por un momento, todo lo demás desaparece: el desastre, la comida, el mundo. Solo está él, sus labios flotando tan cerca de los míos, el calor de su cuerpo presionado contra el mío.

Limpio otro rastro de helado de su mejilla.

—¿Puedes hacer que todos desaparezcan? —pregunto, medio en broma, medio en serio, mi voz bajando a un susurro.

Liam sonrío con picardía.

—Soy bueno, pero no soy un mago, Dra. James.

Suspiro, pero entonces veo ese brillo familiar en sus ojos, ese que siempre significa problemas. Envuelve mi mano con la suya y me arrastra hacia uno de los camiones de comida estacionados cerca.

—Pero tengo una idea —añade.

Liam desliza un fajo de billetes en la mano del hombre que trabaja dentro.

—Tómate un descanso —le dice. El tipo nos mira a ambos, luego se encoge de hombros, se guarda el dinero y sale, dejándonos solos en el tráiler oscuro y estrecho.

En el momento en que la puerta se cierra, es como si se activara un interruptor. Las manos de Liam están sobre mí, rudas e insistentes, empujándome contra el mostrador. Me quedo sin aliento cuando estrella sus labios contra los míos, toda la tensión acumulada explotando entre nosotros.

Mis dedos se enredan en su cabello, atrayéndolo más cerca, y sus manos recorren mis costados, agarrando mis caderas, atrayéndome contra él. Apenas puedo pensar, apenas puedo respirar, mientras me presiona con más fuerza contra la pared del camión, sus labios descendiendo por mi cuello, su barba raspando mi piel de la manera más deliciosa.

Gimo, mi cuerpo anhelándolo, y él gruñe en respuesta, su aliento caliente contra mi clavícula. Sus manos se deslizan bajo mi camisa, los dedos extendidos sobre mi piel desnuda.

—Dios, Liam —jadeo, mi cabeza dando vueltas mientras mordisquea mi lóbulo, su voz baja en mi oído—. ¿No eras mago, eh? —susurro contra sus labios.

Sonríe, sin aliento.

—No es magia. Solo química.

Las manos de Liam se mueven rápido, bajando mis vaqueros, sus dedos rozando mi piel, enviando escalofríos de anticipación por todo mi cuerpo. Jadeo cuando abre sus pantalones, el sonido de la cremallera haciendo eco en el pequeño espacio.

Y entonces está dentro de mí, rápido, sin restricciones, toda necesidad intensa y reprimida. No hay prelude, ni vacilación, solo un ritmo feroz y consumidor. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo más cerca, sintiendo la presión de su cuerpo contra cada centímetro del mío. Cada embestida es una oleada de calor que me deja sin aliento, cada nervio

encendido mientras nos movemos juntos, perdidos en la intensidad.

El tráiler gime bajo nosotros, meciéndose con el ritmo que hemos creado. Mis uñas se clavan en sus hombros, anclándome mientras me arqueo hacia él, rindiéndome al pulso de nuestros cuerpos. Su respiración, entrecortada y desesperada, se mezcla con la mía, llenando el pequeño espacio con nuestra urgencia.

—Aleria —gruñe, su voz áspera, espesa de necesidad. Sus ojos se clavan en los míos, y en esa mirada, está la misma hambre salvaje que corre por mis venas.

El tráiler traquetea con cada embestida, las finas paredes de metal gimiendo bajo la fuerza de nuestros cuerpos colisionando. El sonido de nuestra necesidad llena el pequeño espacio en penumbra: respiraciones pesadas, jadeos ahogados, el intenso golpeteo de piel contra piel.

—Mírate —dice entre dientes, su voz oscura y áspera, sus dedos clavándose en mis caderas mientras me atrae más cerca—. Tan jodidamente lista para mí. No podías esperar, ¿verdad?

Un escalofrío me recorre, mis piernas se cierran con fuerza a su alrededor, atrayéndolo más profundamente hasta que no hay nada entre nosotros, solo fuego y deseo.

—Mira quién habla —logro decir, mi voz temblando mientras embiste más fuerte, implacable, exigiendo todo.

Su mano se desliza hacia la parte posterior de mi cuello, agarrándome allí, sus palabras calientes contra mi oído.

—Lo quieres rudo, ¿no? Puedo sentirlo con cada centímetro que te doy.

—Sí —jadeo, apenas capaz de respirar mientras se mueve más rápido, más profundo, la pared detrás de mí vibrando con cada embestida brutal—. No... No pares. Necesito que me tomes por completo.

Gruñe bajo, el sonido vibrando entre nosotros mientras responde con otra feroz embestida, cada movimiento más rudo, más primitivo, enviándonos a ambos en un espiral, perdidos en el calor intenso y animal que ahoga todo lo demás.

Es salvaje y caótico, como si estuviéramos persiguiendo algo que ninguno de los dos puede nombrar, pero que ambos necesitamos.

Me aferro a él, mis uñas arañando su espalda mientras trato de sostenerme. Es demasiado intenso, demasiado abrumador. Mi cuerpo tiembla con él, cada nervio en llamas.

Me estoy perdiendo en él, en este momento; mis sentidos se difuminan en una oleada caliente y vertiginosa de placer y necesidad. Ya no hay ritmo, solo su cuerpo moviéndose dentro de mí con abandono temerario, y la forma en que se siente, la forma en que me llena, es todo y demasiado a la vez.

—Liam... —jadeo, pero no puedo terminar el pensamiento, no puedo formar palabras coherentes.

Solo está él, su cuerpo colisionando con el mío y la sensación intensa y ardiente que me atraviesa. Mis piernas se aprietan a su alrededor, atrayéndolo más cerca como si pudiera arrastrarlo más profundo, como si pudiera atarnos a ambos a algo real en medio de esta tormenta.

Su mano encuentra mi cabello, enredándose en él, tirando de mi cabeza hacia atrás para que me vea obligada a encontrar su mirada. Sus ojos están salvajes, oscuros de hambre, y por un segundo, el tiempo se suspende, solo él y yo, atrapados en el choque violento de todo lo que hemos estado conteniendo.

La presión se acumula rápido, enrollándose apretada dentro de mí, amenazando con romperse, y estoy al borde como si pudiera fragmentarme en un millón de pedazos, y quiero hacerlo. Quiero desmoronarme en sus brazos, dejar que el caos se apodere, dejar que esta fuerza salvaje e incontrolable me arrastre.

La tensión se rompe, una ola de placer estrellándose a través de mí, intensa e implacable, llevándose cada gramo de control que me quedaba. Mis uñas se clavan en sus hombros, desesperadas, necesitadas, mientras cabalgo la ola, perdida en el caos, en la fuerza salvaje e incontrolable que me arrastra, dejándome sin aliento, deshecha y aferrándome a él como si fuera lo único que me mantiene unida.

Él me sigue al abismo, su cuerpo tensándose, un gruñido desgarrando su garganta mientras es arrastrado, atrapado en la misma tormenta hasta que ambos quedamos jadeando, agotados, envueltos el uno en el otro con el mundo difuminado a nuestro alrededor.

ALERIA

La mano de Liam presiona contra la parte baja de mi espalda, guiándome hacia el coche. Marcus está de pie junto a la puerta abierta del vehículo, su rostro tan neutral como una talla de piedra. Mi sonrisa burlona flaquea. Marcus lo sabe. *Definitivamente* lo sabe.

Creo que el mundo entero acaba de oírnos.

Me agacho para entrar en el asiento trasero, con las mejillas ardiendo. Los ecos de nuestra pequeña "aventura" en el tráiler, nuestros jadeos y el ritmo de los crujidos, se repiten en bucle en mi cabeza. Miro el reflejo de Marcus a través del espejo retrovisor. Mala idea. Su ceja se levanta apenas una fracción, y es todo lo que necesito para confirmarlo. Entierro mi cara entre mis manos.

Liam se desliza a mi lado, tan relajado como siempre, como si no acabáramos de desmontar un tráiler de comida con nuestras travesuras. Se recuesta, su mano encontrando la mía.

—Relájate —susurra, con diversión en su voz—. Marcus no va a decir nada. Es una caja fuerte.

—Es una caja fuerte que lo oyó todo —murmuro, con los ojos aún ocultos tras mis manos.

Liam se ríe, bajo y presumido.

—Oye, de cualquier manera, dimos una clase magistral. Deberíamos haberle cobrado la entrada.

Miro a Liam a través de mis dedos.

—Por favor, dime que estás bromeando.

Me guiña un ojo.

—No. El mejor espectáculo de la ciudad.

Gimo, pero una risa burbujea a pesar de mi esfuerzo por contenerla.

—Eres terrible.

—Y aun así, aquí estás. —Sonríe, acercándose—. Eso tiene que valer algo.

Echo un vistazo al reloj del tablero, tratando de recuperar la compostura.

—Bueno, ya es pasada la medianoche. ¿No crees que ya hemos tenido suficiente por una noche? —Me muevo, consciente de lo sucia que está mi ropa—. Y realmente necesito una ducha y un cambio de ropa.

Sus cejas se alzan en un horror fingido.

—¿Suficiente? Aleria, esto es solo el principio. Aún no has visto el gran final.

Levanto una ceja.

—¿Gran final? ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Entrar a la fuerza en un Taco Bell?

Alcanza debajo del asiento con una sonrisa astuta, sacando una bolsa de lona como una especie de mago.

—No hace falta. Y te tengo cubierta —agita la bolsa con un floreo—. Ropa limpia, cortesía de tu siempre preparado novio.

Entrecierro los ojos mirándolo.

—¿Planeaste esto?

—Planeo para todo.

Me acomodo en mi asiento mientras las luces de la ciudad se difuminan fuera de la ventana, un remolino de neón y sombra. Debo haberme quedado dormida después de eso porque antes de darme cuenta, el coche disminuye la velocidad y Liam me da un codazo para despertarme.

—Despierta. Vas a querer ver esto.

Me froto los ojos y me incorporo, parpadeando ante la vista frente a mí. Un enorme parque de atracciones iluminado se extiende ante nosotros, las atracciones iluminadas por luces centelleantes se alzan altas contra el cielo nocturno.

—Liam... —me quedo sin palabras, con la mandíbula por el suelo—. ¿Alquilaste un parque de atracciones entero?

Se encoge de hombros, con una sonrisa arrogante tirando de sus labios.

—Bueno, no podía dejar que gritaras a todo pulmón con el público mirando, ¿verdad?

Le lanzo una mirada.

—Yo no grito.

—Oh, lo harás —me provoca, inclinándose, su voz bajando a un susurro—. Logan dijo que el paseo en la noria podría, eh... *inspirar* ciertas reacciones.

Levanto una ceja, intrigada pero no dispuesta a dejarlo ganar.

—Logan recomendó la noria, ¿eh? ¿También recomendó esa ridícula sonrisa que llevas puesta?

Liam se ríe.

—Oh, no. La sonrisa es toda mía. Pero ¿la noria? Esa fue una sugerencia muy específica de Logan. Algo sobre que la parte superior siendo el lugar perfecto para un momento inolvidable.

Pongo los ojos en blanco, fingiendo no estar impresionada, pero la emoción que burbujea dentro de mí me traiciona.

—Empecemos con algo fácil. —Liam me lleva hacia los puestos de juegos.

El parque brilla a nuestro alrededor, las luces de neón bañando todo en tonos de rosa y azul como caramelos.

Me río cuando se detiene frente al clásico juego de fuerza, el del martillo y la campana en la cima.

—No puedes hablar en serio —digo, mirando el martillo de tamaño exagerado apoyado contra el juego.

—Totalmente en serio —dice, guiñándome un ojo—. ¿De qué otra manera se supone que voy a impresionarte?

Arqueo una ceja.

—¿Vas a impresionarme presumiendo de tus bíceps?

—No solo mis bíceps —dice, flexionando un brazo en una pose exagerada—. Mi *técnica*.

—¿Tu técnica? —me río, cruzando los brazos—. Por favor, ilumíname.

—Todo está en la forma de manejar el martillo, cariño —dice Liam, inclinándose, su voz bajando a ese tono bajo y sugestivo que sabe que me vuelve loca—. Agarre firme, buena postura. Y tienes que poner las caderas en ello.

Trago saliva, el doble sentido de sus palabras flotando denso en el aire entre nosotros.

—¿Ah, sí? —logro decir, mi voz no tan firme como me gustaría que fuera.

—Ajá —mueve los hombros, aflojándose, luego se vuelve hacia el juego con una mirada de pura determinación—. Tienes que ser fuerte. —Sus manos se deslizan por el largo del martillo, sus dedos apretándose—. Preciso. —Sus músculos se acomodan mientras lo levanta en un suave movimiento, ajustando su postura como si estuviera a punto de dar otra clase magistral.

Observo, mis ojos atraídos por la forma en que sus brazos se flexionan, las venas destacándose mientras balancea el martillo en alto, luego lo estrella hacia abajo con un gruñido. El sonido reverbera a través del aire nocturno, la campana en la cima sonando fuerte y clara.

Aplaudo.

—Está bien, lo admito, tienes habilidades.

Liam hace girar el martillo, dejándolo con un contoneo arrogante.

—Te lo dije. Las caderas, Aleria. Todo está en las caderas.

Levanto una ceja mientras nos alejamos y suelto una risa burlona.

—Bueno, tus caderas parecían bastante efectivas allá atrás.

Él se acerca.

—¿Todavía estamos hablando del juego?

—No estoy segura de que *tú* alguna vez estuvieras hablando del juego —replico, cruzando los brazos—. ¿Algo más que quieras mostrarme?

—Soy un hombre de muchos talentos —murmura Liam, sus labios rozando mi oreja—. ¿Te apetece una demostración privada?

—Depende. ¿Será otra conferencia sobre la biomecánica de tus caderas?

Liam se ríe entre dientes.

—Solo si estás lista para un curso avanzado. Tal vez incluya algunas habilidades orales —dice, bajando la voz a un ronroneo aterciopelado.

El calor se enrosca en mi vientre, pero mantengo la compostura, poniendo los ojos en blanco.

—Creo que ya he experimentado tus técnicas orales.

—Ah, pero la práctica hace al maestro. —Chasquea la lengua, con los ojos brillantes—. Aunque supongo que tendré que mantener mis otras habilidades bajo llave. Por ahora.

Me presiono contra él, inclinando la barbilla hacia arriba para que nuestros labios estén a un suspiro de distancia.

—Tal vez deberías respaldar tus palabras con acciones, Valeur.

—Oh, tengo la intención de hacerlo —dice, deslizando sus manos hacia mi cintura—. No has visto nada todavía, cariño.

Me río y sacudo la cabeza.

—¿Crees que puedes manejar otro desafío? —pregunto, fijando mis ojos en un puesto cercano.

Liam sonrío, atrayéndome hacia él.

—Me como los desafíos en el desayuno. Y ocasionalmente como snack de medianoche.

Asiento hacia la galería de tiro cercana, donde los patos de plástico se mueven burlonamente.

—Veamos si tu puntería es tan impresionante como tus otros atributos.

Liam se acerca más, su aliento caliente contra mi piel.

—Mi puntería es perfecta. Solo pregúntate a ti misma. ¿No di en el blanco antes? Dos veces,

si mal no recuerdo. —Sus ojos brillan con esa picardía juguetona que me debilita las rodillas.

—Oh, eso es tan vulgar —gimo, riendo mientras lo arrastro hacia el puesto—. Está bien. Si ganas esto, puede que te deje mostrarme qué más pueden hacer esas caderas tuyas.

Su sonrisa se vuelve afilada, su mirada oscureciéndose con intención.

—Será mejor que te prepares para el bis, entonces.

Pasamos las siguientes horas corriendo de atracción en atracción. Insisto en explicar las fuerzas que actúan en cada una. Liam escucha con atención absorta mientras divago sobre las fuerzas G y la aceleración centrípeta.

Mientras nos tambaleamos al bajar del tobogán giratorio, ambos mareados y riendo, Liam me atrae hacia él.

—Sabes —murmura—, tu entusiasmo es increíblemente sexy.

—¿Incluso cuando estoy hablando sobre velocidad angular?

—Ajá —dice—. Entonces, ¿estás lista para la parte en la que te oigo gritar?

Sonrío con suficiencia.

—Yo no grito.

Se inclina, sus labios rozando mi oreja.

—Oh, lo harás. Te lo *prometo*.

El agudo zumbido del móvil de Liam interrumpe nuestro juego. Su mano se dirige rápidamente a su bolsillo, sacando el dispositivo. Mientras sus ojos escanean la pantalla, observo la transformación ocurrir en tiempo real. El brillo travieso en sus ojos se atenúa, su mandíbula se tensa y la sonrisa desaparece de su rostro, reemplazada por una línea tensa.

—¿Qué pasa? —pregunto, mi sonrisa desvaneciéndose al notar el sutil cambio en su comportamiento.

—No es nada —responde Liam, con voz cortante. Su pulgar se cierne sobre la pantalla, vacilando antes de volver a meter el móvil en su bolsillo. Los músculos de sus hombros se tensan bajo su camisa.

—Liam —insisto, dando un pequeño paso más cerca. Mis dedos se contraen, queriendo alcanzarlo, pero sin estar segura de si debería—. ¿Qué está pasando?

Él sacude la cabeza, una sonrisa forzada extendiéndose por su rostro. No llega a sus ojos, que recorren el parque de atracciones vacío como si buscara observadores invisibles.

—No es nada. Solo... cosas del trabajo.

—¿Cosas del trabajo? —repito, cruzando los brazos sobre mi pecho. El frío del aire nocturno parece más pronunciado—. Si son cosas del trabajo, ¿por qué parece que acabas de calcular el momento exacto de la muerte térmica del universo?

La mirada de Liam vuelve bruscamente hacia mí, la sorpresa parpadea en sus rasgos antes de que controle su expresión.

—Aleria, por favor. Déjalo estar.

Me acerco más, lo suficiente para ver el músculo de su mandíbula tensarse, el pulso latiendo rápidamente en su cuello. Mi corazón late al unísono con la tensión entre nosotros.

—No —digo, mi voz firme incluso cuando la emoción se anuda en mi pecho—. No voy a dejarlo estar sin más.

Él se mantiene rígido, el espacio entre nosotros cargado, sus ojos desviándose como si buscaran una escapatoria. Pero yo insisto, mi mano rozando ligeramente su brazo, anclándolo en el momento. No dejaré que sea como en la universidad otra vez.

—Si esto va a suceder, si *nosotros* vamos a suceder, no puedes seguir evadiendo. No puedes seguir escondiéndote detrás de “no es nada” cuando está escrito en toda tu cara que es todo.

Su suspiro escapa como un peso demasiado pesado para soportar, sus hombros hundiéndose bajo la carga invisible. Se pasa una mano por el pelo, el movimiento brusco, frustrado. Por un momento, su habitual exterior confiado se desmorona, y vislumbro el cansancio debajo, las grietas que ha intentado ocultar con tanto esfuerzo. La vulnerabilidad me golpea con fuerza, tirando de algo profundo en mi interior.

—Está bien —dice—. Tienes razón. Pero no aquí. Volvamos a tu casa. Te lo explicaré todo allí.

Veinticuatro



LIAM

Miro fijamente mi móvil, con el estómago revuelto mientras leo de nuevo el mensaje amenazante.

La amenaza contra Aleria me hiela la sangre. Me he enfrentado a innumerables desafíos en mi vida, pero nada me ha aterrorizado tanto como esto.

El trayecto hasta la casa de Aleria es confuso. Mi mente divaga, tratando de encontrar la manera de explicar esto sin revelar demasiado. ¿Cómo puedo mantenerla a salvo sin alejarla? Cuando llegamos a su edificio, aún no he encontrado las palabras adecuadas.

Aleria se gira hacia mí, con una expresión que mezcla preocupación y determinación.

—Bien, Liam. Ya estamos aquí. Ahora, dime qué está pasando.

Respiro hondo, preparándome para la conversación que se avecina.

—De acuerdo. Pero Aleria, lo que estoy a punto de contarte... Es complicado. Y potencialmente peligroso. ¿Estás segura de que quieres saberlo?

Ella extiende la mano y toma la mía.

—Estoy segura. Sea lo que sea, lo resolveremos juntos.

Asiento, apretando su mano.

—De acuerdo. Entremos. Esto puede llevar un tiempo.

Mientras entramos en su apartamento, el peso de lo que estoy a punto de revelar me oprime. Solo espero que cuando termine, Aleria me siga mirando de la misma manera.

Entro, pasándome una mano por el pelo.

—He recibido algunas amenazas.

Sus ojos se agrandan.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Quién podría...?

—Como dije, es complicado —repito, incapaz de quedarme quieto. Camino por el pequeño espacio de su sala de estar, atrapado por la verdad que no puedo revelar—. Está relacionado con el pasado de mi familia, eventos que ocurrieron hace años. Pero quiero que sepas que haré todo lo que esté en mi poder para mantenerte a salvo. Tienes mi palabra.

Aleria se cruza de brazos, frunciendo el ceño.

—Liam, no tiene sentido lo que dices. ¿Qué amenazas? ¿Qué asuntos familiares?

Dejo de caminar y me enfrento a ella.

—No puedo contártelo todo. No es solo mi secreto para compartir. Pero necesito que confíes en mí. Tengo medidas de seguridad establecidas. Estarás protegida.

—¿Protegida? —La voz de Aleria se eleva—. ¿Estoy en peligro? Liam, no puedes simplemente soltarme esto y esperar que no tenga problemas con ello. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Intento alcanzarla, pero ella retrocede.

—Aleria, por favor. Estoy tratando de mantenerte a salvo.

—¿Manteniéndome en la oscuridad? —Niega con la cabeza, con frustración clara en su voz—. Así no es como funciona esto, Liam. Pensé que estábamos juntos en esta relación. Como iguales. Pensé que confiabas en mí.

—Confío en ti —insisto, sintiéndome desesperado—. Pero esto no se trata solo de mí. Se trata de toda mi familia. No puedo traicionar su confianza, ni siquiera por ti.

Los ojos de Aleria brillan con dolor.

—Tengo miedo de que hagas lo que siempre haces, mantener todo encerrado dentro hasta que se vuelve demasiado y luego huir.

—No estoy huyendo —insisto, dando un paso hacia ella—. Estoy aquí mismo.

—Por ahora. —Me mira a los ojos, y la vulnerabilidad que veo me detiene en seco—. Pero ¿qué pasará cuando las cosas se pongan más difíciles? ¿Cuando sea lo que sea esto se vuelva demasiado real? Te cerrarás, me apartarás, justo como en la universidad.

—Eso fue diferente. Yo era diferente. —Me paso las manos por el pelo, sintiendo que estoy perdiendo el control de la situación—. ¡Estoy tratando de protegerte!

—Pues estás haciendo un pésimo trabajo —espetea Aleria. Se da la vuelta, con los hombros tensos—. Deberías irte, Liam. Necesito tiempo para procesar esto.

Mi corazón se hunde.

—Aleria, por favor...

—Creo que deberías irte —dice, sin mirarme—. Necesito tiempo para pensar. Hablaremos más tarde.

Derrotado, camino hacia la puerta. Me detengo con la mano en el pomo, mirándola de nuevo, pero ella no se gira.

Salgo del apartamento de Aleria, sintiendo que acabo de cometer el mayor error de mi vida.

Está oscuro afuera, y las calles están vacías, la ciudad aún duerme mientras conduzco a casa de Lucas, mi mente es un torbellino de autocrítica y ansiedad.

Ensayo explicaciones en mi cabeza, cada una sonando más patética que la anterior.

—Así que, le conté a medias a mi novia sobre las amenazas de muerte, y ahora está enojada. Un día típico, ¿verdad? —murmuro para mí mismo, sacudiendo la cabeza ante mi estupidez.

Cuando llego a la casa de Lucas y Ava una hora y media después, apenas son las 5 de la mañana. Me quedo sentado en el coche un momento, tratando de componerme, antes de llamar al móvil de Lucas. Contesta al cuarto tono, con la voz ronca por el sueño.

—¿Liam? ¿Qué pasa?

—Lo siento —digo, con la voz tensa—. ¿Puedo entrar? Realmente necesito hablar.

Silencio. Luego un suspiro cansado.

—Sí, claro. Dame un minuto.

Unos minutos después, se abre la puerta principal. Lucas está allí en un pijama arrugado, con aspecto preocupado. Detrás de él, veo a Ava en una bata de seda, con el pelo revuelto por el sueño.

—Siento mucho haberos despertado a los dos —digo mientras entro, la culpa se suma a mis

ya tumultuosas emociones.

Sigo a Ava hasta la sala de estar, desplomándome en su mullido sofá. Lucas se une a nosotros, luciendo preocupado mientras se acomoda en un sillón. Mientras explico la situación, la expresión de Ava pasa por ciclos de incredulidad, diversión y algo cercano a la empatía.

—Déjame ver si lo entiendo —dice, pellizcándose el puente de la nariz—. ¿Le dijiste lo suficiente para asustarla, pero no lo suficiente para explicar nada? Brillante estrategia.

Gimo, enterrando la cara entre las manos.

—Cuando lo pones así...

—Bueno, ¿de qué otra manera se supone que lo ponga? —replica Ava—. Vosotros, los hombres Valeur, lo juro. Es como si fuerais alérgicos a la comunicación clara.

Lucas se inclina hacia adelante, con el ceño fruncido.

—Liam, no puedes contarle todo. Es demasiado peligroso. Para ella y para nosotros.

—Lo sé —digo—. Pero tampoco puedo perderla.

Ava suspira, suavizando su tono.

—La has cagado. A lo grande. Pero no es irreparable. Necesitas arreglar esto, y rápido.

Lucas se pone de pie, con una expresión decidida en el rostro.

—Tengo una idea. ¿Por qué no damos un paseo? Despejamos la mente, ideamos un plan.

Gimo, sabiendo que debería haberlo esperado.

—¿Ahora? Apenas está amaneciendo.

Se encoge de hombros.

—No hay mejor momento que el presente. Ya estoy despierto. ¿Listo para escapar de tus problemas mediante el ejercicio, hermanito?

Logro esbozar una débil sonrisa.

—Es eso o desarrollar un problema con la bebida. Supongo que el ciclismo es más saludable.

—Marginalmente —murmura Ava, pero ya se dirige a la cocina—. Tendré algunos batidos de proteínas listos para cuando vosotros dos idiotas volváis. Intentad no resolver todos los problemas del mundo sin mí.

Veinte minutos después, Lucas y yo estamos pedaleando por una ruta escénica, el aire fresco ya está despejando un poco mi mente. Nuestros guardaespaldas nos siguen mientras pedaleamos en un silencio agradable por un rato antes de que Lucas lo rompa.

—Vamos, suéltalo —dice, mirándome de reojo—. ¿Qué pasó exactamente?

Suspiro, concentrándome en el camino por delante.

—Recibí otra amenaza. Esta vez iba dirigida a Aleria.

El rostro de Lucas se endurece, apretando el agarre en el manillar.

—¿Estás seguro?

Asiento.

—Sí. Sabe sobre ella y yo, y no se lo he contado a nadie. Alguien me está siguiendo, Lucas. Tuve que decirle algo, así que le conté sobre las amenazas. No todo lo demás, solo lo suficiente para advertirle para que pueda mantenerse a salvo. Y ahora está furiosa porque no le quiero decir más.

—¿Estás loco? —sisea Lucas, su voz una mezcla de enojo y preocupación—. Cuanto menos sepa, más segura estará.

—Ava lo sabe —suelto, las palabras salen antes de que pueda detenerme.

La expresión de Lucas se endurece.

—Sí, pero Ava es mi esposa. Ahora es una Valeur. Ella estaba allí cuando me dispararon. Es diferente. ¿Planeas casarte con esta mujer?

—No lo sé. —Me froto la nuca, el peso de todo presionándome—. Definitivamente no estamos en ese punto todavía. Ni siquiera quiere verme ahora. Y nuestra relación...

—No importará si papá termina en la cárcel por lo que ella sabe, y el imperio Valeur se derrumba. Liam, puedo ver que te importa, pero esto es más grande que eso. Estamos hablando de toda nuestra familia aquí.

—¿No crees que lo sé? Estoy tratando de proteger a todos, pero se me están acabando las opciones. Aleria cree que no confío en ella. No entiende por qué no puedo contarle todo. Y no puedo protegerla si ni siquiera puedo estar cerca de ella.

Lucas se queda callado por un momento, luego dice:

—Todavía no lo hemos encontrado, ¿sabes? A Elias. Es como perseguir a un fantasma, pero un fantasma furioso y sediento de venganza.

—Genial —murmuro—. Así que básicamente somos protagonistas de nuestra propia película de suspenso. Siempre quise ser Jason Bourne.

A pesar de la tensión, los labios de Lucas se curvan en una sonrisa desafiante.

—Bueno, tienes dominado lo de ser taciturno. ¿Una carrera hasta la próxima curva? ¿O tus problemas amorosos te están pesando demasiado?

Un fuego competitivo familiar se enciende en mi pecho, apartando la preocupación.

—Oh, está bien. Prepárate para morder el polvo, anciano.

Arrancamos, el mundo se desdibuja a nuestro alrededor. El viento ruge en mis oídos, ahogando todo excepto el latido de mi corazón y el zumbido rítmico de las ruedas girando. Por unos gloriosos momentos, no hay nada más que el ardor en mis piernas y el deseo obsesivo de ganar.

Mientras nos acercamos a una curva cerrada, me inclino hacia ella, presionando más fuerte. Pero al doblar la curva, un destello de movimiento entre los árboles llama mi atención. Una figura, oscura e indistinta, parece observarnos.

Mi rueda delantera golpea una roca con una sacudida nauseabunda. El manillar se retuerce en mi agarre mientras me desvío del curso, precipitándome hacia un denso grupo de arbustos. El tiempo se ralentiza. Cada hoja, cada rama se precipita hacia mí con una claridad aterradora.

—¡Mierda! —El grito se desgarrar de mi garganta mientras giro la bicicleta hacia un lado, mi cuerpo inclinándose.

Por un momento que paraliza el corazón, estoy seguro de que voy a estrellarme. Luego, por algún milagro, recupero el control, derrapando hasta detenerme en una lluvia de grava y hojas.

Mi pecho se agita mientras jadeo en busca de aire, la adrenalina corriendo por mis venas. Lucas se detiene a mi lado, su risa muriendo al ver mi expresión de ojos abiertos.

—¿Estás bien?

Asiento, quitándome los escombros de la camisa con manos temblorosas. Mi mirada vuelve a los árboles, buscando algún signo de la figura que vi. Pero no hay nada allí. Me estoy volviendo loco.

—Sí, solo estaba distraído, supongo. —Miro a Lucas. El peso de los secretos de nuestra familia vuelve a presionarme—. ¿Cómo lo haces, Lucas? ¿Equilibrar los secretos familiares con tu matrimonio?

La sonrisa de Lucas se desvanece, reemplazada por una expresión más seria.

—Muchos regalos caros y una esposa que es más inteligente que nosotros dos juntos —bromea, pero luego suspira—. Honestamente, es difícil. Pero Ava confía lo suficiente en mí para saber que si le oculto algo, es por una buena razón.

Me apoyo en mi bicicleta.

—Aleria no confía en mí. Puede que haya arruinado todo antes de que tuviéramos una oportunidad.

Lucas pone una mano en mi hombro.

—Oye, no te des por vencido todavía. Aleria es una mujer inteligente. Dale algo de tiempo para procesar las cosas. —Mira su reloj—. Es hora de que regresemos. Ava debe estar preguntándose dónde estamos.

Cuando volvemos a la casa, sudorosos y cansados, Ava nos espera con batidos de proteínas y una mirada contemplativa. Mientras Lucas y yo bebemos nuestros batidos, le cuento sobre nuestra conversación.

Los ojos de Ava se entrecierran.

—Estuve pensando en esto mientras estabais fuera. Por mucho que disfrute verte retorcerte, Liam, tal vez haya una forma de suavizar las cosas sin revelar secretos de estado.

Me animo, con los ojos muy abiertos.

—Soy todo oídos.

Ava pone los ojos en blanco.

—No parezcas tan sorprendido. De vez en cuando hago cosas agradables. Solo no esperes que se convierta en un hábito. —Toma un sorbo de su propio batido antes de continuar—. Pero primero, necesito preguntarte algo. —Su mirada se fija en mí—. ¿La amas?

Trago saliva con dificultad. Pero cuando pienso en Aleria, su brillantez, su humor peculiar, la forma en que se ilumina cuando habla de su trabajo, asiento.

—Sí —admito—. La amo.

Una pequeña sonrisa tira de los labios de Ava.

—Muy bien, entonces. Esto es lo que sugiero. ¿Y si invito a Aleria a una noche de chicas? Podría tantearla, tal vez ayudarla a entender la dinámica familiar sin revelar los detalles. Hacerle saber que puede confiar en ti.

Miro a Ava, atónito.

—¿Harías eso?

—Bueno, alguien tiene que salvarte de ti mismo —dice ella—. Además, puede que me caiga bien esta Aleria. Parece que tiene agallas. Y claramente tiene la paciencia de una santa para aguantar a un Valeur.

Ignoro el comentario, demasiado agradecido para que me importe.

—Ava, yo... Gracias. De verdad.

Ava hace un gesto con la mano, con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Sí, sí. Guarda las cursilerías para tu novia. Suponiendo que aún quiera ser tu novia después de todo esto.

Hago una mueca, pero asiento.

—Es justo.

Los labios de Ava se curvan en una sonrisa socarrona.

—Muy bien, la Operación Charla de Chicas está en marcha. Pero me debes una grande, Pequeño Valeur.

Veinticinco

ALERIA

Abro la puerta del Café de Mary, con mis palabras de ayer aún quemándose en la garganta. La forma en que le había gritado a Liam, acusándolo de no ser sincero. Su rostro se había quedado tan inmóvil, pero estaba demasiado enojada para que me importara.

—Doble espresso —murmuro—. Luego a fingir que estoy bien.

—¿Dra. James?

Me quedo paralizada al oír la voz. El Sr. Johnson, mi casero, está sentado en un rincón, con la taza de café a medio camino de su boca.

—Oh. Hola —logro asentir, aunque lo único que quiero es agarrar mi café y esconderme en mi laboratorio—. Gracias, por cierto. Por la reducción del alquiler. Realmente ayudó con todo.

Me mira fijamente, con la taza de café congelada a medio camino de su boca.

—¿Agradecerme? No tuve mucha opción en el asunto, no con ese tipo Valeur presionándome al respecto.

El mundo se inclina de lado.

—¿Qué?

—Oh. —Su rostro decae—. Mierda. No se suponía que mencionara esa parte.

Mi corazón late con fuerza.

—¿Qué Valeur?

—Un tipo alto, traje caro. Primera vez que tenía a un CEO en mi oficina. —El Sr. Johnson ríe nerviosamente—. Vino hace meses. Dijo que compraría todo el edificio si no aceptaba reducir su alquiler. Ofreció pagar la diferencia él mismo, pero fue muy claro en que usted no debía saber sobre su participación.

Hace meses. Cuando todavía actuaba como si él fuera el enemigo, cuando apenas podía mantenerme civil en las reuniones.

—Un joven muy determinado. No aceptaba un no por respuesta.

Mis acusaciones resuenan en mi cabeza: *"Algunos de nosotros no tenemos fondos fiduciarios a los que recurrir. No lo entenderías"*.

Pero sí lo entendía. Había estado ayudando silenciosamente todo el tiempo, asegurándose de que pudiera mantener a mi familia sin dejar que su orgullo se interpusiera en el mío.

—La cosa es —agrega el Sr. Johnson, suavizando su voz—, que cuando sugerí contarle sobre

esto, él estaba decidido. Dijo que usted nunca aceptaría ayuda si sabía que venía de él. Parecía conocerla bastante bien.

Oh, Liam.

—Gracias —susurro, con la voz espesa—. Por decírmelo.

Salgo tambaleándome sin mi café, el sol de la mañana se difumina a través de mis lágrimas. Todas esas veces que lo acusé de ser privilegiado, desconectado, incapaz de entender las luchas reales... y él estaba silenciosamente cargando mis cargas, sin esperar nada a cambio. Ni siquiera reconocimiento.

La ira de ayer se desmorona, reemplazada por un dolor diferente. Todo ese tiempo... Todo ese tiempo, Liam se estaba asegurando de que yo estuviera bien incluso cuando lo trataba como el enemigo. Esa no es la acción de alguien que está por encima de todo.

Eso es amistad.

Y acabo de tirársela en la cara.

Mi móvil se siente pesado en mi mano mientras miro su nombre en la pantalla. ¿Cómo te disculpas por juzgar tan mal a alguien? ¿Por asumir lo peor cuando estaban silenciosamente haciendo lo mejor?

Necesito decirle que ahora lo veo. Realmente lo veo.

Por todo lo que es.



Tiro del dobladillo de mi vestido otra vez, como si de alguna manera se estuviera encogiendo con cada paso más cerca de la discoteca. Las luces de neón manchan la noche, o tal vez son solo mis nervios retorciendo todo. Entonces las veo: Ava, Cora y Sloane, alineadas como si acabaran de salir de la portada de una revista y terminaran aquí.

—Respira profundo —susurro, forzando mis hombros hacia atrás—. Es solo una noche casual con la familia ridículamente impresionante y exitosa de tu novio. Totalmente normal. Sin presión en absoluto.

Ava me ve primero. Sus labios, de un perfecto tono rojo rubí, se tuercen en una sonrisa.

—Vaya, si es la valiente mujer que ha domado a nuestro querido Liam —exclama—. Vamos, querida, no mordemos... mucho.

Cora, la más joven de los hermanos Valeur, toda poder amazónico rubio, muestra una sonrisa lo suficientemente afilada como para calificar como arma.

—Habla por ti, Ava. Aún no he tenido mi snack de la noche.

Me río, el sonido saliendo más como un hipo.

—Hola, soy Aleria. Pero eso ya lo sabíais. Porque Liam os lo dijo. O tal vez no. No quiero asumir... Estoy divagando, ¿verdad? Me detendré ahora.

Sloane me da una sonrisa comprensiva.

—No te preocupes, yo también tiendo a divagar. Estamos acostumbradas a genios socialmente torpes.

—Es que estoy tan nerviosa —admito, jugueteando con un hilo suelto de mi vestido—. Me cambié de ropa siete veces antes de venir aquí y ni siquiera sé si me la puse bien. Una vez di una conferencia entera sobre el entrelazamiento cuántico con la camisa al revés. Nadie dijo nada. Todavía no estoy segura si estaban siendo amables o si pensaron que era algún tipo de moda nueva.

Ava interviene, poniendo una mano tranquilizadora en mi brazo.

—Te ves encantadora, Aleria. Y lo más importante, estás aquí. Eso es lo que importa.
Sloane asiente.

—Nos alegra que hayas venido. No se trata de lo que llevas puesto, sino de conocerte.

Cora sonrío, sus ojos cálidos y acogedores.

—Y cualquier mujer que pueda seguir el ritmo del gran cerebro de Liam ya es parte de la familia según nosotras.

Ava enlaza su brazo con el mío, dirigiéndome hacia la entrada.

—Vamos, chicas. Mostrémosle a Aleria cómo las mujeres Valeur disfrutan una noche de fiesta.

La fila se extiende alrededor de la manzana, pero Ava marcha directamente hacia la puerta. El portero desabrocha la cuerda de terciopelo sin decir una palabra, y pasamos de largo ante la multitud que espera.

—¿Así se siente ser una Valeur? —le susurro a Sloane—. ¿La gente simplemente se aparta de tu camino?

Ella sonrío, con un brillo travieso en sus ojos.

—Oh, querida. No has visto nada todavía.

El interior de la discoteca es una sobrecarga sensorial de luces pulsantes y bajos retumbantes. Cora nos lleva a un reservado VIP, pidiendo una ronda de cócteles que suenan más a compuestos químicos que a bebidas.

—Yo tomaré un Trío —digo cuando es mi turno, ganándome una mirada sorprendida del barman y un gesto de aprobación de Ava.

Cora resopla.

—Elección audaz para tu primera bebida de la noche.

Ava sonrío con malicia.

—Dicen que si tienes un Trío, querrás otro.

Mi cara se calienta.

—¡Oh, no! Quiero decir, es solo la bebida. Nunca he tenido un... ya sabéis —digo, con todas las miradas sobre mí—. Nunca, jamás.

Sloane me da una sonrisa burlona.

—Está bien, Aleria. Aquí no juzgamos.

—No, en serio. —Mis mejillas arden aún más—. Nunca he tenido un trío. No soy... Es solo la bebida.

Cora se ríe, sus ojos brillando con picardía.

—Relájate, cariño. No necesitas explicarte. Te creemos. Más o menos.

Ava me da una palmadita en el brazo, riendo.

—Bienvenida a la noche de chicas de Valeur. Donde hacemos que cada comentario inocente suene escandaloso.

Mientras bebemos, la conversación fluye. Me esfuerzo por seguir el ritmo de su ingenio rápido y sus bromas internas, sintiéndome como si estuviera tratando de resolver una ecuación diferencial mientras monto una montaña rusa.

—Entonces, Aleria —ronronea Ava, inclinándose con un brillo travieso en sus ojos—. ¿Cómo es con nuestro querido Liam? ¿Argumenta escritos legales en sus sueños?

Tomo un sorbo de mi bebida para ocultar mi sonrisa.

—Oh, es un verdadero drama judicial cada noche. Muchos "objeción denegada" y "ha lugar".

Cora se tapa los oídos con las manos.

—¡La la la! ¡No puedo oírte! ¡Estás hablando de mi hermano!

Ava arquea una ceja, ignorando las protestas de Cora.

—¿Y cómo se declara el acusado?

—Culpable —digo con un guiño—. De ser bueno con las manos.

Sloane se inclina.

—Cuéntanos. ¿Alguna evidencia sorprendente presentada?

Cora gime.

—Oh Dios, por favor parad. Os lo suplico.

Me muerdo el labio, pensando en nuestro último encuentro.

—Digamos que sus argumentos orales son muy... persuasivos.

—Voy a vomitar —se queja Cora, pero hay un toque de diversión en sus ojos a pesar de su disgusto.

Ava y Sloane estallan en risas apreciativas y silbidos bajos.

Sloane levanta su copa en un brindis.

—Por Liam, que su "destreza legal" nunca sea hallada en desacato.

—Por el blanqueador cerebral —murmura Cora, pero aun así choca su copa con las nuestras.

Las mujeres estallan en carcajadas, y un calor se extiende por mi cuerpo que no tiene nada que ver con el alcohol. Tal vez esto no sea tan malo después de todo.

Mientras nuestras risas se apagan, noto que la expresión de Ava cambia, sus ojos adquieren un brillo más serio. Mira alrededor y luego se acerca más.

—Aleria, ya que tenemos un momento, ¿podemos hablar de Liam?

Mi sonrisa se desvanece y mis hombros se tensan.

—¿Qué pasa con él? —pregunto, tratando de mantener mi voz neutral.

Ava revuelve su bebida, mirando alrededor antes de que su mirada vuelva a mí.

—Liam es protector, a veces hasta el extremo. Pero no dejes que eso te aleje.

—¿Protector? —me burlo—. Más bien reservado. Y alejarme parece ser su estrategia por defecto. No me dice nada importante.

Ava está a punto de responder cuando Sloane se acerca deslizándose, con un brillo travieso en sus ojos.

—Chicas, tenemos compañía. A las tres en punto, intentando sin éxito pasar desapercibidos.

Sigo su mirada y los veo: Liam, sus hermanos, Lucas y Logan, y, como Cora identifica para mi beneficio, su novio, Ryder, agrupados cerca del bar, haciendo un pésimo trabajo en mantenerse discretos. Liam lleva una gorra de béisbol baja como disfraz, y los brazos de Ryder están cruzados, irradiando tensión mientras sus ojos permanecen fijos en Cora. Está claro que nos están espiando, pero es aún más claro que no se dan cuenta de que los hemos notado.

Los ojos de Cora se iluminan.

—Chicas, propongo una pequeña apuesta. Veamos quién puede poner más celoso a su hombre. La perdedora paga el brunch de mañana.

—Acepto —sonríe Ava mientras Sloane asiente.

Me quedo helada.

—Esperad. ¿Qué? Yo no...

Cora me interrumpe con un codazo juguetón.

—Vamos, Aleria. Juega un poco con él.

Algo en su tono me hace dudar, un desafío que no puedo resistir.

—Estoy dentro.

—Oh, esto va a ser divertido —ronronea Cora, la travesura ya en pleno apogeo—. Hagámoslos sufrir un poco, ¿de acuerdo?

Sloane sonríe con malicia.

—Démosles a los chicos algo para que se coman la cabeza.

Cora se desliza de su taburete, sus caderas se balancean mientras se dirige a la pista de baile. Con movimientos lentos y deliberados, se posiciona lo suficientemente lejos de los chicos para no levantar sospechas de que los hemos visto, pero bien dentro del campo de visión de Ryder. Un tipo al azar capta su mirada, y ella se acerca, inclinándose cerca.

Lo que sea que le susurra al oído debe ser mágico porque su cara se ilumina como si le hubiera tocado la lotería. Mientras tanto, Cora se mantiene tranquila, manteniendo la proximidad suficiente a Ryder para alimentar sus celos. Su actuación es impecable, una clase magistral en el arte de hacer que alguien se retuerza.

Echo un vistazo rápido a Ryder. Tiene la mandíbula tan apretada que podría romperse. Se mueve como si estuviera a punto de hacer algo, pero Lucas es rápido en agarrarle el brazo, probablemente susurrándole algo como: "Tranquilo, tío". Pero Ryder no está tranquilo. Está hirviendo, apenas conteniéndose mientras Cora se sacude el pelo, fingiendo que no se da cuenta de la presencia de él.

—Vaya —susurra Sloane, dándome un codazo con una sonrisa—. Ryder está a punto de estallar.

Y lo hace. En un movimiento rápido, Ryder pierde el control. Cruza la pista como una tormenta que se avecina, prácticamente empujando al pobre tipo antes de que Cora siquiera parpadee.

—Suficiente —gruñe Ryder, agarrando a Cora por la muñeca y tirando de ella hacia él. Sus ojos brillan de frustración y algo más, algo posesivo—. Has dejado claro tu punto.

Los labios de Cora se curvan en una sonrisa satisfecha mientras presiona su cuerpo contra el de él.

—¿Ah, sí?

Ryder la mira fijamente.

—Ven conmigo. Ahora.

Cora se echa el pelo sobre el hombro, imperturbable.

—Si insistes.

Observamos cómo Ryder se la lleva, con la mano en su cintura, Cora luciendo demasiado complacida consigo misma.

—Mirad sus caras —dice Ava con una sonrisa astuta, mirando a los chicos—. Son como ciervos atrapados por los faros.

—Esto es demasiado fácil —susurra Sloane con una sonrisa triunfante.

Liam parece que está a punto de perder el control también. Sus ojos no dejan de desviarse hacia mí, tratando de parecer tranquilo, pero fracasando. Sus dedos tamborilean en la barra como si estuviera contando los segundos hasta poder alejarme de la diversión que estamos teniendo. Intercambio una mirada con Ava y Sloane. Los tenemos justo donde queríamos.

—Uy, nos han descubierto —susurro, intentando mantener la calma, pero las mariposas en mi estómago están dando volteretas.

Sloane suelta una risa maliciosa, acercándose más.

—Oh, esto es solo el comienzo.

Ava arquea una ceja, intrigada.

—¿Qué tienes en mente?

Sloane se vuelve hacia mí con un brillo travieso en los ojos.

—Aleria, querida, es tu momento de brillar. Juega con Liam. Llévalo al límite.

Parpadeo.

—¿A qué te refieres?

Los ojos de Sloane se dirigen al tubo en el centro de la pista de baile, y luego vuelven a mí.

—El tubo. Muéstrale lo que se está perdiendo.

Me quedo paralizada, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

—¿Yo... qué? ¿Quieres que...?

Ella sonríe con picardía, dándome un empujoncito.

—Vamos, chica. Es solo por diversión. Además, te garantizo que Liam no podrá quitarte las manos de encima.

Miro a Liam otra vez. Me está observando con el ceño fruncido, como si intentara descifrar qué está pasando. Hay una mezcla de celos y frustración en sus ojos, y puedo ver que está a punto de alcanzar su límite.

Ava sonríe.

—Oh, pagaría por ver esto.

Sloane se levanta, tirando de mi brazo.

—Buenas noticias, es gratis.

Dudo, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

—No sé...

—Vamos, Aleria —dice Sloane, con voz juguetona pero llena de desafío—. Muéstrale lo que se está perdiendo y vuélvelo loco.

Con un suspiro profundo y una sonrisa temblorosa, dejo que Sloane me empuje hacia la pista de baile. Las luces se atenúan y la música se ralentiza hasta convertirse en algo oscuro y sensual.

Me acerco al tubo con el corazón acelerado. *Muy bien, Aleria. Tú puedes.*

Miro hacia atrás a la mesa y veo a Sloane levantando el pulgar. Los chicos siguen congelados, sin saber qué va a pasar. Liam se mueve en su asiento, sus ojos ardiendo sobre mí, con la mandíbula apretada.

Con la música vibrando a través de mí, me deshago de los nervios y alcanzo el frío metal. Mi mano se desliza por el tubo y giro alrededor de él, dejando que mi cuerpo se mueva al ritmo. Balanceo mis caderas, provocando, dando lo justo para mantener sus ojos fijos en mí, especialmente los de Liam.

Su expresión cambia, oscureciéndose con cada movimiento de mis caderas. La tensión aumenta mientras observa, sus ojos tormentosos con una mezcla de frustración y deseo innegable. Lo tengo justo donde Sloane quería, al límite.

Arqueo la espalda, moviendo las caderas en un ritmo lento e hipnótico, atrayendo la atención con cada sutil movimiento. Mi mano se desliza por el tubo mientras giro a su alrededor, mis piernas envolviéndolo mientras me elevo en un giro, mi cuerpo moviéndose al compás de la música.

Miro en su dirección y mi pulso se acelera al verlo. Sus ojos están oscuros e intensos, con los puños apretados a los costados.

Sloane y Ava observan desde un lado, pero no me importa nadie más en este momento. Solo somos yo, el tubo y los ojos de Liam fijos en los míos. Arqueo la espalda de nuevo, deslizándome por el tubo en un movimiento fluido, el frío metal besando mi piel. Mis piernas se estiran en un arco elegante, mi cuerpo curvándose mientras dejo que la música me guíe.

Giro una última vez, mi cuerpo rozando el tubo mientras vuelvo a subir, con el cabello cayendo sobre mis hombros. El calor en la habitación es eléctrico, pero el fuego en los ojos de Liam me provoca un escalofrío. Se está desmoronando, y sospecho que no se contendrá mucho

más.

Y tengo razón.

Liam estalla. En un movimiento rápido y posesivo, cruza la pista y me agarra por la cintura, sacándome del tubo y atrayéndome a sus brazos. El aire entre nosotros chisporrotea de tensión mientras sus manos agarran mis caderas, presionándome contra él.

—¿Crees que puedes hacer eso y salirte con la tuya? —Su voz es baja, peligrosa y llena de deseo intenso.

Le doy una sonrisa provocadora, sin aliento.

—Depende. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Su respuesta es inmediata. Aplasta sus labios contra los míos en un beso profundo y exigente, reclamándome frente a todos. El mundo desaparece, dejando solo el calor de su cuerpo contra el mío, el pulso de la música y el fuego que se enciende entre nosotros.

La mano de Liam se desliza hacia la parte baja de mi espalda, atrayéndome contra él. Su otra mano se enreda en mi cabello, inclinando mi cabeza para profundizar el beso. Me derrito contra él, mis dedos agarrando su camisa, desesperada por estar más cerca.

Nuestros labios se mueven juntos, urgentes y apasionados. Su lengua traza la línea de mis labios, pidiendo entrada, y se la concedo. Su sabor, whisky y menta, me embriaga más que cualquier bebida.

Muerdo suavemente su labio inferior, provocando un gruñido bajo que me envía escalofríos por la espalda. En respuesta, me empuja contra la pared más cercana, presionando su cuerpo contra el mío. La superficie fría contrasta con el calor que irradia Liam, intensificando cada sensación.

Nos separamos para respirar, ambos jadeando. Los ojos de Liam están oscuros de deseo, sus pupilas dilatadas. Se inclina, dejando un rastro de besos a lo largo de mi mandíbula hasta mi oreja.

—¿Tienes idea de lo que me haces? —susurra, su aliento caliente contra mi piel.

—Demuéstramelo — digo sin aliento, antes de que sus labios capturen los míos de nuevo, más suaves esta vez, pero no menos intensos. El beso es más lento, más profundo, una promesa de lo que está por venir.

Cuando nos separamos, el mundo vuelve a enfocarse. Noto los silbidos y vítores de su familia, las sonrisas cómplices en sus rostros. Pero no puedo preocuparme por eso. Todo en lo que puedo concentrarme es en Liam, su frente apoyada contra la mía, sus manos aún sosteniéndome cerca.

—Te he echado de menos —susurra, sus ojos sin apartarse de los míos.

—Yo también te he echado de menos —respondo, acercándome más a él—. Tenemos que hablar.

—¡Buscaos una habitación, vosotros dos! —La voz de Lucas retumba por toda la discoteca, sobresaltándonos y separándonos.

El calor sube a mis mejillas al darme cuenta de que seguimos en público. Liam se ríe, su mano encuentra la parte baja de mi espalda.

—¿Nos unimos a los demás? —pregunta, señalando con la cabeza hacia el palco VIP donde están reunidos sus hermanos, todos con sonrisas idénticas.

Asiento, todavía sonrojada.

—Guía el camino.

Nos deslizamos en los asientos mullidos, el brazo de Liam rodeando mis hombros. Mientras nos acomodamos, aparecen Cora y Ryder, luciendo despeinados. El cabello de Cora está

enredado y hay un revelador rubor subiendo por su cuello. La camisa de Ryder está ligeramente desacomodada y lleva una sonrisa satisfecha.

—Vaya, vaya, vaya —dice Sloane arrastrando las palabras, sus ojos pasando de Cora a Ryder—. Mirad a quiénes arrastró el gato. ¿O debería decir, mirad quiénes salieron a respirar?

—Creo que sabemos quién ganó la apuesta —agrega Ava con una sonrisa burlona.

Cora sonríe y hace una reverencia burlona, su mano barriendo el aire.

—¿Qué puedo decir? Soy una experta en volver locos a los hombres.

Ryder la estabiliza con una mano en su cintura, acercándola.

—Loco es quedarse corto —murmura, sus ojos sin apartarse del rostro de Cora.

—Por Dios, buscad una habitación, vosotros dos —se queja Lucas, pero hay diversión en su voz.

—Ya lo hicimos —responde Cora con picardía—. Bueno, no exactamente una habitación. No es un hotel, pero ya me entiendes.

Esto provoca un coro de gemidos y risas del grupo, con Ava cubriéndose los oídos y Sloane fingiendo arcadas.

—Demasiada información, hermanita —dice Liam, negando con la cabeza—. Demasiada. Preferiría fingir que sigues siendo virgen.

—Oh, claro que lo soy. —Cora da una palmadita en el brazo de Liam.

Ryder se acerca, sus labios rozando su oreja mientras susurra algo demasiado bajo para que alguien más lo escuche. Lo que sea que dice tiene un efecto inmediato en Cora. Sus mejillas se sonrojan intensamente y sus ojos se iluminan con una mezcla de sorpresa y emoción.

Por un momento, Cora parece quedarse sin palabras, algo raro en ella, por lo que sé. Se muerde el labio inferior, su mirada fija en la de Ryder, la tensión entre ellos palpable. Luego, recuperando la compostura, logra una risa entrecortada.

—Bueno —dice, su voz un poco más ronca que antes—, sabes cómo hacer sonrojar a una chica. Pero no creas que esto significa que has ganado.

Los labios de Ryder se curvan en una sonrisa satisfecha.

—Ni lo soñaría —responde, sin apartar sus ojos de ella.

Las tenues luces de la discoteca proyectan un suave resplandor sobre nosotros cuando Sloane, claramente aún divertida, revuelve el ambiente.

—Así que... ¿vosotros casualmente salisteis a tomar una copa en el mismo lugar donde estamos nosotras? ¿Cuáles son las probabilidades? —Su voz gotea acusación juguetona.

Logan entrecierra los ojos.

—¿Qué? Es un país libre. Solo estábamos tomando una copa.

Cora pone los ojos en blanco, sin creérselo ni por un segundo.

—Ajá, claro. Solo una noche casual, ¿verdad?

Liam se mueve a mi lado.

—Solo estábamos pasando el rato.

Los ojos de Ava se clavan en Lucas, y cruza los brazos.

—¿Pasando el rato... en la misma discoteca a la que sabíais que íbamos a ir?

Lucas no se inmuta, sus labios se curvan en una sonrisa burlona.

—¿Qué puedo decir? Las grandes mentes piensan igual.

Ava levanta una ceja, inclinándose más cerca.

—¿No confías en mí, Lucas?

—Oh, claro que confío en ti, esposa —responde Lucas, su mirada recorriendo la discoteca—. Son los otros tipos de aquí en los que no confío. Solo quería asegurarme de que estuvieras a

salvo.

Los chicos asienten en acuerdo como si fuera la explicación más razonable del mundo.

Cora, siempre rápida con una réplica, señala con el pulgar en dirección a su guardaespaldas de rostro pétreo, Kane, que está parado a un lado como una fortaleza humana.

—Por si no lo habíais notado, ya tenemos un guardaespaldas.

Kane ni siquiera parpadea, y tengo que contener una risa ante lo indiferente que es, como si estuviera acostumbrado a ser arrastrado a sus travesuras.

—Guardaespaldas o no, no confío en nadie más para mantenerte a salvo —dice Ryder, su voz áspera—. Eres mía para proteger, Cora.

Las mejillas de Cora se sonrojan.

—Bueno... quiero decir, eso es... muy dulce. —Parpadea—. Pero en serio, Kane podría aplastar una sandía solo con sus manos. Creo que estamos bien.

Ryder se encoge de hombros, su voz firme, sus ojos fijos en los de ella.

—Las sandías no son el problema, Cora. Es todo lo demás.

Y así, sin más, Cora se derrite. Intenta mantenerse serena, pero veo su sutil sonrisa.

Sloane, sin perder el ritmo, se abanica.

—Alguien que le traiga una bebida antes de que se desmaye.

—Así que, Dra. James —dice Liam, su voz baja y juguetona—, ¿te importaría explicar la física detrás de tus impresionantes movimientos de baile de antes?

Me río, agradecida por la distracción.

—Bueno, Sr. Valeur, es bastante simple. Se trata de maximizar el ritmo mientras se minimiza la vergüenza. Lo llamo la “Teoría del genio torpe del baile”.

Él se ríe, acercándose más.

—Creo que has revolucionado el campo. Deberíamos patentarlo.

Observo a los Valeur interactuar. A pesar de sus bromas y burlas juguetonas, hay un vínculo inquebrantable entre ellos. Para mi sorpresa, encajo en su dinámica, intercambiando bromas y riendo junto con ellos, mi vergüenza anterior desvaneciéndose.

Lucas levanta su copa.

—Por Aleria, por sobrevivir a su primera Noche de Chicas Valeur y darnos el espectáculo de nuestras vidas.

—¡Salud! —exclaman los demás, chocando sus copas.

Miro a Liam, atrapado en una animada discusión con Logan. Sus ojos brillan, sus manos gesticulan mientras argumenta su punto. Se ve feliz. Verdaderamente, genuinamente feliz.

Entonces me doy cuenta: este lado de él, el que cobra vida con sus hermanos, es tanto parte de él como el brillante CEO o el hombre que me abraza por las noches. Tal vez incluso más.

Una punzada de nostalgia me invade. ¿Cuándo fue la última vez que me senté con mis padres en su pequeña cocina, las manos de papá aún grasientas del trabajo, mamá empujándome las sobras como si pudiera desaparecer si no como lo suficiente?

Pero los Valeur son diferentes. La forma en que se mueven unos con otros, como planetas en una órbita cuidadosamente orquestada. Cada gesto tiene peso; cada palabra contiene significado. Su amor no está en conversaciones desordenadas en la cocina ni en toques casuales; está en la manera en que se interponen entre ellos y el mundo.

Cora me mira desde el otro lado de la habitación y me guiña un ojo. Lucas ya se está moviendo para rellenar la bebida de Liam antes de que este la pida. Logan se mueve en su silla, haciendo espacio para su hermano sin decir una palabra. Es como ver una danza donde todos conocen los pasos de memoria.

Solía pensar que su devoción por su familia era un muro entre nosotros. Ahora veo que no es un muro en absoluto, es su cimiento. El núcleo de quién es él.

—Tierra llamando a Aleria —se burla Cora, deslizándose en el asiento a mi lado—. Estás pensando muy intensamente aquí.

Sonrío, observando a Liam y Logan inclinados sobre un móvil, con las cabezas juntas como niños pequeños compartiendo secretos.

—Solo observo el hábitat natural del Valeur salvaje.

Ella se ríe, pero sus ojos son conocedores.

—Es mucho, ¿no? Todo el... —Hace un gesto con la mano, abarcando los lazos invisibles que los unen.

—Sí —admito—. Pero creo que estoy empezando a entenderlo.

Porque lo estoy haciendo. La forma en que los hombros de Liam se relajan cuando sus hermanos están cerca. Cómo lo deja todo por una emergencia familiar. Por qué carga con sus secretos como si fueran propios.

Su familia siempre será lo primero. No es una elección que haga; es quién es él.

Y tal vez eso no sea malo. Quizás amar a alguien significa aceptar que hay partes de su corazón que siempre compartirás con otros. Quizás se trata de encontrar tu lugar en la órbita sin intentar cambiar su curso.

Liam levanta la mirada, encontrándose con la mía. Su sonrisa cambia, suavizándose en algo solo para mí. Y me doy cuenta de que ya no estoy fuera de su órbita. Estoy siendo atraída, de manera lenta pero segura, encontrando mi propio lugar en su danza celestial.

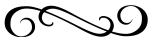
Las siguientes palabras de Ava me devuelven de golpe a la realidad.

—Nunca llegamos a continuar nuestra charla de antes —dice—. Sea lo que sea que esté pasando entre vosotros dos, no dejes que su terquedad lo arruine. Pero... —hace una pausa, y puedo ver cómo sopesa sus siguientes palabras—. Solo recuerda, amar a un Valeur significa aceptar que siempre habrá partes de su vida que no podrás tocar. ¿Puedes manejar eso?

¿Puedo? ¿Puedo amar a Liam, sabiendo que siempre habrá secretos entre nosotros? ¿Puedo confiar en él lo suficiente como para aceptar las partes de su vida que no puede compartir?

Miro de nuevo a Liam, quien elige ese momento para mirar en mi dirección. Su rostro se suaviza, una sonrisa se extiende por sus facciones haciendo que mi corazón se salte un latido. Y me doy cuenta, con una claridad que me aterroriza, de que ya conozco la respuesta.

Veintiséis



LIAM

Lo primero que noto al entrar en mi cocina es el olor. No es el aroma persistente del café de esta mañana ni el tenue olor a limón del servicio de limpieza. Es algo metálico, agudo.

Me quedo paralizado, con la mano aún en el interruptor de la luz, mientras mis ojos se adaptan al tenue resplandor que se refleja en las ventanas. Es entonces cuando lo veo: una figura apoyada casualmente contra mi encimera como si perteneciera aquí. Pero el brillo del metal en su mano cuenta una historia diferente.

—Hola, Liam —dice el intruso, con una voz tan fría como el cañón del arma que me apunta—. Es hora de que hablemos sobre los pecados de tu padre.

Mi mente corre, catalogando detalles incluso mientras la adrenalina invade mi sistema. Hombre, más o menos de mi altura, complexión delgada. Rostro oculto por una máscara. El arma, una Glock, si no me equivoco. Y esa voz... Hay algo familiar en ella, algo que tira de los bordes de mi memoria.

—Me tienes en desventaja —digo, manteniendo un tono uniforme—. ¿Te importaría presentarte?

Se ríe, un sonido desprovisto de toda diversión real.

—Oh, sabes quién soy. O al menos, deberías saberlo. Después de todo, he estado justo bajo tus narices durante meses.

Y entonces encaja. La voz, la postura, la forma en que se mantiene, todo es dolorosamente familiar.

—Arlo —susurro, el nombre me sabe a ceniza en la boca.

—*Ding ding ding* —se burla, apartándose del mostrador—. Denle un premio al caballero. Aunque Arlo no es mi verdadero nombre, por supuesto. Es Elias. Elias Nort. ¿Te suena? Creo que ya has conectado los puntos. ¿Estoy en lo cierto?

Elias Nort. *No*. Esto no puede estar pasando.

—¿Cómo entraste aquí? —pregunto, ganando tiempo mientras evalúo mis opciones.

El sistema de seguridad debería haber... Oh, Dios. Sabía exactamente cuándo Marcus no estaría aquí. Me estaba siguiendo.

Elias agita el arma.

—Bueno, digamos que tu hermana lo hizo notablemente fácil. Es sorprendente lo que la

gente comparte cuando está enamorada.

La rabia hierve dentro de mí ante la mención de Cora. Este bastardo la usó, jugó con sus emociones, todo para llegar a nosotros. A mí.

—Si le has hecho daño...

—Relájate —me interrumpe Elias—. Tu preciosa hermana está bien. Ilesa. Por ahora, al menos.

La amenaza flota en el aire entre nosotros, pesada y ominosa. Doy un paso cuidadoso hacia adelante, con las manos en alto.

—Lo que sea que creas saber sobre mi padre...

—No creo, Liam. *Lo sé.* —La voz de Elias se endurece, dejando caer toda pretensión de amabilidad—. *Sé que asesinó a mi padre a sangre fría. Sé que usó su dinero e influencia para encubrirlo. Y sé que toda tu familia ha estado viviendo de las ganancias de su crimen durante años.*

Niego con la cabeza, la desesperación me araña la garganta.

—No es tan simple. Hay cosas que no entiendes.

—Oh, lo entiendo perfectamente —gruñe Elias, avanzando hacia mí—. Entiendo que tu padre es un asesino. Entiendo que tu familia es cómplice. Y entiendo que es hora de que todos vosotros paguéis.

Veo la tensión en su brazo una fracción de segundo antes de que se mueva. Me lanzo hacia adelante, agarrando el arma. Forcejeamos, nuestros cuerpos chocando contra la isla de la cocina. El dolor explota en mi costado al golpear el borde, pero no suelto. *No puedo soltar.*

Elias es fuerte, impulsado por años de odio y resentimiento. Pero yo estoy luchando por más que mi vida; estoy luchando por mi familia, por mi hermana, por Aleria, por todo lo que amo.

Giramos, estrellándonos contra el refrigerador. Imanes y fotos se esparcen por el suelo, un caleidoscopio de recuerdos bajo nuestros pies.

Logro agarrar el arma, tratando de arrancársela de las manos. Elias gruñe, golpeando su frente contra mi cara. Las estrellas estallan detrás de mis ojos, el dolor atraviesa mi cráneo. Pero me aferro, sabiendo que si pierdo el agarre ahora, todo habrá terminado.

Ambos jadeamos, encerrados en una danza mortal. El arma entre nosotros es una amenaza constante, a un pelo de acabar con todo. Un desliz, un momento de debilidad, y...

El sonido de un golpe en la puerta nos congela a ambos.

—¿Liam? —la voz de Aleria llama desde detrás de la puerta, brillante y hermosa y aterradoramente inconsciente del peligro al otro lado—. Conseguí esos pasteles que te gustan —grita—. ¿Los de aquella pequeña pastelería?

Dios, por favor. Ella no. Cualquiera menos ella.

Elias aprovecha mi momento de distracción. En un fluido movimiento, se gira, rompiendo mi agarre. El dolor estalla en mi muñeca mientras la retuerce hacia atrás, forzándome a arrodillarme. El arma ahora apunta a mi cabeza, su control es total.

Su boca se curva en una sonrisa amenazante mientras se inclina.

—Vaya, vaya —se burla, su voz un susurro bajo y venenoso, su aliento caliente contra mi piel—. Mira quién ha llegado. Es una cosita bonita, ¿verdad?

No puedo detener el pánico que me invade.

—Ella no tiene nada que ver con esto, Elias. No es una Valeur —digo, con voz baja y desesperada—. Déjala ir.

Su sonrisa se ensancha, disfrutando de mi miedo, saboreando el poder que tiene.

—Oh, sé exactamente quién es. Y realmente no me importa. —Inclina la cabeza, fingiendo

considerar—. Pero ¿sabes qué? Me siento generoso esta noche.

Presiona el arma contra mi espalda, recordándome la fría y dura realidad de la que no puedo escapar.

—Así que, así es como va a ser —continúa Elias—. Te daré una oportunidad de salvarla. La alejas de aquí, ahora. Y asegúrate de que no regrese.

Mi sangre se hiela ante sus palabras.

—¿Alejarla?

La sonrisa de Elias se ensancha, un brillo cruel en sus ojos.

—Sí. Si se va ahora, le perdonaré la vida.

Me siento enfermo, pero Elias no ha terminado.

—Y recuerda, si intentas advertirle, si das la más mínima señal de que algo anda mal... —Deja que las palabras floten en el aire, su sonrisa ensanchándose mientras la amenaza se asienta.

—Le pondré una bala en su linda cabecita, y luego te pondré una a ti.

El peso de su exigencia se hunde, y mi estómago se revuelve.

Mi mente corre, buscando desesperadamente una salida de esta pesadilla. Pero con el arma de Elias contra mi columna vertebral y Aleria tan cerca, tan vulnerable, no tengo elección. Tengo que salvarla.

—¿Nos entendemos? —pregunta Elias, su voz goteando falsa dulzura.

—Está bien —digo, con una voz que parece provenir de otra persona—. Lo haré. Solo déjala fuera de esto.

—Bien —dice, empujándome hacia la puerta—. Ahora dile que se vaya. Y Liam, que sea convincente. Tu actuación determinará si ella sale con vida.

Asiento, sintiendo la bilis subir por mi garganta.

No puedo dejar que muera por mi culpa. Necesito hacer que se vaya. Mi pecho se oprime mientras doy un paso hacia la puerta, cada movimiento pesado y deliberado, como si caminara hacia mi propia ejecución.

—¿Liam? —llama Aleria de nuevo, con preocupación en su voz—. Sé que estás en casa.

Aprieto los puños, tratando de evitar que mis manos tiemblen. Dios, ¿qué puedo decir?

Respiro profundamente, haciendo una mueca por el dolor agudo en mis costillas. Me paso una mano por el pelo, esperando borrar las señales de la lucha. No hay tiempo para revisar mi aspecto o limpiarme. Solo puedo esperar verme lo suficientemente normal como para no levantar sospechas en Aleria.

Alcanzo el pomo de la puerta, su superficie fría mordiendo mi palma. Fuerzo una sonrisa y abro la puerta, con cuidado de no abrirla demasiado.

La visión de ella, de pie en el pasillo, con su brillante sonrisa y sus ojos suaves buscando los míos, casi hace que me quiebre.

—Hola —dice, su rostro iluminándose, pero su sonrisa vacila cuando me ve—. ¿Estás bien? Te ves extraño. ¿Por qué sostienes la puerta así?

—Aleria. Hola. No te esperaba.

La pistola de Elias se clava en mi espalda, un recordatorio silencioso de lo que está en juego. Tengo que hacer que se vaya. Tengo que protegerla.

El ceño de Aleria se profundiza.

—¿Puedo pasar?

—¡No! —digo, demasiado rápido. Tomo aire, tratando de calmarme—. No, estoy ocupado.

Su sonrisa desaparece por completo.

—¿Ocupado? ¿Con qué?

El aliento de Elias está en mi cuello, la pistola firme contra mi columna.

—Solo ocupado. Por favor, tienes que irte.

Ella entrecierra los ojos, tratando de mirar a mi alrededor.

—¿Tienes a alguien ahí dentro?

—¿Qué? No, por supuesto que no.

—Entonces déjame entrar. —Da un paso adelante—. Esperaré hasta que no estés ocupado.

Bloqueo su vista mientras intenta mirar más allá de mí, mi corazón se detiene al darme cuenta de lo cerca que está de ver la pistola ahora apuntando hacia ella a través de la rendija de la puerta.

—Tienes que irte —exijo, mi voz áspera por el miedo.

—No. —Su barbilla se levanta con esa determinación terca que normalmente amo—. Algo está mal. Estás actuando de forma extraña. Déjame ayudarte.

—No está funcionando entre nosotros, Aleria.

—¿Qué? —Parpadea, sorprendida por el cambio repentino—. ¿De qué estás hablando?

—De nosotros. De esta relación.

—No. Me prometiste que no volverías a hacer esto. Me prometiste ser honesto conmigo, no alejarme cuando las cosas se ponen difíciles.

Elias se mueve detrás de mí, impacientándose. La pistola se acerca más a la abertura de la puerta.

—Por favor —susurro, tratando una última vez de hacer que se vaya antes de tener que destruirlo todo—. Solo vete.

—No. —Planta firmemente sus pies—. No hasta que me digas qué está pasando realmente. Podemos resolverlo juntos, ¿recuerdas? Eso es lo que dijiste. Eso es lo que prometiste.

El dedo de Elias se tensa en el gatillo a través de la rendija, y mi sangre se convierte en hielo. No hay otra opción.

Dios, cómo deseo atraerla a mis brazos, contarle todo, suplicar su ayuda. Pero no puedo. No puedo. No arriesgaré su vida.

—Esto no está funcionando, Aleria —digo de nuevo, las palabras sabiendo a ceniza en mi boca—. No somos el uno para el otro. Somos como un protón y un electrón. Cuando nos acercamos demasiado, la intensidad es innegable, pero eventualmente nos obliga a separarnos.

Ella da un paso atrás, el shock escrito en su hermoso rostro.

—Liam, ¿de qué estás hablando? Ayer dijiste...

—Sé lo que dije —interrumpo, odiándome con cada palabra—. Pero he estado pensando... No confías en mí. Siempre estás presionando por más, por respuestas que no puedo darte. Y ya no puedo hacer esto.

—Liam —dice Aleria, su voz pequeña y herida—. Esto no tiene sentido. Déjame entrar. Podemos hablar de esto.

Niego con la cabeza, sintiendo la impaciencia de Elias radiando detrás de mí.

—No hay nada de qué hablar. Se acabó, Aleria.

Las lágrimas se acumulan en sus ojos, y requiere todo de mí no quebrarme. Intento transmitir el peligro a través de mi mirada, suplicándole silenciosamente que entienda.

Por un momento, hay un destello de comprensión en sus ojos. Pero luego desaparece, reemplazado por un dolor tan profundo que me quita el aliento.

—No entiendo —susurra—. Liam, por favor. Sea lo que sea que esté mal, podemos arreglarlo. Juntos. No huyas de nuevo. Prometiste que no lo harías.

La pistola se clava más profundamente en mi espalda, una advertencia silenciosa. Me preparo

para el golpe final, sabiendo que nos destruirá a ambos.

—No te amo. Nunca lo hice. Solo me estaba divirtiendo.

Las palabras queman como ácido, saliendo de mí en pedazos irregulares, cada uno una mentira brutal. Su rostro se arruga de confusión, de dolor. Es una mirada que me perseguirá el resto de mi vida.

—Estás mintiendo. —Niega con la cabeza, su voz temblando—. Estás mintiendo. No lo dices en serio.

—Sí lo digo. —Fuerzo las palabras, aunque destrozan cada parte de mí—. Estaba terminando lo que empecé en la universidad. Era un juego para mí, Aleria. Nada más.

Su respiración se entrecorta, una lágrima se escapa a pesar de su esfuerzo por contenerla.

—¿Un juego? —Su voz se quiebra, la incredulidad grabada en cada sílaba—. ¿Estás diciendo que todo esto fue solo una broma para ti? ¿Después de todo...?

Me trago el impulso de atraerla hacia adentro, de protegerla del infierno detrás de esta puerta. Pero Elias se mueve detrás de mí, la amenaza de violencia flotando espesa en el aire.

—Tienes que irte. Ahora.

—¿Por qué estás haciendo esto? —Su voz es más fuerte ahora, una mezcla de desesperación e incredulidad—. Ayer dijiste que podíamos construir un futuro juntos. ¿Eso también fue una mentira? ¿O solo estás asustado?

Aparto la mirada, incapaz de encontrar sus ojos, mientras fuerzo la puñalada final.

—Nunca lo dije en serio, Aleria. Eres una conquista. No te amo y no te quiero. Se acabó.

El silencio entre nosotros se extiende imposiblemente largo, su expresión atónita hiriendo más profundo que cualquier herida. Escudriña mi rostro como si buscara al hombre que conocía, aquel que la abrazaba con tanta ternura. Pero todo lo que ve es el monstruo en el que me he convertido en este momento.

—Bien —dice ella, su voz un susurro quebrado—. Si eso es lo que quieres.

Da un paso tembloroso hacia atrás, sus lágrimas brillando en la tenue luz. Y antes de que pueda siquiera parpadear, se da la vuelta y se aleja, cada paso resonando como un tañido fúnebre en mi pecho. Quiero llamarla, gritar que todo es una mentira, que la amo más que a nada en este mundo. Pero no lo hago. No puedo.

La veo desaparecer, y solo cuando se ha ido cierro la puerta, desplomándome contra ella mientras mi mundo se desmorona.

Veintisiete

ALERIA

E stoy sentada en mi oscuro apartamento, el silencio me oprime. Schrödinger se mueve por el suelo de madera, su presencia es lo único que me mantiene anclada. Mis mejillas están rígidas por las lágrimas secas, pero es mi corazón el que duele como si cada latido fuera un recordatorio de las palabras de Liam. Resuenan en mi mente, una y otra vez, como una herida que no sana.

—*Se acabó, Aleria. No quiero volver a verte nunca más.*

—¿Miau? —Schrödinger roza mi pierna con su hocico, sus ojos me miran fijamente.

—Yo tampoco lo entiendo, amigo —murmuro, rascándole detrás de las orejas—. ¿Cómo pude enamorarme de él otra vez? Después de todo lo que pasó en la universidad. ¿Por qué soy tan estúpida como para creerle de nuevo?

Mi móvil vibra, el nombre de Cora parpadea en la pantalla. ¿Qué demonios querrá? ¿Consolarme después de que Liam me tratara como basura? No necesito su lástima.

Pero algo, una sensación incómoda en la boca del estómago, me impulsa a contestar.

—¿Aleria? —La voz de Cora está tensa por la preocupación—. ¿Has visto a Liam? No está en casa, ni en la oficina, y siempre contesta mis llamadas.

Ella no lo sabe.

—Rompimos hace unas horas —digo, las palabras saben amargas—. Me dejó. No sé dónde está ahora.

—¿Qué? Eso no tiene sentido. Os vi a los dos en la discoteca. Está muy enamorado de ti.

—Pues aparentemente no —replico, el dolor burbujea—. Dejó bastante claro que no quiere verme más. Eso es todo.

Dejo caer el móvil sobre la mesa, mis dedos rígidos por la tensión. El suave zumbido del apartamento llena el espacio donde antes estaba la voz de Cora, pero sus palabras no se desvanecen. Vuelven, royendo los bordes de mis pensamientos. "*No está en casa. No está en la oficina*".

¿Por qué no contesta sus llamadas?

Aprieto la mandíbula, intentando sacudirme esa idea. Ya no es asunto mío. Él lo dejó perfectamente claro. Pero cuanto más se alarga el silencio, más se tensa el nudo en mi pecho.

¿Dónde está? ¿Por qué no contesta? Sé que su familia es lo más importante para él. Nunca

ignoraría a su hermana así.

No quiero que me importe. No me importa.

Las palabras de Liam vuelven a resonar en mi mente. Su crueldad. *"Somos como un protón y un electrón..."*

Me quedo paralizada, mi mano inmóvil sobre el pelaje de Schrödinger.

—Espera un momento —susurro, mi corazón empieza a acelerarse—. Eso no está bien.

Me levanto de un salto, sobresaltando a Schrödinger, y empiezo a caminar de un lado a otro.

—Los protones y los electrones no se repelen. Se atraen. Liam lo sabe. Nunca cometería ese tipo de error.

La revelación me golpea como un puñetazo físico. Liam no estaba rompiendo conmigo. Estaba intentando enviarme un mensaje. La física incorrecta no era un error; era una advertencia.

—Oh, Dios —jadeo, mi voz tiembla—. Estaba intentando decirme que algo iba mal, y no me di cuenta.

Me lanzo hacia mi móvil, mis dedos tiemblan mientras marco el número de Cora. En cuanto contesta, suelto:

—Cora, creo que algo le pasa a Liam.

—¡Eso es lo que te estaba diciendo! —La voz de Cora es aguda por la preocupación—. Aleria, ¿qué sabes?

—La ruptura —explico, las palabras salen atropelladamente—. Dijo algo sobre protones y electrones que estaba completamente mal. Liam nunca cometería un error así. Creo... creo que estaba intentando decirme que estaba en problemas.

Hay un momento de silencio al otro lado de la línea. Luego Cora dice:

—Su guardaespaldas tampoco lo ha visto. Voy a convocar una reunión familiar. Tenemos que averiguar qué está pasando. ¿Puedes venir a la mansión? Te envío la dirección ahora mismo por mensaje.

—Estaré allí tan rápido como pueda —prometo, ya buscando mis llaves.

Treinta minutos después, estoy llegando a la mansión Valeur. El mero tamaño de la propiedad todavía me deja sin aliento, una imponente mansión que se extiende sobre jardines perfectamente cuidados. Aparco mi destartado Prius junto a una fila de vehículos de lujo, sintiéndome más fuera de lugar que nunca.

Una de las empleadas del servicio responde a mi tímido golpe en la puerta, haciéndome pasar a un vestíbulo que grita dinero antiguo. Lámparas de cristal, obras de arte de valor incalculable y muebles antiguos me rodean, un duro recordatorio del mundo del que proviene Liam, un mundo tan diferente al mío.

Mientras la sigo hacia el interior de la casa, los sonidos de urgencia se hacen más fuertes. Entramos en una enorme sala de estar, y me sorprende el caos controlado que hay dentro.

Ryder camina cerca de una ventana, con el móvil pegado a la oreja. Su voz es baja e intensa mientras habla con alguien llamado Zane.

—Utiliza todos los recursos que tenemos. Encuéntralo.

En un lujoso sofá, Logan tiene el brazo alrededor de una Cora que solloza. Murmura palabras de consuelo, pero la preocupación grabada en su rostro delata su propio miedo. Cora levanta la mirada cuando entro, con el rímel corrido por las mejillas.

—Aleria —dice con voz entrecortada—. Gracias a Dios que estás aquí.

El mayor de los Valeur está sentado en un sillón de respaldo alto con la cabeza entre las manos, y al otro lado de la habitación, Lucas mantiene lo que parece una acalorada conversación telefónica.

—No, aún no podemos ir a la policía. Solo... sigue buscando. Llámame en cuanto encuentres algo.

En un elegante escritorio en la esquina, los dedos de Sloane vuelan sobre el teclado de su portátil. Apenas levanta la vista cuando me acerco, sus ojos fijos en la pantalla con una concentración láser.

—Estoy intentando hackear el sistema de cámaras de tráfico de la ciudad —explica sin preámbulos—. Si podemos rastrear los movimientos de su coche...

La opulencia de la habitación contrasta con el pánico que se respira en el aire. A pesar de la riqueza que nos rodea, los Valeur parecen tan perdidos y asustados como yo.

—Aleria —dice Cora—. Tú fuiste la última en ver a Liam, que sepamos. Cuéntanos exactamente qué pasó.

Relato la interacción, todos los detalles que puedo recordar. Con cada palabra, la sensación de que algo no está bien crece.

—No dejaba de decir que debía irme —murmuro—. Dios, ¿cómo pude ser tan estúpida? Estaba intentando advertirme.

—No podías saberlo —dice Logan, su mano cálida sobre mi hombro—. Pero ahora tenemos que encontrarlo.

La siguiente hora es un torbellino de actividad. Zane rastreó el móvil y el coche de Liam, descubriendo que su móvil está en su ático y su coche en el garaje de abajo. Sugiero revisar las cámaras de seguridad alrededor del edificio de apartamentos, y Logan se sienta frente al portátil, recordando que puede acceder a las imágenes de seguridad desde dentro del ático de Liam.

Mientras esperamos las grabaciones, observo a la familia. Su preocupación es palpable, pero también lo es su unidad. Sloane me entrega una taza de café, apretando mi mano al hacerlo.

—Lo vamos a encontrar —dice—. Es demasiado terco para dejar que algún imbécil le gane.

Nos amontonamos alrededor de la pantalla, con la tensión espesa en el aire mientras Logan navega por las grabaciones. La marca de tiempo muestra la hora aproximada de nuestra ruptura.

Vemos a un hombre entrando en el ático de Liam, pero lleva una de esas mascarillas médicas y mantiene el rostro apartado. Parece conocer la ubicación de las cámaras, evitando cuidadosamente tomas claras.

—¡Maldita sea! —Ryder golpea la mesa con el puño—. Este tipo sabe lo que hace. Pasó la seguridad, toda ella... ¿cómo? ¿Cómo demonios sabe dónde están todas las cámaras?

Vemos a Liam siendo confrontado en la cocina. El arma, la postura, y Liam hablándome a través de la puerta entreabierta con el hombre a su espalda, apuntando el arma en mi dirección.

Observamos cómo Liam es obligado a irse con el hombre, y todos estallan en acción una vez más.

La tensión en la habitación aumenta con cada callejón sin salida. Me siento impotente, mi mente repitiendo una y otra vez mi última interacción con Liam. Si solo me hubiera dado cuenta antes...

Nos dividimos en equipos, cada uno abordando un aspecto diferente del problema. Logan y Sloane se agazan frente al ordenador, sus rostros iluminados por el brillo de la pantalla mientras trabajan en rastrear los movimientos del secuestrador a través de las cámaras de tráfico.

—Si podemos seguir el coche que usó para llevarse a Liam, tal vez podamos localizar dónde lo tiene retenido —murmura Logan, sin apartar los ojos de la pantalla.

Sloane asiente, sus dedos volando sobre el teclado.

—Estoy accediendo a la red de cámaras de tráfico de la ciudad ahora. Empezaremos desde el edificio de Liam y nos expandiremos.

Ryder y Cora se acurrucan juntos en el sofá, compilando una lista de propiedades que este hombre podría estar usando.

—Necesitaría un lugar aislado —dice Cora, con la voz tensa por la preocupación—. Algún sitio donde pudiera retener a alguien sin levantar sospechas.

—Estoy revisando edificios abandonados, almacenes, cualquier cosa fuera de la red —responde Ryder, desplazándose por su tableta.

Mientras tanto, Ava y yo extendemos mapas de la ciudad sobre la gran mesa del comedor. Los examinamos minuciosamente, buscando cualquier ubicación que pudiera coincidir con el fondo que vislumbramos en el vídeo.

—Tiene que ser algún lugar apartado —murmuro, más para mí misma que para Ava—. Un sitio que no llame la atención.

Ava rodea algunas áreas en el mapa.

—¿Qué tal estas zonas industriales en las afueras? Hay muchos edificios vacíos, poco tránsito peatonal.

Asiento.

—Buena idea. Vamos a cruzar estos datos con la lista de Ryder y Cora.

—Aunque los encontremos, no podemos simplemente ir allí a lo loco —dice el Sr. Valeur—. Elias es peligroso y tiene a Liam. Tenemos que ser inteligentes con esto.

—¿Qué estás sugiriendo? —pregunta Lucas.

El Sr. Valeur respira hondo.

—Creo... creo que necesito entregarme. Quizás si lo hago, dejará ir a Liam.

—¡No! —La protesta surge de todos nosotros al unísono.

—Tiene que haber otra manera —insiste Logan—. No podemos dejar que gane así.

—¿De qué estáis hablando todos? —pregunto, confundida—. ¿Sabéis quién hizo esto?

Los ojos de Cora se dirigen a su padre antes de volver a mí.

—Hay algo que necesitas saber, Aleria —comienza, bajando la voz casi a un susurro, obligándome a inclinarme cerca—. El hombre que se llevó a Liam... No es al azar. Tiene una historia con nuestra familia.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Cora mira alrededor de la habitación, notando las expresiones tensas en los rostros de los miembros de su familia. El Sr. Valeur se mueve en su sillón, pareciendo más viejo y cansado de lo que nunca lo he visto.

—No podemos entrar en todos los detalles ahora mismo —interviene Logan—. Pero hubo un... incidente, hace años. Algo en lo que papá estuvo involucrado.

—¿Qué tipo de incidente? —pregunto, con la mente acelerada.

Ryder da un paso adelante, con la mandíbula apretada.

—El punto es que este hombre, Elias, cree que la familia Valeur le hizo daño. Busca venganza. Ha estado amenazando a la familia Valeur desde hace algún tiempo.

Me esfuerzo por procesar esta información, mirando de un rostro a otro.

—¿Así que las amenazas, el secuestro... todo es por algo que pasó en el pasado?

—Sí —confirma Sloane, sus dedos deteniéndose en el teclado—. Quiere hacernos pagar a todos por lo que cree que se le hizo a su familia.

La gravedad de la situación se asienta sobre mí como un peso físico. Esto ya no se trata solo de encontrar a Liam. Es sobre el oscuro secreto de una familia y la búsqueda de venganza de un hombre.

—Si sabéis quién es, ¿por qué no habéis llamado a la policía? ¿Por qué no lo han detenido?
Se miran entre ellos.

—No podemos —dice Lucas—. No si queremos proteger a la familia. Además, sabemos su nombre, pero eso es todo. No hemos podido localizarlo, y no tenemos idea de cómo luce.

—Sé que es mucho para asimilar —dice Cora, poniendo una mano en mi brazo—. Y prometo que te explicaremos todo cuando podamos. Pero ahora mismo...

—Ahora mismo, necesitamos concentrarnos en encontrar a Liam —termino por ella, dejando de lado mi confusión y las innumerables preguntas—. Bien. Contadme todo lo que sabéis sobre este Elias. Cada detalle podría ser crucial.

Mientras me ponen al día sobre lo poco que saben, me concentro en la tarea que tenemos entre manos. El misterioso pasado de los Valeur tendrá que esperar. Lo único que importa ahora es traer a Liam de vuelta a salvo.

Nos sumergimos de nuevo en nuestra búsqueda con renovado vigor. Me entrego al trabajo, dejando de lado la preocupación y la culpa que me corroen. Cada minuto que pasa es otro minuto en que Liam está en peligro.

A medida que pasan las horas, la fatiga se instala. Me arden los ojos de tanto mirar pantallas y mapas, y mis manos tiemblan al alcanzar otra taza de café.

—Aleria —dice Ava—, necesitas descansar, cariño. No le serás de utilidad a Liam si te desplomas por el agotamiento.

Sacudo la cabeza.

—No puedo. No mientras él esté ahí fuera.

Los ojos de Ava se suavizan.

—Lo amas, ¿verdad?

La pregunta me toma por sorpresa. He estado tan concentrada en encontrar a Liam que no me he permitido pensar en mis sentimientos. Pero ahora, enfrentada a la posibilidad de perderlo para siempre, la verdad es innegable.

—Sí —susurro—. Lo amo, y nunca pude decírselo.

Ava me abraza y, por un momento, me dejo consolar. Pero luego me enderezo, secándome los ojos.

—Bien. Volvamos al trabajo. Vamos a encontrarlo, y entonces le diré lo que siento... justo después de gritarle por asustarme de esta manera.

Ava se ríe, un sonido bienvenido en la tensa atmósfera.

—Esa es la actitud. Ahora, echemos otro vistazo a esas imágenes de la cámara de tráfico. Creo que vi algo...

Todos los móviles suenan simultáneamente. Compartimos una mirada de temor antes de que Cora abra el mensaje: un enlace de video de un número desconocido.

Con manos temblorosas, Logan conecta su móvil a la gran pantalla del escritorio de su padre. La imagen cobra vida y mi corazón se detiene.

Liam está ahí, atado a una silla. Un oscuro moretón florece en su mejilla. Parece que está sufriendo, y reprimo un grito, llevándome la mano a la boca.

—La familia Valeur ha vivido en el lujo —una voz susurrada sale por el altavoz—, construido sobre el sufrimiento de otros durante demasiado tiempo. Ahora, tenéis una elección.

La voz atraviesa la habitación como el hielo, cada palabra una daga.

—Donad toda la riqueza de los Valeur a las organizaciones benéficas especificadas en la pantalla. Liquidadlo todo... hasta el último céntimo. —El hombre hace una pausa, el silencio más aterrador que la demanda—. Y Peter Valeur... —La voz gotea veneno—. Peter Valeur debe

morir. En cámara. Confesará cada crimen, cada pecado, ante el mundo. Su último aliento llevará la verdad.

Un jadeo colectivo reverbera en la habitación, mientras el peso de las palabras se hunde. Observo cómo la sangre abandona el rostro del Sr. Valeur, la gravedad de la demanda amaneciendo en él.

—Su vida por la de Liam —la voz continúa, más fría, más implacable—. Una ejecución pública para equilibrar la balanza. Tenéis veinticuatro horas —concluye la voz—, o Liam pagará el precio por sus pecados.

Veintiocho

ALERIA

—Esa voz —susurra Cora, sus palabras cortando el tenso silencio—. Conozco esa voz.
Todos los ojos en la habitación se vuelven hacia ella.

—Es Arlo.

El nombre golpea la habitación como una bola de demolición. El asombro se extiende por los rostros de la familia Valeur, normalmente tan compuesta en su mundo de riqueza y poder. Miro a Sloane, que está rígida a mi lado, con una expresión tensa.

—Arlo era el novio de Cora —murmura Sloane, con voz queda—. Al principio parecía genial, pero luego las cosas se pusieron... raras. Cora terminó con él.

Asiento, mis ojos volviendo a Cora mientras la verdad se asienta. El color desaparece de su rostro, sus ojos abiertos se llenan de horror.

—Oh, Dios —dice ahogadamente—. ¿Por qué se llevaría a Liam? ¿Está relacionado con las amenazas? ¿Por qué nos odia? —Su voz vacila, rompiéndose en jadeos—. Estuvo aquí, en esta casa, todo el tiempo. Le di un tour. Dejé que los conociera a todos vosotros. —Su voz se eleva, bordeando la histeria—. Sabe tanto sobre nosotros.

Cora se derrumba, sus rodillas ceden bajo ella mientras los sollozos sacuden su cuerpo. Ryder está a su lado en un instante, tomándola en sus brazos. Su expresión es de furia controlada, apenas ocultando la tormenta que se avecina.

La habitación estalla en caos, todos hablando a la vez. Vuelan las acusaciones, el miedo y la ira son palpables en el aire. A través de todo, los sollozos de Cora resuenan, un recordatorio desgarrador de la traición personal en el centro de esta pesadilla.

—Cora —la voz de Peter corta el caos como un cuchillo, firme pero gentil.

El rostro surcado de lágrimas de su hija se vuelve hacia él.

—Sé que esto es difícil, pero necesitamos que te concentres. Conocías a este hombre. Liam necesita tu ayuda.

El cuerpo de Cora se pone rígido, sus sollozos se calman a hipidos. Se limpia los ojos con el dorso de la mano, manchándose la mejilla de rímel.

—¿Qué necesitáis que haga? —pregunta, con la voz ronca pero firme.

Logan da un paso adelante, su rostro una máscara de determinación.

—Llámallo. Ve si puedes hacerlo hablar. Si puedes obtener una ubicación de él.

La mano de Cora tiembla mientras alcanza su móvil. La habitación queda en silencio, el único sonido es el rápido golpeteo de sus uñas contra la pantalla. Lo pone en altavoz, y el tono de marcado llena el aire.

Un timbre. Dos. Tres.

—Vaya, vaya —la voz rezuma del altavoz, goteando falsa calidez—, si no es mi Valeur favorita. ¿Ya me extrañas, cielo? Debo decir que pensé que lo descubrirías mucho antes.

La mandíbula de Cora se tensa, un músculo palpita en su mejilla.

—¿Qué estás haciendo, Arlo? ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Qué quieres con mi hermano? ¿Es porque rompí contigo?

Una risa oscura crepita por la línea, enviando un escalofrío por mi columna.

—Oh, cielo. ¿Crees que esto es por ti? Tú nunca fuiste el objetivo. Solo eras mi forma de entrar.

—¿De qué estás hablando? —La voz de Cora vacila, traicionando su miedo.

—Permíteme presentarme correctamente. —La voz adopta una formalidad burlona—. Mi nombre no es Arlo. Es Elias. Elias Nort.

El efecto es inmediato. Peter se tambalea hacia atrás, colapsando en una silla cercana. El color desaparece del rostro de Lucas mientras los ojos de Logan se abren en un reconocimiento horrorizado.

¿Qué demonios está pasando?

—Así es —dice Elias, su voz goteando malicia—. Tu querido papito mató a mi padre. Y ahora, estoy aquí para devolver el favor.

La voz de Arlo, o Elias al parecer, crepita a través del altavoz, fría y precisa.

—¿Recuerdas ese pequeño intento de robo contra ti, Cora? —Se ríe, un sonido desprovisto de calidez—. Eso fue obra mía. El tipo que contraté debía terminar el trabajo, pero era un cobarde.

Los dedos de Cora se aprietan alrededor de su móvil, sus nudillos se vuelven blancos. Se balancea ligeramente, y Ryder la estabiliza con una mano en su espalda, su rostro es una imagen de rabia.

—Se suponía que yo me iba a ir limpio, fingir que nunca estuve allí. Ya sabes, por la coartada —dice Elias, su voz teñida de frustración—. Pero no, sobreviviste, y no solo eso, rompiste conmigo y cortaste mi acceso a la familia.

Un sonido estrangulado escapa de la garganta de Cora. Su mano libre vuela a su boca, los ojos abiertos de horror mientras las implicaciones completas de sus palabras se hunden.

—Tú... Ibas a... —balbucea, incapaz de terminar el pensamiento.

—¿Matarte? —termina Elias por ella, su tono pragmático—. Ese era el plan. Igual que planeé matar a Lucas en ese paseo en bicicleta. Usar intermediarios fue un error. Algunas cosas —dice, bajando la voz—, necesitas hacerlas tú mismo.

Lucas tropieza hacia atrás, su rostro ceniciento.

—Oh, y Logan. —La voz de Elias adopta un tono burlón—, en realidad eras el primero en mi lista. Pero luego me enteré de que eras adoptado, así que decidí dejarte vivir. Después de todo, no eres realmente un Valeur, ¿verdad?

Los ojos de Logan se ensanchan, desenfocados. Su boca se abre y se cierra, pero no sale ningún sonido.

La habitación parece encogerse a nuestro alrededor, el aire se vuelve espeso y pesado. La respiración de Cora viene en jadeos cortos y agudos. Lucas se inclina sobre la mesa, pareciendo que podría vomitar. Logan está congelado, su rostro una máscara de shock e incredulidad.

Observo cómo la familia Valeur se desmorona ante mis ojos, su mundo haciéndose añicos con cada revelación.

Todo lo que puedo hacer es estar aquí, una extraña presenciando la implosión de una familia que creía conocer.

—Estás enfermo —susurra Cora, su voz temblando.

—No —espeta Elias, su voz calmada quebrándose—. Lo que es enfermizo es ver a tu padre morir y ser impotente para detenerlo. ¡Lo que es enfermizo es crecer sabiendo que el hombre que lo mató camina libre, viviendo en el lujo mientras tú no tienes nada!

La voz de Elias cambia, pequeña y vulnerable.

—Yo tenía cinco años.

El cambio de tono nos hace inclinarnos, a pesar de nosotros mismos.

—Lo vi todo. Tu padre, Peter Valeur, asesinó a mi papá a sangre fría frente a mí.

El rostro de Peter se contorsiona, la confusión dando paso a un lento y creciente horror. Sus manos tiemblan mientras agarran los brazos de su silla, sus nudillos blancos.

—No había ningún niño allí esa noche. ¿De qué... de qué estás hablando? —exige Peter, su voz quebrándose, la incredulidad espesa en cada palabra.

—¡Yo estaba allí! —grita Elias—. Era solo un niño pequeño, pero juré ese día que haría pagar a los Valeur. Y ahora, aquí estamos. Tu día ha llegado.

La cabeza de Peter se sacude, su respiración entrecortada sale en ráfagas breves.

—Yo... no lo sabía. No había ningún niño. No vi a nadie. —Su voz baja a un susurro como si hablar más alto pudiera quebrarlo—. Nunca habría...

Elias interrumpe, exponiendo sus demandas de nuevo, cada palabra precisa y cortante.

—...toda la riqueza de los Valeur, donada a organizaciones benéficas de mi elección. Y Peter Valeur debe morir. En cámara, confesando cada pecado, cada crimen que ha cometido.

Cora deja escapar un sollozo ahogado.

—El mundo entero conocerá la verdad antes de que dé su último aliento —dice Elias—. Solo entonces Liam será liberado.

—No te saldrás con la tuya —gruñe Logan entre dientes apretados.

—Pero ya lo he hecho —dice Elias—. Verás, vivo o muerto, tu padre caerá. Y yo podré ver cómo esta familia se destruye de todas formas. Si vive, Liam muere, y vosotros pasarais el resto de vuestras vidas sabiendo que pudieron haberlo salvado. Si muere... —Elias chasquea la lengua—. Bueno, esa culpa es un tipo diferente de veneno, ¿no es así?

El silencio que sigue es ensordecedor. Peter Valeur permanece rígido, su rostro una máscara de angustia mientras mira a sus hijos.

—Tic tac —canturrea Elias—. ¿Qué va a ser, Peter? ¿Tu vida o la de tu hijo?

Un alboroto estalla desde el altavoz del móvil. El sonido de telas moviéndose, seguido por el chirrido de una silla contra el suelo.

—¡No lo hagas, papá! —La voz de Liam resuena, ronca y tensa. La desesperación, el miedo... todo está ahí, y mi corazón se aprieta tan fuerte que siento que no puedo respirar.

Un golpe sordo hace eco a través de la línea. La brusca inhalación de Liam se corta, reemplazada por un gemido ahogado. El sonido de su sufrimiento me atraviesa como un cuchillo.

Ya no puedo contenerme más. Un sollozo se escapa de mi garganta, intenso y agonizante. Me derrumbo en el suelo, envolviendo mis brazos alrededor de mí misma como si de alguna manera pudiera mantener unidas las piezas de mi corazón roto. La habitación da vueltas, pero todo en lo que puedo concentrarme es en el sonido del sufrimiento de Liam resonando en mi mente, implacable e inexorable.

Y estoy impotente. Tan completamente impotente.

—Tenéis veinticuatro horas y contando —la voz de Elias regresa, fría como el hielo—. En realidad, menos que eso ahora. O Liam muere, y pasaré al siguiente Valeur. Y al siguiente. Hasta que no quede nadie.

Peter se pone de pie con dificultad, su rostro pálido.

—Escúchame, Elias. Tu padre... No era una buena persona. Hay cosas que no entiendes...

La línea se corta. Elias ha colgado.

El silencio presiona, asfixiándome. Mi mirada se desvía hacia Peter, y a través del velo de mis lágrimas, lucho por reconciliar al hombre frente a mí con la imagen que siempre he tenido de él: el patriarca poderoso e intocable admirado por sus hijos, especialmente por Liam. Pero ahora, parece... destrozado. Sus anchos hombros se hunden bajo el peso de años de secretos, cada uno añadiendo más grietas a su figura antes imponente.

Sus ojos, usualmente agudos y llenos de autoridad, están vacíos cuando levanta la cabeza para enfrentar nuestras miradas colectivas. En ese momento, veo a un hombre envejecido por la culpa, por los errores que nos han llevado hasta aquí. El hombre que amo está en peligro, peligro mortal, por algo enterrado en el pasado de Peter.

El puño de Logan golpea el escritorio, el chasquido agudo reverbera por la tensa habitación. Doy un respingo, un pequeño jadeo escapa de mis labios.

—¡Tengo algo! —La voz de Logan está ronca de emoción, salvaje, como alguien colgando al borde de la desesperación.

Todos nos abalanzamos hacia él, agrupándonos alrededor de su ordenador como si contuviera la clave para salvar a Liam.

Un mapa se ilumina en la pantalla, con un punto rojo pulsante en su centro.

—La llamada —dice Logan, las palabras saliendo en tropel—. La gente de Mercer la rastreó hasta esta área. No es exacto, pero...

—Es un comienzo —respiro, mi corazón martilleando en mi pecho. Por primera vez desde que comenzó esta pesadilla, un destello de esperanza atraviesa la oscuridad asfixiante.

Pero entonces la voz de Peter corta el momento.

—He tomado una decisión. —Su tono es plano, resignado. Es el sonido de un hombre que ya se ha rendido, que se está preparando para hacer lo impensable.

Todas las cabezas se vuelven hacia él, el temor acumulándose en la boca de mi estómago.

—Voy a hacer lo que Elias quiere.

La habitación estalla. El grito de Cora es el primero en cortar el ruido, crudo y gutural.

—¡Papá, no! —Corre hacia él, aferrándose a su brazo con una desesperación que nunca antes había visto—. Encontraremos otra manera. Siempre lo hacemos.

—No puedes simplemente ceder —dice Lucas, su voz afilada por la furia, pero debajo, escucho el miedo—. Si haces lo que Elias quiere, Liam no tendrá ninguna oportunidad de sobrevivir. No lo salvará... nos destruirá a todos.

Pero la expresión de Peter no vacila. Su rostro es una máscara de determinación, grabado con las líneas de demasiadas noches sin dormir y demasiados arrepentimientos.

—He cargado con esta culpa durante demasiado tiempo —dice, su voz firme a pesar del caos circundante—. Si mi muerte puede salvar a Liam, si puede salvaros a vosotros, entonces vale la pena.

Por un momento, la habitación cae en un silencio atónito. Mi pecho se aprieta, el aire se niega a llenar mis pulmones. Me quedo allí, viendo a esta familia, los Valeur, desmoronarse, y me golpea cuán profundo corre su amor, cuánto dolor están dispuestos a soportar el uno por el

otro.

Liam ama a su padre, y lo admira más que a nadie. El hombre que admira se sacrificará por un crimen enterrado hace mucho tiempo, pero Liam nunca querría eso. Nunca lo perdonaría.

No puedo quedarme callada. No puedo dejar que esto suceda.

— Sr. Valeur —comienzo, mi voz temblando pero de alguna manera lo suficientemente firme para ser escuchada—, entiendo por qué siente que esta es la única salida. Pero Liam lo ama. Él nunca querría que usted tirara su vida así. No antes de haber intentado todas las demás opciones. Todavía tenemos casi veinticuatro horas.

Los ojos de Peter se posan en mí, suavizándose, pero el dolor en ellos corre profundo.

—Realmente amas a mi hijo, ¿verdad?

Asiento, las lágrimas picando mis ojos de nuevo. Creo que lo he amado desde la universidad. Nunca dejé de amarlo.

—Sí. Y por eso no puedo dejar que haga esto. Lo destruirá. Encontraremos otra manera. Y, además, no tenemos ninguna garantía de que Elias dejará ir a Liam incluso si cumple con todas sus demandas.

Logan interviene, su voz resonando con resolución.

—Aleria tiene razón. Somos Valeur. No nos rendimos. Y seguro que no dejamos que escoria como Elias gane. Vamos a encontrar a Liam. Juntos.

Por primera vez en horas, siento algo más que pavor, un hilo de esperanza, frágil pero presente. Puede que nos enfrentemos a probabilidades imposibles, pero Logan tiene razón. Tenemos algo que Elias nunca entenderá. Familia. Amor.

Cierro los ojos, evocando el rostro de Liam en mi mente. Su ingenio rápido, su fuerza silenciosa, la manera en que me hace sentir vista incluso en medio de una tormenta. No puedo perderlo. No así.

—Aguanta, Liam —susurro, una plegaria tejida con cada pizca de esperanza que me queda—. Vamos por ti. Solo aguanta.

Veintinueve

LIAM

El hormigón presiona frío e implacable contra mi mejilla, enviando un escalofrío entumecedor por mi mandíbula. Cada respiración superficial hace que mis costillas palpiten, irradiando un dolor agudo con cada movimiento. La sangre cubre mi boca, amarga y metálica. Las botas de Elias rascan el suelo mientras me rodea como un depredador acechando a su presa. La habitación está tan oscura que apenas puedo distinguir la forma de Elias.

Una patada aguda se clava en mi costado, y aprieto los dientes con fuerza para evitar que se me escape cualquier sonido. Me niego a darle la satisfacción de oírme gritar. Las cuerdas alrededor de mis muñecas se clavan más profundamente y arden con cada movimiento, pero me concentro en el roce de las botas de Elias, cronometrando sus pasos.

—¿Sabes? —dice, su voz serpenteando por el aire—. Esperaba más pelea del chico de oro de la familia Valeur. Sin embargo, aquí estás, tirado como un juguete roto.

Una risa seca se me escapa, más por instinto que por elección, rociando sangre en mis labios.

—¿Roto? ¿Eso es lo que piensas? —Giro la cabeza, orientándome hacia su voz—. No sabes nada sobre la fuerza, Elias.

La habitación se queda inmóvil, sus pasos se detienen. Es hora de retorcer el cuchillo.

—¿Alguna vez te has preguntado —continúo, con voz tranquila y deliberada— por qué mi padre mató al tuyo?

El aire en la habitación cambia, espesándose con un peso invisible. Sus pasos se detienen por completo ahora.

—Querrás decir que lo asesinó —escupe Elias—. Asesinó a mi padre a sangre fría. Lo arruinó todo.

—No —digo, negando lentamente con la cabeza, cada movimiento enviando una nueva oleada de dolor por mi cuerpo—. *Tu* padre lo arruinó todo. Violó a mi madre. La destruyó.

La temperatura en la habitación parece haber bajado varios grados cuando las palabras aterrizan. El aire a nuestro alrededor se vuelve pesado, la tensión crepitando entre nosotros como un cable vivo. Oigo las respiraciones entrecortadas de Elias, cada exhalación más aguda, más errática.

—¡Estás mintiendo!

—Mi padre no planeaba matarlo —digo, forzando las palabras a través de mis labios

magullados—. Fue a confrontar a tu padre sobre la violación. Las cosas se salieron de control. No se suponía que pasara.

—Estás mintiendo —repite Elias, pero la convicción ha desaparecido, reemplazada por los bordes irregulares de la duda.

Me empujo ligeramente hacia arriba, las cuerdas mordiendo mis muñecas mientras me muevo. El martilleo en mi cráneo se intensifica, pero necesito seguir hablando, necesito mantenerlo desequilibrado.

—Piénsalo —presiono, mi voz ganando fuerza—. Dijiste que tenías cinco años cuando murió tu padre, ¿verdad? No te dijo nada porque no pudo. Ya estaba muerto. Has construido toda tu vida sobre el mito de un hombre que nunca conociste realmente.

—Cállate —gruñe Elias, su respiración acelerándose.

—Lo estás viendo, ¿verdad? —digo, apoyándome en su creciente incertidumbre—. Sabes que tengo razón. No era un héroe. Era un monstruo. Un violador.

—¡Cállate! —su voz se quiebra, cruda y desesperada.

Pero sigo adelante, mis palabras como un cuchillo retorciéndose más profundamente.

—No era el hombre que pensabas que era. Y mi padre... estaba tratando de protegernos. Aunque no lo había planeado, hizo lo que tu padre merecía.

La oscuridad se cierra sobre mí, cada respiración forzada. Su aguda inhalación corta el silencio, y luego sus dedos se retuercen en mi cabello, tirando de mi cabeza hacia atrás. El dolor estalla en mi cuero cabelludo, ondulándose por mi cuello, forzando una mueca. Aprieto los dientes, su aliento caliente rozando mi piel mientras su agarre se aprieta, vibrando de furia. El hedor a sudor y metal llena el espacio, un sabor agrio a sangre se aferra al aire, dificultando la respiración.

—¡Estás mintiendo! —dice de nuevo—. Eres igual que él... torciendo la verdad para sentirte mejor.

Un puñetazo agudo golpea mi mandíbula, y mi cabeza se gira bruscamente hacia un lado, el sabor metálico de la sangre inundando mi boca de nuevo. Escupo la sangre en el suelo, apenas capaz de oír sobre el zumbido en mis oídos.

—Tu padre era un cobarde —logro decir con dificultad, cada palabra impregnada de veneno—. Y tú eres igual que él. Débil.

El agarre de Elias se aprieta, sus manos temblando. Su respiración es errática ahora, jadeos superficiales llenos de furia y confusión.

—Él no era débil —gruñe Elias, pero el temblor en su voz lo traiciona.

Siento el cambio antes de oírlo, un roce, seguido del inconfundible sonido de tela siendo arrancada. Mi pulso se acelera mientras Elias se arrodilla a mi lado, empujando una mordaza en mi boca, tirando de ella con fuerza hasta que corta mis labios. El material áspero presiona contra mi lengua, amortiguando mi voz, ahogándome.

—Ni una palabra más —sisea, su voz temblando con rabia apenas controlada. Su mano se demora cerca de mi garganta, y por un segundo, creo que podría perder el control.

El aire cuelga pesado, sofocante con el sabor acre del sudor y el hormigón húmedo. La respiración entrecortada de Elias puntúa el silencio, cada exhalación una ráfaga de furia. Mi pecho sube y baja en ráfagas superficiales y dolorosas, mis costillas protestando con cada movimiento.

A través de la tela áspera de la mordaza, un bajo gruñido se construye en mi garganta, creciendo en intensidad hasta que escapa como un sonido gutural amortiguado. No exactamente una palabra, pero un mensaje claro, sin embargo.

Los pasos de Elias vacilan, luego se detienen. El silencio se extiende, tenso como la cuerda de un arco.

—Cállate —sisea, pero la orden carece de convicción, su voz vacilante, evidencia de una grieta en su compostura.

Mi respuesta es otro gruñido, más fuerte esta vez. Desafiante. Inquebrantable.

El aire cambia cuando Elias se mueve, su presencia cerniendo sobre mí una vez más. Me preparo para otro golpe, mis músculos tensándose. Pero no llega. Nunca me romperá, no importa cuánto intente silenciarme.

Y él lo sabe.

El aire cuelga espeso con tensión, nuestra respiración entrecortada el único sonido. Mi corazón late con fuerza, contando los segundos hasta una explosión inevitable.

Un estruendo atronador rasga el silencio. El suelo debajo de mí vibra cuando algo pesado golpea contra el hormigón. Las voces estallan, un coro caótico de gritos y órdenes.

—¡Suelta tu arma!

—¡Aseguren al rehén!

—¡Cuidado con tu espalda!

La cacofonía me desorienta. Cegado aún más por la luz del sol que de repente llena la habitación y amordazado, solo puedo reconstruir el caos a través del sonido y la vibración. Las botas retumban a mi lado, sus impactos enviando temblores a través de mi cuerpo. El olor acre a pólvora llena el aire cuando un estallido ensordecedor suena sobre mi cabeza. Luego otro, y otro. Los disparos estallan a mi alrededor. Me presiono contra el suelo, mi mejilla raspando el hormigón áspero. Mis ataduras se clavan más profundamente mientras me esfuerzo, desesperado por hacerme el blanco más pequeño posible.

Algo pasa zumbando junto a mi oreja, tan cerca que siento el calor de su paso. ¿Una bala? El pensamiento envía hielo por mis venas. Elias está tratando de terminar lo que empezó.

Más disparos resuenan. Me estremezco con cada uno, sin saber nunca si el siguiente encontrará su marca en mi carne. Un grito de dolor perfora el aire. ¿Elias? ¿Un rescatista? La incertidumbre es enloquecedora. Un fuerte golpe sacude el suelo cerca de mí. Amigo o enemigo, no puedo decirlo.

Los disparos cesan, dejando un silencio que zumba, puntuado por gemidos y órdenes ladradas.

—¡Despejado!

—¡Sospechoso abatido!

—¡Traigan un médico aquí!

Unas manos agarran mis hombros. Unos dedos tantean en la parte posterior de mi cabeza, trabajando en el nudo de mi mordaza. Cuando cae, entrecierro los ojos, tratando de forzarlos a enfocarse, pero el mundo sigue siendo una mancha borrosa de color y sombra.

Un rostro se cierne sobre mí, sus rasgos lentamente se van definiendo.

—Liam.

La voz corta a través del caos, firme pero urgente. Mi visión se aclara, y distingo la figura agachada a mi lado: un hombre con equipo táctico, su mano enguantada firme sobre mi hombro. Su casco oscurece parte de su rostro, pero sus ojos se fijan en los míos, tranquilos y enfocados.

—Te tenemos —me asegura, las palabras anclándose mientras la adrenalina se desvanece lentamente, dejando solo dolor en su estela—. Estás a salvo ahora.

Alguien corta las cuerdas que atan mis muñecas, y dejo escapar un siseo cuando mis extremidades quedan libres, el agudo dolor de mis costillas intensificándose con cada respiración

superficial. No son solo las costillas; cada centímetro de mi cuerpo se siente magullado y golpeado, la agonía ya no amortiguada por el instinto de supervivencia.

Un médico se arrodilla a mi lado, revisando mis signos vitales, su toque suave pero rápido.

—Vas a estar bien —dice, su voz un murmullo bajo—. Te llevaremos al hospital, te curaremos.

Mientras me suben a una camilla, mi cabeza se inclina hacia un lado, y mis ojos se posan en el cuerpo de Elias, tirado en el concreto. Yace inmóvil, el oscuro charco debajo de él en marcado contraste con el frío suelo gris. Su pecho no se eleva, sus manos flácidas a los costados.

Parpadeo, sin estar seguro de si esperaba sentir alivio, triunfo o algo más. Pero no hay nada. Solo un vacío hueco mientras me sacan de la habitación, dejando a Elias atrás como un fantasma de la pesadilla que acabo de sobrevivir.

Las sirenas se desvanecen y vuelven, su aullido distorsionado como un disco deformado. La ambulancia se balancea, un bote en mares agitados. Las voces nadan a mi alrededor, amortiguadas y distantes. Un pinchazo agudo en mi brazo, y luego... oscuridad.

El hospital se materializa en fragmentos. Manchas fluorescentes en lo alto. El chirrido de las ruedas sobre el linóleo. Los rostros aparecen en mi vista, familiares pero extraños. La boca de papá se mueve, pero las palabras están bajo el agua.

—Li... ..am... —La voz fracturada de Cora. Las lágrimas brillan en sus mejillas, caleidoscópicas bajo la luz intensa.

Alguien empuja la camilla. El techo se desliza, hipnótico. Las máquinas emiten pitidos. Las manos me presionan, pero el dolor está lejos, envuelto en algodón.

—...costillas rotas... ..conmoción cerebral... —Las palabras flotan, desconectadas.

El mundo se inclina. Me hundo en la suavidad. Figuras borrosas se ciernen en los bordes de mi visión. ¿Logan? ¿Lucas? Sus contornos se desdibujan, se fusionan, se separan.

El rostro de Cora se acerca y luego se retira. Sus labios forman "lo siento" una y otra vez. Intento alcanzarla, pero mi brazo es demasiado pesado.

—...no me voy... —La voz de Lucas, o tal vez es la de Logan. Las palabras hacen eco, multiplicándose.

La oscuridad se arrastra por los bordes. Los pitidos se ralentizan, hipnóticos en su ritmo. Mis párpados se sienten como pesas de plomo. Lo último que veo es un enredo de rostros preocupados derritiéndose en un remolino de color mientras me alejo flotando en una marea narcótica.

Mis párpados pesan sobre mí como plomo mientras intento abrirlos. El mundo es un borrón de blanco y colores apagados, que lentamente se van enfocando. El olor antiséptico del hospital me golpea primero, seguido por el constante pitido de los monitores.

Intento moverme y me arrepiento inmediatamente. El dolor atraviesa mis costillas, agudo e insistente a pesar de la niebla de la medicación. Un gemido se me escapa antes de que pueda detenerlo.

—¿Liam? —La voz de papá es áspera por la preocupación—. Hijo, ¿puedes oírme?

Parpadeo varias veces, finalmente logro distinguir los rostros preocupados de mi familia rodeando la cama. Todos se ven demacrados, con círculos oscuros bajo sus ojos que sugieren que han estado aquí durante horas.

—Agua —grazno, con la garganta seca como papel de lija.

Logan alcanza un vaso con una pajita, ayudándome a tomar unos sorbos. El líquido fresco es un alivio bendito.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Cora, su voz pequeña y llena de culpa.

Hago un balance de mi cuerpo. Cada respiración es un desafío, mis costillas protestando con cada inhalación. Mi cabeza palpita sordamente, y varias partes de mí duelen de una manera que sugiere que soy más moretón que hombre en este momento.

—Como si hubiera tenido diez asaltos con un tren de carga —admito, intentando una débil sonrisa—. ¿Cuál es el daño?

—Tres costillas rotas, contusiones severas, conmoción cerebral leve —recita Lucas, su tono cortante con ira apenas contenida—. El médico dice que tendrás que tomártelo con calma durante unas semanas, pero estarás bien.

—¿Está muerto?

Papá asiente.

La preocupación grabada en todos sus rostros, el miedo que aún persiste en sus ojos. La habitación está cargada de temores no expresados y culpa. Reúno la fuerza que puedo, forzando ligereza en mi voz.

—Vamos, chicos. Se necesitará más que esto para derribar a un Valeur. Volveré a molestaros a todos en poco tiempo.

Una pequeña risa recorre la habitación, pero la preocupación aún persiste en el aire, espesa y pesada.

Mis ojos escanean los rostros, captando cada sonrisa exhausta y mejilla manchada de lágrimas, pero falta un rostro. ¿Dónde está ella?

Cora se acerca, la culpa grabada en cada línea de su rostro.

—Liam, lo siento tanto. Todo esto es mi culpa. Dejé que se acercara a nosotros, yo...

—Cora, no podías saberlo. Ninguno de nosotros lo sabía.

Papá avanza, sus hombros encorvados por el peso de los años.

—No, hijo. La culpa es mía. Si yo no hubiera...

—Basta —interrumpo, ignorando el destello de dolor—. Elias tomó sus propias decisiones. Ahí es donde recae la culpa.

—Pero si yo no hubiera...

—No —mi tono no admite discusión—. Nos ocupamos de lo que sigue. Es todo lo que podemos hacer ahora.

La puerta cruje al abrirse, y mi corazón da un salto. Aleria entra, despeinada y exhausta, pero nunca ha sido más hermosa. Nuestros ojos se encuentran, y el mundo se reduce solo a nosotros.

—Hola —grazno, haciendo una mueca por la aspereza en mi voz.

Aleria se apresura hacia mi cama, su mano flotando indecisa antes de agarrar la mía. Su toque envía calor a través de mí, más potente que cualquier analgésico.

—Lo siento tanto —susurro, las palabras saliendo a borbotones—. Esas cosas horribles que dije... No quise decir nada de eso.

La habitación se vacía, mi familia se va, tratando de darnos privacidad.

Sus dedos se tensan alrededor de los míos.

—Lo sé —murmura, con la voz cargada de emoción—. Lo descubrimos. Lamento mucho que me haya tomado tiempo.

Trago con dificultad, escudriñando su rostro.

—Ahora lo sabes todo.

Aleria asiente lentamente, sin apartar sus ojos de los míos.

—Así es.

El aire entre nosotros está cargado con todo lo que hemos pasado. Tomo una respiración temblorosa, preparándome.

—Entiendo si es demasiado. Si necesitas tiempo, o espacio, o...

Ella me interrumpe, presionando suavemente un dedo sobre mis labios.

—Liam Valeur —dice—, he pasado las últimas cuarenta y tantas horas imaginando un mundo sin ti en él. Créeme cuando te digo que ese no es un mundo en el que quiera vivir jamás.

Sus palabras me envuelven, como un bálsamo para heridas más profundas que cualquier lesión física. La atraigo hacia mí, ignorando la protesta de mis costillas, y presiono mi frente contra la suya. Respiramos juntos, encontrando nuestro ritmo de nuevo.

—¿Sabes? —susurra Aleria, con un toque de su humor habitual colándose en su voz—. Para ser un genio, a veces puedes ser increíblemente obtuso.

Se me escapa una risa, que se convierte en una mueca de dolor.

—Oye, ten piedad del hombre herido.

Ella se aparta, con los ojos brillantes.

—No me voy a ninguna parte, Liam. Ni ahora, ni nunca. Estás atrapado conmigo, costillas rotas y todo.

—Te amo, Aleria. Creo que he estado enamorado de ti desde la universidad. Solo que entonces estaba demasiado ciego para verlo, demasiado asustado. Lamento que me haya tomado tanto tiempo darme cuenta.

Sus ojos se suavizan, una calidez se extiende por su rostro.

—Yo también te amo, Liam —dice, con voz firme, pero la intensidad detrás de ella hace que mi corazón dé un vuelco—. Te amo con cada neurona que se activa en mi cerebro, cada quark de mi ser. Te amo de maneras que desafían la lógica y la razón. — Se le escapa una pequeña risa autocrítica—. También te amo de las formas más vergonzosamente clichés. Del tipo que haría estremecer a cualquier científico respetable. —Su mano libre se acerca para acunar mi mejilla, su toque es ligero como una pluma contra mi piel magullada.

—Te amo, Aleria, total y completamente. De la única manera que vale la pena amar, con todo lo que soy.

Treinta

LIAM

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Aleria, con voz ronca y los ojos entrecerrados por el sueño.

Está acostada en mi cama, con el cabello revuelto sobre la almohada. Desde que salí del hospital hace un mes, ha estado aquí, durmiendo a mi lado. Mi mujer. Y nunca quiero que se vaya.

El pensamiento me toma por sorpresa. Mía. Es mía, y la quiero aquí conmigo, siempre.

—¿Por qué tienes un vaso con hielo? —Sus ojos se entrecierran.

Saco un solo cubo de hielo, arqueando una ceja.

—Pronto lo verás. —El cubo descansa entre mis dientes mientras me subo encima de ella, apartando la manta.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Liam?

No respondo. No puedo, no con el hielo en la boca, pero tampoco necesito hacerlo. En su lugar, me inclino sobre ella, el aire fresco rozando su piel desnuda. Mi respiración se entrecorta al verla, cada centímetro de ella llamándome. ¿Por dónde empezar?

Bajo la cabeza, presionando el cubo de hielo contra su pezón. Ella jadea, su cuerpo arqueándose sobre la cama.

—¡Liam!

No digo una palabra, solo muevo el hielo alrededor de su pezón ahora erecto, saboreando la forma en que se endurece bajo mi mirada, el rastro de agua brillando a su paso.

Presiono el cubo de hielo entre mis dientes, sonriéndole mientras lo deslizo más abajo, dejándolo derretir mientras lo guío sobre su estómago. El frío deja un rastro húmedo sobre su piel, su cuerpo temblando debajo de mí. Sus ojos están muy abiertos, su pecho subiendo y bajando en respiraciones superficiales, la anticipación espesa entre nosotros.

—Frío —murmura, sus manos aferrándose a las sábanas, pero sus caderas aún se elevan para encontrarme, buscando el calor que aún no le he dado.

Sostengo el cubo con mis dedos.

—Espera —digo con voz ronca, separando sus piernas con mi rodilla y colocando el cubo entre sus muslos. En el momento en que la toca allí, su cuerpo se sacude.

—¡Liam! —Su voz es aguda, sus dedos enredándose en mi cabello como si pudiera detenerme. Pero realmente no quiere detenerme. Se estremece, dividida entre el frío y el calor que se está acumulando dentro de ella.

Reemplazo el hielo con mi boca, mi cálido aliento corriendo sobre su piel húmeda, persiguiendo el rastro helado con mi lengua, y sus gemidos se derriten en el aire. La provocho, alternando entre el agudo escozor del frío y la cálida suavidad de mis labios, observando cómo su cuerpo se tensa bajo las sensaciones. Ahora está ardiendo, aunque su piel está resbaladiza y fresca por el hielo derretido.

Sus piernas tiemblan, y no me detengo. Dejo que los últimos restos del cubo de hielo se deslicen entre mis dedos, presionándolo contra su clítoris. Ella jadea, pero estoy allí, siguiendo el frío con el calor de mi boca, mi lengua circulando su sensible botón. Su respiración se entrecorta, su cuerpo retorciéndose debajo de mí, atrapada entre dos extremos, el hielo desvaneciéndose y el fuego que estoy avivando elevándose más alto.

Está justo al borde, su cuerpo tensándose, sus muslos apretándose alrededor de mi cabeza mientras deslizo el hielo dentro de ella, empujándolo profundamente antes de reemplazarlo con mis dedos. Su gemido es un sonido desesperado, sus caderas elevándose para encontrar mi mano mientras la trabajo con todo lo que tengo, mis dedos empujando, curvándose dentro de ella mientras mi boca se concentra en su clítoris, chupando, lamiendo, provocando hasta que está temblando.

Me acomodo entre sus muslos, separándolos más, mi pene palpitando con la necesidad de estar dentro de ella.

Presionando mi frente contra la suya, espero, demorándome en su entrada. Está cálida, húmeda, y todo lo que necesito es un pequeño empujón para estar dentro, pero me contengo, absorbiendo el momento, su aroma, la forma en que su cuerpo encaja contra el mío.

Ella gime.

—Liam.

—¿Me deseas? —Lamo el contorno de su oreja, bajando por su cuello y volviendo a sus labios.

—Sí —gime.

—¿Quieres mi polla dentro de ti, Aleria?

—Sí —respira, su voz desesperada.

—Te daré todo. Todo de mí. —Y con un suave empujón, me hundo en ella, su estrecho calor envolviéndome como si estuviera hecho solo para mí.

—Más abierta —murmuro.

Ella obedece, abriéndose, y presiono más profundo. Perfecto. Cada centímetro de ella me encaja, y lo sé, aquí es donde pertenezco.

Su respiración se entrecorta mientras hago una pausa. El calor entre nosotros es eléctrico. Su piel sonrojada bajo mi tacto, su cuerpo temblando de anticipación. Me retiro, solo un centímetro, y luego empujo lentamente, deliberadamente, cada movimiento enviando una onda de choque a través de ambos.

—Liam —jadea, sus dedos agarrando mis hombros mientras me impulso más profundo.

Bajo la cabeza, rozando mis labios contra su cuello y el rápido pulso de su corazón bajo su piel. Su cuerpo se mueve con el mío, cada ondulación de sus caderas atrayéndome más dentro de ella, sus uñas clavándose en mi espalda. La fricción entre nosotros es enloquecedora. Sus suaves jadeos llenan el aire, mezclándose con el bajo gruñido que se forma en mi pecho.

—Quiero oírte —susurro contra su oído, mordisqueando su lóbulo—. Déjame oír cuánto

necesitas esto.

Ella gime más fuerte en respuesta, su cuerpo arqueándose bajo el mío mientras acelero el ritmo, empujando más fuerte, más profundo. Los sonidos que hace me vuelven loco: suaves gemidos mezclados con gritos entrecortados, su cuerpo respondiendo a cada movimiento, cada empuje y tirón.

Cambio de posición, inclinando mis caderas, y su reacción es inmediata. Echa la cabeza hacia atrás, su boca abriéndose mientras un grito se desgarrá de su garganta. Sus piernas se envuelven a mi alrededor, atrayéndome más cerca, más apretado, mientras golpeo ese punto dentro de ella que la hace perder el control.

Sus uñas se arrastran por mi espalda, un delicioso escozor que solo me impulsa, mi ritmo implacable ahora, embistiéndola con todo lo que tengo.

—Liam, oh Dios, sí —jadea, su voz apenas más que un aliento mientras sus manos se enredan en mi cabello, atrayéndome más cerca, sus labios chocando contra los míos en un beso ardiente.

Devoro su boca, tragándome sus gritos mientras continúo moviéndome dentro de ella, su cuerpo apretándose a mi alrededor, cada músculo tensándose mientras se tambalea al borde.

Me retiro lo suficiente para mirarla. Sus ojos están salvajes, las pupilas dilatadas, sus labios hinchados por nuestros besos. Su pecho sube y baja, sus senos rozando contra mi pecho con cada respiración entrecortada.

—Córrete para mí, Aleria —murmuro, mi voz ronca de necesidad—. Quiero sentirte.

Su cuerpo se tensa aún más y, con un grito agudo, se deshace a mi alrededor. Su pulso, sus paredes contrayéndose mientras se desmorona, sus uñas clavándose más profundamente en mi piel mientras cabalga su clímax.

No he terminado con ella, aún no. Mis manos se mueven a sus caderas, deslizándose hacia abajo para agarrar su trasero, y la volteo sobre su estómago, colocándola debajo de mí. Su respiración se entrecorta, y mira por encima de su hombro, sus ojos abiertos, un destello de emoción mezclado con anticipación.

—¿Liam? —murmura, su voz ya ronca de nuevo.

No respondo con palabras, sino que dejo que mis acciones hablen más fuerte. Agarro sus caderas y la levanto sobre sus rodillas, su cuerpo arqueándose para mí. La curva de su espalda, la suave línea de su cintura, todo en ella es impresionante. Deslizo mis dedos por su columna, provocándole un escalofrío antes de posicionarme detrás de ella.

Con una lenta embestida, entro en ella de nuevo, y jadea, sus dedos agarrando las sábanas debajo de ella. El nuevo ángulo envía una ola de placer que me atraviesa, y tengo que apretar los dientes para no perder el control allí mismo.

Gime, empujando contra mí, su cuerpo tan receptivo, tan ansioso. Tomo sus caderas en mis manos y me muevo, cada embestida más profunda y deliberada que la anterior. El sonido de nuestros cuerpos chocando llena la habitación, sus suaves gemidos mezclándose con mis respiraciones entrecortadas.

Su espalda se arquea más, presionando su trasero contra mí, y gruño, mi agarre apretándose mientras embisto más fuerte. La forma en que se mueve, la forma en que responde a cada embestida, es adictiva. Me inclino hacia adelante, mi pecho presionando contra su espalda, una mano deslizándose alrededor para acariciar su pecho, mi pulgar rozando su pezón ya sensible.

—Eres tan jodidamente hermosa —murmuro contra su oído, mordisqueando su lóbulo mientras ella tiembla debajo de mí—. Podría hacer esto toda la noche. Verte desmoronarte así.

Su única respuesta es un gemido, su cuerpo tensándose mientras alcanzo entre sus piernas,

mis dedos encontrando su clítoris hinchado. Lo rodeo lentamente, y sus rodillas casi se doblan mientras gime mi nombre.

Embisto más rápido, mis dedos trabajando su clítoris al unísono, y ella se está apretando a mi alrededor, todo su cuerpo temblando. Está cerca, tan cerca.

Justo cuando creo que está a punto de llegar, salgo, volteándola sobre su espalda de nuevo, sin darle un segundo para recuperar el aliento. Sus ojos se abren de par en par cuando agarro sus piernas y las lanzo sobre mis hombros, doblándola casi por la mitad.

Grita, sin aliento, cuando me sumerjo de nuevo en ella, más profundo que antes. Sus manos vuelan a mi pecho, sus uñas clavándose mientras establezco un ritmo implacable, su cuerpo rebotando con cada embestida.

Está perdida en ello ahora, su cabeza echada hacia atrás, los labios entreabiertos en un grito silencioso mientras su cuerpo se tensa a mi alrededor.

Su cuerpo se arquea, y se deshace en mis brazos, su orgasmo atravesándola con tal fuerza que la deja temblando. No me detengo. Sigo embistiendo, exprimiendo cada ola de placer de ella hasta que queda flácida, su pecho agitándose con cada respiración.

Empujo más profundo, su cuerpo temblando con réplicas.

—Liam —respira mientras embisto una última vez, su cuerpo apretándose a mi alrededor. Eso es todo lo que se necesita para enviarme al borde.

Gruño su nombre, mi liberación cayendo sobre mí mientras me derramo en ella, mis brazos apretándose a su alrededor mientras me entierro tan profundo como puedo, sintiéndola estremecerse contra mí.

Me desplomo contra ella, nuestros cuerpos resbaladizos por el sudor, su pecho subiendo y bajando debajo de mí. Por un momento, solo yacemos allí, enredados, nuestros corazones latiendo al unísono. Sus dedos se deslizan por mi cabello, y presiono un suave beso en la curva de su cuello, mi respiración aún pesada.

—Eres mía —murmuro contra su piel, las palabras escapando antes de que pueda detenerlas.

Ella deja escapar una suave risa sin aliento, su voz burlona pero llena de algo más profundo.

—Creo que está bastante claro que eso va en ambos sentidos, Sr. Valeur.

Sonrío contra su piel, atrayéndola más cerca mientras yacemos en silencio, las secuelas de nuestra pasión persistiendo en el aire. No hay necesidad de palabras ahora, no cuando todo lo que necesito saber está en la forma en que se aferra a mí.

Pasan minutos, tal vez horas, y ruedo sobre mi espalda, llevándola conmigo. Ella apoya su cabeza en mi pecho, sus dedos trazando perezosos patrones sobre mi piel.

—Sabes —dice después de un largo silencio, su voz suave—, nunca esperé esto... Nosotros.

Murmuro en respuesta, mi mano acariciando su espalda.

—Yo tampoco.

Levanta la cabeza para encontrarse con mi mirada, sus ojos aún aturridos, pero más claros ahora.

—Me alegro. Aunque a veces me vuelvas loca.

Me río, apartando un mechón de cabello de su rostro.

—Es mutuo, créeme.

Ella pone los ojos en blanco, pero la sonrisa que tira de sus labios es suave y genuina. Se acurruca más cerca, y aprieto mis brazos a su alrededor, mi corazón asentándose en un ritmo constante. Esto, ella en mis brazos, la calma que sigue a la tormenta, se siente correcto. Se siente como en casa.



—Por favor, cuéntale sobre la acosadora —jadea Ryan, limpiándose las lágrimas de los ojos, su voz haciendo eco en las paredes pintadas a mano del comedor privado de Le Cirque—. Oh Dios, cuéntale sobre la acosadora.

Tomo un sorbo medido de whisky, observando la sonrisa de Aleria, cómo está cautivada y de alguna manera a gusto aquí con nosotros. Bajo la luz dorada de las arañas, se ve radiante, sus ojos brillando con curiosidad.

—Absolutamente *no* vamos a contar esa historia.

—Oh, absolutamente vamos a hacerlo —dice Diego con una sonrisa, inclinándose como si fuera una confesión secreta. Se vuelve hacia Aleria, sus ojos brillando—. Así que, esta mujer aparece en su oficina...

—Vestida de novia —interrumpe Alex, casi derribando su vaso en su emoción.

—Nunca me había conocido —murmuro, haciendo señas a nuestro siempre discreto camarero para otra ronda.

—¡Eso es lo que lo hizo tan bueno! —Ryan golpea la mesa—. Lo había visto en Forbes y decidió que estaban destinados a estar juntos.

—Pasó corriendo por seguridad —digo secamente—. Muy romántico.

—Seguridad tuvo que sacarla en brazos —añade Diego—. Mientras gritaba: "¡Pero estamos destinados a estar juntos! ¡Ya nombré a nuestros hijos!"

Aleria está prácticamente llorando de risa.

—¿Cuáles eran los nombres de los niños?

—Liam Junior, Liamette y Bob —añade Alex.

—¿Bob? —Aleria se vuelve hacia mí.

—No me preguntes, yo no los nombré.

Aleria se ríe, sujetándose el estómago. Verla así, riendo con las personas que significan tanto para mí, me llena de una calidez inesperada.

—Era inofensiva —murmuro—. Solo... entusiasta.

—¿Entusiasta? —Ryan golpea la mesa—. ¡Empapeló todo su apartamento con la portada de Forbes de él!

—Y llamó a su gato Liam Corporativo —añade Diego, jadeando.

Aleria está prácticamente llorando de risa.

—¿Qué hiciste?

—Honestamente, fue solo negocios —digo, impasible—. Organicé una reunión...

—Filtró a la prensa que Harrison, su mayor competidor, estaba interesado en comprar su empresa —interrumpe Diego—. Helen apareció para protestar contra la adquisición...

—¡Con carteles que decían "¡No se lleven la empresa de mi hombre!"! —aúlla Alex.

—Harrison quedó tan impresionado por su análisis de negocios sobre por qué la fusión fracasaría —Ryan se limpia los ojos—, que la contrató en el acto.

—Lo último que supe es que se obsesionó con algún multimillonario tecnológico en Silicon Valley —añade Diego.

—Muy acorde con su estilo —digo—. Aunque echo de menos las cartas de amor diarias a Contabilidad.

Las risas se apagan, dejando una calidez en el ambiente. Ella me aprieta la mano bajo la mesa, un gesto sutil que me inunda de calor. Trazo círculos en su piel con el pulgar, anclándome en ese simple contacto, en el hecho de que ella está aquí conmigo, encajando en mi mundo sin

siquiera intentarlo.

—¡Cuéntale sobre la reunión de la junta! —dice Ryan.

—No —digo, lanzándole una mirada de fingido enojo, pero Aleria ya se está inclinando hacia adelante, con los ojos brillantes.

—Oh, la reunión de la junta es *legendaria*. —Diego sonríe, y yo suspiro, resignado.

—Hazlo, Liam —me provoca Aleria, dándome una mirada que hace imposible resistirse.

Diego sonríe, volviéndose hacia Aleria.

—Así que, Liam está dando esta gran presentación a la junta...

—Estáis todos despedidos —anuncio.

—No trabajamos para ti —corean.

—Entonces compraré vuestras empresas solo para despediros.

—Vale la pena —decide Diego—. ¿Deberíamos contarle sobre la mujer que pensó que Liam era un príncipe encubierto?

—No.

—Oh Dios, la historia de la princesa —se carcajea Ryan—. Cuando apareció con una tiara...

—Os corto el alcohol. —Le hago una señal al camarero—. No más alcohol. Estáis alucinando.

Incluso Marcus está luchando por contener una sonrisa ahora.

—Lo mejor —le dice Alex a Aleria—, es que él realmente la ayudó también. Le consiguió una audición en una feria renacentista.

—Estoy reconsiderando mis elecciones de amistad —anuncio.

—No lo estás. Nos quieres demasiado. —Alex sonríe.

—Discutible.

—¿Deberíamos contarle sobre la mujer que pensó que eras su gemelo perdido? —pregunta Diego.

—¡La cuenta, por favor!

Treinta Y Uno

LIAM

Me ajusto la corbata, encontrándome con la mirada de Aleria en el espejo. Ella sonríe, alisando su vestido, una visión en dorado que hace que mi corazón se acelere.

—¿Listo para ver a tu hermano dar el sí? —pregunta, con un toque de emoción en su voz.

Sonrío, volviéndome hacia ella.

—¿Listo para apostar cuánto tiempo pasará antes de que ocurra algo ridículamente exagerado en una boda Valeur?

Aleria se ríe. Toma mi brazo, su caricia enviando un agradable escalofrío por mi cuerpo.

—Oh, le doy diez minutos, como mucho.

Nos dirigimos al lugar. Un impresionante jardín al aire libre transformado en un escenario de cuento de hadas. Las flores caen en cascada desde cada superficie, con luces brillantes colgadas entre los árboles. Es hermoso, pero inconfundiblemente extravagante.

—Creo que tu predicción de diez minutos podría ser demasiado optimista —murmuro a Aleria mientras pasamos junto a una fuente que parece brotar champán—. Ya estamos en el nivel ridículo de los Valeur.

Ella ahoga una risita.

—Admítelo. Es impresionante. En plan "tenemos demasiado dinero".

Saludamos a los miembros de la familia, intercambiando miradas cómplices ante algunas de las decoraciones más extravagantes. El sombrero de la tía Mildred parece que podría albergar una pequeña colonia de pájaros, y estoy bastante seguro de que los gemelos del tío George son pepitas de oro reales.

Al acercarnos al área de la ceremonia, veo a mis hermanos reunidos en un rincón tranquilo.

—Debería ir a ver al novio —le digo a Aleria—. Asegurarme de que no haya huido.

Ella me besa la mejilla.

—Ve. Te guardaré un asiento.

Me uno a Lucas, Cora y Logan, nuestro pequeño círculo es un consuelo familiar en medio del caos.

—Bueno, hermano mayor —digo, dando una palmada en el hombro de Logan—. Última oportunidad para echarte atrás. Tengo un coche de escape listo y con el tanque lleno.

Logan pone los ojos en blanco, con una emoción nerviosa en su rostro.

—Muy gracioso, Liam. Sabes que nunca...

—¿Dejarías a Sloane plantada en el altar? —termina Cora—. Por favor. Todos sabemos que estás completamente dominado.

Todos nos reímos, la tensión disminuyendo un poco.

Lucas levanta una ceja hacia Logan.

—En serio, ¿estás bien?

Logan respira profundamente, asintiendo.

—Sí. Estoy genial. Listo, ya sabéis.

Siento una oleada de afecto por mi hermano.

—Estamos orgullosos de ti, Lo. Tú y Sloane, hacéis una buena pareja. Ella te ha cambiado. Para mejor.

Cora asiente, con los ojos brillantes.

—Nunca te había visto tan feliz —añade, con la voz cargada de emoción.

Las mejillas de Logan se sonrojan, pero no lo niega. En su lugar, endereza los hombros, irradiando una tranquila satisfacción que nunca antes estuvo ahí.

La transformación de mi hermano mayor es sorprendente. Se ha ido el Logan frío y serio que mantenía a todos a distancia. En su lugar, está un hombre suavizado por el amor, sus habituales bordes afilados suavizados por la presencia de Sloane.

Al otro lado de la habitación, Aleria me mira y me hace un pequeño saludo, su sonrisa iluminando todo su rostro. Ella también me ha cambiado, de maneras que apenas estoy empezando a entender. La constante necesidad de probarme a mí mismo, el peso de las expectativas familiares, todo parece más ligero con ella a mi lado.

—¡A sus puestos, todos! ¡Es hora del espectáculo!

El jardín se transforma en un cuento de hadas viviente. Miles de luces a medida iluminan el camino, entrelazándose a través de pérgolas que gotean con raras orquídeas traídas desde el Sudeste Asiático. Un cuarteto de cuerdas comienza una melodía compuesta para este momento.

Mientras tomo mi lugar junto a Logan en el altar, veo a Aleria entre la multitud. Me guiña un ojo, articulando con los labios: "No te tropieces". Mi respuesta muere en mis labios cuando la música se intensifica.

Sloane aparece, flanqueada por sus padres. Su madre, elegante en un vestido plateado, se seca los ojos con un pañuelo. Su padre, un hombre distinguido con cabello entrecano, se mantiene alto y orgulloso, aunque sus manos temblorosas traicionan su emoción.

El vestido de Sloane, una cascada de encaje francés hecho a mano y perlas de Tahití, capta la luz de una forma espectacular. Pero es el rostro de Logan el que roba el espectáculo. Mi estoico hermano mayor, el hombre que he visto enfrentarse a saqueadores corporativos sin pestañear, luce transformado.

Junto a Logan, nuestro padre se mantiene erguido, con la mano apoyada en el hombro de Logan. El orgullo en sus ojos es inconfundible, diferente del empresario reservado que el mundo suele ver. Por un momento, vislumbro vulnerabilidad en la expresión de papá, una mezcla de alegría y quizás un toque de nostalgia agrídulce.

Cuando Sloane llega al altar, su padre coloca su mano en la de Logan, susurrando algo que hace que ambos hombres asientan. La madre de Sloane deja escapar un silencioso sollozo de alegría, ahogado detrás de su pañuelo.

—Si empiezas a llorar, estoy legalmente obligado a burlarme de ti por toda la eternidad —susurro. Los labios de Logan se curvan, pero sus ojos nunca dejan a Sloane.

En este momento, viendo a mi hermano y a mi futura cuñada rodeados por el amor de ambas familias, me sorprende el poder del amor para cambiarnos a todos. Incluso los corazones más protegidos, parece, no son rival para la persona adecuada.

Los votos son una montaña rusa de emoción y risas. Logan, en una rara muestra de humor, promete "siempre dejarte ganar al Scrabble, incluso cuando tenga una palabra de triple valor". La multitud se ríe, y me encuentro con la mirada de Aleria. El amor allí hace que mi corazón vacile.

El caos post-ceremonia se desata cuando Cora, con una tableta personalizada en mano, intenta reunir al clan Valeur para las fotos.

—Si no cooperáis todos —amenaza—, liberaré el enjambre de drones.

Mi discurso como padrino tiene a la multitud muerta de risa.

—Por Logan —concluyo, alzando una copa de champán de un viñedo prácticamente extinto—, quien demostró que incluso los adictos al trabajo con el rango emocional de una cucharita pueden encontrar el amor. Sloane, no solo eres una santa; eres una hacedora de milagros. Todos estamos asombrados.

La recepción se anima. Las esculturas de hielo se derriten, revelando relojes antiguos para los invitados. Un chef de renombre mundial prepara la comida.

Las suaves notas de la orquesta se derraman en el aire nocturno, los primeros acordes de un vals resonando por el jardín. Logan toma la mano de Sloane, sus movimientos elegantes, como si hubieran sido creados para este momento. Más parejas se unen a ellos, y pronto, figuras giratorias llenan el jardín.

Me vuelvo hacia Aleria, incapaz de apartar mis ojos de ella. El resplandor de los faroles baila sobre su rostro, proyectando una luz cálida y dorada que la hace parecer salida de un sueño.

Extiendo mi mano.

—Dra. James —digo, con voz baja y juguetona—, ¿me concederías el honor?

Sus labios se curvan en una sonrisa que hace cosas perversas a mi pulso.

—Pensé que nunca lo pedirías, Sr. Valeur.

Cuando pisamos la pista, todo lo demás se desvanece. El fresco aire nocturno, el suave murmullo de la multitud... somos solo nosotros dos, perdidos en el ritmo. Aleria encaja contra mí, su cuerpo alineándose con el mío de una manera que se siente sin esfuerzo, natural. Mi mano presiona contra la parte baja de su espalda, atrayéndola más cerca mientras nos deslizamos por el suelo de piedra, el vals llevándonos en círculos lentos y deliberados.

—Has estado ocultándome talentos —murmuro, mis labios rozando el contorno de su oreja mientras la guío en un giro suave—. No sabía que podías bailar el vals.

Aleria inclina la cabeza hacia atrás, su aliento una suave risa contra mi cuello.

—El hecho de que pase la mayor parte de mi tiempo con ecuaciones no significa que no pueda manejar algunos pasos de baile, Sr. Valeur. —Levanta la barbilla—. Quince años de ballet. Podría bailar mejor que tú hasta dormida.

Levanto una ceja, atrayéndola aún más cerca, el calor de su cuerpo encendiendo algo profundo y primario.

—¿Eso es un desafío?

—Tal vez —me provoca, sus labios rozando cerca de mi oído mientras giramos—. Aunque no estoy segura de que puedas seguirme el ritmo.

Aprieto mi agarre sobre ella, mi mano firme en su cintura.

—Oh, creo que puedo manejarlo perfectamente.

Un desafío brilla en sus ojos, pero sus labios se entreabren, traicionando el efecto que esta cercanía está teniendo en ella. Sus dedos se deslizan por mi brazo, demorándose en la nuca, y me

toma cada gramo de control no arrastrarla fuera de esta pista de baile y hacerla mía aquí y ahora.

Ella no pasa por alto el cambio, la posesividad en mi toque, y una sonrisa astuta tira de las comisuras de sus labios.

—Tienes un agarre firme ahí —murmura, su voz provocativa pero entrecortada, casi desafiándome a soltarla.

Mi mano se desliza más abajo en su espalda, los dedos rozando la piel desnuda justo por encima del borde de su vestido. Un leve escalofrío la recorre, una señal reveladora de que no está tan desahogada como pretende estar.

—No te suelto —murmuro, mis labios cerca de su oreja—. No esta noche. Nunca. He terminado de huir.

Sus dedos se tensan en mi hombro.

—¿Estás seguro de eso, Valeur?

Me inclino.

—Es lo único de lo que estoy seguro.

Exhala.

—Supongo que eso significa que estoy atrapada contigo.

La hago girar, atrayéndola de vuelta a mis brazos antes de que tenga la oportunidad de alejarse. Su suave jadeo casi se ahoga con la orquesta, pero lo capto. Cada detalle.

—Así es —murmuro, mi agarre firme pero lleno de promesas—. Nadie más puede bailar contigo así.

Sus labios se entreabren, sus ojos brillando con ese fuego familiar.

—Por suerte para ti —susurra—, no quiero a nadie más.

Mientras el vals se ralentiza, guío a Aleria a través del giro final, su cuerpo fluido y elegante contra el mío. Sus ojos nunca dejan mi rostro. Esa chispa de desafío mezclada con algo más profundo, algo que tira de mi pecho de una manera que no puedo ignorar. La música se desvanece, pero ninguno de los dos se mueve. Estamos suspendidos en el momento, su mano descansando en la mía, su respiración aún agitada.

—Sigues sorprendiéndome —murmuro, mi voz un ronco susurro contra su oído—. Cada vez que creo conocer todos tus movimientos...

Ella inclina la cabeza hacia atrás, sus ojos oscuros con un brillo juguetón.

—Y yo que pensaba que ya habías aprendido cómo funciona. —Sus labios se curvan, desafiándome.

—Oh, he aprendido —digo, dejando que mi mano se deslice apenas una fracción más abajo—. Pero siempre hay espacio para el descubrimiento.

Su respiración se entrecorta, apenas perceptiblemente, y me envía un escalofrío. Se inclina, sus labios rozando cerca de los míos, provocándome con el calor de su aliento.

—Cuidado, Liam. Odiaría abrumarte.

Sonríó con suficiencia, mi agarre en su cintura apretándose mientras la acerco más.

—Yo no me abrumo, Aleria. Pero diría que estás peligrosamente cerca de lograrlo.

Ella se presiona contra mí, su mano deslizándose sobre mi pecho, dejando un rastro de calor a su paso.

—Tal vez eso es exactamente lo que pretendo.

Mi mirada cae a su boca, el impulso de cerrar la distancia casi demasiado.

—Sigue tentándome así —murmuro, mi voz un susurro áspero—, y podría olvidar que tenemos público.

Ella sonríe, traviesa y audaz.

—¿Quién dice que me importa que nos miren?

Sonríó con suficiencia, rozando mi pulgar sobre su mano antes de soltarla.

—Y eres más peligrosa de lo que pensaba.

Ella arquea una ceja.

—¿Peligrosa?

—Para mi cordura —murmuro, inclinándome lo suficiente para que capte el calor en mis palabras.

Sus labios se curvan en una sonrisa, pero antes de que pueda responder, la voz de Cora corta el aire.

—¿Vais a quedaros pegados toda la noche o puedo robarme a mi hermano un momento?

Aleria se ríe, dando un paso atrás con un giro de ojos.

—Salvado por la organizadora de bodas —bromea, y con una última mirada, se escabulle.

Me quedo ahí un momento, viéndola irse, antes de girarme hacia el borde del jardín donde Cora me dirige. El aire nocturno es más fresco aquí, el bullicio de la fiesta desvaneciéndose en el fondo.

Logan y Lucas están escondidos cerca del bar, sus siluetas bañadas por el suave resplandor de las luces de cuerda sobre ellos. Ava y Sloane no están muy lejos, hablando con papá y algunos invitados, y Ryder aparece al lado de Cora, entregándole una bebida.

Logan ya se ha aflojado la corbata y ha colgado su chaqueta en el respaldo de su silla, luciendo como un exhausto recién casado. Lucas se reclina en su asiento, acunando un vaso de whisky, su expresión indescifrable, tranquila, pero con ese filo siempre presente debajo.

Tomo una bebida de un camarero que pasa y me dirijo hacia ellos, hundiéndome en la silla junto a Logan.

—Parece que estás sobreviviendo a la vida de casado hasta ahora —digo, levantando mi copa hacia él.

Logan se ríe, pasándose una mano por el pelo.

—Sloane ya está planeando nuestra luna de miel. Hay senderismo involucrado. Mucho.

Cora, quien aparece al lado de Lucas como por arte de magia, suelta un resoplido poco elegante.

—Oh, qué alegría. Nada dice “romance” como ampollas y acantilados. —Toma un generoso sorbo de su vino—. Oficialmente he terminado con los circuitos de obstáculos de la naturaleza.

Lucas sonrío, dándole un codazo.

—Vamos, hermanita. Me gusta la idea. ¿Dónde está tu sentido de la aventura?

—Se cayó por un acantilado —dice Cora sin inmutarse—, junto con mi dignidad. He terminado.

Me río, recordando el infame incidente de senderismo del que nos habló.

—Para ser justos, conseguiste un caballero de brillante armadura. O debería decir, ¿un Ryder con botas llenas de barro?

Las mejillas de Cora se sonrojan, pero hay una sonrisa tirando de sus labios.

Como si fuera una señal, todos nos giramos hacia Logan, nuestras voces mezclándose en perfecta sincronización familiar:

—¡Mantente alejado del senderismo!

Logan levanta las manos en señal de rendición, riendo.

—Está bien, está bien. Sugeriré un bonito y seguro resort en la playa. Aunque —añade—, he oído que la marea puede ser bastante traicionera...

Cora gime, vaciando su copa.

—Ya está. Voy a confiscar tu colección de Indiana Jones.

Un silencio cómodo cae sobre nosotros mientras nos sentamos ahí, el murmullo distante de la fiesta mezclándose con los sonidos de la noche. Los cuatro juntos, siendo hermanos de nuevo. Sin salas de juntas, sin amenazas sobre nuestras cabezas, solo paz.

—Vaya noche, ¿eh? —dice Cora, apoyándose en la barandilla con Ryder a su lado.

Todos asentimos, un silencio cómodo cayendo sobre nosotros.

Logan nos mira a cada uno por turno, su expresión más seria que antes.

—Quería daros las gracias. Por todo.

Lo no dicho pesa en el aire. El secreto de papá. El casi desastre con Elias.

Me aclaro la garganta, mirando a Logan.

—Hicimos lo que teníamos que hacer. Mantenerlo en silencio, proteger a la familia. Era la única manera.

Lucas asiente, su agarre apretándose alrededor de su vaso.

—Haría lo mismo por Ava. Protegemos a los nuestros.

Una silenciosa ola de acuerdo pasa entre nosotros. Nuestros ojos se desvían colectivamente hacia donde nuestro padre ahora está de pie, charlando con un grupo de socios comerciales. Se ve relajado, encantador. La imagen de un padre orgulloso en la boda de su hijo. Solo nosotros conocemos el peso que lleva, el secreto que ahora todos compartimos.

—Valeur por Valeur —digo, las palabras un voto silencioso repetido por Cora y Logan.

Los ojos de Cora brillan.

—Valeur por Valeur. Siempre ha sido así, siempre lo será.

Compartimos una mirada, reconociendo el peso de nuestra carga compartida. Todos rompemos en sonrisas. La tensión se disipa, reemplazada por el calor de la unidad familiar.

—Bien, basta de esta mierda emocional —dice Lucas, terminando el resto de su whisky con una sonrisa—. Volvamos antes de que la gente piense que estamos planeando la dominación mundial o algo así.

Cora pone los ojos en blanco.

—Por favor, la dominación mundial está pasada de moda. Estamos planeando colonizar Marte. He oído que el mercado inmobiliario allí está a punto de explotar.

Logan se ríe, sacudiendo la cabeza.

—Claro, porque lo que esta familia necesita es más propiedades para administrar. Puedo imaginar los titulares. “Valeur Corp se expande al Planeta Rojo, el CEO se queja sobre los códigos de construcción marcianos”.

Riendo, nos reincorporamos a la celebración. La música suena más fuerte ahora, los invitados dispersos por la pista de baile, perdidos en el ritmo de la noche.

Escaneo la multitud hasta que mis ojos se posan en Aleria, de pie a un lado, charlando con Ava. Cuando me ve, su rostro se ilumina de esa manera que nunca falla en hacer que mi corazón se acelere.

El lanzamiento del ramo es un asunto hilarante. El lanzamiento de Sloane se va largo, y hay una loca pelea. De alguna manera, Aleria termina con las flores, luciendo tan sorprendida como cualquiera.

—Vaya, vaya —se burla Cora, dándome un codazo—. Parece que eres el siguiente, hermanito.

No puedo evitar la sonrisa que se extiende por mi rostro mientras miro a Aleria. Está sonrojada, pero hay un brillo en sus ojos que hace que mi corazón se acelere.

Mientras la noche llega a su fin, Aleria y yo encontramos un momento tranquilo bajo las

estrellas. Nos mecemos al ritmo de la música, que proviene de la carpa, con su cabeza apoyada en mi hombro.

—Así que, señorita Atrapo-el-Ramo —bromeo, con mis labios cerca de su oído—. ¿Algún pensamiento sobre la próxima boda Valeur?

Aleria se aparta, arqueando una ceja. Hay un brillo travieso en sus ojos que he llegado a adorar.

—Vaya, Sr. Valeur, ¿acaso me estás proponiendo matrimonio?

Me río, atrayéndola más cerca, mi pulgar trazando círculos perezosos en su espalda baja.

—Aún no, pero... —hago una pausa, mi expresión suavizándose mientras miro en sus ojos—. Definitivamente puedo verlo en nuestro futuro.

Aleria contiene la respiración, y su corazón late aceleradamente contra mi pecho. Apoya su cabeza en mi hombro de nuevo, su voz suave mientras murmura:

—Yo también puedo verlo.

Nos mecemos bajo un dosel de luces parpadeantes, su suave resplandor imitando las estrellas de arriba. La mejilla de Aleria descansa contra mi pecho, su calor filtrándose a través de mi traje. La cacofonía de la recepción de la boda se desvanece en un zumbido distante, como si el mundo se hubiera reducido solo a este momento, solo a nosotros.

Los dedos de Aleria trazan patrones en mi espalda, cada caricia enviando un escalofrío por mi columna. Aprieto mis brazos a su alrededor, deleitándome en la forma en que encaja contra mí. Dejo caer un beso en su cabello.

—Lo que sea que venga después —susurro—, lo manejaremos juntos. —Las palabras son tanto un juramento para ella como un recordatorio para mí mismo.

Ella inclina su cabeza hacia arriba, sus ojos encontrándose con los míos. En sus profundidades hay un reflejo de mis propias emociones: amor, esperanza y una chispa de ese humor travieso que he llegado a adorar.

—Con una dosis de drama Valeur, sin duda —bromea, sus labios curvándose en una sonrisa.

Sonrí con suficiencia, sacudiendo la cabeza.

—No seríamos nosotros sin ello, ¿verdad?

Su risa brota, envolvente y genuina. Es un sonido que nunca falla en aliviar la tensión en mis hombros, en recordarme lo que realmente importa. Mientras se desvanece, ella se acurruca más cerca, su aliento cálido contra mi cuello.

—Sabes —dice—, solía pensar que el futuro era algo que debía calcularse, predecirse. Pero contigo... —Hace una pausa—. Contigo, se siente como una aventura. Impredecible, tal vez un poco desordenada, pero nuestra.

Durante mucho tiempo, he abordado la vida como una serie de desafíos a superar, batallas por ganar. Pero aquí, con Aleria en mis brazos, el futuro no se cierne como una amenaza. En cambio, nos llama, lleno de posibilidades y promesas.

La atraigo hacia mí, presionando mi frente contra la suya, sintiendo el ritmo constante de su respiración sincronizándose con la mía.

—Creo que eres la única aventura que siempre necesité —susurro, mi voz cargada de emoción—. Y estoy completamente comprometido.

Acerca del Autor

Karin Winter crafts steamy slow-burn romances and gripping romantic suspense novels. This former software engineer now creates stories of brooding billionaires and guarded alpha males finding passion and redemption.

When not writing, Karin juggles motherhood, appeases a tiny toy dog with a Napoleon complex, and indulges her insatiable appetite for travel and exotic snacks.

Though shy enough to make wallflowers look like social butterflies, Karin cherishes connecting with readers through her words. Craving a romance that'll steam up your e-reader and set your pulse racing? Subscribe to her newsletter for exclusive content and a free novella that'll hook you from page one.



SAY HELLO!

Join Karin's newsletter and never miss a sale or new release

<https://subscribepage.io/karinwinter>

Join her Facebook group and discuss the books:

<https://www.facebook.com/groups/1060206537985717/>

You can connect with her at

<https://linktr.ee/karinwinter>

Follow her on

